CHRISTOPHER

CARTWRIGHT

EL ÚLTIMO DIRIGIBLE

UN THRILLER DE SAM REILLY

El último dirigible

por

Christopher Cartwright

Copyright 2024 por Christopher Cartwright

Este libro está protegido por las leyes de propiedad intelectual de los Estados Unidos de América. Queda prohibida la reproducción o cualquier otro uso no autorizado del material o las ilustraciones aquí contenidas. Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares, marcas, medios e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de forma ficticia.

Todos los derechos reservados.

Contenido

Prólogo
Capítulo I
Capítulo II
Capítulo III
Capítulo IV
Capítulo V
Capítulo VI
Capítulo VII
Capítulo VIII
Capítulo IX
Capítulo X
Capítulo XI
Capítulo XII
Capítulo XIII
Capítulo XIV
Capítulo XV
Capítulo XVI
Capítulo XVII
Capítulo XVIII
Capítulo XIX
Capítulo XX
Capítulo XXI
Capítulo XXII
Capítulo XXIII
Capítulo XXIV
Capítulo XXV
Capítulo XXVI
Capítulo XXVII
Capítulo XXVIII
Capítulo XXIX
Capítulo XXX
Capítulo XXXI

Prólogo

24 de septiembre de 1939. Munich, Alemania.

Hacía exactamente veintitrés días desde que Alemania había invadido Polonia, desatando una de las peores guerras que el mundo había visto jamás.

Peter Greenstein alzó la vista hacia el gigante en el campo abierto. Como si se tratara de una nube negra sobre el cielo nocturno, el gigante formaba una silueta siniestra sobre la oquedad del bosque, ya de por sí oscuro, de aquella noche sin luna. Peter llevaba casi dos semanas esperando a la luna oscura, tiempo que perfectamente podría haberles costado la vida a todos.

Era un dirigible magnífico, exquisito a más no poder.

Lo había mandado construir exclusivamente para las personas más adineradas de su época. El Magdalena medía nueve metros de altura y 55 de eslora, es decir, apenas más pequeño que un Zeppelin transatlántico, con formas más estilizadas y hélices proporcionalmente más grandes, lo que lo convertía en el dirigible más veloz que se hubiera construido hasta la fecha.

Estaba orgulloso.

Era el mayor logro en sus 52 años de vida.

A diferencia del Zeppelin, que fue diseñado y construido para las masas, el Magdalena se construyó para un grupo selecto. Por fuera, parecía un coche de carreras, diseñado para la velocidad. Por dentro, rebosaba opulencia por todas partes, como un crucero señorial. La lujosa aeronave pretendía a toda costa satisfacer las expectativas de los pocos privilegiados que viajasen en ella alguna vez, con absoluta comodidad.

A Peter se le heló la sangre al recordar el motivo por el que el Magdalena volaría esa noche.

Cuando la mandó construir cuatro años atrás, nunca imaginó que se utilizaría para un fin así. Se le llenaron los ojos de lágrimas al pensar en las pocas vidas que iba a poder salvar.

¿Por qué salvar sólo a los ricos? Sabía la respuesta. *Porque no puedo salvarlos a todos, y voy a necesitar su fortuna para empezar una nueva vida.*

Esa noche, su lujoso aparato transportaría sólo a dos familias y a un viejo amigo suyo, profesor de la Universidad de Berlín, que viajaba solo. Peter sería el piloto, junto con su ingeniero en jefe, Franck Ehrlich. No habría más tripulación ni se servirían exquisitos manjares culinarios, los invitados tendrían que servirse ellos mismos sus bebidas

y no habría ningún tipo de entretenimiento.

En total, sólo había once personas a bordo, y el sentimiento de culpa por su fracaso se apoderó de él. Peter se prometió a sí mismo que intentaría hacer otro viaje más, que como hombre soltero y sin familia tenía la obligación de ayudar a esas personas.

Pero, después de todo, estaba solo, ¿cómo podría salvar a millones de personas?

La gente que viajaba a bordo aquella noche eran algunos de los más ricos de toda Europa. Dinero viejo. El tipo de riqueza que lleva más de una generación construir.

Peter vio llegar a los Rosenberg.

Eran los primeros; sintió esperanza al ver cómo cada uno se abría paso en silencio a través del bosque hasta la nave.

Peter se acordó de la historia de uno de sus antepasados, Timothy Rosenberg, quien en 1775 inaugurase el primer Banco Rosenberg en Alemania tras recibir el consejo de un joven y brillante banquero llamado Mayer Amschel Rothschild.

Rosenberg tenía una especialidad en finanzas difíciles, prestando cuando y donde otros no lo hacían. A mayor riesgo, mayor beneficio: una apuesta que le salió muy bien. Una vez establecido, el banco creció. Aunque se había convertido en un banco legítimo con más de cuarenta sucursales, rumores sobre su vinculación con organizaciones delictivas nunca desaparecieron. La Bóveda Rosenberg era un banco privado con fama de operar en círculos sospechosos. A pesar de que Rosenberg nunca había sido condenado por dirigir una empresa criminal, se sabía muy bien que financiaba a ciertos sindicatos, organizaciones terroristas y guerras violentas.

Los cuatro pasajeros se sentaron con un aspecto sombrío.

Era difícil imaginar que una familia tan poderosa pudiera sentirse intimidada por un régimen que estaba en pañales. Sólo Sarah, la más joven de todos con sólo seis años, tuvo la fuerza de esbozar una sonrisa cortés.

—Gracias, señor.

—Aquí eres bienvenida, Sarah. Toda tu familia lo es —dijo Peter, mientras le sonreía amablemente a la niña.

Werner, el hermano mayor, caminaba obedientemente detrás de ella sin pronunciar palabra. Con esfuerzo, sus brazos soportaban el baúl de madera que cargaba y cuyo peso compartía con su padre, Hank. A pesar de la nieve, Hank estaba sudando. Pálido y sudoroso, parecía que en cualquier momento iba a sufrir un infarto.

Peter intentaba imaginar lo que una familia como aquella habría elegido llevar consigo en ese viaje, con tan poco espacio disponible.

Mary fue la última de los Rosenberg en subir a bordo.

Tenía una expresión de absoluto desdén hacia los demás. Peter se

preguntaba si sería el resultado de haber pasado una vida entera en la cima de la jerarquía, o si ahora tenía esa expresión para intentar ocultar su propio terror ante la noche que les esperaba. Llevaba un grueso abrigo de piel y su única joya visible era un gran amuleto de diamantes azules que colgaba sobre la curva de sus pechos.

En algún rincón de su memoria, Peter recordó el nombre de aquella famosa piedra.

Luego llegaron los Goldschmidt.

Margaret Goldschmidt estaba casada y tenía dos hijos. En 1927, su tío, Ernest Oppenheimer, un alemán que emigró a Gran Bretaña y que había fundado el gigante minero Anglo American, junto con el financiero estadounidense J.P. Morgan, adquirió *De Beers*. Peter recordaba la polémica sobre el conglomerado de diamantes. Era un sindicato despiadado, en el que los precios de sus diamantes eran elevados artificialmente. Oppenheimer construyó y consolidó el monopolio global de la empresa sobre la industria del diamante.

Peter también recordaba que Margaret se había casado con Karl Goldschmidt, cuya familia se dedicaba al comercio de lingotes de oro. No tenía ni idea de quién había enriquecido más al otro, pero juntos, la familia había crecido tanto en riqueza como en poder. Fue gracias a esa riqueza que habían sobrevivido tanto tiempo. Peter no conocía la magnitud de su fortuna, sólo sabía que no podría gastarla una sola persona en toda su vida.

El sólo hecho de que Margaret Goldschmidt estuviera ahí aquella noche era prueba de su gran fortuna.

—¿Esta cosa está lista para partir?

Peter se dio cuenta de que Margaret ni siquiera se preocupaba por saber si habría otras personas con ella. Su familia había corrido un gran riesgo al salir de Munich esa noche, y parecía que lo único en lo que podía pensar era en por qué no se iban ya.

—Pronto. Todavía estamos esperando a un hombre.

—¿En serio? —no se esforzó por ocultar el miedo en su rostro, y luego dijo: —¿No somos un blanco fácil estando aquí?

Peter ignoró el impulso de decirle que él mismo había regresado a Alemania esa noche y que había esperado casi dos horas a que llegaran sus invitados para poder salvar sus adineradas vidas.

—Le ruego que tenga un poco más de paciencia, pronto despegaremos.

Karl, su marido, le apretó la mano mientras cruzaban la puerta de la góndola.

—Le agradecemos su ayuda, Sr. Greenstein, de verdad. Nuestros amigos y vecinos, la familia Hasek, fueron secuestrados ayer. Habían planeado marcharse también esta noche. Estamos todos un poco conmocionados —dijo, intentando explicar el mal comportamiento de

su mujer.

Peter levantó la mano en señal de disculpa y dijo: —Es totalmente comprensible. Todos estamos muy afectados por estos acontecimientos. Por favor, asegúrele que no estaremos aquí más tiempo del necesario.

Observó a los dos niños mientras tomaban asiento. A sus cuatro y cinco años, no tenían forma de saber la gravedad de los riesgos que corrían todos los que iban a bordo esa noche. Su padre les había dicho que estaban jugando a las escondidas, que había gente buscándolos, y que era esencial que se mantuvieran lo más quietos posible. Ambos estaban sentados, en una postura firme, y se esforzaban por no hacer ruido; de vez en cuando no lo conseguían y soltaban una risita, que su madre acallaba de inmediato.

Luego estaba el profesor Fritz Ribbentrop, la última reservación.

Justo esa mañana, el profesor se había puesto en contacto con Peter, en el hangar del Magdalena, en Suiza. Peter se había mostrado reticente a aceptar más pasajeros, pero habían ido juntos a la universidad, y el profesor había insistido en que necesitaba escapar esa noche.

Ribbentrop no había mencionado lo ocurrido, pero Peter estaba seguro de que era importante. Fritz era conocido por ser un científico excepcional y un trabajador valioso; era un fascista incondicional que procedía de una estirpe aria pura.

Rebuscó en su mente una explicación para aquel extraño fenómeno.

¿Por qué precisamente Fritz tenía que escapar de la Gestapo?

Si hubiera sido cualquier otro hombre, uno menos honorable, le habría preocupado que fuera una trampa; pero Fritz no era ese tipo de hombre. Incluso si hubiera creído que eso era lo mejor para el partido nazi, el profesor habría considerado que utilizar semejante artimaña hubiera sido deshonesto.

Peter observó su triste cargamento humano.

A excepción de Fritz, que aún no había llegado, Peter no se consideraba igual a ninguno de ellos. Aunque él también era heredero de una gran fortuna, su vida había sido muy diferente a la de sus pasajeros. Era un marginado en su propia familia. Incluso después de los acontecimientos de la semana anterior, en la que su padre había muerto y le había legado el título de Barón Greenstein, aún no se sentía como uno de ellos.

A diferencia del resto de su familia, él había dedicado su fortuna a la ciencia, estudiando en la gran Universidad de Ingeniería Aeronáutica de Berlín. El Magdalena fue su creación. Capaz de viajar al doble de velocidad que un Zeppelin normal, era una maravilla tanto de la ingeniería moderna como de la opulencia. Le habría gustado

construirlo para el público, pero éste no podría permitirse el lujo de viajar en un dirigible. Por ello, en aras de la ciencia, recurrió a quienes despreciaba para que financiaran su construcción.

Analizó a las dos familias y se preguntó qué dirían si supieran que esperaban la llegada del fascista más honorable al que Hitler había considerado su amigo íntimo.

A lo lejos, pudo escuchar el sonido débil pero inconfundible de un motor de cuatro tiempos, el de la motocicleta BMW R75. Diseñada específicamente como vehículo militar, hasta ese momento Alemania sólo había puesto a la venta la primera línea de producción para uso de los oficiales de alto cargo de las SS nazis.

*

El profesor Fritz Ribbentrop fue el último pasajero en llegar.

El hombre llevaba el pelo corto peinado hacia atrás, por encima de la frente. Hacía años que había dejado de ser rubio y ahora tenía el pelo casi completamente blanco. Un par de gafas de montar cubrían sus atractivos ojos color azul oscuro. Llevaba la cara afeitada en gran parte, a excepción de un pequeño bigote casi totalmente blanco.

Era fácil adivinar que en su juventud probablemente había sido muy codiciado por las mujeres.

Llevaba un abrigo sencillo de color verde y pantalones del mismo color, el abrigo completamente abotonado para protegerse del frío. Tenía el lujo de llevar guantes de cuero, con los que agarraba hábilmente el manillar mientras avanzaba por el estrecho sendero lleno de nieve a través de la noche negra y los dispersos pinos.

Conducir su motocicleta era la única alegría que le quedaba en la vida. Era la única alegría que la poderosa maquinaria militar alemana le permitía conservar. Además, era uno de los pocos afortunados cuya capacidad científica le permitía el lujo de disponer de un combustible que el resto de la población civil no podía obtener.

Sabía que tendría que haber abandonado la moto más atrás, pero había tardado más de lo previsto en salir de la universidad. Sin la moto, nunca hubiera llegado a tiempo para abordar. Él, más que nadie, sabía el peligro que traía consigo al Magdalena esa noche. El sonido de su motocicleta llamaba la atención y los convertía en un blanco fácil. Justificó el riesgo para sí mismo con la convicción de que su propósito era mucho más importante que rescatar a un par de familias judías adineradas.

El profesor podía ver el dirigible a lo lejos.

Parecía vulnerable. Incluso en la oscuridad, la enorme cubierta del Magdalena formaba una gran silueta contra el cielo nocturno.

Sintió alivio al ver que las cuatro hélices de la parte trasera del dirigible ya estaban en marcha, y que las dos hélices estabilizadoras laterales giraban al ralentí. El dirigible estaría listo para despegar en

cualquier momento.

Se acercó con su R75 hasta la línea de anclaje y soltó sin contemplaciones el manillar al bajarse. La moto cayó de lado, pero aún se oía el motor funcionando suavemente, como muestra de la fuerza de su sencillez.

Fritz jadeaba con dificultad mientras subía las pesadas escaleras metálicas cubiertas de nieve con una pequeña maleta al hombro. Subió hasta la puerta abierta de la góndola.

—Llegas tarde —, le dijo cortante su viejo amigo, Peter Greenstein, quien estaba agachado junto a la puerta. Miró hacia fuera por última vez e inmediatamente cerró la puerta detrás de Fritz.

Fritz no se molestó en disculparse por llegar tarde. No se arrepentía en absoluto. Si hubiera podido llegar antes, lo habría hecho.

Estudió el interior de la góndola mientras se acercaba a los demás.

Era amplia, más parecida al interior de un gran yate que a una aeronave, pensó. También se sentía como un yate: incluso amarrada a varios centímetros del suelo, el movimiento lento y oscilante de la góndola le recordaba la suave sensación de navegar sobre el oleaje del océano.

Escuchó cómo los grandes y potentes motores aumentaban su intensidad. El vaivén cesó cuando se cortaron los cables de amarre y el Magdalena quedó por fin libre para emprender el viaje.

Por instinto, su brazo derecho se agarró a la silla más cercana para mantener el equilibrio. Suavemente, el gigantesco aparato comenzó a elevarse verticalmente en el aire, como un globo de helio que se suelta de las manos de un niño. También percibió un ligero movimiento hacia delante, similar a la sensación que se experimenta al subir una escalera mecánica.

Sólo había un asiento libre y se dirigió hacia él con cuidado.

Las ventanas estaban inclinadas hacia fuera, de modo que podía mirar hacia abajo y contemplar el paisaje bajo sus pies, aunque no había mucho que ver en aquella noche oscura.

—Éste debe ser el suyo. Es el último —dijo un chico joven, con voz clara.

—Gracias.

Notó que el padre del chico le reprendía rápidamente por hablar con un desconocido.

Tomó asiento, encantado de descargar el peso de sus inestables pies.

Gracias a Dios, será seguro.

Dos segundos después, oyó el rugir de una ametralladora alemana disparando.

*

Walter Wolfgang hojeó el informe que tenía delante.

Era grave. El Führer iba a estar muy disgustado. La gente en Alemania desaparecía, o era frecuentemente desaparecida, en esos días. Pero justo ese día, perder a una persona tan importante, era motivo de severas críticas. Se trataba del hombre al que él, específicamente, había sido asignado para vigilar.

El propio Führer le había dado esta tarea. Él, de todos los miembros leales del Tercer Reich, tenía las aptitudes y la posición exactas para llevar a cabo esta importante misión.

Y ahora, había fracasado.

¿Cómo había permitido que esto sucediera?

Un hombre bien afeitado, vestido con uniforme de las SS, entró en la sala con una carpeta de papel manila en cuyo anverso se leía «Ultrasecreto».

—*Heil Hitler*, —dijo el oficial al saludar.

—*Heil Hitler*, —respondió Walter obedientemente, devolviendo el saludo.

El oficial había venido directamente del número 8 de la calle Prinz Albrecht de Berlín, el cuartel general de la Gestapo. Walter se estremeció sólo de pensarlo. Todo el mundo temía a la Gestapo, incluso él mismo, el más leal servidor de Alemania.

Como civil, no tenía rango militar ni autoridad.

En realidad, trabajaba en secreto para el Führer en una misión muy importante. Se dio cuenta de que la Gestapo era capaz de infundir miedo a todo el mundo. Si se oponía a su interferencia, para cuando las noticias de su queja llegaran al Führer, el castigo de la Gestapo ya se habría aplicado.

Entendió perfectamente por qué el oficial de las SS estaba ahora ante él.

—Entonces, ¿se fue temprano del trabajo hoy? —el oficial pronunció cada palabra lenta y cuidadosamente, como si estuviera interrogando a Walter.

¿No se da cuenta de que quiero atrapar a Ribbentrop tanto como él?

—Sí.

—¿Ya antes había salido temprano del trabajo?

—No, nunca —Walter jugueteaba con su maletín mientras hablaba.

—Y… ¿dejó que se fuera?

—Somos civiles. Tanto él como yo trabajamos diligentemente para el Tercer *Reich*, pero él es mi superior, y si dice que tiene que irse, no puedo impedírselo.

—¿Adónde le dijo que tenía que ir? —el oficial insistió, sin levantar la voz; nunca tuvo que hacerlo. Si una persona era interrogada por un oficial de las SS, éste escuchaba atentamente.

—Me dijo que hoy se reuniría con otro profesor. En su casa.

—¿Pero usted dice que fue a su casa y no había nadie?

—Así es —contestó Walter.

La piel a lo largo de la firme mandíbula del oficial de las SS se tensó en señal de frustración.

—Y tengo hombres en su casa, incluso ahora mismo, averiguando si Ribbentrop se llevó algo consigo.

Walter se sentó pacientemente en su sillón de cuero marrón, sintiéndose como un niño que asiste a una de sus propias clases; un niño que no ha demostrado una comprensión satisfactoria de un concepto y que ahora debe ser instruido sobre lo que debe hacer.

Alguien llamó a la puerta.

Probablemente fuera otro oficial de las SS. De lo contrario, nadie en su sano juicio interrumpiría un interrogatorio en curso por un oficial de la SS.

—Sí, ¿quién es?

—Rutherford, señor. *Heil Hitler* —el joven, poco más que un niño en su almidonado uniforme de las SS, saludó.

—*Heil Hitler*. —el primer oficial de las SS no invitó al más joven a tomar asiento— Y bien, Rutherford, ¿qué tienes para mí?

—Lo han visto conduciendo su BMW hacia el sur —Rutherford se esforzó para disimular la satisfacción de su propio éxito.

—¿Intenta escapar de Berlín en moto? —su incredulidad era visible— Sabe que no puede escapar de Alemania tan fácilmente. Habrá encontrado ayuda. ¿Dónde está ahora?

—En la autopista A9. ¿Quiere que lo traigamos para interrogarlo? —Rutherford preguntó.

—No, quiero que lo sigan. Arréstenlo una vez que se haya reunido con su contacto.

¡Esta gente no tiene ni idea! Walter estaba horrorizado de que las SS fueran a arriesgar la huida de Ribbentrop para tener la oportunidad de atrapar a sus cómplices.

El oficial de las SS miró entonces a Walter y le dijo —Será mejor que reces para que atrapemos a ese imbécil.

—Usted no tiene ni idea de lo que está en juego —replicó Walter.

*

Peter sujetó una de las palancas con la mano derecha. Controlaba el ángulo de las dos hélices delanteras. Tiró de ella hacia atrás y luego accionó el par de palancas situadas al lado, que aumentaban el empuje hacia delante. El sonido del ralentí se hizo más agudo, pero no ocurrió nada.

Entonces Franck soltó las amarras.

El Magdalena flotaba ahora sin restricciones.

Un momento más tarde, el dirigible comenzó a moverse hacia

adelante, muy levemente.

Las manos de Peter sujetaron hábilmente el gran timón de madera. No era muy diferente de los que se pueden encontrar en un barco de vela. Al igual que su homólogo naval, el timón se encontraba en la parte trasera del dirigible y permitía controlar la dirección.

Un cuidadoso movimiento de la mano izquierda sobre una rueda algo más pequeña permitía a las cuatro hélices traseras elevar la punta y evitar la inclinación lateral. En la pared de su derecha, donde estaba sentado su copiloto Franck, había una serie de presostatos, válvulas y conmutadores que controlaban la presión del helio y del aire, así como la distribución del balastro.

Peter se sintió aliviado al poder levantar la punta de la rueda de control de cabeceo para que el Magdalena pudiera llegar al cielo. Era increíblemente lento. Todos los dirigibles lo eran.

No podía hacer nada al respecto. Esa noche, Peter sintió la lentitud. Era como si estuviera huyendo de un monstruo. Pero, como en una pesadilla, sus piernas estaban atascadas en el lodo, y no podía alejarse lo suficientemente rápido.

Por fin, sintió que el Magdalena subía y empezaba a ganar velocidad e impulso hacia delante.

Con ambas manos fijas en el timón, mantuvo bajo control el enorme y pesado aparato. Con sus seis motores, seis hélices y lleno de gas helio cuya flotabilidad cambiaba constantemente en función de la temperatura y la presión atmosférica, pilotar el Magdalena era como una fusión entre pilotar un avión y un submarino al mismo tiempo.

—Estamos a punto de atravesar esos pinos, Franck. Una vez que estemos por encima de ellos, estaremos listos para cambiar a la configuración de vuelo.

—Recibido.

El corazón de Peter se detuvo al oír el rápido staccato de una ametralladora —¿Qué carajo es eso?

—Fuego de ametralladora, pero ¿nos están disparando a nosotros o a un objetivo en tierra?

Peter tiró de las dos palancas de la izquierda hacia atrás y aumentó la velocidad de las cuatro hélices traseras de 1,450 a 1,700 RPM, justo por encima de las RPM máximas recomendadas para los avanzados motores Daimler-Benz.

Parecía inútil.

La sobrecarga de los motores apenas aumentaba la velocidad.

Delante de ellos, Peter escuchó más disparos.

De repente, se encendieron chispas justo delante de la cabina del piloto.

—¡Carajo! Nos dieron.

—¿Cuál es nuestra presión? —Peter seguía en control, a pesar del

desastre. Estaba agradecido de haber utilizado el gas inerte más caro, el helio, en lugar del gas más barato y mucho más volátil, el hidrógeno, que había resultado letal en el desastre del Hindenburg de 1937.

Franck miró los manómetros de gas.

El Magdalena contaba con catorce compartimentos separados para el helio. Cada uno tenía su propio manómetro y válvulas de escape para evitar explosiones durante los cambios de presión del aire, y cilindros de helio separados para aumentar la flotabilidad en caso necesario.

—Todavía quedan 5.2 milibares en los catorce compartimentos.

—De acuerdo, recibido. Vamos a comprobar los demás sistemas para ver si algo más ha sido dañado.

—Todo parece estar bien —Franck empezó a tocar la brújula—. Maldita sea. Debe haber dañado el giroscopio delantero.

—Bueno, vamos a tener que solucionarlo a ojo —años de pilotaje le habían enseñado a resolver un problema en lugar de dejarse llevar por el pánico ante algo que no podía cambiar.

Debido al metal utilizado dentro de la góndola, una brújula interior hubiera sido inútil. Para evitar este problema, el Magdalena tenía un giroscopio montado en el morro de la nave.

El sonido de las ametralladoras era cada vez más tenue en la distancia.

Sólo un poco más y estaremos fuera de su alcance.

—Bueno, ya alcanzamos los 40 km/h. Pongamos la nave en modo de vuelo y veamos si podemos aumentar nuestra velocidad un poco más.

—Recibido —dijo Franck, mientras tiraba de las palancas que tenía delante hasta ponerlas horizontales. Ahora, el Magdalena estaba usando las aletas, no los motores, para controlar el movimiento de la nave.

Al igual que un barco en el agua, el timón del Magdalena parecía tener más efecto en la dirección ahora que su velocidad había aumentado.

La nave ahora volaba más como un yate con timón. Como tal, Peter tenía que lidiar con otros factores, como las corrientes de aire y las térmicas. Le había costado años de experiencia, pero había aprendido a hacer pequeños ajustes para adaptarse a los cambios previstos.

—Bien, nuestra velocidad está aumentando. Ahora estamos a 50 km/h —Peter se dio cuenta entonces de que con la mano izquierda le costaba mantener el cabeceo del morro recto y nivelado. —¿Puedes comprobar el helio otra vez? Parece que se hunde.

Franck pasó las manos por cada uno de los indicadores y luego se detuvo en el número catorce. Era el que estaba situado en el morro de

la nave.

—Ha bajado a 3.5 milibares. Estamos perdiendo gas rápidamente en el compartimento número catorce —dijo Franck.

—Bien, vamos a tener que reubicar parte del helio de los otros tanques.

—Entendido —Franck comenzó a hacer los ajustes en las válvulas para mover el helio de los trece compartimentos restantes hacia el frente. —¿Señor?

—¿Sí?

—¿Cuánto tiempo podemos mantenerlo en el aire así?

—No lo sé. Quizás cuatro o cinco horas —dijo Peter. Luego, dando golpecitos en el manómetro para asegurarse de que la palanca giratoria no se había atascado, dijo —No será fácil, pero tal vez lo logremos. Perderemos algo de combustible al sobrevolar las montañas. Voy a subir al dosel en un momento para ver si puedo reparar la cámara de helio yo mismo.

Después de unos minutos, el Magdalena parecía volver a su capacidad de vuelo normal, y, con la excepción de una brújula averiada, estaban en su ruta normal de la noche. Aún era posible que lo lograran.

Su ruta prevista los iba a llevar hacia el este, sobre el lago Constanza, en la base de los Alpes. Luego, manteniendo una ruta más septentrional, podrían esquivar los Alpes y entrar en Suiza por el monte Uetliberg. En la entrada a Zúrich, al noreste de Suiza, el monte Uetliberg se elevaba a mil ochocientos metros sobre el nivel del mar.

Un Zeppelin tenía una altura máxima de 198 metros. El Magdalena no era un Zeppelin, y Peter lo había diseñado específicamente para viajar por Europa, donde abundan las altas montañas. Cuando el dirigible se eleva, el helio se expande y cuando desciende se contrae. Con el fin de mantener una presión constante en el interior, se instala un balón, que es simplemente una bolsa de aire, que se infla o desinfla para mantener una presión constante en el interior de la cubierta a pesar de los cambios de presión del aire. Esto, a su vez, permite que el helio se expanda y se contraiga. Cuando el globo está completamente vacío, se dice que la aeronave está a su «altura de presión».

El diseño inicial del tamaño del globo determina la capacidad máxima de cambio de altitud de cada dirigible. El Magdalena tenía un cambio máximo de altitud de cuatro mil pies, pero, en teoría, era capaz de seguir elevándose infinitamente si se liberaba constantemente el helio en expansión. El problema era que, al hacerlo, se desperdiciaría mucho helio.

Peter puso el rumbo en punto muerto.

—Bueno, Franck. Más vale que vuelva para asegurarme de que nuestros invitados estén bien. Mantén el morro entre esas dos estrellas

de ahí —dijo señalando hacia adelante.

—Recibido —dijo Franck, mientras agarraba el volante y añadió —No tardes mucho. Puede que te necesite aquí arriba.

—No pasará nada.

Peter abrió la puerta de la góndola delantera del piloto y salió a la cubierta exterior que conducía a la góndola principal. El aire fresco lo reconfortó. Miró los árboles, que más bien parecían hierba, esparcidos por las colinas de abajo. No se veía ninguna luz. La preocupación por los ataques aéreos de los británicos seguía impidiendo encender las luces durante la noche. Detrás de él, divisaba el centro de Berlín.

Le encantaba estar ahí arriba.

Muchas de las personas con las que había estudiado estaban interesadas en construir aviones más rápidos y potentes. Decían que, tras el desastre del Hindenburg, los dirigibles pasarían a la historia. Era una pena, pues a él le hubiera gustado un mundo así.

¿Había construido él el último dirigible?

Como todos los ingenieros, Peter inspeccionó primero el armazón de su preciosa cubierta, antes de comprobar el cargamento humano. Por fuera parecía intacto, aunque no se atrevía a iluminarlo con una linterna por si exponía al Magdalena a un ataque. Estaba convencido de que algunas balas habían hecho pequeños agujeros en el interior de la cubierta, y la consiguiente pérdida de helio sería insalvable. Abrió la escotilla por encima de su cabeza y trepó al interior de la cubierta.

Alumbró con su linterna cada cámara de helio, una por una, escuchando el silbido delator de una fuga de gas.

Peter apenas pudo evitar gritar cuando lo vio por primera vez.

Si se trataba de un pequeño agujero en la cámara de helio del compartimento número catorce de la proa del Magdalena, podría arreglarlo. Pero no había forma de que pudiera reparar el desgarro de casi un metro de alto que vio ante él.

Sin perder más tiempo, volvió a bajar a la cubierta aérea y luego abrió la puerta de la góndola principal y de sus invitados.

Todo el mundo dentro de la góndola estaba tan callado que, al principio, ni siquiera se dio cuenta de lo que había pasado. Fue entonces cuando la vio. Era la joven Sarah. Su piel estaba tan pálida que Peter se preguntó si estaría muerta. Se dio cuenta de que el profesor le había arrancado parte de la camisa y se la había puesto en el brazo a modo de torniquete.

Aún respiraba.

—¿Se va a recuperar?

—Sí. Le dispararon en el brazo y perdió mucha sangre, pero creo que se va a recuperar, siempre y cuando la llevemos a un médico antes de que amanezca.

—Peter, ¿qué pasó? —preguntó Margaret, la madre de Sarah,

mientras lo encaraba.

—Nos dispararon —a Peter le pareció una respuesta obvia a una pregunta que realmente no era necesaria.

—Pero, por supuesto, todos nos dimos cuenta de eso. Lo que quiero saber es si está todo bien. Si podremos escapar.

—Una de las balas hizo un agujero en el compartimento número catorce, y estamos perdiendo grandes cantidades de helio. Además, nuestro giroscopio magnético se hizo pedazos, así que estamos volando un poco a ciegas, pero sí, creo que lo lograremos.

Peter miró a Margaret.

Vio cómo se le torcía el borde del labio como si acabara de morder algo agrio —¡Es culpa tuya por esperar tanto para de despegar!

Peter no pudo responderle nada. Era verdad, si se hubieran ido antes, no le hubieran disparado a Sarah—. Lo siento mucho. Tengo que seguir revisando la nave.

Luego se dirigió a la parte trasera de la góndola y salió por la puerta hacia la cubierta exterior para revisar los motores de la góndola trasera. Normalmente, llevaba a bordo un equipo de al menos cinco mecánicos y un ingeniero para evaluar constantemente los motores. Pero esa noche tendrían que arreglárselas solos.

Antes de que Peter cerrara la puerta, Fritz lo siguió y le dijo —Gracias por esperarme. Te aseguro que era importante.

Peter imaginaba que todos los pasajeros a bordo pensaban que su vida era importante. Sabía muy bien que habrían escapado sin problemas si él no hubiera esperado a Ribbentrop. —Esperemos que nos salga bien, Fritz. Si no, sus muertes pesarán en tu conciencia.

—Por supuesto que sí —respondió Fritz encogiéndose de hombros, aparentemente cómodo aceptando la responsabilidad.

Una vez más, Peter se preguntó cómo era posible que un miembro tan importante del régimen de Hitler sintiera la necesidad de escapar esa noche y confió en no haber subestimado a su viejo amigo. Peter no se detuvo a pensarlo. Todavía tenía trabajo que hacer si quería que todos salieran sanos y salvos de Alemania.

Los cuatro motores de la góndola trasera parecían funcionar bien.

Escuchó el zumbido. Como buen ingeniero, sus oídos le dijeron todo lo que necesitaba saber. *Están bien. Algo es algo.* Volvió a pasar por la góndola principal de invitados. Esta vez todo el mundo estaba tranquilo, y no se quedó a esperar a que volvieran a quejarse.

No. Él no es como ninguno de ellos.

Abrió la puerta de la góndola del piloto y preguntó —¿Qué tal vamos, Franck?

—Bien. Sin cambios. La pendiente está aumentando, y he elevado el ángulo del morro un grado para mantener nuestra velocidad de ascenso.

—¿En serio? Creo que es algo pronto para eso —consultó su reloj. Llevaban poco menos de una hora en el aire— ¿Estás seguro?

Peter ya podía ver la montaña delante.

Al parecer, se habían equivocado al calcular el tiempo muerto, pero, como todos los tontos, Peter decidió continuar, perdido. Volvió a agarrar el enorme timón de madera y dijo —De acuerdo, tengo el mando. Comencemos el ascenso.

Tiró de la palanca, que cambió el ángulo de las cuatro hélices traseras, y luego inclinó los elevadores incorporados en el lateral de la cubierta, de modo que el ángulo de la nave aumentó a ocho grados. Era un poco más agudo de lo normal, pero no quería desperdiciar helio. Podría ser incómodo para aquellos pasajeros que no estuvieran acostumbrados.

Empezaron a subir.

Peter observó cómo aumentaba el altímetro.

Cada mil pies que ascendían los acercaba más al techo del Magdalena. Al poco tiempo, volaban a tres mil quinientos pies.

A lo lejos, la montaña seguía elevándose delante de ellos.

—¿Dónde estamos, Franck?

—Su conjetura es tan buena como la mía, señor. ¿Podría ser St. Gallons?

—No, es demasiado alto para ser St. Gallons.

Peter sacó tranquilamente el libro de mapas, que contenía fotografías aéreas de paisajes y montañas. Ninguna de ellas parecía coincidir con la zona que sobrevolaban. Cuando llegó al último de los mapas, frustrado, le pasó el libro a Franck y le dijo —Toma, a ver si encuentras algo que reconozcas.

Se acercaban a la altura máxima del techo del Magdalena, de cuatro mil pies, y la lectura del altímetro seguía subiendo. La montaña que tenían delante no daba señales de estabilizarse.

Era inútil intentar dar la vuelta al dirigible. Había que seguir.

Entonces alcanzaron la máxima altura posible y la montaña parecía no tener fin.

—Bien, Franck. Necesito que descargues un poco de helio. Es la única manera; tendremos que rellenar los compartimentos cuando empecemos a descender de nuevo.

—Pero ya casi no nos queda helio.

—Ya lo sé. Maldita sea, pero no tenemos otra opción, ¿verdad?

—No, señor.

Peter escuchó el claro sonido del gas siendo liberado por las válvulas de purga, que estaban diseñadas para evitar la ruptura del casco, a medida que se abrían.

Y seguían subiendo.

A los diez mil pies, Peter notó que se mareaba.

Era uno de los primeros signos de hipoxia y no podía ignorarlo. Simplemente no había suficiente oxígeno para respirar a esa altitud.

Miró a Franck, que se concentraba en respirar lenta y profundamente para ayudar a su cerebro, falto de oxígeno, a seguir funcionando.

—¿Cómo estás, Franck?

—Estoy bien, pero subimos más, moriremos todos de hipoxia mucho antes de que el Magdalena se quede sin helio —no parecía asustado; simplemente estaba planteando los hechos.

—Bueno, una cosa a nuestro favor, ¿no?

Ninguno de los dos tenía fuerzas ni aliento para reírse.

—¿Qué es eso de enfrente? —preguntó Franck.

Peter forzó sus viejos ojos para intentar ver con claridad.

—¡Dios mío, creo que es la cima de la montaña!

—¡Gracias a Dios!

A lo lejos se veían las luces de un pueblo.

—Gracias a Dios, lo logramos. —Peter señaló las luces —¡Mira eso!

Las luces confirmaban que por fin habían salido de Alemania.

—Estamos fuera de Alemania, pero ¿dónde?

—No tengo idea.

El mareo de Peter disminuyó a medida que descendían, pero su dolor de cabeza persistía.

La ladera estaba plagada de salientes rocosos, nieve y enormes pinos. A Peter le preocupaba dónde iban a aterrizar de forma segura el Magdalena cuando se quedaran sin helio, y no se le ocurrió ninguna solución.

—Nos hemos quedado sin helio —le recordó Franck, cuando su miedo más grande se hizo realidad.

—Bien, vamos a lograrlo. Tenemos que ajustarnos aumentando el ángulo de ataque y las revoluciones de nuestro magnífico Daimler-Benz.

Peter hizo precisamente eso, pero el Magdalena parecía seguir cayendo.

Observó como el altímetro descendía a un ritmo de doscientos pies por minuto.

—Bueno, Franck, vamos a tener que perder algo de peso, o vamos a chocar muy fuerte contra el suelo.

—Entendido. Ya he tirado nuestro lastre de agua y aire. ¿Qué más tenemos?

—Franck, quiero que vuelvas a la góndola de pasajeros y veas qué más podemos descargar. Será mejor que también les avises que nos estamos cayendo. Tira su valioso equipaje, si es necesario.

—De acuerdo, lo intentaré.

—No te tardes mucho, Franck. Pronto vamos a tener que buscar un lugar para bajar y necesito tu ayuda.

El profesor Fritz Ribbentrop observó cómo el ingeniero abría la puerta desde la cubierta exterior. No fue casual en sus movimientos.

—Deprisa, nos hemos quedado sin helio y estamos perdiendo altitud rápidamente. Necesito que todos me ayuden a tirar cualquier cosa que no esté atornillada.

Se dio cuenta de que los hombres parecían comprender lo que les pedía mucho más rápido que las mujeres y los niños pequeños, que se limitaron a mirarlo sin comprender, como si acabara de darles la orden completamente descabellada de que saltaran del dirigible.

—¿Tiramos el alcohol? —preguntó uno de los señores de más edad, que llevaba de la mano a su mujer y cuyo rostro parecía mantener un ceño fruncido perpetuo.

—Sí, nos ayudaría mucho.

Tanto él como los otros dos hombres, que parecían tener unos cincuenta años, y el ingeniero, se pusieron rápidamente manos a la obra para arrojar los vinos caros y otros licores fuera de la nave. Casi le hacía gracia pensar que estaba destruyendo licores más valiosos de los que jamás habría tenido dinero suficiente para consumir en circunstancias normales.

Las mesas auxiliares fueron las siguientes en caer por la borda.

—Me vas a tener que ayudar con esto. Pesa demasiado —le dijo al hombre que tenía al lado, mientras volcaba el refrigerador.

—De acuerdo, pero ¿cómo vamos a pasarlo por la puerta?

Tomó un gran libro que había en la estantería y lo utilizó para golpear la enorme ventana de cristal que tenía delante. Mientras se hacía añicos y los trozos de cristal caían al suelo mucho más abajo, dijo —Podemos empujarlo hasta aquí.

Tuvieron que balancearlo un poco, pero enseguida consiguieron volcarlo.

Lo siguiente fue el estante.

Al poco tiempo, la antes lujosa góndola quedó reducida a once sillas, sus ocupantes y sus objetos personales.

El ingeniero, que venía de la cabina de pilotaje, miró el grande y ornamentado altímetro que estaba situado en el centro de la góndola, tal como se colocaría un viejo reloj de pie a bordo de un barco de vapor de lujo. El brazo seguía girando en el sentido de las agujas del reloj, lo que indicaba que estaban perdiendo altitud.

Su velocidad de descenso había disminuido, pero no se había detenido.

—Bien, el equipaje de todos debe irse —anunció el hombre, mientras intentaba agarrar la maleta de Fritz.

—Me temo que esto se queda —dijo Fritz, con voz firme que no

dejaba lugar a dudas sobre su seriedad.

—No seas tonto, viejo, nos vamos a estrellar. Tu equipaje no vale la pena —dijo el hombre mientras empezaba a tirar de la maleta.

—Ya te lo dije, esto no se va —la tranquilidad y la autoridad con la que hablaba Fritz, mientras sacaba su pistola Luger y apuntaba con ella al otro hombre, era lo que le daba ese aire aterrador.

—¿Estás loco? —preguntó el ingeniero.

—Sí —Fritz miró al ingeniero con ojos horrorizados —. No tienes ni idea de la atrocidad que he cometido —siguió apuntando con su pistola al ingeniero, haciéndole señas para que arrojara el equipaje de otro pasajero por la ventanilla —. Será mejor que tires su equipaje, y que lo hagas rápido, o de lo contrario podríamos estrellarnos.

El hombre sacudió la cabeza, consternado, pero no dijo nada.

Entonces empezó a tirar de un voluminoso baúl de madera que pertenecía a otro de los pasajeros.

—Si él puede quedarse con sus cosas, ¿por qué nosotros no? —preguntó el dueño del baúl, mirando a su mujer en busca de apoyo.

—Porque él tiene la pistola —dijo el ingeniero, sonriendo con impaciencia —. Ahora déjeme tirar esto por la borda.

Intentó levantarlo él solo, pero no pudo.

Frustrado, sacó de su cinturón un pequeño cuchillo que normalmente utilizaba para cortar cabos de amarre enredados, y lo clavó en el cerrojo.

El baúl se abrió de golpe, dejando ver más de cien lingotes de oro, cada uno con el emblema de sus adinerados propietarios: una G y una O unidas por un símbolo de infinito.

—¡No, no puedes tirar esto! Es todo lo que tenemos, los ahorros de toda una vida. ¿Cómo vamos a empezar de nuevo sin ellos? —la mujer, observó, había quebrado su sensatez ante la posibilidad de ver su fortuna casi perdida en el abismo.

Entonces, su marido apoyó el pie en la base del baúl y dijo —Me temo que esto no se va a tirar.

—¿Ah, sí? —preguntó el ingeniero. Parecía un loco, con la mirada perdida, como alguien a quien han llevado más allá del límite y ha estallado. Se agachó y levantó uno de los lingotes de oro. —¡Mira esto! —dijo, lanzando el lingote por la ventana.

Durante un par de segundos, pareció haberse paralizado toda actividad en el interior de la góndola.

Fritz observaba, con su pistola todavía apuntando a los demás. Decidió que los pasajeros ricos habían perdido por fin su aristocrática compostura y que el único hombre que trabajaba para mantener la nave en el aire parecía haber dejado de preocuparse por el destino de cualquiera de ellos.

La cosa se iba a poner violenta.

En ese momento, se oyó la voz de Peter por el intercomunicador —Franck, vuelve aquí arriba, nos vamos a pique y necesito tu ayuda.

*

Peter miró a Franck entrando por la puerta. Tenía la cara enrojecida y las fosas nasales peligrosamente dilatadas. Supuso que le había costado sacar el equipaje de los pasajeros.

Volvió a mirar el altímetro, que indicaba que la velocidad de caída había bajado a cien pies por minuto.

—Es inútil. Estamos descendiendo. ¿Ves algo abajo?

El paisaje parecía hostil y letal para el dirigible. Los salientes rocosos de la montaña la partirían en dos a la velocidad a la que descendían, y necesitaban mantener esa velocidad para conservar algo de altura. A excepción de las rocas, toda la ladera de la montaña estaba cubierta por un denso pinar.

—Por allí, ¿qué tal ese espacio libre? —Franck fue el primero en verlo.

—¿Dónde?

Franck señaló un lugar. Era un gran llano despejado, cubierto de nieve blanca.

—Ya lo veo. Eso servirá.

Tres minutos más tarde, el Magdalena golpeó con fuerza el suelo cubierto de nieve. Rebotando y temblando, se deslizó durante un largo rato por el suelo helado, y finalmente se detuvo. El altímetro indicaba que se encontraban a siete mil pies. Estaban a una altura increíble para haber tenido la suerte de encontrar un lugar tan despejado.

—¡Dios todopoderoso! —Peter jadeó, exaltado y sin aliento. —¡Estuvo cerca, pero lo logramos!

Luego miró a su copiloto. Se oyó un fuerte sonido, un crujido como el de un trueno lejano... y pudo sentirse. El dirigible se tambaleó.

—¿Qué demonios fue eso?

Franck quiso responder, pero Peter no llegó a escucharlo. Ambos habían muerto sin saber lo que había pasado.

*

En la otrora lujosa sala de pasajeros, el profesor Fritz Ribbentrop miraba tranquilamente por la ventanilla.

Él, de entre todos los pasajeros a bordo, sabía exactamente dónde se encontraban.

Fue un error lógico que el piloto aterrizara aquí. Si no hubiera crecido escalando estas montañas de niño, Fritz habría cometido el mismo error que ellos. No los culpaba.

Con la compostura de un hombre que ha aceptado su destino, Fritz

se aseguró entonces de que su única maleta siguiera bien cerrada y cuidadosamente esposada a su muñeca.

¿Quizá fue mejor que nunca llegara a su destino?

Se había quitado un peso de encima, como si por fin se hubiera liberado del estrés de las últimas semanas.

Ése fue su último pensamiento mientras apretaba con fuerza su única maleta contra el pecho.

Capítulo I

Puerto de Sídney, día actual

Sam Reilly tomó el timón de su *ketch* de fibra de vidrio de veinte metros, el Second Chance.

Con un metro ochenta de estatura exacta, era sólo un poco más alto que el hombre promedio, pero sus brazos y hombros eran anchos tras años de trabajo físico, y sus piernas eran tan fuertes como los troncos de un árbol, lo que le daba un aspecto robusto pero enjuto.

Físicamente, era el producto del arduo trabajo que el mar le exigía.

Tenía unos ojos azul oscuro, pensativos, y el tipo de sonrisa descarada que dice: *Puedo tenerlo todo*. Si la vida le había enseñado algo, era que él más que nadie podía. Su mirada mostraba determinación, y los callos de sus manos la tenacidad necesaria para hacer algo realidad. Era amable por naturaleza, pero desconfiaba de los demás. Sam se sentía más tranquilo cuando estaba solo.

Aquél era uno de esos días.

Hacía calor y soplaba un viento moderado del norte de entre quince y veinte nudos. Para todos los navegantes de fin de semana del puerto, parecía un día estupendo para navegar. Pero alguien como él, que había forjado su vida en el mar, intuía el desastre que se avecinaba.

Lo sabía con la certeza de un jugador de ajedrez que ha visto su propia derrota en cuarenta o más jugadas; habría problemas en el mar. Sam lo sabía por la calma del aire, el cielo azul pálido, el oleaje inusualmente grande que no coincidía con las condiciones meteorológicas locales, y, como cualquier persona con bastante experiencia en un ámbito determinado, lo sabía instintivamente. Su subconsciente había captado todas las señales delatoras y sabía el resultado. Se avecinaba una tormenta infernal.

Sam acababa de terminar su primer año en la empresa internacional de salvamento marítimo Deep Sea Expeditions. Se había prometido a sí mismo que nunca entraría en el negocio después de lo que le había pasado a su hermano, Danny. Pero algunas cosas están destinadas a suceder y, por mucho que intentara evitarlo, al final se dio cuenta de que debía volver al mundo en el que había crecido, al que realmente pertenecía: el mar.

Era la primera vez que se tomaba vacaciones desde que había empezado a trabajar para Deep Sea Expeditions. Sólo disponía de dos semanas, a menos que surgiera algún imprevisto. Por suerte, había advertido que el ciclón Charlotte, que estaba a punto de azotar la costa septentrional de Queensland, Australia, y los trópicos, se

desplazaba hacia el sur. Si sus predicciones eran correctas, lo que era casi seguro, la tormenta chocaría con la terrible bajamar que se estaba formando frente a la costa del sur de Australia.

La colisión de estos dos sistemas produciría una estrecha vaguada entre un alta tropical y una baja meridional, una situación conocida como estrangulamiento. El tiempo se volvería terriblemente peligroso y los mares increíblemente violentos e impredecibles.

El mismo tipo de condiciones meteorológicas había causado la muerte de nueve personas en la regata Sídney-Hobart de 1998 y averiado otros 39 yates.

El *Second Chance* había sido construido precisamente para resistir estas condiciones, no para luchar contra ellas. Sam había aprendido hacía mucho tiempo que nunca se debe luchar contra la fuerza del mar, a menos que quieras que ésta te aplaste. En cambio, su objetivo debe ser seguir las órdenes del mar realizando ajustes sencillos.

Mientras miraba el cielo azul claro, Sam sabía lo similares que eran estas condiciones a las que él y su hermano habían afrontado aquel terrible día hacía más de diez años. Había tenido suerte. Eso era todo. No había sido una cuestión de habilidad dadas las circunstancias, sólo pura suerte. Su hermano, Danny, lamentablemente no había tenido tanta suerte.

Sam había pasado mucho tiempo con miedo al mar; incluso le había dicho a su madre que no quería trabajar en el negocio familiar, pero con el paso del tiempo supo que sólo había una forma de vencer las pesadillas de su pasado. No podía evitarlo. Tenía que volver al lugar al que pertenecía. Donde, en el fondo, sabía que era el único lugar en el que se sentía realmente cómodo.

Al océano no le importaba quién era tu padre o lo rico que fueras. En el océano, estabas tan seguro como el mar te lo permitiera. Ahí fuera, no eras más que otra de los miles de millones de formas de vida del mar, ni más ni menos importante que cualquier otra.

Cuando el puerto de Manly se hizo visible, Sam viró por última vez antes de abandonar el puerto de Sídney hacia el sur, en dirección a un infierno helado

Sam navegaba solo.

No podía explicarle a nadie por qué había elegido navegar solo. Su padre, la única persona a la que no tenía que explicárselo, entendía perfectamente por qué había tomado esa decisión, como sólo lo entendería un navegante solitario. Su madre nunca lo entendería, y él tampoco lo comprendía del todo. Había algo que le impulsaba a hacerlo. Tenía que hacerlo, como el salmón que vuelve al mismo arroyo donde nació para desovar; buscaba una solución a un problema que había pasado la mitad de su vida intentando resolver.

El Second Chance tardaría dos días en llegar al estrecho de Bass.

Luego, cuando la tormenta estuviera en su peor momento, atravesaría el estrecho y rodearía Tasmania por el sur antes de regresar. En total, no estaría fuera más de una semana.

¿Encontraré la respuesta en ésta o en el fondo del mar? No se tomó la pregunta a la ligera.

Amaba estos viajes tanto como los temía.

El desafío de navegar solo se recompensaba con la propiedad exclusiva de la hazaña. Un yate, con sus velas ajustadas a la perfección, su rumbo correctamente sincronizado con el oleaje y la corriente era lo más fácil del mundo para un navegante solitario. El Second Chance medía veinte metros de eslora y llevaba más de trescientos metros de velas. Una vela de proa, una de estay, una mayor y una mesana podían ser controladas por un niño de seis años, si se manejaban correctamente.

En realidad, si hubiera hecho su trabajo de capitán, sólo tendría que disfrutar del viaje.

Sabía que el mar era tan bondadoso como implacable.

En el transcurso de las siguientes veinticuatro horas, poco cambió. El oleaje había subido a cuatro metros, pero era mar de popa bastante cómodo para navegar. El viento aumentó a 35 nudos. Lo suficiente para preocupar a un navegante de fin de semana, pero sólo lo justo para empezar a ver todo el potencial para el que se había diseñado el Second Chance.

No lo suficiente para crearle ninguna inquietud.

Sam no era uno de esos navegantes que sentían la necesidad de doblar el Cabo de Buena Esperanza en un bote neumático utilizando métodos tradicionales de navegación y dirección manual durante todo el trayecto, simplemente para demostrar su destreza marinera. Para él, lo importante era estar ahí, en medio de uno de los espectáculos más violentos de la naturaleza, participar de su poder sin dejarse vencer por él.

Sam no dudaba en utilizar todas las maravillas de la ciencia moderna. El Second Chance no era un yate de serie. Fue construido para un solo propósito, perseguir tormentas.

Era el resultado de años de desarrollo por parte de los mejores carpinteros de ribera, arquitectos navales, ingenieros y marineros. Construido con una cantidad de dinero que difícilmente podría gastarse en una vida entera; el tipo de riqueza familiar en la que Sam había nacido.

Su casco era de fibra de vidrio con quilla de fibra de carbono y una orza completa, lo que lo hacía excepcionalmente ligero, fuerte y estable. Equipado con piloto automático de última generación, navegación GPS, IAS, radar, teléfono por satélite e internet, sus instalaciones podrían hacer que algunos afirmaran que Sam no era un

marinero de verdad.

Mientras observaba atentamente los avanzados instrumentos de su panel de navegación, le importaba un carajo lo que pensaran que estaba haciendo ahí fuera. Para él, este viaje era sólo suyo.

Eran las ocho de la tarde y, aunque el sol se había puesto hacía más de una hora, la brillante luna llena ofrecía una seductora visión clara del océano que le rodeaba.

Éste era su verdadero hogar.

El oleaje, ya considerablemente alto, fluía en una dirección constante y no presentaba ninguna de sus habituales irregularidades. Esta noche dormiría a pierna suelta.

Bajó las escaleras y entró en el camarote principal. Todavía despierto, abrió su laptop. Estaba conectado al sistema principal de información y satélites que le había costado una fortuna instalar en el Second Chance.

En la parte superior de la pantalla aparecía la imagen de un buzón y, a la derecha, el número tres. Hizo clic en el icono.

A veces no sabía si le gustaba o detestaba tener acceso a este tipo de comunicaciones mientras estaba en el mar. Encontró tres mensajes en la bandeja de entrada y una docena más en el filtro de correo no deseado. Dos mensajes eran de Deep Sea Expeditions. Omitió el mensaje: probablemente iban tras él. Con la tormenta que se avecinaba, necesitarían la máxima ayuda posible, y probablemente estaban intentando rescindir su permiso. Estaba de vacaciones, así que no era su problema. Esta tormenta era para él.

El último correo electrónico era de Kevin Reed.

Sam había estudiado en el MIT con Kevin, pero nunca había tenido una relación muy estrecha con él. Kevin había estudiado Varianzas Geométricas, mientras que Sam había estudiado Oceanografía, antes de pasar a obtener su maestría en Microbiología. No tenía ni idea de por qué el hombre le enviaba correos electrónicos ahora. Estaba convencido de que no se había apuntado a la lista de exalumnos. Además, no tenía edad para asistir a una reunión.

La sola idea le hizo reír.

Abrió el mensaje y empezó a leer.

Querido Sam,

Mi esposa y yo estuvimos en Europa de vacaciones haciendo alpinismo durante seis meses. No vas a creer lo que nos hemos encontrado. Éste fue el único, aunque estuvimos buscando por la zona durante dos semanas antes de darlo por perdido.

Me preguntaba si me podrías decir de dónde pudo haber salido, y si crees que podríamos encontrar más como este o no.

Adjunto un archivo jpeg que muestra un pequeño lingote de oro que tiene en el centro grabadas una letra G y una letra O, separadas por un

símbolo de infinito artísticamente diseñado.

Cualquier consejo que me puedas dar te lo agradeceré mucho.

Saludos cordiales, Kevin y Sally.

En la parte inferior de la carta, se leía: *¿Quieres participar en la búsqueda del tesoro?*

Sam se rió.

¿Por qué cuando la gente sabe que trabajas para una empresa de rescate submarino en el puesto de Operaciones Especiales, automáticamente dan por hecho que te interesa la búsqueda de tesoros?

Analizó la foto durante un par de minutos.

Nunca había tenido un interés especial por el oro. Al fin y al cabo, ¿qué iba a hacer con él? Lo que despertó su interés fue la historia de la procedencia del oro.

Envió la imagen a Blake Simmonds, un banquero mercantil de Venecia. Era amigo de su padre y se especializaba en lingotes de oro y antigüedades europeas. Si alguien podía saber de dónde procedía el lingote, era él. Con la foto adjunta, Sam le hizo una sencilla pregunta: ¿Sabe de quién es este emblema? A continuación, dibujó una flecha roja que señalaba la impresión de G&O.

Hecho esto, Sam se metió en la cama y se durmió, mientras el Second Chance navegaba hacia el sur, rumbo al infierno.

*

Tom Bower estaba sentado en el oscuro casco del Maria Helena, mirando fijamente a su laptop. A pesar del potente aire acondicionado, su rostro brillaba con gotas de sudor mientras examinaba la catastrófica bajamar que se acercaba rápidamente a la costa noreste de Australia.

Tenía ojos de color marrón avellana y una sonrisa permanente, que era lo que mejor expresaba su actitud alegre y despreocupada ante la vida. Su pelo oscuro y rizado y su tez aceitunada sugerían una ascendencia mediterránea, aunque era estadounidense de tercera generación. Con 1.90 metros de estatura, era considerado demasiado alto para ser piloto, y aún menos apto para el mundo del espeleobuceo. En ambas cosas era un experto. A los veintiocho años, Tom ya había logrado más de lo que la mayoría de la gente lograría en toda su vida.

En general, se comportaba de forma relajada y estaba convencido de que siempre lograría salir adelante sin importar lo que le ocurriera. Sonreía con amabilidad y sus amigos a menudo consideraban que su actitud despreocupada ante cualquier desastre era uno de sus rasgos más entrañables y a la vez más irritantes.

Tenía delante una multitud de informes meteorológicos.

Incluso después de comentar el clima con los tres meteorólogos más destacados del mundo, los datos disponibles no eran mucho mejores que los que tenía cuando era niño.

Un ciclón se dirigía hacia la costa noreste de Australia y, dependiendo de dónde golpeara, casi con toda seguridad causaría muchos daños a personas, edificios y al medio ambiente.

A pesar de su utilidad actual, toda la ciencia diseñada para protegerlos podría hundirse en el fondo del océano.

Tom había pasado cuatro años en Florida cuando su padre fue asignado a la Marina. Sabía todo sobre los huracanes y siempre los odió. De niño, se prometió a sí mismo que se mudaría lo más lejos posible del agua. Cuando terminó la secundaria, se alistó en los Marines como piloto de helicóptero, feliz de haberse alejado del mar y del riesgo de los huracanes.

Poco después de su formación inicial, sirvió en Afganistán, donde realizó principalmente operaciones de Hot Drops con los SEAL de la Marina y Medevacs. Era un trabajo peligroso, pero al menos no había una enorme masa de agua bajo él.

Dos años atrás, su helicóptero había sido derribado. De los veinte hombres que iban a bordo, él fue el único que sobrevivió. Pura suerte, nada más. Nada podía haber hecho para cambiar el resultado. Tendrían que haberlo matado con los demás. Cuando asistió a sus funerales, no sintió deseos de intercambiar su lugar con ninguno de los buenos hombres que habían sacrificado sus vidas para que Estados Unidos pudiera proteger su forma de vida para las generaciones futuras.

No se sentía culpable de haber sobrevivido, pero aun así, cuando miraba a sus seres queridos, sus esposas, hijos, padres, hermanos y hermanas, sólo sentía un profundo dolor en su interior, que nunca podría repararse, ni siquiera con la fuerza militar de los Marines estadounidenses. Tom intentó continuar con su carrera militar, pero fue inútil.

Para la preocupación de su padre, Tom acabó solicitando la baja con honores de los Marines de Estados Unidos. Tardaron meses en tramitarla. Como piloto de helicópteros altamente cualificado, con tres misiones distintas en el Foso de Arena a sus espaldas, sólo pudo deducir que, a pesar de que su padre insistía en que no intervendría, él era el responsable del retraso. Cuando por fin se hizo efectiva, Tom firmó el papeleo, entregó el último de sus uniformes y se fue andando a casa desde la base.

Cuando llegó a casa, Sam Reilly lo estaba esperando, con una oferta de trabajo a la que no pudo resistirse.

Aunque habían sido vecinos de la infancia, venían de entornos muy distintos; ambos luchaban contra sus vicisitudes peculiares con el

mismo entusiasmo y tenacidad. El propio padre de Tom era almirante de la Marina y, aunque ganaba un sueldo de más de seis cifras e incluso se tuteaba con varios senadores y congresistas, era considerado relativamente pobre en comparación con los demás que vivían en la pudiente comunidad de La Jolla, California.

Sam, en cambio, tenía más dinero del que jamás podría gastar en toda su vida. Los dos hombres compartían una afición similar por el espeleobuceo desde la infancia. Cuando se hicieron adultos, para decepción del padre de su amigo, Sam decidió unirse a Tom y los dos se convirtieron en pilotos cadetes de helicóptero.

Los dos terminaron su entrenamiento como pilotos y Sam incluso había prestado servicio al principio de una misión en Afganistán con Tom. Pero entonces, sin ninguna razón aparente, Sam regresó a Estados Unidos y terminó la carrera en el MIT. En el ejército había un resabio de que una vez que Sam había conocido la horrible realidad de la guerra, había utilizado la influencia de su padre para volver a casa.

Hasta la fecha, Tom no había descubierto la verdadera razón de la repentina y prematura salida de su compañero de los Marines. Pero dudaba mucho que Sam hubiera sido incompetente, y Tom no podía creer que su amigo fuera un cobarde. Sam había vuelto al MIT para terminar su maestría en Oceanografía, y ambos solían reunirse varias veces al año para practicar espeleología. No era gran cosa, pero era todo el tiempo libre que los Marines le daban a Tom, y lo único que los estudios de Sam le permitían.

Se sorprendió al ver a Sam en la puerta justamente el día que había recibido su baja honorífica. Tal vez había sido pura suerte que sus vidas estuvieran a punto de coincidir una vez más, pero, aunque Tom creía en la suerte, también sabía que Sam solía ser el artífice de que ésta surgiera.

No fue coincidencia. Sam tenía que haber sabido lo que iba a pasar.

Tom todavía se acordaba con cariño de su conversación, a pesar de su posición actual, y de la ironía de todo lo que le habían ofrecido. Hacía poco más de un año.

—Hoy me han dado formalmente de baja del Cuerpo —dijo Tom.

—Eso me han dicho —Sam parecía alegre y luego dijo —Seguro que tu papá estaba contentísimo.

—Mamá ya me llamó para avisarme de que va a tardar en tranquilizarse después de esto. De todos modos, por mí no hay más que hablar. No tengo motivos para compadecerme de mí mismo. La verdad es que le he dado al Cuerpo seis años de mi vida y tres misiones en algunos de los conflictos más hostiles de la historia reciente. Me alegro de estar fuera. Nunca tuve aspiraciones de ascender a Almirante dentro de cuarenta años como mi padre. Pero

bueno, como dudo que estés aquí para darme ánimos, ¿qué quieres, Sam?

—Mi padre me convenció de volver al negocio familiar.

—Creía que odiabas lo que hace tu padre.

—No, me son indiferentes los caprichos de un hombre infantil hiperinteligente y exageradamente rico —Sam sonrió de nuevo al describir a su padre —. A pesar de lo que él quiera, nunca me convertiré en el próximo director general de Global Shipping.

—Entonces, ¿en qué te convertirás? ¿En capitán de remolcador? —Tom preguntó.

—No, quiere que me haga cargo de una de sus empresas auxiliares más pequeñas, Deep Sea Expeditions.

—¿Rescate de grandes barcos y conducción de remolcadores?

—No exactamente, pero supongo que podríamos encargarnos de algo parecido. Me ofreció el puesto de director de Operaciones Especiales, que es una forma elegante de decir que yo elijo el trabajo que quiero hacer, o sea, principalmente investigación oceánica, operaciones de rescate en aguas profundas y estudios sobre la calidad del agua.

—¿Qué respondiste al ofrecimiento? —preguntó Tom.

—Dije que dependía de que pudiera convencerte de que dejaras los Marines y te vinieras conmigo —Tom cayó lentamente en cuenta mientras Sam continuaba —. Mi papá me dijo que no me preocupara. Que pensabas dejarlo de todos modos.

—¡Hoy recibí una llamada telefónica a las ocho horas, diciéndome que por fin habían aprobado el trámite! ¿Cuándo hablaste con tu padre, Sam?

—¡Hablamos a las 07:30!

—¡Qué cabrón! Es la única persona que ha sacado lo mejor de mi padre, y controla el ejército naval más grande del mundo.

—Bueno, no quiero debatir quién es más importante, pero mi padre controla la más rica del mundo. Entonces, ¿qué dices? ¿Quieres vivir una aventura o quieres averiguar a qué otra burocracia quiere tu padre que te unas?

—¡Sabes que odio el mar! —Tom sabía que eso no era del todo cierto. Desde que casi lo mata un huracán en su niñez, había tenido varias pesadillas relacionadas con el mar, y por eso, cuando conoció a Sam y se hicieron amigos, se pasó años siendo arrastrado contra su voluntad a sus aventuras en el mar. Los huracanes todavía le daban mucho miedo, pero había aprendido a amar el océano tanto como a respetar profundamente su inmenso poder.

—No, no lo odias. Sólo le tienes un poco de miedo, eso es todo. De hecho, eso nos servirá en nuestro viaje. Además, nosotros nos ocupamos principalmente de las operaciones de buceo y recuperación

en alta mar y les dejamos las catástrofes marítimas a los demás. Puedo ponerte a cargo de Proyectos Especiales. Además, necesitamos un piloto de helicóptero. ¿Qué te parece?

—Suena mucho más divertido que estar aquí deprimido —y así, Tom se había embarcado en una vida en el mar; una vida en la que descubrió un lugar y una felicidad que nunca había experimentado.

Tom se rio al recordar aquella conversación, y recordó cómo los dos Reilly tenían el singular poder de convencer a los demás de que se unieran a ellos, independientemente de cuáles fueran sus intenciones originales.

Tom volvió a centrarse en el presente. A pesar de la fuerte insonorización de la sala de operaciones, se podía oír el zumbido de fondo de los motores diésel gemelos de cuarenta mil caballos de vapor que impulsaban al Maria Helena a toda velocidad hacia el problemático Hayward Bulk, en algún lugar de la costa del norte de Queensland, Australia.

Sabía que los ciclones tropicales eran el equivalente en el hemisferio sur de los temidos huracanes.

El Hayward Bulk era un superpetrolero de 500 mil toneladas. El sistema de seguridad integrado en el superpetrolero cortó la alimentación de los motores para protegerlo. El Mary Rose, que prestaba apoyo en alta mar al buque, se había negado a acudir en su ayuda porque el ciclón Charlotte estaba en camino.

El Hayward Bulk era uno de los más de treinta superpetroleros que poseía Global Shipping. Deep Sea Expeditions era su rama más pequeña. Su director general y propietario, el magnate naviero y anciano James Reilly, se había puesto en contacto con el capitán del Maria Helena y le había informado de que se estaban desviando de sus tareas actuales en Townsville para entregar un equipo de ingenieros y algunos equipos pesados al buque siniestrado.

Si llegaban a tiempo, Tom tendría que llevarlos hasta allí.

Durante doce meses su buena suerte lo había mantenido alejado de cualquier desastre de este tipo en el mar. Mientras miraba los informes meteorológicos en su laptop, Tom se dio cuenta de que el ciclón Charlotte iba a ser uno de los peores que jamás hubiera llegado a esta parte del mundo.

El destino, se dio cuenta, era inexorable.

*

El oleaje había subido por encima de los doce metros y, por primera vez desde que salió de Sídney, Sam empezó a preguntarse si esta vez había ido demasiado lejos. Donde antes las olas salpicaban espuma blanca, ahora eran muros de agua de doce metros de altura cubiertos de un mar blanco, furioso y espumoso. El viento había subido a ochenta nudos, con rachas de hasta 120.

Para empeorar las cosas, la extrema bajamar frente a la costa de Australia Meridional estaba a punto de chocar con el extremo sur de la bajamar del ciclón Charlotte. Esto formaría el más mortífero de los sistemas barométricos, conocido como estrangulamiento. En un gráfico sinóptico, las dos corrientes podían identificarse por una serie de líneas de gradiente de presión, con una zona de presión relativamente normal en el centro a punto de quedar atrapada entre ellas. No había forma lógica de predecir cómo respondería el mar a semejante colisión de fuerzas naturales.

Sam disfrutaba de este tipo de acontecimientos meteorológicos en el mar.

Bajo cubierta, apenas audible por encima del ruido de la tormenta, oyó sonar su teléfono satelital. Sólo tres personas en el mundo tenían este número: su padre, James Reilly, su meteorólogo, Mark Stanton, y su mejor amigo, Tom Bower. Ni siquiera su madre lo tenía.

Lo que fuera que hubiera ocurrido, sería importante.

Bajó la escalera y contestó el teléfono.

—Aquí Sam. —a pesar del aire frío, podía sentir el sudor en la mano que sostenía el teléfono contra su oreja.

Tenía que ser su padre.

Él ya había hablado con Mark esa misma mañana, y el hombre le había dejado muy claro que no había forma posible de saber, con certeza suficiente, qué demonios iba a pasar cuando los sistemas meteorológicos chocaran. Así que sólo quedaba su padre, que nunca llamaba a menos que hubiera un problema. Sam esperó que fuera Mark, diciéndole que la tormenta iba a ser peor de lo que había previsto.

—Sam, soy Blake Simmonds —después hubo una pausa *¿Qué diablos hace Blake llamándome?* —Tengo tu foto —continuó el hombre, como si hubiera anticipado la falta de respuesta de Sam como una señal de que no lo reconocía.

Casi se había olvidado por completo del lingote de oro.

—Ah, sí. ¿Sabes de dónde es? —preguntó Sam.

—Sí, es de la familia Oppenheimer y Goldschmidt —Sam se dio cuenta por el tono de voz de Blake que el hombre creía que todo el mundo conocía a esa familia.

—Nunca he oído hablar de ellos.

—Eran una familia judía extremadamente rica que desapareció durante el Holocausto.

—¿No querrás decir que fueron asesinados? —corrigió Sam.

—No, sus muertes no podrían haberse mantenido en secreto, ni siquiera durante el Holocausto.

—¿Alguna idea de dónde pueden estar ahora? —Sam preguntó.

—No. —Sam escuchó a Blake suspirar al otro lado de la línea —

Pero eso es todo. Nadie ha sabido nada de ellos desde entonces.

—¿Algún pariente?

—No, la última vez que alguien los vio fue cuando intentaron escapar de Múnich en el Magdalena —Blake sonaba emocionado, como si estuviera a punto de descubrir algo de suma importancia.

—¿Qué es el Magdalena?

—Era un dirigible de lujo, como el equivalente del Titanic en dirigible. Se decía que su propietario, un tal Peter Greenstein, hizo varios viajes a bordo, intentando rescatar a familias judías ricas en los primeros días de la guerra.

—¿Sólo a los ricos? — a Sam, que había crecido con un padre que se consideraba a sí mismo con problemas económicos cuando su nombre no aparecía en la lista de los 10 más ricos de la revista Forbes, aquello le parecía irritante y típico.

—Es lo que he oído —dijo Blake.

—No me extraña —Sam había visto de cerca lo que se les ofrecía a los ricos —¿Qué pasó con él y el resto de la gente del Magdalena?

—Bueno, eso es todo. Nunca más los volvieron a ver ni a saber de ellos después de la noche en que desaparecieron los Oppenheimer y los Goldschmidt.

Ahora sí que la historia detrás de la búsqueda del tesoro empezaba a despertar su interés.

—Muchas gracias.

—De nada. No habrás encontrado el oro, ¿verdad?

—No, sólo estoy investigando para un amigo. Dime, ¿cómo conseguiste este número?

—Mi padre me contó la historia del Magdalena perdido cuando yo era niño, así que cuando vi la imagen, tenía que saber la respuesta. Llamé a tu padre y le dije que era urgente que hablara contigo. Me dio este número. Dijo que no te importaría. Por cierto, me dijo que te mandara saludos y que espera que te vaya bien en tu nuevo trabajo.

Hacía un año que había aceptado el trabajo a regañadientes, pero él y su padre no hablaban muy a menudo.

—No hay problema. Gracias.

—Oye, si encuentras algo más sobre el lugar donde yace el Magdalena, me encantaría saberlo. ¿Podrías mantenerme al tanto?

—Claro.

Pulsó el botón para colgar en su teléfono satelital y luego recorrió su agenda de contactos hasta llegar al número de Tom Bower y pulsó el botón de llamar.

Sam escuchó el primer y el segundo timbre. No llegó a oír el tercero. En su lugar, se oyó un fuerte estruendo cuando una ola inusualmente grande golpeó el costado de babor del Second Chance, casi provocando que encallara y se inundara. Dejó caer el teléfono

satelital y oyó el repentino torrente de agua que envolvía la cabina central.

Miró hacia la escotilla y vio una gran ola rompiendo sobre él.

Era demasiado tarde.

Sus manos se aferraron instintivamente a dos de las múltiples asas del camarote antes de que el torrente de agua atravesara la escotilla abierta y desapareciera toda luz a su alrededor.

Capítulo II

El ciclón Charlotte había alcanzado su punto álgido la mañana del 25 de agosto, justo cuando el María Helena llegaba al barco averiado.

Tom, junto con el capitán de la nave y otros científicos a bordo, se encontraban en la sala de operaciones, sentados a una gran mesa rectangular. En la cabecera de la mesa estaba sentado el capitán del María Helena. A un lado de la mesa estaban sentados Tom y varios de los científicos que vivían en la nave, y al otro, cuatro ingenieros que Tom había traído de Cairns aquella misma mañana. A los pies de la mesa había una silla vacía, en la que normalmente se sentaría Sam Reilly como director de Operaciones Especiales de Deep Sea Expeditions.

A diferencia de los caballeros de la mesa redonda, el Maria Helena, aunque fuera civil, mantenía una clara jerarquía de mando. El capitán era el máximo responsable de la seguridad del barco y de todos los que iban a bordo, y normalmente, si Sam estuviera a bordo, él sería el máximo responsable de su misión.

—Como todos saben, el Hayward Bulk lleva casi cuarenta y ocho horas sin sistema de propulsión —dijo Matthew, el capitán, con calma, claridad y eficacia—. Y, dada su ubicación durante este ciclón que se aproxima, y el riesgo tanto inmediato como a largo plazo para la vida y el medio ambiente si se le ponen arrecifes, hemos ofrecido nuestros servicios para llevar a estos ingenieros y equipos a bordo del barco siniestrado.

Nadie habló.

Todos en la sala sabían que el hecho de que Global Shipping, propietaria de su filial, fuera responsable de la posible catástrofe, era la razón por la que habían sido desviados a esta misión.

Matthew volvió a hablar:

—Hemos recibido información de que el Hayward Bulk ha arrastrado sus dos anclas y se dirige a la costa de Cairns. El mayor problema, sin embargo, es que nunca tocará tierra, ya que la Gran Barrera de Coral se encuentra entre ambos.

Llegaron demasiado tarde.

—¿Qué lleva? —era la primera vez que Tom hablaba desde el comienzo de la reunión.

—Es confidencial.

—¡Mentira! Global Shipping es una flota de carga civil. Todo el contenido del barco debe estar registrado e identificado.

—Mira, digamos que la carga que lleva el Hayward Bulk sería letal para toda vida marina, y también humana, en cientos de kilómetros a la redonda —esta vez, el que hablaba era uno de los ingenieros que

habían embarcado recientemente en el Maria Helena.

—¡No puedo creer que hayan hecho esto! ¿Qué carajos llevan? —Tom no se molestó en ocultar su protesta.

—Tom, eso no importa ahora. ¿Puedes aterrizar en el Hayward Bulk con este clima? —Matthew, el capitán del Maria Helena, lo hizo volver al problema que tenía entre manos.

—Ni siquiera puedo despegar con este clima, mucho menos aterrizar —Tom no podía creer que le estuvieran haciendo una pregunta tan ridícula.

—Hay veintitrés de nuestros hombres trabajando a bordo en este momento. Si no podemos hacerles llegar este nuevo propulsor, sus muertes no serán nada comparadas con las trescientas mil muertes que se producirán cuando choquen contra el arrecife.

—¿Qué lleva? —Tom insistió.

—Ya te lo he dicho, no puedo decírtelo.

—¡Vete al carajo! Esperas que arriesgue mi vida por mi deber, pero no me dices qué es lo que estoy tratando de salvar. ¡No es posible!

—De acuerdo, ¿podemos hablar de esto en privado? —suplicó Matthew.

—No, aquí somos un equipo. Por como suenan las cosas, el viejo de Reilly ya ha puesto todas nuestras vidas en un riesgo importante. Creo que todos merecemos saber por qué —Tom sólo levantó un poco la voz, pero para todos los que lo conocían bien en aquella sala, fue como una declaración de guerra, viniendo de un hombre por lo demás totalmente apacible.

—Lleva barras de combustible de uranio gastado. No debería estar cerca del arrecife, pero lo está —la placa orador lo identificaba como Malcolm Ford. Llevaba un traje negro Armani, que le daba más aspecto de hombre de negocios que de ingeniero. Lo más probable es que fuera un representante de la empresa: estaba allí para asegurarse de que Global Shipping no cargara con la culpa de esta aventura.

Estaba sentado tranquilamente entre los demás ingenieros. Detrás de sus elegantes anteojos se veía el rostro de un hombre que tenía total control de la situación. Había ocupado su lugar entre los demás ingenieros que también habían permanecido en silencio hasta ese momento, pero él parecía ser diferente. No era simplemente un ingeniero astuto. Estaba ahí con otro propósito, aunque Tom no lograba adivinar cuál podría ser. El hombre no se había disculpado en absoluto, sino que simplemente había confirmado lo que Tom sospechaba.

¿Quién es este tipo?

—¡Pero no hay manera de que lo haga sin una aprobación especial! El barco tendría que estar certificado específicamente para ello. Sólo hay una forma de obtener ese tipo de aprobación...

Tom se detuvo en seco, recordando la estrecha relación que James Reilly mantenía con la actual administración.

¿En qué nos ha metido esta vez ese cretino egocéntrico? Sam se iba a enfurecer de verdad con su padre cuando se enterara de lo que había pasado. No es que hubieran estado de acuerdo en nada desde que su madre se separó de él tras el accidente de Danny.

—No tenemos tiempo para discutir —la voz de Matthew era severa, pero no hostil—. ¿Puedes volar o no?

—Si puedes aguantar lo peor de este ciclón hasta que se encuentre con el ojo de la tormenta, quizá pueda despegar y hacer el transbordo.

—De acuerdo, no es la solución ideal, pero al menos es una oportunidad. ¿Cuánto margen tenemos?

—Si logro cronometrar perfectamente el despegue, sólo será cuestión de minutos entre el despegue y el aterrizaje en el barco siniestrado. Es probable que no tengamos otra oportunidad de intentar despegar de nuevo si este plan fracasa. Entonces, ¿cuáles son las posibilidades de que funcione?

—Sé que las posibilidades son escasas, pero serán absolutamente nulas si no consigues que esa pieza llegue a la tripulación del inestable Hayward Bulk.

—Lo entiendo... —dijo Tom, reconociendo que lo haría. Nunca fue una cuestión de si arriesgaría o no su vida para servir a un bien mayor, sino una cuestión de saber por qué estaba arriesgando su vida —. Voy a preparar el helicóptero.

*

Tom miró por la escotilla trasera de la caseta del Maria Helena.

El enorme helicóptero Westland WS-61 Sea King, que descansaba precariamente sobre el pequeño helipuerto situado en la popa del Maria Helena color azul cielo, apenas podía verse a través de la espuma de las aguas agitadas por el intenso viento. Como precaución habitual, habían fijado sus raíles a la cubierta para evitar que se movieran al balancearse el barco con las olas del mar abierto. En aquel momento, se podían ver claramente tensos, ya que el barco se tambaleaba bruscamente con las violentas marejadas. Con ese clima, Tom imaginó que cualquier desprendimiento repentino de las amarras provocaría que el barco se precipitara al mar, como un jinete en un rodeo.

La tormenta estaba en su peor momento cuando se acercaron al ojo del ciclón. La velocidad del viento aumentaba progresivamente en su estrecha base, golpeando al María Helena.

Las amarras utilizadas para sujetar el helicóptero estaban preparados para soportar más de cuarenta toneladas, considerablemente más que las quince toneladas que pesaba el helicóptero. Aun así, Tom habría preferido esperar a que amainara el

tiempo antes de prepararlo para el despegue. El problema era que dispondrían de un margen de tiempo tan reducido para realizar con éxito la transferencia al Hayward Bulk que el helicóptero tendría que estar completamente listo para despegar en el momento en que entraran en el ojo del ciclón.

Tom observó cómo la cubierta subía y bajaba repetidamente hasta que visualizó una pausa lo suficientemente larga como para correr desde la cabina del Maria Helena hasta la puerta de la cabina del helicóptero.

Vio que era su mejor oportunidad y se puso en marcha.

Al llegar al Sea King justo cuando toda la cubierta trasera del Maria Helena caía diez metros por un canal, su mano se agarró a la barra del cabrestante en el lado derecho, mientras sus piernas colgaban por debajo.

Tom no se esperó a que el barco enderezara del todo para abrir la puerta de la cabina.

Subió y comenzó a preparar la meticulosa lista de control para el despegue.

Con la mano izquierda, puso el interruptor de la batería principal en la posición de encendido. Al instante, las luces situadas detrás de los instrumentos de la cabina brillaron con un tenue color rojo. Al lado, su mano pulsó el interruptor principal de aviónica a la posición ON. La retroiluminación de la aviónica se volvió de un rojo tenue y reconfortante.

Mirando hacia el lado derecho de su panel de control, confirmó que el nivel de combustible indicaba «LLENO», tal como lo mantenía siempre después de cualquier misión. Puso la válvula maestra de combustible en «ON» y luego las luces de navegación en «ON», aunque nadie en su sano juicio volaría en esos momentos.

Hizo la señal de «todo bien» con el pulgar y el índice, indicando a los ingenieros que se acercaran a él. Ya habían subido a bordo el propulsor de repuesto que debían entregar.

Tom giró la cabeza hacia la parte trasera del Sea King y vio cómo los cuatro hombres subían al interior. Todos sudaban y no querían mirarle a los ojos. A diferencia de los SEAL de la Marina que había conocido en su anterior vida con los Marines estadounidenses, estos hombres eran ingenieros privados y no estaban acostumbrados a ese nivel de riesgo.

Entonces, el quinto hombre abrió la puerta delantera del pasajero.

—¿Cuánto falta para que podamos irnos? —era el hombre de negocios de la reunión anterior. A diferencia de los otros ingenieros del helicóptero, este hombre no mostraba ninguna señal típica de una persona en peligro. Bien podría haber estado subiendo a un taxi de camino a una reunión importante.

—Pronto —dijo Tom. Luego observó los rostros asustados de sus pasajeros y dijo—: ¿Se sienten con suerte, caballeros?

—Me dicen que es usted el mejor piloto de helicóptero de ambos hemisferios —dijo el hombre que estaba sentado a su lado. Las canas en las sienes indicaban su edad, y su complexión fuerte y atlética, propia de un hombre mucho más joven, le daba un aire de confianza —. Entonces, no necesitamos suerte, ¿no?

—Estamos a punto de volar dentro del ojo de un ciclón —dijo Tom, mientras fingía una sonrisa imperturbable—. Yo diría que nos vendría bien un poco de suerte. Te propongo un trato. Te meteré en el Hayward Bulk y tú sólo preocúpate de conseguir que funcione por sí mismo a tiempo para salvarnos la vida a todos.

—Trato hecho.

Tom giró la cabeza hacia la ventana, observando cómo la tormenta arreciaba frente a él. Los fuertes vientos estaban elevando literalmente el agua del océano.

¿Qué tanto podría empeorar?

Luego, Tom observó cómo el sistema de radar producía una imagen clara de la entrada que se abría ante él. El Maria Helena estaba a punto de entrar en el ojo del ciclón.

La mano izquierda de Tom ajustó el acelerador hasta que las revoluciones de la hélice principal alcanzaron el 100%.

Su mano derecha pulsó el botón de reinicio, poniendo a cero el altímetro.

—Maria Helena aquí Sea King, *Yankee Victor Charlee Zero Niner*.

—Adelante Sea King.

—Estamos listos para saltar del barco en cuanto pasemos por el límite.

—Entendido, y buena suerte.

La proa del Maria Helena montó la enorme ola.

Una vez que entraron en el ojo, la tormenta desapareció como si Dios hubiera apagado una lavadora. En lugar del mar turbulento, había un plácido lago. A bordo, el potente motor diésel bajó de revoluciones cuando sus hélices gemelas dejaron de esforzarse por mantener el impulso en medio del oleaje. Había una extraña ausencia de viento, y a un marinero se le podría perdonar fácilmente que pensara que la tormenta había terminado y que había tenido suerte de sobrevivir a ella.

La mente de Tom volvió al presente, cuando vio a lo lejos el siniestrado Hayward Bulk.

—Allá vamos, señores.

El personal de tierra desconectó manualmente las amarras.

Su mano izquierda tiró del colectivo.

Instantáneamente, el paso colectivo de las hélices del rotor

aumentó, generando elevación. Se escuchó el sonido del potente motor Rolls Royce del Sea King, mientras Tom aumentaba el acelerador para mantener las rpm, y entonces despegaron.

A treinta metros, Tom pudo ver lo pequeño que era el ojo del ciclón. Ojalá el Maria Helena hubiera podido cerrar la brecha entre los dos barcos.

Aproximadamente a una milla náutica por delante de él estaba el superpetrolero averiado, balanceándose en el agua relativamente tranquila, sin más control sobre su destino que el de una botella de plástico flotando. Tom ajustó inmediatamente el rumbo para volar más rápido recto y nivelado.

Detrás del buque siniestrado, Tom pudo ver una inmensa cresta, un torrente de agua. Estaba en el extremo del ojo del ciclón, acercándose rápidamente. Se dio cuenta de que era muy poco probable que llegaran a tiempo.

Nadie a bordo del helicóptero hablaba, pero todos tenían el mismo pensamiento: iban a morir.

Por cada treinta metros que volaban hacia el Hayward Bulk, la pared exterior del ojo parecía acercarse treinta metros más.

Tom se sentía como un niño que temía con certeza ser el último en pie al final de un juego de sillas musicales, estrellaría su helicóptero al mismo tiempo que la tormenta alcanzara el Hayward Bulk.

A doscientos metros del Hayward Bulk, observó las pequeñas ondulaciones que se formaban en la parte trasera del casco del buque, y luego se volvieron blancas: la tormenta había vuelto.

Era demasiado tarde.

Con el viento a más de cien nudos, les iba a resultar muy difícil bajar el Sea King al helipuerto.

Tom comenzó el descenso.

A diferencia de un descenso normal en helicóptero, éste era más parecido a una caída controlada que a una aproximación estándar.

Debajo de él, la tormenta hizo volar las enormes antenas de la torre de radar situada en lo alto del barco.

Se acercaba rápidamente.

Cuando sus hélices tocaron por fin el otro lado del ojo de la tormenta, poco pudo hacer para mantener el control. Fue más bien el impulso y la gravedad los que le mantuvieron en movimiento hacia el helipuerto.

Sus brazos y pies luchaban con los pedales, la palanca de mando y el colectivo para evitar que el helicóptero se estrellara contra el mar, a una velocidad mucho mayor de la que su mente podía comprender. Ahora confiaba únicamente en su capacidad inconsciente, desarrollada a lo largo de muchos años de vuelo.

Ya no le preocupaba estrellarse, sino simplemente mantenerse

alejado del mar.

Al hacerlo, sobrepasó el helipuerto.

Unos cien metros más allá del helipuerto, a lo largo del casco del Hayward Bulk, redujo su velocidad de descenso, planeó durante un instante y luego se dejó caer con elegancia sobre la cubierta del buque averiado.

Se oyó el ruido de los patines al aterrizar el Sea King.

Tom puso las hélices del rotor en reversa para que, en lugar de levantar el helicóptero, lo empujaran contra la cubierta e impidieran que saliera disparado hacia el mar.

Estaban vivos.

Por el momento.

—¡Bien, todo el mundo fuera! —Tom giró la cabeza y vio las caras pálidas de sus aterrorizados pasajeros.

Nadie se movió.

—El viento lo va a tirar por la borda en breve, así que les sugiero a todos que salgan de aquí si quieren vivir.

Eso bastó para que se movieran.

Tom observó cómo los cuatro pasajeros forcejeaban con el propulsor de cien kilos.

—Buena suerte.

—¿Adónde van? —dijo uno de los ingenieros, que parecía aún más alarmado que antes, si es que eso era posible.

Tom sonrió.

—Sólo estoy limpiando la cubierta —a continuación, elevó el colectivo al máximo, lo bloqueó en su posición, giró el ángulo a babor y salió cautelosamente del helicóptero.

El Sea King desapareció en el océano.

—Bueno, señores, ahí va la única oportunidad que teníamos de volver a despegar —dijo Tom con calma—. Ya cumplí con mi parte. Esperemos que ustedes sean capaces de cumplir con la suya.

—Vamos, bajemos esta cosa —dijo el ingeniero más viejo con un aire pesimista.

Capítulo III

Sam vio que el muro de agua se acercaba rápidamente.

Poco podía hacer al respecto. El Second Chance sobreviviría o no lo haría. Su única opción era aguantar.

Se dio la vuelta, de espaldas a la avalancha de agua que se acercaba y cerró los ojos. Respirando hondo por última vez, se agarró al asa interior con todas las fuerzas de sus dos manos y confió en que aquel día no fuera el último.

La turbia ola de agua lo golpeó con la fuerza de un camión Mack. El impacto inicial casi lo dejó inconsciente. La fuerte corriente lo arrastró y sus manos se aferraron al asa mientras luchaba por no ser arrojado por el pasillo de la cocina.

El agua empezaba a retroceder cuando una segunda ola golpeó la barandilla de babor.

Sam sólo tuvo tiempo de respirar hondo una vez más antes de que el agua volviera a inundar toda la zona.

Creyó que su barco iba a zozobrar y volcar, pero el Second Chance hizo honor a su nombre.

Lentamente, el agua retrocedió. Sam escuchó el zumbido habitual de las potentes bombas automáticas de la sentina.

Se levantó y echó un vistazo a la cabina.

Le iba a costar mucho trabajo limpiarlo y habría que sustituir algunos de los equipos electrónicos, pero en resumidas cuentas, había salido ileso.

Otra gran ola golpeó el barco y Sam escuchó el mecanismo del piloto automático luchando por mantener el rumbo.

Un crujido ensordecedor anunció ese ruido que es la peor pesadilla de todo marinero.

Era el sonido de un cable rompiéndose bajo presión, seguido de la repentina sacudida del yate cuando el timón dejó de luchar por mantener su rumbo. El pequeño foque de tormenta, la única vela que quedaba, formando un triángulo de no más de dos metros, podía escucharse batir al viento.

Sam no esperó a sentir el golpeteo del gigantesco oleaje a babor. Sin el timón, no había manera de controlar la forma en que el Second Chance se enfrentaría al oleaje que se aproximaba.

En estos mares, no correr con el oleaje sólo podía resultar en daños catastróficos a su yate y en una muerte segura por ahogamiento.

Subió las escaleras y salió por la pequeña escotilla.

Ahora la tormenta lo rodeaba. Si no conseguía controlar el timón en cuestión de minutos, él y el Second Chance se irían al fondo del estrecho de Bass.

El piloto automático parpadeaba y hacía un molesto ruido mientras la computadora intentaba determinar qué ajustes debía hacer. Mientras el cable que conectaba el bloque de dirección con el timón estuviera roto, no funcionaría.

Sam pulsó el botón de espera del piloto automático con total frustración. No quería escuchar más ese sonido. Entonces, sin esperar a ponerse el arnés y tender un cabo de desplazamiento, se dirigió rápidamente hacia el espejo de popa. Allí, sobre el enorme timón, estaban los restos de su vieja veleta y, junto a ellos, la caña de timón de emergencia.

La caña de timón, una sencilla conexión directa con el timón, era de poca ayuda mecánica para la navegación, pero de algo servía; la caña de timón de emergencia le daba a Sam al menos la posibilidad de conducir el Second Chance manualmente.

Sentado en popa, tenía poca protección contra las olas gigantes que corrían a sus espaldas. Si otra ola volvía a inundar la cubierta, con arnés o sin él, la fuerza lo lanzaría por la borda hacia su inevitable muerte.

Como para enfatizar su exposición, una ola mediana rompió y salpicó sobre él; el frío helado inmediatamente perturbó su mente haciendo que cambiara de rumbo.

La única salvación era el hecho de que, por delante, el pequeño foque de tormenta, poco más que un par de metros de lona, proporcionaba la velocidad suficiente para mantener un flujo de agua lo suficientemente fuerte sobre el timón para mantener el rumbo. Sam inclinó el Second Chance diagonalmente a lo largo del gran oleaje rompiente, en un movimiento parecido a surfear con la ola en vez de luchar contra ella.

Le esperaba una larga noche si quería sobrevivir.

Hasta entonces, su supervivencia había sido más cuestión de suerte que de habilidad, reconoció, pero por la mañana la tormenta se había calmado.

Al día siguiente, cojeó hasta las afueras de Hobart, donde pudo anclar a sotavento de la montaña y hacer reparaciones. Instalar un segundo cable de dirección en el Second Chance fue más fácil de lo que parecía, porque Sam había insistido en que hubiera un juego duplicado de cables uno al lado del otro.

Al final, la reparación duró menos de una hora, pero luego pasó los dos días siguientes vaciando la sentina para proteger el casco interior de la corrosión del agua salada.

Al tercer día, Sam puso el piloto automático en dirección norte, ajustó las velas y emprendió su largo viaje de regreso a Sídney, donde podrían efectuarse reparaciones más exhaustivas en su inundado yate.

Dos horas más tarde, de camino hacia el norte y con un clima

relativamente tranquilo, Sam echó un último vistazo al horizonte, comprobó sus instrumentos y se subió a la litera que utilizaba normalmente cuando estaba en alta mar.

Sam cerró los ojos, y reconfortado por la dirección de la brújula al final de la litera, se durmió.

*

Tom observó cómo su querido helicóptero Sea King desaparecía en el mar.

El viento era demasiado fuerte y el espacio de aterrizaje demasiado escaso para poder mantenerlo en la cubierta del Hayward Bulk. Volar de vuelta al Maria Helena ni siquiera era una opción. Se estrelló contra el mar apenas veinte segundos después, flotando durante un par de minutos, y luego anegado por una gran ola.

Su naufragio bastó para que Tom volviera a centrarse en el problema que tenía ante sí.

Los cuatro científicos que habían estado a bordo del Sea King, junto con otros tripulantes del Hayward Bulk, se dirigieron a las entrañas del barco, con el gigantesco propulsor.

Tom los siguió hasta la entrada del casco.

Una sonrisa estúpida cruzó sus labios al considerar lo ridículo de la situación y su incapacidad para cambiar el resultado.

El impulsor, diseñado para introducir agua de mar fría para refrigerar activamente el motor, se había partido. Por consiguiente, el motor no refrigeraba y, si no se reparaba, acabaría gripándose, lo que resultaría en una reparación de veinte mil dólares en la sustitución del motor por otro nuevo de un millón de dólares. Para evitarlo, el ingeniero jefe de Global Shipping había encargado la instalación de un sistema de seguridad para cada uno de sus motores, que apagase automáticamente el motor en caso de que el propulsor dejara de succionar agua.

El resultado de tan simple sistema fue que todas las personas a bordo del Hayward Bulk, y potencialmente otras trescientas mil personas, que vivían en Cairns y sus alrededores, podrían morir, a pesar de que el motor estuviera en pleno funcionamiento.

La ironía de la salvaguarda teórica del sistema casi hizo reír a Tom mientras observaba cómo los cuatro ingenieros se esforzaban por maniobrar el enorme propulsor hasta las profundidades del casco, donde podía acoplarse al motor del enorme superpetrolero.

Tom estaba a punto de seguirlos, cuando se dio cuenta de que el hombre del traje Armani, que parecía inquietantemente confiado, seguía al resto de los ingenieros hasta la puerta. Pero justo antes de entrar, miró a su alrededor y luego siguió caminando hacia la parte delantera del barco.

¿Qué estará tramando?

Siguiéndole, Tom ni siquiera intentó disimular. El viento soplaba con tanta fuerza y había tanta espuma en el aire que Tom temía que el hombre lo tirara por la borda incluso antes de que se diera cuenta de que lo seguía.

Cuanto más se acercaba el hombre a la proa, más se preocupaba Tom por lo que estaba tramando. No había motores en funcionamiento en la proa del Hayward Bulk, entonces ¿por qué se dirigía hacia allí? Tom tenía toda la intención de averiguarlo.

El hombre llevaba una bolsa de trabajo, pero Tom desconocía con qué fin.

Más adelante, el hombre abrió una de las escotillas del casco, miró de derecha a izquierda y desapareció.

Tom corrió hacia adelante, intentando alcanzarlo.

Abrió la escotilla y se puso a escuchar. Las suaves luces de fondo que permitían a la tripulación ver el funcionamiento interno de las entrañas del barco, sólo le dejaban ver a una corta distancia. Abajo, podía escuchar el sonido de alguien que se movía rápido, saltándose varios escalones mientras bajaba; aunque Tom no podía oír mucho por encima de los sonidos de la tormenta.

El hombre quizá tuviera una razón válida para estar allí. Parecía razonable suponer que, si fuera un ingeniero con un propósito, bajaría corriendo las escaleras.

Tom siguió las escaleras hasta el fondo.

Se escuchaba la sentina, el barco ya había absorbido gran cantidad del agua que había inundado la cubierta y ahora se agitaba por el fondo.

Una vez que llegó al fondo y miró a su alrededor, Tom no vio por dónde había ido el hombre. Parecía un callejón sin salida, que no servía para mucho más que para proporcionar flotabilidad. Tom se dio la vuelta para ver si encontraba otra dirección por la que pudiera haberse ido.

En el punto más alejado de la proa, la linterna de Tom reveló dos motores comparativamente pequeños, que debían de servir para la hélice de proa.

En el motor de babor, algo llamó su atención.

Tom vio el débil resplandor de un punto rojo que parpadeaba. Normalmente, Tom no le habría dado importancia, pero al no haber ninguna otra luz, la única luz roja parecía fuera de lugar.

Bajó al motor y puso la mano sobre la luz roja. Brillaba en su mano como si la fuente emanara de otro lugar.

Sus ojos siguieron el haz de luz hasta su origen, y luego se detuvieron.

En el lateral del casco, a unos tres metros por encima de él, había dos cartuchos de dinamita conectados a un temporizador con una luz

led roja. No era una gran cantidad de explosivos, pero sin duda bastaría para hacer un agujero importante en el casco, lo suficiente para hundir el Hayward Bulk, si es que el ciclón Charlotte no lo hundía antes.

La mente de Tom comprendió la situación.

Por encima de él, oyó el sonido de una sola barra de acero deslizándose por la parte superior de la escotilla.

Estaba atrapado.

Capítulo IV

El hombre del traje Armani se sentía bien.

Todo había salido a la perfección. Al principio, después de que su compañero hubiera destruido el propulsor, le preocupaba que pudieran repararlo antes de que él llegara al barco siniestrado. Entonces se enteró de lo del ciclón y se le ocurrió la solución.

Malcolm Ford, ingeniero jefe de Global Shipping, estaba en Sídney en ese momento. Para él sería fácil brindar ayuda al barco siniestrado. También le proporcionaría más credibilidad, ya que lo más probable era que la tripulación del Maria Helena no lo conociera de nada.

La jugada le había salido bien, pero le preocupaba que el piloto tuviera la sensación de que algo no iba bien. El hombre parecía demasiado atento, mucho más listo de lo habitual. Tras investigar, descubrió que el piloto era la mano derecha de Sam Reilly en la división de proyectos especiales de Global Shipping: Deep Sea Expeditions.

Por el momento, ese problema estaba resuelto.

Disponía de menos de una hora para recuperarlo. Iba a tener que trabajar rápido, pero confiaba en tenerlo a tiempo.

El hombre corrió hacia la cabina principal, la superestructura situada en la parte trasera del barco, donde se encontraban los camarotes de la tripulación, el puente de mando y la torre de control.

Para su alivio, no se cruzó con nadie en el camino, abrió rápidamente la puerta y entró. Al cerrar la puerta, el ruido de la tormenta se redujo a la mitad.

Había visto los planos del barco una semana antes y sabía exactamente adónde se dirigía: bajó más de una docena de escaleras hasta llegar a las entrañas del barco.

En la habitación, normalmente cerrada, tomó la tarjeta magnética que su amigo le había dado y abrió la puerta.

La habitación era pequeña en comparación con el enorme tamaño del resto del Hayward Bulk. Estaba a oscuras, sin mirillas por las que entrara la luz exterior. Encendió las luces, pero no sirvieron para que el lugar pareciera más acogedor.

En el extremo de la habitación había una cama individual y, junto a ella, una computadora portátil.

La encendió y esperó a que se iniciara la página de seguridad. Después, tecleó rápidamente el código alfanumérico y vio cómo la pantalla cambiaba a su página de inicio.

En la esquina superior izquierda, hizo clic en un archivo con la etiqueta «Tiempo restante».

Al abrir el archivo, su corazón empezó a acelerarse cuando se dio

cuenta de que estaba cerca de lograr su objetivo. Hizo clic en el botón «Continuar» y la barra de herramientas mostró el tiempo que faltaba para completar el proceso.

Dejó abierta la computadora portátil para que siguiera ejecutando su programa, y confiado en que su dueño estaría demasiado concentrado en los acontecimientos actuales como para volver, se marchó despreocupadamente.

Nunca se le borró la sonrisa de la cara hasta que estuvo libre.

Lo había conseguido.

Había traicionado a un hombre y robado algo más valioso que el dinero.

*

Tom, incapaz de mover la escotilla que tenía encima, volvió rápidamente al lugar donde había visto la bomba. No había ningún temporizador visible, así que no tenía forma de saber cuánto tiempo le quedaba.

Tom comprendió que no importaba.

Iba a tener que encontrar la manera de deshacerse de ella. Si fallaba, el Hayward Bulk iba a ser destruido, y lo que habían hecho para salvar las vidas de todos en un radio de dos mil kilómetros del lugar habría sido en vano.

A la derecha de la bomba, encontró un carrete con una cadena gruesa. Pesaba mucho y a duras penas pudo llevarla hasta los escalones situados encima de la bomba. Una vez allí, la desenrolló tan rápido como pudo y bajó un extremo. Enrolló el otro extremo alrededor de un bolardo hasta que se trabó contra sí misma.

Luego descendió con cuidado por los grandes eslabones de la cadena hasta llegar a la bomba.

Estaba compuesta únicamente por dos cartuchos de dinamita con un simple temporizador interno. Probablemente alguien de su unidad podría haberla desactivado sin pensárselo dos veces. Por desgracia, él no sabía nada de bombas.

La agarró con la mano derecha y tiró suavemente.

Se separó de la pared con bastante facilidad y, puesto que seguía con vida, Tom pensó que de momento lo estaba haciendo bien.

Aunque no sabía mucho sobre la bomba en sí, había visto suficientes explosivos durante su estancia en el Cuerpo como para saber que la gente no solía prepararlas con temporizadores prolongados.

La llevó hasta lo alto de las escaleras y la fijó a la puerta de la escotilla.

Si detona antes de que salga de aquí, me abrirá una vía de escape...

Tom volvió al pie de la escalera y empezó a golpear contra la pared divisoria de acero, que formaba parte de los compartimentos

herméticos de seguridad del barco. Era una tontería pensar que un sonido así pudiera escucharse por encima del ruido del ciclón, pero eso no le impidió intentarlo.

Encontró un extintor y lo utilizó para embestir el lateral de la lámina de acero.

Después de golpear durante diez minutos, Tom se tomó un descanso, seguido de otros diez minutos de golpes. Al final de su quinto intento, la resonancia de sus golpes era mucho más fuerte.

Al principio no se dio cuenta de su origen; aún le zumbaban los oídos y le palpitaba la cabeza.

Cuando levantó la vista, vio que por encima de él había un agujero de tres metros donde había estado la escotilla.

Había encontrado la salida.

Si tan sólo tuviera tiempo suficiente para salvar al Hayward Bulk.

*

Tom tardó un kilómetro y catorce tramos de escaleras en llegar al puente, que estaba situado en la parte trasera del barco y elevado sobre la cubierta.

—¿Capitán Ambrose? —Tom saludó al hombre, cuya barba blanca y gorra de capitán lo identificarían fácilmente como la imagen misma de cualquier capitán de barco en cualquier parte del mundo.

—Sí —reconoció, sus ojos mirando a Tom de arriba abajo—, y usted debe ser el Sr. Bower, el piloto del María Helena.

—Ese soy yo, y tenemos un serio problema.

—Claro que sí, hijo. Parece que, a pesar de tus valientes esfuerzos, vamos a chocar contra ese arrecife y el casco de mi barco se abrirá como una lata de sardinas.

—De eso hablaremos en un momento —Tom hizo una pausa, no tenía ni idea de lo cerca que estaban del arrecife—. Uno de los ingenieros que traje hasta aquí, un tal Sr. Malcolm Ford, no es quien dice ser. Lo sorprendí colocando una bomba en la parte delantera del barco, y ahora no tengo ni idea de dónde está.

—Dios, mi día se pone cada vez mejor —el capitán parecía confundido—. ¿Pero por qué querría alguien destruir mi barco?

—Lo más probable es que sea por la utilidad de su cargamento y las catastróficas repercusiones si se vierte en estas aguas. Sería el peor atentado terrorista de la historia.

—¿Me está tomando el pelo? —el capitán se rio—. Nuestro cargamento se irá directamente al fondo. El único daño que causará será a los peces que tengan la mala suerte de estar nadando debajo de nosotros cuando nos hundamos. Nada más.

—Pero me dijeron que llevaban una carga de uranio, ¿no?

—¿Qué? ¿A través del Estrecho de Torres? ¿Estás loco? Jim Reilly nunca lo permitiría. No tanto por el riesgo medioambiental, sino

porque si lo sorprenden transportando uranio, la Agencia de Protección Medioambiental le pondría tal multa que ni siquiera él podría permitirse volver a navegar en estas aguas.

—Entonces, ¿qué lleva? —Tom preguntó.

—Carbón.

—¿Sólo carbón? ¿Algo más? ¿Por qué James Reilly pediría todo este apoyo y arriesgaría nuestras vidas si sólo lleva carbón? ¿Qué más podrían estar buscando?

El capitán abrió un manifiesto de embarque especial y señaló una entrada fechada dos semanas atrás.

—Jim Reilly estuvo a bordo justo antes de salir de Japón. Accedió a su bóveda privada.

—¿Tiene una bóveda privada?

—Claro que la tiene. Se dice que tiene una suite privada en todos sus superpetroleros, pero éste es el único que tiene una bóveda privada.

—¿En serio? —Tom no entendía por qué James Reilly necesitaría tener eso—. ¿Qué guarda en ella?

—No tengo ni idea, nunca lo he sabido. Sé que no son drogas, de eso estoy seguro. Hemos tenido muchos perros rastreadores de drogas a bordo en algunos de los puertos en los que atracamos, y nunca he visto a uno solo de ellos detenerse y alertar en su bóveda.

—¿Con qué frecuencia accede a ella?

—No muy a menudo, quizá un par de veces al año —los ojos del capitán se abrieron de par en par—. Sea lo que sea, podemos suponer que es muy valioso.

—¿Por qué lo dice?

—Generalmente nos llega a través de una serie de camionetas de seguridad privada. Ya sabe, del tipo que usan para transportar oro y dinero para los bancos. Sólo que Jimmy es diferente, le gusta usar varias. Cada una está blindada hasta los dientes. Todas se entrecruzan en sus rutas, de modo que cualquier posible adversario no sepa en qué camioneta está el cargamento de valor. Al final, suelen ser tres los vehículos que entran en el casco. Cuando esto ocurre, el viejo siempre está presente. Dice que no se fía de nadie y que lleva años utilizando ese equipo en concreto. Luego lo guarda bajo llave y puede que lo retire o no hasta meses o incluso años después.

—¿Y nunca ha descubierto qué es?

—No, nunca. Lo que Jimmy no quiere que se sepa, simplemente no se pregunta.

—Entonces, una vez que lo guarda, ¿quién lo vigila?

—Nadie. Como le he dicho, «está asegurado en su bóveda privada».

—¿Qué le impide a alguien abordar el barco y entrar en ella?

—Sólo se puede acceder a la bóveda desde el exterior, a lo largo de

la línea de flotación cuando el barco está vacío. Luego, cuando está cargado, la entrada está muy por debajo de la línea de flotación, por lo que es casi imposible acceder a ella cuando en movimiento.

—¿Y con buzos o un submarino? —preguntó Tom.

—Imposible.

—¿Por qué?

—El Hayward Bulk es un super petrolero de 500 mil toneladas. ¿Tiene usted idea del tipo de presión que se crea junto al casco de este buque cuando está en movimiento?

Tom asintió con la cabeza. Se imaginaba a dónde quería llegar el capitán.

—Cualquier cosa que se acerque al barco sería arrastrada por su estela y destruida en cuestión de segundos.

—Entiendo.

Realmente no entendía, sin embargo. Tom conocía a James Reilly desde hacía años y, aparte de sufrir una importante megalomanía, el hombre siempre había mostrado ser bastante pragmático.

¿Por qué habría de transportar algo tan valioso de esta manera? Podía permitirse fácilmente transportarlo en avión o por cualquier otro método seguro. Si fuera ilegal, ¿qué podría ser tan gratificante como para arriesgar todo lo que ya tenía?

Tom tenía la respuesta a su propia pregunta: más dinero.

—¿Y si el barco se hunde?

—Tenemos un bote salvavidas de última generación a bordo. Evacuaremos mucho antes de que el Hayward Bulk llegue al arrecife y verá que estaremos a salvo.

—No, disculpe —Tom hizo una pausa—. Lo que quiero decir es que... por lo que usted ha descrito, sea lo que sea lo que James Reilly está transportando, vale más que su barco, y todos sabemos que ni la mejor tripulación ni el mejor barco pueden mantenerse a flote indefinidamente sin correr riesgos. Entonces, ¿qué pasará con sus valiosas posesiones?

—Seguirían estando a salvo.

—¿Incluso si el barco se hunde?

—Sí. Verá usted, Tom, cuando Jimmy mandó construir su bóveda privada, lo hizo de tal manera que nadie pudiera entrar en ella, ni siquiera con una bomba. Estructuralmente, si el Hayward Bulk se hundiera hasta el fondo del océano y fuera completamente destruido, su bóveda privada seguiría a salvo en el fondo del mar. Entonces, si localizara su preciado barco, el contenido de la bóveda podría ser recuperado usando una escotilla de buceo, que fue diseñada con un compartimiento hermético. Ya sabe, del tipo que usan en los submarinos.

—De acuerdo, entonces alguien está intentando hundirnos para

poder robar lo que sea que James Reilly tiene en su bóveda privada.

—Pero, aunque nos hundiéramos, llevaría meses acceder a la bóveda. Verá usted, la puerta es más resistente que la bóveda de cualquier banco, y tardaría meses en romperse.

—¿Cómo se abre en condiciones normales?

—Tiene una habitación secreta a bordo y allí mantiene una fortaleza digital...

—¿Una qué? —preguntó Tom.

—Una fortaleza digital. Funciona de la siguiente manera: el sistema transmite constantemente un código cada treinta segundos a la puerta de la bóveda indicándole que todo está bien. Si no lo hace, aunque sea una vez, o la nave deja de moverse, la puerta se cierra.

—¿Y si alguien destruye la computadora?

—Entonces la fortaleza digital deja de transmitir y la bóveda se cierra. Así que, como ve, haría falta mucho más que un acto terrorista o el hundimiento accidental del barco para que alguien robara el contenido de la bóveda de James Reilly.

Tom se quedó pensativo un momento.

—¿Cree que hubiera algo particularmente importante en su último depósito?

—Podría ser. Nunca me lo dice, pero esta última vez tenía seguridad adicional y me dijo que me asegurara de llegar cuatro días antes de lo previsto, y que luego me fuera sin cargar nada más hasta llegar a Newcastle.

—¡Oh, mierda! —dijo Tom—. El Hayward Bulk se va a hundir. Lo que sea que James Reilly haya almacenado ahí abajo, también se irá al fondo, donde nadie pueda protegerlo con este clima.

*

Tom vio cómo la sonrisa del capitán Ambrose se transformaba en una expresión de sorpresa.

—¿Por qué demonios iba a intentar hundirnos? —el capitán se mostró serio y concluyó—: El ciclón Charlotte lo hará por él muy pronto.

—¿Qué tan pronto? —preguntó Tom.

—Cuatro horas, como mucho.

—Entonces, ya está. ¿Estamos todos muertos?

—No, hay un bote salvavidas listo y esperando para evacuarnos mucho antes de que lleguemos al arrecife. Ya mandé a un tripulante a prepararlo.

El hombre entró entonces por la puerta, empapado por la dura tormenta del exterior, su rostro mostraba una emoción mucho más dolorosa que la del profundo cansancio.

—¿Está listo el bote salvavidas?

—No...

—¿Cómo que no?

—Quiero decir que ha desaparecido.

—Mierda, ¿dónde suele estar? —dijo Tom.

—En medio del barco, en estribor.

—Enséñamelo.

El hombre miró al capitán, que asintió con la cabeza, y Tom lo siguió rápidamente hasta donde debería haber estado el bote salvavidas.

El tripulante se detuvo en el lugar donde el gran bote salvavidas normalmente habría estado sujeto a la cubierta, un lugar donde ninguna ola, por grande que fuera, podría hacerlo caer por la borda. Las cadenas de amarre estaban intactas y el cabrestante electrónico colgaba junto a la barandilla.

—Es bote salvavidas no se cayó por la borda por accidente —dijo el tripulante—. Alguien lo hundió a propósito, y de paso nos ha condenado a todos.

—¿Puedes verlo en la distancia? —Tom dijo.

—No. Aunque eso no cambiaría mucho las cosas. No podríamos recuperarlo si estuviera en el agua.

Los dos trataron de divisarlo con sus binoculares, que resultaron ser relativamente inútiles en medio de la tormenta. Era casi imposible ver más allá de las barandillas de la cubierta, y mucho menos tratar de localizar algo en la superficie del agitado mar.

Tom tenía buena vista, pero con aquel clima era muy complicado localizar el bote salvavidas perdido en el violento mar.

Entonces sus ojos vieron algo.

Estaba oscuro y al principio lo descartó por imposible. Sus ojos lo perdieron en la cresta de la siguiente ola, pero consiguió divisarlo de nuevo.

Esta vez, pudo comprobar exactamente lo que veía.

Y lo que vio confirmó su peor pesadilla.

*

—¿Un submarino? —el capitán Ambrose sonaba más sorprendido que otra cosa.

—Sí —respondió Tom.

—Pero ¿por qué saldría a la superficie aquí, en medio de este ciclón?

—Hay que tener agallas para sacar a la superficie un submarino con este temporal… agallas o desesperación. De cualquier manera, creo que podemos decir que el saboteador logró escapar del Hayward Bulk.

—¿Y aun así lo hundirá? —Ambrose preguntó.

—No llevaba suficiente equipo a bordo para hundirlo. Empiezo a preguntarme si su plan era simplemente impedir que nuestros

ingenieros pudieran reparar el propulsor, y al hacerlo, forzar al Hayward Bulk hacia el arrecife. En aguas poco profundas, será más fácil recuperar aquello a lo que tanto se empeñaba en acceder —Tom miró entonces el GPS y preguntó—: ¿Cómo vamos de tiempo? ¿Cree que lo conseguiremos?

El capitán Ambrose le mostró en el monitor del GPS el punto exacto en el que el arrecife rompería con toda probabilidad el casco de su barco. Todavía estaba a 32 millas náuticas, pero con los fuertes vientos del este, el Hayward Bulk iba a la deriva a un ritmo de poco más de 8 millas náuticas por hora.

—¿Cuatro horas? ¿Es la mejor estimación que tenemos a nuestro favor? —Tom comprobó sus cálculos.

—Correcto —la cara del capitán Ambrose mostraba que ya había aceptado el hecho de que moriría a bordo de su barco.

—¿Cuánto tiempo cree que tardarán en cambiar el propulsor?

—¿En circunstancias normales? —Ambrose se rio—. Un par de días.

—¿Y teniendo en cuenta lo que está en juego?

—No tengo ni idea. Incluso saltándonos todas las comprobaciones de seguridad, no creo que se pueda hacer en menos de ocho horas.

—De acuerdo, entonces tenemos que reducir nuestro ritmo de arrastre a la mitad —Tom consideró la pregunta, como si estuviera luchando para resolver un difícil crucigrama—. Seguro que hay algo más que podamos tirar por la borda para crear un poco más de resistencia.

—Ambas anclas se han soltado. Ya no podemos hacer más.

—¿Tenemos más cadena? —Tom sabía que estaba siendo demasiado optimista.

—Hasta el último trozo de cadena que teníamos ya se ha ido por la borda.

—Bien, usted es el capitán, Ambrose. Debe haber pasado años tratando de reducir cada pulgada de arrastre extra para complacer a los accionistas de Global. ¿Qué más puede ralentizar su barco?

—Percebes, viento, corrientes... —el capitán empezó a enumerar todas las cosas que le habían preocupado a lo largo de sus cuarenta años de carrera.

—Bien, ¿podemos recrear alguna de esas cosas ahora?

—No —el capitán Ambrose le miró como si fuera idiota.

—¿Hacia dónde va la corriente?

—Lejos de la costa, a una velocidad de medio nudo.

—Entonces, el viento nos empuja a 7.5 nudos, ¿correcto?

—Sí.

—¿No podemos simplemente reducir nuestra exposición al viento? —Tom sonrió, como si creyera que había encontrado la solución a su

problema, él solito.

—No sé si se ha dado cuenta de esto, Sr. Bower, pero éste es un petrolero, llevamos todo el cargamento abajo. Aparte de lo que queda de su pequeño helicóptero, no queda nada más en la cubierta.

—Soy consciente de ello. Pero mientras volaba, me di cuenta de que tenemos más de 18 metros de francobordo. Es mucha exposición en el lado de babor del barco. Si pudiéramos reducirlo de alguna manera, ¿no nos daría más tiempo?

—¿Y cómo sugiere que lo hagamos? —la muerte inminente del capitán le soltó la lengua y su pregunta estaba aderezada con un poco de sarcasmo—. ¿Paramos en el puerto más cercano y recogemos más cargamento?

—¿Podemos empezar a hundirlo? —preguntó Tom con total seriedad.

—¿Quiere que lo hunda? —respondió el capitán, con el labio curvado como si hubiese degustado algo acre.

La idea era absurda, pero no hacer nada implicaba la muerte de mucha gente. ¿Qué podían perder?

Tom se encogió de hombros, como si no importara mucho que sobrevivieran o no las próximas cuatro horas.

Entonces, advirtió una expresión de comprensión en el rostro obstinado del capitán.

—¡Por Dios, tiene usted razón! Podemos inundar el barco. Podemos quitarle seis metros de francobordo llenándolo de agua sin llegar a hundirlo. Así pesará mucho más y reduciremos nuestra exposición al viento.

*

Tom estaba sentado en la silla del navegante, con los pies estirados sobre el escritorio. Cada músculo de su cuerpo estaba relajado. Podría haber estado perfectamente sentado en su sofá, viendo el final de una serie, por el poco esfuerzo que estaba haciendo. Pero en cambio, estaba viendo el desenlace de un drama muy real, casi indiferente a su resultado.

Para un espectador casual, consciente de la situación, Tom podría parecer un chiflado, pero estaba lejos de serlo. De hecho, cada centímetro de su cuerpo había estado en tensión desde que el Maria Helena abandonó el puerto de Sídney. No pudo empezar a relajarse hasta que cumplió con su deber y no tuvo más ayuda que ofrecer.

El resultado de las próximas cuatro horas determinaría su destino.

Sin duda preferiría vivir. Le quedaba mucho por hacer y ver en este mundo, pero había cumplido con su parte y con su deber en este drama marítimo; ya no estaba en sus manos.

Tom había aprendido hacía tiempo que sólo vale la pena preocuparse por aquellas cosas que tienes la capacidad de cambiar, y

olvidarse de aquellas sobre las que no tienes control. Así pues, con aquella indiferencia, observó impasible desde el puente cómo la aventura en el Hayward Bulk estaba a punto de llegar a su dramático final.

El capitán Ambrose accionó una serie de interruptores electrónicos que abrieron las enormes válvulas de desagüe e invirtieron la marcha de las bombas de descarga. La razón de semejante operación en un superpetrolero desconcertó a Tom, pero el capitán le explicó que el Hayward Bulk solía inundar sus enormes sentinas para mantener la estabilidad en mares agitados cuando se quedaba sin carga.

A la derecha de Tom, los instrumentos frente al rostro inexpresivo del capitán reflejaban una línea que representaba la profundidad del casco del buque por debajo de la línea de flotación.

El valor: *doce metros.*

La línea no se movió y, después de varios minutos, Tom empezó a preguntarse si su idea tenía alguna posibilidad de éxito.

Entonces. La línea se movió a *doce punto cinco*.

Una vez que se movió, no paró de hacerlo. Tom lo comparó con el altímetro de un avión, ya que mostraba lentamente el descenso del superpetrolero hacia el océano.

—Se está moviendo —dijo el capitán Ambrose titubeando, con un atisbo de sonrisa en su obstinado rostro.

—¿Pero está teniendo algún efecto en nuestro arrastre? —preguntó Tom.

El capitán miró a su izquierda, donde se podía leer la velocidad del Hayward Bulk: *8.3 nudos.*

—Está disminuyendo, pero no mucho— su sonrisa desapareció.

Junto al velocímetro había un monitor GPS que mostraba la geografía local hasta el extremo noreste de Australia.

El capitán pulsó un asterisco sobre la pequeña imagen de un barco en el mapa y luego colocó un segundo asterisco en el punto más cercano del borde este de la somera Gran Barrera de Coral. De inmediato, se formó una línea discontinua entre los dos puntos y apareció una nota: Tiempo de llegada: 3 horas y 35 minutos.

La realidad del cálculo estaba clara para Tom.

—¿Cuánto tardaremos en llenar al máximo los tanques de almacenamiento con agua de mar?

—Quizás una hora más —el capitán no parecía muy convencido—. Podría tardar hasta dos horas, dependiendo de hasta dónde queramos llegar.

Tom asintió.

Ambos eran profesionales. Ninguno de los dos necesitaba que le explicaran a fondo las simples matemáticas.

Iban a morir.

Una hora más tarde, el Hayward Bulk se había hundido otros seis metros en el océano. El tiempo de llegada marcaba: *3 horas y 5 minutos.*

La velocidad de arrastre del barco había vuelto a disminuir, pero aún no lo suficiente.

Tom se dio cuenta de que las pocas horas que le quedaban se habían esfumado rápidamente y, cuando quiso comprender a dónde había ido a parar el tiempo, sonó otra alarma. Era un fuerte sonido de advertencia, más parecido a un zumbido eléctrico que a una bocina de aire.

—¿Qué es eso? —preguntó Tom.

—Es el sonido de nuestra muerte, Sr. Bower —el capitán Ambrose dijo estas palabras con el fatalismo de un marinero totalmente dispuesto a hundirse con su barco antes que sufrir las consecuencias de tal fallo.

—Esa es nuestra alarma de proximidad. Estamos a menos de dos metros del arrecife.

—¿Entonces se acabó?

—Se acabó. Ya no hay nada más que hacer, sólo prepararnos para lo peor.

Ninguno de los dos hombres era especialmente religioso; ambos se limitaron a sentarse y reconocer en silencio su muerte inminente.

Sonó otra alarma.

Esta vez, fue en la sala de máquinas.

—¿Sí? —preguntó el capitán.

La expresión facial del capitán se iluminó por primera vez desde que Tom lo había visto esa misma tarde, y luego volvió a colocar el auricular en la mesa frente a él.

—Muy bien. Enciéndalo. Por favor, Sr. Thomas, sáltese todos los procedimientos de seguridad, hay muchas vidas en juego.

El barco entero retrocedió ante las vibraciones de los enormes motores arrancando. Luego se estabilizó en un fuerte zumbido.

Tom observó cómo el capitán Ambrose empujaba ambos aceleradores hacia adelante a toda velocidad y bloqueaba el timón a cuarenta y cinco grados, el ángulo máximo para hacer girar eficientemente un barco. En la parte delantera pudo oír el ruido de la hélice eléctrica de proa.

Tom volvió a mirar el indicador de tiempo de llegada: *4 minutos y 32 segundos.*

Todos los sistemas habían vuelto a funcionar.

Pero ¿tendrían tiempo suficiente para cambiar el rumbo?

El barco empezó a girar tan rápido como era posible para un superpetrolero como el Hayward Bulk.

Fue terriblemente lento.

A través de las grandes ventanas del puente, Tom podía ver la espuma blanca de las olas rompiendo en el arrecife. Aunque normalmente el arrecife era sólo una mancha verde en un mar azul profundo, ahora las olas ciclónicas creaban una gigantesca bombora.

El barco giró como si estuviese sobre un eje de gran tamaño y luego ese eje se movió a una velocidad de cuatro nudos hacia el borde mortal y dentado de la Gran Barrera de Coral.

Estarían muy cerca.

No cabía duda. Tom pensó que, si sobrevivía, ése sería el encuentro más cercano con la muerte que había tenido hasta entonces.

La popa del barco se acercó a la bombora y el capitán Ambrose enderezó el timón. Por primera vez desde que Tom aterrizó en el barco, el Hayward Bulk empezó a avanzar.

Iba a menos de medio nudo, pero se alejaban del peligro.

Lo habían conseguido.

—No puedo creerlo —el capitán Ambrose finalmente sonrió—. ¡Lo logramos!

—¡Pues sí! —dijo Tom en tono jovial, y luego, quitando los pies de encima de la mesa que tenía delante, donde habían descansado cómodamente en todo momento, saltó del alto asiento del navegante y dijo—: ¿Hay algún lugar donde pueda conseguir algo de comida?

—Claro que lo hay, amigo.

En ese momento, el barco entero se estremeció bajo una serie de explosiones.

Capítulo V

Las explosiones atravesaron el barco como si fuera una vela romana. Las vibraciones en el casco del Hayward Bulk fueron lo bastante fuertes como para tirar a Tom al suelo. Continuaron durante un par de minutos y luego se detuvieron.

El barco permanecía estable.

—¿Seguimos a flote? —preguntó Tom al capitán.

—¡Claro que sí! Haría falta mucho más que unos trozos de plástico explosivo para hundir mi barco —entonces agarró su micrófono y dijo —: Sala de máquinas. Informen de la situación.

No hubo respuesta.

Lo intentó de nuevo, pero tampoco hubo respuesta.

Y nunca la habría.

Un momento después, el enorme casco del Hayward Bulk empezó a partirse por la mitad.

—Dios mío, se está partiendo en dos... —no había temor en la voz del capitán, sólo conmoción total.

—¿Y sólo tenían un bote salvavidas a bordo? —Tom preguntó.

—Sí. Era para cuarenta personas, más de las que hemos tenido a bordo a la vez.

—Bueno, se acabó entonces... nadie puede sobrevivir en estas aguas por su cuenta —Tom aceptó su destino.

El capitán se dirigió entonces a un gran armario en la parte trasera de la cabina del piloto. Al abrirlo, reveló cuatro grandes trajes de supervivencia. Estaban diseñados para mantener seco al usuario y, al mismo tiempo, proporcionar la flotabilidad equivalente a cinco chalecos salvavidas.

—Tome, póngase esto. Puede que le sirva de algo.

Tom se puso rápidamente el traje y subió el cierre hermético hasta debajo de la barbilla. Al taparse la cara con la capucha, descubrió que el traje incluía una rudimentaria máscara y un tubo con un pequeño tanque de oxígeno.

El capitán le ayudó a ponérselo en la cara y le dijo—: No se lo quite hasta que esté en la cubierta del Maria Helena, pase lo que pase.

Fue lo último que le dijo el capitán antes de que el súbito diluvio de agua de mar inundara la cabina del piloto y ambos hombres fueran arrastrados. Tom nunca volvió a verlo.

El agua estaba más caliente de lo que Tom esperaba, y también más espumosa. Se deslizó hacia el agua desde la parte trasera de la cabina del piloto y, a pesar de su traje de supervivencia, se vio arrastrado a las profundidades, por debajo de la turbulenta superficie del mar.

De alguna manera se había enganchado con algo en el techo de la cabina del piloto.

Gracias a su entrenamiento, Tom consiguió mantener el control y determinó que sólo disponía de tres o cuatro minutos para liberarse y llegar a la superficie si quería sobrevivir.

Empezó a dar patadas con las piernas, pero pronto se dio cuenta de que no servía de nada y que sólo gastaba su valiosa energía y empeoraba su hipoxia.

Un minuto después, el Hayward Bulk empezó a escorarse a estribor. Antes de que pudiera reacomodarse, se soltó del techo y salió flotando por el lado de babor de la cabina del piloto, girando varias veces y chocando con algunos escombros antes de salir a la superficie.

Por fin podía respirar.

Estaba vivo.

Sabía que la muerte podía llegar en cualquier momento.

A medida que pasaban las horas, cerraba los ojos y perdía y recuperaba el conocimiento.

Volvió en sí varias veces y no tenía ni idea de cuánto tiempo llevaba en el agua cuando lo vio por primera vez. La cuarta vez que abrió los ojos, se quedó mirando algo que lo iluminaba.

Carajo, ¿han vuelto para matarme?

Fue entonces cuando escuchó la voz de Matthew, el capitán del Maria Helena.

—Aguanta, Tom. Te sacaremos de aquí enseguida.

*

Al subir a la cubierta del Maria Helena, Tom sintió que todos los músculos de su cuerpo empezaban a dolerle y que la adrenalina apenas empezaba a disminuir.

—¡Tom, qué suerte tienes, cabrón, estás vivo! —dijo Matthew, el capitán, que, a pesar de sus diferencias, parecía realmente contento de verle.

—Por supuesto que lo estoy —Tom se encogió de hombros, como si su supervivencia fuera de esperar.

—El viejo Reilly lleva veinte minutos esperando para hablar contigo por el teléfono satelital. Se va a enojar muchísimo de que lo hayas hecho esperar tanto... por no hablar de que hayas perdido uno de sus barcos.

Tom entró en la cabina del piloto y le pusieron el teléfono satelital en la mano. Estaba claro que el capitán ya sabía que no había uranio a bordo del Hayward Bulk.

—Aquí Tom —dijo.

—¡Tom, me dicen que esos cabrones hundieron mi barco!

—Sí, así es.

—¿Qué tan pronto lo puedes ir a buscar?

Aunque conocía al viejo desde que era un niño, Tom aún no podía creer que James Reilly no tuviera la decencia de al menos preguntar si todos seguían vivos.

—¿Buscarlo? ¿De qué estás hablando? ¡Todavía estamos en medio de un maldito ciclón!

—Por supuesto, pero ¿qué tan pronto lo puedes ir a buscar? —el viejo Reilly parecía no inmutarse por el peligroso clima—. Sólo en ti puedo confiar para que me traigas lo que necesito. Es primordial que vuelvas al agua y que lo hagas antes de que pase el ciclón.

—No va a ser posible hasta dentro de un par de días por lo menos. Todavía estamos buscando supervivientes.

—En unos días habrá desaparecido —la voz de James Reilly era firme—. Tienes que volver al agua ahora.

—¿Qué carajo es tan importante? —preguntó Tom.

James Reilly tardó un par de minutos en explicárselo. Al final, Tom colgó el teléfono sin aceptar hacerlo.

—¿Qué quería? —preguntó el capitán.

—Tengo que bajar al pecio de inmediato.

*

Tom se cambió rápidamente el traje de supervivencia por uno de buceo.

Hubiera preferido descansar unas horas y tomar una comida caliente antes de volver al agua, pero sabía que el tiempo apremiaba más que su comodidad física.

El Maria Helena no tardó mucho en localizar las dos partes del casco del Hayward Bulk. Reposaba en apenas quince metros de agua, e incluso en medio de un ciclón, el superpetrolero destacaba. Si se hubiera hundido verticalmente, la estructura de la timonera aún sería visible sobre la superficie.

—¿A quién quieres en tu equipo de buceo? —preguntó el capitán.

—A nadie. Ya es bastante absurdo arriesgar mi vida por él, no hay necesidad de arriesgar la de nadie más. Además, estaré más cómodo bajo el agua que fuera de ella.

—Lo que me preocupa es tener que sacarte del agua —dijo el capitán.

—No te preocupes por eso. Michael tiene un plan para sacarme. Enviará un ancla al fondo con un cable muy largo en el cabrestante. Una vez que recupere lo que voy a buscar, regresaré a él, me conectaré y me sacarán como si fuera el pez espada más feo que jamás hayas visto. No te preocupes por mí.

Tom se lanzó entonces a las aguas aún turbulentas montado en su Sea-Doo.

Con la flotabilidad a cero, se hundió como una piedra y, en cuestión de segundos, había dejado atrás la salvaje tormenta.

Su visión era extraordinariamente clara a pesar del ciclón. Frente a él, a no más de noventa metros, podía ver el Hayward Bulk. Descansaba sobre un lecho marino arenoso y poco profundo, roto en dos partes.

La sección de popa, en la que James Reilly había instalado su bóveda privada, estaba escorada 45 grados a babor.

La bóveda se había construido en el lado de estribor.

Tom giró el acelerador de su Sea-Doo y se acercó.

Pudo ver los daños en la superestructura principal al rodear la sección central partida.

Quienquiera que fuese el responsable de estos daños debía de haberse preparado para ello semanas antes. Parecía como si alguien hubiera cortado el barco por la mitad con una hoja de afeitar gigantesca. Obviamente, alguien se había tomado la molestia de colocar docenas de pequeñas bombas en puntos estructuralmente importantes, sabiendo de sobra que los compartimentos herméticos y los bombeadores modernos se encargarían de que el Hayward Bulk se mantuviera a flote, a pesar de los daños múltiples en su casco. Así, habían determinado con certeza que la forma más segura de hundirlo era partirlo en dos.

Al llegar al lado de estribor, Tom maniobró unos treinta metros más hacia la popa del barco, hasta llegar a la célebre bóveda privada de James Reilly.

Tom se asomó al interior de la puerta, pero llegó demasiado tarde.

La puerta a prueba de bombas ya estaba abierta de par en par y el contenido había desaparecido por completo.

Capítulo VI

Sam Reilly había dormido casi veinticuatro horas seguidas desde que salió de Hobart.

Lo necesitaba después de lo que había tenido que soportar. Aún le dolían todos los músculos del cuerpo. Estaba en un sueño profundo cuando empezó a sonar la alarma del AIS.

AIS son las siglas en inglés de Sistema de Identificación Automática y se utilizaba para controlar la proximidad y la dirección de los barcos circundantes.

Sam salió lentamente de su litera.

El sistema GPS, situado al final de su cama, indicaba que se encontraba cerca de la costa de Shoal Haven. Se percató de que estaba aproximadamente a 2 millas náuticas de la costa. El lector de profundidad situado junto al GPS indicaba que se encontraba en aguas relativamente poco profundas, a cincuenta metros. La brújula electrónica le indicaba un rumbo de cero grados, hacia el norte. La velocidad del viento había disminuido a unos apacibles quince nudos, hacia el este, y su velocidad sobre el fondo era de sólo ocho nudos. Técnicamente, navegaba a nueve nudos y medio, pero una corriente mar adentro lo desplazaba a un nudo y medio.

En el fondo, todavía podía oír el suave pitido de la alarma AIS en la cabina.

Algo se había aproximado al Second Chance.

Sam se levantó y estiró la espalda, con movimientos más propios de un felino que de un marinero fatigado.

No tenía prisa.

Había programado la alarma para que sonara a una milla náutica de una posible colisión. Siguió estirando la espalda y luego se dirigió a la parte delantera del barco para usar el timón.

Luego paseó por la cubierta.

Sus ojos examinaron el horizonte en busca de amenazas inmediatas y, tras asegurarse de que no había ninguna, se dirigió a su monitor de AIS. Había un buque delante de él, y éste había censurado intencionadamente su nombre, tamaño y destino en el AIS. Reilly no se alarmó. Era una práctica habitual en los veleros, cuyos capitanes suponían que, al ocultar esa información, la gente podría darles más distancia, por si se trataba de un gran portacontenedores. La legislación marítima y el Convenio Internacional para la Seguridad de la Vida Humana en el Mar exigen la instalación de un sistema AIS a bordo de los buques de navegación internacional con un arqueo bruto (GT) igual o superior a trescientos, así como en todos los buques de pasajeros, independientemente de su tamaño. No se exigía ninguna

información a las embarcaciones más pequeñas de propiedad privada, y supuso que eso era lo que se avecinaba.

Sam sacó sus binoculares de un compartimento integrado en el timón.

Observó la distancia a la que se acercaba el barco.

Parecía un rompehielos modificado para experimentos o investigaciones científicas. Estaba pintado de azul oscuro y tenía una borda de más de diez metros de altura, posiblemente de acero y diseñada para romper el hielo como si nada.

Sam no vio a nadie en cubierta.

Era el tipo de barco de aspecto intimidante que funcionaba casi exclusivamente gracias a su avanzada tecnología. De hecho, lo más seguro era que en ese momento no hubiera nadie al timón ni cerca de él, y que estuviera en rumbo a colisionar con su barco, muy probablemente por pura coincidencia.

El barco de Sam estaba a unos quinientos metros de distancia, demasiado cerca para que el rompehielos no lo hubiera visto.

Aunque las reglas del océano establecen que una embarcación a motor debe ceder el paso a una embarcación de vela, la ley era irrelevante en un pequeño velero que está a punto de ser hundido por un rompehielos. Sam aflojó la escota de mayor y viró 45 grados a estribor, de modo que pasaría al lado del buque que se aproximaba de babor a babor.

Era tanto una cortesía habitual como una ley marítima que dos barcos debían evitar a toda costa una colisión y, en caso de duda, ambos debían virar a estribor.

Realizó la sencilla maniobra con una secuencia rápida y eficaz, ya que era una maniobra que había realizado muchas veces antes en el Second Chance.

Su nuevo rumbo dejaba espacio suficiente para que el enorme yate a motor pasara a babor sin ningún esfuerzo por parte de su capitán.

Para su desgracia, el otro barco cambió inmediatamente su rumbo con el fin de colisionar.

Hizo sonar de repente tres fuertes ráfagas con su bocina de niebla.

Era lo bastante fuertes como para despertar a los muertos, a los vivos y a todo aquello en el medio.

¡Todavía sin respuesta!

Sam encendió el motor y aumentó la velocidad. No había tiempo de intentar dar marcha atrás para librarse de la inminente colisión. Su única esperanza era pasar de algún modo por delante de la proa del otro navío virando noventa grados a estribor.

Escuchó el chirrido de su motor diesel Yanmar de 150 caballos de potencia al superar su régimen máximo. Entonces empujó suavemente el acelerador más allá de su punto más alto y forzó la mano para

mantenerlo ahí.

Hubiera querido enviar una señal de socorro antes de la colisión, pero no tuvo tiempo de hacerlo.

Treinta metros, se convirtieron en cincuenta.

Aún sin cambios.

Luego quince metros se convirtieron en cinco.

Su proa y la cabina central pasaron por delante de la perversa pared de acero del otro navío.

Estaba muy cerca.

Tal vez sólo fuera cuestión de un segundo para saber si la otra embarcación le cortaría o no el espejo de popa, la gran culata situada en el extremo del Second Chance, que albergaba gran parte de su equipamiento.

En ese momento, Sam se dio cuenta de que no podía hacer nada más. Iba a chocar con el buque.

Lo único que sintió fue desconcierto ante el hecho de que estaba a punto de ser demolido por el juguete de un estúpido ricachón en la costa de Australia.

Seguramente se trataba de un error.

¿Quién ha oído hablar de piratas en aguas australianas?

Entonces sucedió.

Sabía que ocurriría, pero el sonido del metal y el plástico al chocar fue el más espantoso que jamás había escuchado.

Luego, el barco más grande siguió avanzando.

Sus enormes hélices siguieron girando inocentemente después de pasar, sin ningún indicio de que hubiese sufrido una colisión.

*

Sam se trasladó a otro mundo en sus pensamientos.

Accidentes como éste no ocurrían nunca en los tiempos modernos, y menos con las modernas tecnologías disponibles y necesarias en buques tan grandes. Le costó mucho comprender lo que acababa de ocurrir.

Al principio, ni siquiera se dio cuenta del enorme agujero en la popa del Second Chance, por donde entraba el agua del mar. En cambio, Sam levantó la vista hacia el enorme espejo de popa del otro barco que se alejaba lentamente, como la máquina del mal que era, totalmente inconsciente del daño que acababa de infligir.

Estaba pintado completamente de azul y no tenía matrícula ni nombre en el casco. En su cubierta de popa había un pequeño helipuerto y atado a él, lo que Sam reconoció como un helicóptero negro Sikorsky SH-3 Sea King, el más utilizado por la Marina de los Estados Unidos para la guerra antisubmarina.

¿Qué hace eso en una embarcación civil?

En la parte trasera del helicóptero, Sam pudo distinguir las

palabras «Corporación Wolfgang».

Su curiosidad disminuyó cuando se dio cuenta de lo rápido que su hermoso ketch estaba llenándose de agua. Faltaba todo el espejo de popa. «Llenándose de agua» era decir poco. En realidad, el agua del mar entraba a borbotones. Había oído hablar de barcos golpeados por contenedores en alta mar que se hundían tan rápidamente que sus ocupantes ni siquiera se daban cuenta de lo ocurrido. Estaba a punto de ver con sus propios ojos cómo sucedía una catástrofe así.

Aunque el Second Chance llevaba mucho equipo de seguridad a bordo, Sam no tuvo tiempo de alcanzar ninguno de ellos. Se maldijo por su distracción. Su mente simplemente no podía aceptar el hecho de que estuviese en una colisión ¡a sólo tres metros de la costa de una ciudad de vacaciones en aguas australianas!

Apenas tuvo tiempo de abrir la tapa de su balsa salvavidas inflable.

Pesaba 45 kilos y tenía que tirar de las lengüetas de emergencia y arrojarla por la borda para que se inflara correctamente lejos del yate que se hundía. 45 kilos no era demasiado peso para que lo levantara un hombre adulto, especialmente si está experimentando el subidón de adrenalina derivado de su reacción de defensa o huida en un barco que se hunde.

Sam ató con cuidado un extremo de la balsa de seguridad a una cornamusa de la proa del Second Chance. Tiró la caja por la borda. Los cristales de sodio se disolvieron en el agua salada, activando el mecanismo de escape, y la caja se abrió. Segundos después, el tanque de dióxido de carbono se desplegó y se oyó cómo liberaba su gas, inflando instantáneamente la balsa salvavidas para cuatro personas.

Sam se sintió aliviado.

El agua llegaba a más de la mitad del casco del Second Chance.

Pensó en volver a por su radio y su teléfono satelital. Incluso su teléfono celular tendría cobertura, pero como estaba tan cerca de tierra, decidió no hacerlo. Si el barco se hundía mientras él estaba en su interior, no había forma de saber dónde acabaría o si podría escapar de sus entrañas.

Sam volvió a subir a bordo la balsa salvavidas para que se apoyara cómodamente en el cada vez más pequeño francobordo del Second Chance. Estaba a punto de decir adiós a su amado barco y entrar en la balsa antes de que fuera demasiado tarde.

En ese preciso momento, notó que el malévolo barco daba un brusco giro de 180 grados. Fue como si el capitán o un miembro de la tripulación se dieran cuenta por fin de que casi habían matado a alguien.

Por primera vez desde que el otro navío se acercó al Second Chance, Sam pudo ver a alguien en lo alto de la proa del barco. El hombre tenía el pelo rubio, y parecía ser bastante corpulento, pero por

lo demás no tenía características distinguibles desde aquella distancia.

Parecía estar agitando algo hacia Sam.

¿Tenían un espejo de popa inferior o al menos una red de carga que pudiera utilizar para subir a bordo?

Cuando el barco regresó, Sam pudo por fin tener una visión más clara del hombre que le saludaba.

¿Qué tiene en la mano? ¿Es un salvavidas?

Entonces se dio cuenta.

El hombre sostenía un arma.

A esta distancia, Sam no podía estar seguro de qué tipo era, pero cuando el hombre apuntó, su propósito se hizo evidente.

Alguien lo quería muerto.

La revelación lo impactó con una lenta y dolorosa claridad mientras veía cómo su balsa salvavidas estallaba en pedazos al dispararse la primera bala. Hubo una breve pausa y se dio cuenta de que el tirador había cambiado de cartucho antes de volver a disparar.

Esta vez las balas estaban destrozando lo que quedaba de su yate.

Sam se quedó sin opciones, así que se zambulló en el casco ahora casi completamente lleno de agua de su barco que se hundía. Aguantando la respiración, nadó hacia abajo y hacia la parte trasera del barco. El agua era sorprendentemente clara y pudo distinguir el agujero en la parte trasera del barco, donde antes estaba el espejo de popa.

Contempló las estelas borrosas de varias balas que pasaron zumbando por el agua, a sólo un par de metros por delante de él, y luego cesaron.

El tirador debía de estar recargando el arma.

Entonces se le ocurrió el verdadero motivo.

Sam notó que le empezaban a doler los oídos.

Todo se volvió negro.

El Second Chance había alcanzado su punto crítico, en el que ya no era capaz de desplazar la tensión superficial del agua, y ahora iniciaba su viaje hacia el fondo del mar.

Se sintió como si le hubieran metido en una lavadora mientras daba tumbos dentro del barco que se hundía.

Su instinto le llevó a salir nadando por el agujero del espejo de popa. No estaba lejos. Tal vez a otros cuatro metros, un trayecto fácil.

Pero entonces lo comprendió.

¿Alguien me quiere muerto? Muerto de verdad.

Entonces supo que seguramente iban a esperar a que el Second Chance se hundiera y luego llenarían la superficie con más balas. No iba a ser capaz de contener la respiración el tiempo suficiente para volver a la superficie. En lugar de eso, tendría que nadar bajo el agua, lo más lejos posible de allí, para no morir de hipoxia.

Intentó recordar la última posición de su barco y la profundidad actual bajo su quilla. Estaban a tres kilómetros de las cabezas de Shoal Haven. Habría menos de treinta metros de agua en el lecho marino.

Sam no podía aceptar que iba a morir con el barco que amaba. Su mente buscó una solución y se le presentó una muy sencilla.

El equipo de buceo estaba en la parte trasera del yate. Incluso tenía un compresor de aire integrado en el espejo de popa.

Pero el espejo de popa ya no estaba, ¿qué más habría desaparecido?

Las manos de Sam empezaron a tantear a su alrededor, buscando parte de su equipo.

Para su alivio, su mano izquierda tocó algo sólido, algo cilíndrico.

Sam abrió la botella y volvió a cerrarla. Se desprendió un chorro de burbujas de aire. Las burbujas eran lo suficientemente grandes como para que pudiera respirar profundamente. Era una solución inmediata a su necesidad, pero sin un regulador se iba a agotar su suministro de aire en cuestión de minutos.

Usando las manos para guiarse por el casco, buscó un cajón donde normalmente guardaba varios reguladores y máscaras de buceo. Por desgracia, lo que encontró fueron grandes trozos de madera astillada, los restos de un cajón roto.

¿Se cayó el regulador hacia el espejo de popa y luego fuera del yate, o cayó hacia delante, hacia la proa?

No tenía elección, Sam tenía que dar por hecho que uno de sus reguladores estaba en algún lugar de la proa del barco. Si hubiera tenido una máscara, podría haberlo visto fácilmente. Sin embargo, estaba casi ciego en el agua oscura y turbulenta del interior del barco que se hundía, a más de seis metros por debajo de la superficie.

Pasó la mano por el suelo interior de teca. Estaba cubierto de equipos inútiles. Ninguno de ellos le servía de nada a menos que encontrara el regulador, y pronto.

Justo cuando estaba a punto de darse la vuelta y nadar de nuevo hacia el tanque en busca de otra burbuja de aire, su mano izquierda agarró algo que parecía una pequeña manguera. Era de goma y podría haber formado parte de las tuberías del yate, pero por suerte no era así.

Tiró de ella y palpó el extremo.

La famosa válvula de pulpo de emergencia, conocida como Ochy, estaba en su mano.

La cabeza le daba vueltas. Podría ser por la hipoxia, o como resultado del repentino aumento de la presión, mientras que la presión atmosférica se duplicaba por cada diez metros de agua que había sobre él.

Sam abrió el tanque de aire cuatro veces más, liberando suficientes burbujas de aire para recuperar el aliento. A continuación, conectó la

primera fase al tanque de oxígeno y giró la válvula para abrirla por completo.

Al apretar la válvula de purga del regulador primario, Sam observó cómo salía un enorme chorro de aire de la abertura de la válvula y se vaciaba el agua de la tubería.

Luego puso la boca en el primario e inhaló.

Era como volver a casa.

Este era su entorno normal. Se sentía seguro. Lo había hecho miles de veces.

Se apresuró a ver el medidor de profundidad en el extremo de la consola. Marcaba treinta metros. Sam recordó que había estado sumergido en cincuenta metros de agua.

Su siguiente preocupación era lo que iba a pasar cuando su barco golpeara el fondo del mar.

Sam no quiso esperar para averiguarlo.

Llevó su botella, su regulador y su cinturón de lastre a la parte trasera del espejo de popa, ahora abierto, y salió nadando.

Inmediatamente después, vio el fondo del mar estallar cuando el Second Chance chocó contra él.

Esperó un minuto a que los escombros se asentaran. Le hubiera encantado darse el lujo de esperar más tiempo, pero no fue posible. Estaba a treinta metros por debajo de la superficie. Su suministro de aire se iba a agotar muy rápido, y su tiempo máximo de inmersión sin descompresión se acabaría aún más rápido.

Sam comprobó su reloj de buceo. Siempre lo llevaba en la muñeca izquierda, un fiel compañero que siempre estaba con él. Marcaba treinta metros. Luego en el tanque de buceo, que marcaba -210 bar. Hizo los cálculos rápidamente, como sólo alguien que lleva toda la vida buceando podría hacer: alrededor de quince minutos.

De cualquier modo, necesitaba volver a una profundidad menor si quería permanecer sumergido el tiempo suficiente para escapar de su enemigo.

Quienquiera que fuese.

El aire seguía saliendo por el extremo de la manguera de baja presión, que normalmente estaría conectada a un dispositivo de control de la flotabilidad, conocido como BCD. Necesitaba bajar a los restos del naufragio y encontrar uno rápidamente, o esos quince minutos se reducirían a cinco muy pronto.

Afortunadamente, el barco aterrizó tal y como se había hundido, con la quilla hacia abajo. Pero Sam se dio cuenta de que las velas seguían izadas y que el barco estaba de pie en el lecho marino, como si hubiera seguido navegando en el fondo del mar.

Se abrió paso entre los restos para llegar a la cabina central.

Le escocían los ojos al intentar orientarse en el agua oscura y

turbia. No veía gran cosa, pero justo delante de él, a unos seis metros, podía distinguir el tenue resplandor rojo de los instrumentos de navegación situados detrás del timón.

Alcanzó el timón y tanteó en busca de un compartimento de plástico a su izquierda: no, no estaba ahí. Luego buscó el que estaba a su derecha. Se abrió fácilmente. El chaleco BCD empezó a flotar. Los rápidos reflejos de Sam consiguieron atraparlo antes de que desapareciera hacia la superficie.

A continuación, siguió tanteando, hasta que sus manos finalmente agarraron el marco de cristal de su máscara de buceo.

Se la puso sobre la cabeza y luego colocó la mano sobre la mitad superior de la máscara, mientras se inclinaba hacia delante y exhalaba para vaciar la máscara de agua y poder ver de nuevo.

Miró su reloj.

Podía verse el pequeño símbolo de una rana nadando en su esfera. Al lado aparecía el número 07:28, que indicaba que llevaba casi siete minutos y medio bajo el agua y que se encontraba a una profundidad de treinta metros. La lectura NDT, abreviatura en inglés de *Tiempo sin descompresión*, era de ocho minutos.

Sus ojos miraron rápidamente la consola.

Ahora sólo quedaban setenta barras de oxígeno en el tanque. ¿En qué se había equivocado al calcular el consumo de aire? Entonces se dio cuenta. Sin el chaleco conectado, la manguera de baja presión había estado expulsando aire constantemente. Sin embargo, reconocer la causa del error de cálculo no le aportó ninguna solución a su problema.

¿Y ahora qué?

Podía ver ahora un poco más claramente, y sentía como si hubiera ganado un poco de control sobre el pánico que lo embargaba, por fin había recuperado uno más de sus cinco sentidos.

Sam resistió el impulso de comenzar de inmediato el proceso de resurgimiento, que sería una sentencia de muerte. Sólo en las películas de James Bond los malos se iban tan pronto como creían haber matado al bueno.

Entonces se le ocurrió la respuesta a su predicamento: ¡iba a probar su nuevo Sea Scooter!

Sam se dirigió a la parte trasera de la cabina central, donde había un gran compartimento de almacenamiento. Desabrochando los ganchos, encontró su Sea Scooter 120, una versión experimental, capaz de viajar a una velocidad de treinta y dos kilómetros por hora.

Una vez montado en su elegante scooter, pulsó el botón rojo de arranque.

Por un momento, Sam se preocupó de que el agua de mar pudiera haber entrado en su sistema electrónico, pero, por supuesto, estaba

diseñado para el buceo y arrancó de inmediato.

El pequeño motor eléctrico del Sea Scooter comenzó a girar dentro de los confines de su malla protectora, que estaba allí para evitar que un buzo perdiera accidentalmente algún miembro o algún dedo.

A continuación, abrió los dos cilindros de aire ya fijados a su armazón.

Una suave luz roja iluminó la pantalla del ordenador, situada entre el manillar, igual que las que habría en el tablero de una motocicleta.

En la parte superior del tablero había una imagen de sonar del fondo marino, que alcanzaba hasta 152 metros por delante. Debajo, había tres instrumentos. El de la izquierda era una simple brújula. El del medio mostraba la potencia actual de la batería y, al igual que las marcas de un depósito de combustible, mostraba una serie de casillas hacia arriba y hacia abajo. En este momento, mostraba todas las casillas llenas en verde, lo que indicaba que el depósito estaba lleno. El último indicador mostraba el suministro de aire en BARs, a 920.

Aquello fue otro gran alivio.

Sam ya había superado su tiempo máximo sin descompresión, pero con tanto aire en los tanques, podía tomarse el tiempo necesario para salir a la superficie y hacer suficientes paradas de descompresión en el camino para liberar el nitrógeno acumulado en el torrente sanguíneo, un paso necesario para evitar el mareo.

Apuntando al Sea Scooter para que la flecha de la brújula indicara el oeste, Sam giró el acelerador con la mano derecha y el pequeño motor eléctrico puso en marcha la hélice que giraba bajo él. Planeaba dirigirse directamente a la costa.

No va a ser fácil explicarle esto a la compañía de seguros.

El viaje duró menos de veinte minutos hasta la costa, y otros treinta minutos para eliminar el riesgo de malestar por descompresión.

Sam impulsó el Sea Scooter hasta la playa.

Al quitarse la máscara de buceo, se dio cuenta de que había llegado a una playa casi desierta. Hacia el sur, la punta formaba una hermosa rompiente, que se había convertido en olas de barril que quebraban a unos quince metros de la playa.

Parecía un buen lugar para surfear.

Una chica rubia y bronceada con un bikini morado dejó ver sus brillantes ojos azules y, con una sonrisa amistosa, preguntó:

—Hola, ¿de dónde saliste?

La mente de Sam volvió al presente.

—Estaba buceando en un barco hundido —respondió Sam, mirando hacia las olas que rompían en la playa—. Hoy está bastante agitado. ¿Cómo está el oleaje?

—¿En serio? ¿Dónde te has metido? Llevo un par de horas surfeando aquí y creía que tenía la rompiente para mí sola —parecía

bastante desconfiada para ser una chica que acababa de pasar la mañana surfeando en lo que sólo podía describirse como el paraíso de los surfistas.

—Hay una inmersión en un pecio ahí fuera y un barco hundido precioso —luego echó un vistazo a la maliciosa estructura azul oscuro, que aún era visible a más de cinco kilómetros mar adentro. Parecía que ni siquiera se había movido. No corrían ningún riesgo, eso estaba claro.

—Está muy lejos, yo no recomendaría ir.

Capítulo VII

Aliana miró su reloj Cartier.

La elegancia del bisel de zafiro macizo en la correa parecía extrañamente fuera de lugar en la muñeca de una mujer que se había levantado temprano para ver si podía cazar una ola.

Ya eran las nueve y media de la mañana.

Probablemente llegaría a tiempo a su hotel si salía ahora. Además, los vientos habían empezado a arreciar y estaban arruinando las olas.

Hasta ahora había sido una mañana agradable. El ciclón Charlotte, al norte, se había disipado. Sin embargo, a más de tres mil kilómetros al sur, había provocado un oleaje enorme y continuo.

La playa de surf se había convertido en una playa casi perfecta. Pero ahora que el viento se había intensificado, el oleaje estaba mucho más agitado.

Dejó la tabla corta en el asiento trasero de su Jeep, donde quedó encajada en la barra antivuelco, se sentó en el asiento del conductor y regresó a la ciudad.

Había sido una buena mañana para surfear.

Su teléfono, que había dejado descuidadamente en la guantera, mostraba un nuevo mensaje de su padre.

«Ya terminé mi trabajo en Australia y me iré hoy. ¿Te vienes conmigo o piensas quedarte más tiempo?».

Lo consideró por un momento.

Le había gustado la costa australiana y estaba dispuesta a quedarse unos días más. Entonces respondió: «Creo que me quedaré hasta el fin de semana. Intentaré volver a verte antes de regresar a la universidad. Me divertí mucho. Gracias. Aliana.».

Cuando giró la llave del coche, el potente motor de 6.2 litros de la edición limitada se puso en marcha y ella emprendió el camino de vuelta a la ciudad.

Aún no podía quitarse de la cabeza la imagen del hombre que había visto llegar de una inmersión esa misma mañana. Había muchos lugares buenos para bucear en la zona, pero nunca había oído hablar de ellos ni había visto ninguno cerca de la punta. No es que conociera bien la zona, ya que apenas había estado allí una semana. Aun así, había algo en él que le parecía raro, pero no sabía qué era.

Se sacudió el pensamiento de la cabeza por irrelevante y siguió conduciendo.

Su padre le había dicho que su trabajo en Australia duraría unas tres semanas. Era raro que ella le siguiera en esas expediciones, pero como estaba de vacaciones, había decidido acompañarlo.

Aliana y su padre nunca estaban de acuerdo, pero sabía que la

quería. Lo motivaba el poder que conllevaba la fortuna que había acumulado y, en consecuencia, se esforzaba por mantenerla. Para Aliana era diferente. Estudió microbiología por dos sencillas razones: en primer lugar, la ciencia era fascinante y, en segundo lugar, era una forma de ayudar de verdad a la gente. A veces se preguntaba si a su padre le gustaba que sus descubrimientos hubieran mejorado la vida de millones de personas en todo el mundo.

Mientras conducía, volvió a pensar en el hombre de la playa. Recordó sus ojos azules, su rostro amable y su sonrisa encantadora.

Había algo en él que la intrigaba. Sin duda no estaba allí por la razón que le había dado, eso lo sabía. Una parte de ella sintió vergüenza por desacreditar automáticamente su historia. El hombre le había parecido bastante amable. Seguro que no tenía malas intenciones. Eran las dos únicas personas en la playa. Pensándolo bien, se dio cuenta de que quizá debió de haberla asustado al menos un poco.

Puede que fuera la científica que había en ella, pero si quería ser sincera con su autoanálisis, era muy posible que su propio padre hubiera fomentado en ella esa desconfianza. No sólo por la forma en que había tratado a su madre en vida, sino porque la había educado para intentar comprender a las personas. Y las personas, lo sabía, eran las criaturas más egoístas del planeta.

A pesar de su desconfianza, Aliana pensó que le habría gustado conocer un poco mejor al hombre de la playa.

Volvió a preguntarse qué era lo que no le encajaba de lo que le había contado.

Entonces lo recordó: *aquel hombre no llevaba traje de neopreno*.

*

A la edad de sesenta y siete años, John Wolfgang mostraba pocos signos de envejecimiento. Siempre había gozado de buena salud. A pesar de haber crecido en la Alemania del Este socialista, su padre le había dicho a menudo que procedía de buena estirpe alemana.

John estaba por fin en su despacho y llevaba un traje a medida de quince mil dólares, uno entre más de una docena que le habían confeccionado expresamente. Se sentía cómodo con él. Le alegraba mucho más volver a su lujoso estilo de vida que estar en algún barco investigando un nuevo microbio que uno de sus científicos había descubierto recientemente en un iceberg que se había desprendido de la plataforma antártica. Estaba aún más contento de haber regresado de su otro proyecto, que el ciclón Charlotte le había entregado.

Cuando tomó el vuelo de regreso a Massachusetts, donde estaba la sede de su empresa, Neo Tech, John tuvo que hacer varias llamadas de negocios y recibir una llamada importante. Aunque era el único pasajero a bordo de su jet privado, seguía vestido como si estuviera en

alta mar, y le parecía de mala educación hacer negocios con otra ropa que no fuera ésa. Tras una ducha caliente, se encontraba a gusto en su despacho y con su traje perfectamente ajustado; después de una semana en alta mar, era un gusto volver a sentirse limpio.

John sintió que ya estaba preparado para recibir esas llamadas importantes, mientras estaba sentado en su escritorio, en la sala más grande de su lujoso Lear Jet G6. Sus accesorios parecían más propios del despacho de un multimillonario de Wall Street que del interior de un lujoso Lear Jet.

La sala era sencilla, pero cumplía bien su función. La insonorización de última generación le permitía olvidar que estaba en un avión. Un escritorio de roble imperial, un teléfono satelital seguro y dos monitores de computadora independientes eran todo lo que conformaba su oficina.

Un único cuadro adornaba la pared: un Monet original, que representaba nenúfares en un lago. Era el primer intento del maestro, que lo había desechado disgustado por un error técnico evidente en el método empleado para representar los nenúfares. Recuperado por un vecino y regalado a un primo en Alemania, había adornado la habitación de la familia Wolfgang durante tres generaciones, bajo la suposición de que se trataba de una imitación. Dos años atrás, se conoció el verdadero origen del cuadro, que se convirtió en el Monet más valioso aún existente. Antes de llegar a subasta, había sido robado.

Sólo después de su pérdida, John descubrió el valor real del gran cuadro, que lo hacía mucho más valioso que los ochenta millones de dólares que el tasador sugirió que podría alcanzar en una subasta.

Sólo tras los esfuerzos de un multimillonario y la suerte de la inminente catástrofe del ciclón Charlotte, John pudo readquirir el cuadro.

Se quedó mirándolo un momento.

Poco le importaba la obra en sí, y se preguntó qué habría dicho su padre si hubiera sabido lo que había ocultado a plena vista durante la mayor parte de su vida. En cualquier caso, ahora estaba de camino a casa, y John sólo esperaba que no destruyera el mundo.

Dejó que el teléfono sonara una sola vez y descolgó el auricular.

John esperaba la llamada. La temía casi tanto como deseaba recibirla para que todo terminara de una vez.

Notó pequeños temblores en su mano, por lo demás inmóvil.

Eso es nuevo, pensó.

—John, ¿esta línea es segura? —el hombre hablaba con un inglés cuyo tono sólo podía dominar alguien de la élite aristocrática británica. Un acento adquirido en Oxford o incluso Cambridge, supuso. Era una voz que delataba la fastuosa alcurnia del orador.

Hacía años que no escuchaba la voz de aquel hombre, pero, a pesar de ello, la recordaba como si hubiera sido ayer.

Y, después de la información que había recibido el día anterior, no le cabía duda de que el hombre se pondría en contacto con él para hablar de aquello.

—Así es —dijo, sin ánimo de añadir nada más.

—¿Se han encargado de ellos? —el hombre del teléfono sonaba disgustado—. Sí.

—¿Todos? ¿Estás seguro?

—Sí. Yo mismo me encargué de la última persona —John no estaba acostumbrado a ser interrogado así por nadie, ni siquiera por el hombre al otro lado del teléfono.

—Ahora, ¿cuánto tiempo antes de que lo tengamos? —la voz del hombre era áspera, parecía la de alguien de unos ochenta años que se hubiera pasado la vida fumando tabaco.

John casi se atraganta con su whisky Glenfarclas de treinta años. Miró su reciente adquisición en la pared, aterrorizado de que aquel hombre ya lo supiera.

Pero ¿cómo puede saberlo? Ni siquiera yo conocía su valor hasta hace tres meses.

Recordando de repente el motivo exacto por el que este hombre había llamado, John respondió con su respuesta preparada:

—Está desaparecido desde hace 75 años. Todavía puede tomar tiempo encontrarlo. Así suelen ser las cosas cuando quieren desaparecer. Y esto se suponía que iba a desaparecer para siempre. Es una zona difícil de buscar, pero ya tenemos gente allí. Una vez que lo encuentren, enviaremos a nuestro propio equipo para recuperarlo. No es que podamos enviar un equipo de mercenarios sin que nadie se dé cuenta. Tenemos que controlar muy bien a quién enviamos, y debemos ser discretos, de lo contrario tendremos a todos los cazadores de tesoros tras él.

—¿Tengo que recordarte las consecuencias si fallas en la entrega?

—¡Vete al carajo! —John estaba harto de ser amable. Quizá el hombre al otro lado de la línea fuera su amo, pero hacía tiempo que no estaba dispuesto a ser tratado como un perro—. Soy muy consciente del resultado si fallo. Sé exactamente lo peligroso que es esto.

—Bien. Al menos en eso estamos de acuerdo —el hombre tosió y luego dijo—: Te llamaré en una semana para conocer los avances.

—No, nada de eso. Te llamaré cuando lo tengamos, y si quieres ser el primero en tenerlo en tu poder, seguro que me dejarás hacer mi trabajo.

John colgó el teléfono satelital, dando por terminada la llamada.

En el escritorio que tenía delante sólo había una foto. Era una

imagen de él y su hija en su graduación de la licenciatura en el MIT. Ella sonreía, y el orgullo de él se veía a leguas.

Analizó la foto por un momento.

¿Qué he hecho?

*

John Wolfgang tenía que hacer más llamadas.

Su negocio valía una fortuna y rara vez dormía más de unas cuantas horas seguidas.

La empresa, creada por su abuelo antes de que Hitler perdiera la guerra, sufrió una prolongada moratoria después de que su abuelo perdiera toda credibilidad y apoyo financiero. John se hizo cargo del negocio familiar poco después de que cayera el Muro de Berlín. Desde entonces, había emigrado a Estados Unidos, donde su perspicacia científica pudiera llevarle más lejos. Sus fármacos habían salvado a millones de personas en todo el mundo, por no mencionar que le valieron el Premio Nobel de Medicina.

John volvió a colocar la foto de graduación sobre su escritorio, con la determinación visible en sus ojos.

Ahora tenía un compromiso y no podía hacer nada para cambiarlo.

Cuando aceptó por primera vez la ayuda de aquel hombre, supo que sería difícil decirle que no cuando llegara el momento de devolverle el favor. Quizá cumplir con dicha obligación era inconcebible, pero no hacerlo ahora era impensable. Todo parecía tan lejano en aquel momento, que John estaba convencido en su fuero interno de que nunca lo encontraría, ni que sería él quien liberaría su horrible ira.

Todo por lo que había trabajado se perdería, porque habían mantenido el control sobre él y sobre todo lo que apreciaba.

Por muy doloroso que fuera, John habría estado más que dispuesto a sufrir él solo, pues la culpa recaería directamente sobre su cabeza; el precio de cumplir esta obligación era demasiado cruel para el mundo.

Antes de que tuviera siquiera la oportunidad de flaquear en su obligación hacia el hombre que nunca había conocido, llegó un paquete.

Nos perteneces: no flaquees.

Ésas eran las únicas palabras que aparecían en el exterior del paquete marrón. Estaban escritas a mano, con el garabato despreocupado de alguien que sabía, sin lugar a duda, que John jamás acudiría a la policía.

Su contenido confirmó lo que él ya sabía, no había forma de salir de ésta.

Era una foto de su hija. Estaba en pijama, desayunando sola. John reconoció la habitación. Era el ático del piso 32 que había comprado para ella cuando aún estudiaba en el MIT. Era un departamento

seguro, y había tomado medidas para asegurarse de que poca gente supiera dónde vivía.

Pero, de algún modo, la habían encontrado.

Siempre lo hacían.

¿Cómo puede un padre elegir entre el bienestar de miles de millones de personas y la vida de su hija, lo único que había conseguido hacer bien en toda su vida?

Matemáticamente, la ecuación parecía sencilla.

Para un padre, las matemáticas son irrelevantes.

Consideró la posibilidad de suicidarse. Una parte de él deseaba simplemente sufrir un infarto fulminante o alguna otra forma de morir sobre la que no tuviera control. Sabía que si moría, no cumpliría su obligación y, como consecuencia, su hija moriría. Así que suicidarse no era una opción.

No, lo llevaría a cabo, tal como había aceptado tantos años atrás.

John Wolfgang se reclinó en su sofá, mirando por la ventanilla de su Lear Jet, a más de cuarenta mil pies de altura sobre la Tierra, cuya existencia estaba en su poder.

Todo se remonta al inicio de la Segunda Guerra Mundial.

A una historia que había oído contar muchas veces a su padre durante su infancia, como hijo único de una familia pobre que vivía en la Alemania de la posguerra.

Walter Wolfgang, el padre de John, había sido un joven y prometedor microbiólogo que se había doctorado en adaptaciones víricas al cambio. Su supervisor, el profesor Fritz Ribbentrop, vio inmediatamente lo prometedor de esa investigación y su peligro potencial para la humanidad.

Walter había trabajado duro durante tres años en su proyecto antes de descubrir la extraña mutación. Estaba demostrado que los virus, como el de la gripe, mutaban de vez en cuando de forma natural, a menudo haciéndose más fácilmente transmisibles. El resultado no deseado de algunas de estas mutaciones del virus con frecuencia podía provocar la muerte del huésped.

En teoría, un virus quiere ser simbiótico; vivir sobre o dentro de un organismo huésped, sin agotar su fuerza y vitalidad.

Estos cambios se producen una vez cada diez años más o menos, para seguir el ritmo del sistema inmunitario de su huésped, que se adapta constantemente para protegerse mejor del virus. De vez en cuando, ocurre algo extraño, y la nueva cepa vírica se adelanta a la capacidad de su huésped para protegerse, quizás saltando dos o tres décadas de mutaciones aleatorias y haciéndose más fuerte que el sistema inmunitario natural del huésped.

Una de esas cepas, que se le ocurriría a cualquier microbiólogo, es la Gripe H1N1, también conocida como pandemia de gripe española,

que se produjo a principios del siglo XX y diezmó más vidas en todo el mundo que la Primera Guerra Mundial. Por lo general, este tipo de sucesos sólo ocurren cada dos siglos, más o menos.

Lo que Walter descubrió, mientras intentaba acelerar el ritmo de las mutaciones víricas en un entorno controlado, fue la génesis de una cepa de gripe que había dado varios cientos de pasos hacia la evolución. El tipo de anomalía que sólo ocurriría una vez cada dos milenios, en circunstancias normales.

Había evolucionado de tal modo que cuanto más tiempo pasara desapercibido, más seguro estaría y, por tanto, mayores serían sus posibilidades de propagación. En un estudio, Walter se enteró de que su huésped no mostraba síntoma alguno durante todo un mes tras la infección, para entonces producirse una asombrosa tasa de mortalidad del 80%.

Las implicaciones de un periodo de incubación tan prolongado en un virus con una tasa de mortalidad tan alta le resultaron evidentes de inmediato.

Aquello podía acabar con el 80% de la población del planeta.

Le habló de este descubrimiento a su mentor y amigo, el profesor Fritz Ribbentrop.

En principio, Walter pensó que debía destruirla inmediatamente, pero Ribbentrop tenía otro punto de vista. ¿Qué pasaría si esta anomalía se produjera de forma natural en algún momento del futuro? ¿Podrían sus investigaciones salvar al planeta de lo que podría ser la peor pandemia a la que se hubiera enfrentado la humanidad en toda su historia en alguna fecha futura?

En la mente de los científicos, que no tenían lealtades ni hacia el bien ni hacia el mal, sino que sólo querían hacer avanzar el conocimiento del hombre, un descubrimiento así sólo podía verse como algo bueno.

Al día siguiente comenzaron los disturbios y desencadenaron las redadas contra las familias judías, anunciando el ascenso del Tercer Reich de Hitler y el comienzo de la Segunda Guerra Mundial.

El profesor Fritz Ribbentrop fue el primero en señalar lo que estos acontecimientos podían significar para su descubrimiento.

—¿Comprenden las consecuencias de su descubrimiento, dado que el mundo está a punto de verse hundido en las profundidades de una guerra?

—Tendré que suspender mis experimentos para que podamos trabajar por los objetivos del Führer para Alemania.

—No, es aún más siniestro.

—¿Sí? —a tan temprana edad, Walter no comprendió la cruda realidad de hacia dónde se dirigía el mundo.

—Es momento de decidir. Por un lado, tienes la llave, que casi con

toda seguridad le proporcionará al Führer los medios para ganar esta guerra, pero por otro lado, al hacerlo puedes acabar destruyendo más vidas de las que se perderían en cien años de combate.

—¿Es ésa realmente la pregunta correcta? —Walter, incluso en su juventud idealista, no era totalmente inmune a la lealtad y el poder del movimiento fascista.

El profesor Ribbentrop le observó atentamente, sin traicionar su mano—. Dime, hijo, ¿cuál sería la pregunta adecuada?

—¿Cómo podemos proteger a nuestras propias tropas de este virus?

—Claro, por supuesto —continuó el profesor. En su voz sólo se percibía un leve atisbo de duda—. Prepara tu virus. Mañana empezaremos a desarrollar una vacuna. Recoge tus notas y se las enviaré al Führer en persona. Querrá ser informado personalmente de un asunto de tal importancia.

Walter hizo una copia para sí y luego envió sus notas originales al profesor Ribbentrop, quien le había asegurado que las pondría personalmente en manos del Führer.

Pasaron dos semanas, pero Walter seguía sin recibir ningún mensaje del Führer.

Habló de ello con el profesor Fritz Ribbentrop, pero éste no pareció inmutarse y le recordó a Walter que el Führer era un hombre muy ocupado.

Al principio, Walter supuso que era su profesionalidad académica la que causaba los roces, pero con el paso del tiempo empezó a dudar de la lealtad de Fritz. El problema era que no tenía ni idea de cómo crear una vacuna contra aquel horrible virus. Fritz era posiblemente el único hombre que tenía la capacidad de desarrollarla. Además, era ridículo por su parte cuestionar la lealtad de Fritz. Los dos eran fervientes partidarios del Tercer Reich, y Fritz en concreto había apoyado y era un firme aliado de su amigo Adolf Hitler.

Al cabo de las dos semanas, Walter decidió enviar una carta secreta al Führer, con sus descubrimientos y su potencial en el campo de la guerra biológica.

Al día siguiente, la policía de las SS recogió a Walter y lo llevó a un lugar secreto, donde el propio Adolf Hitler lo saludó calurosamente. Hitler le aseguró la lealtad de Fritz, pero señaló que un asunto de tal importancia requería despidos para garantizar que el plan llegara a buen puerto. El Führer también le recordó a Walter que contaba con él para asegurarse de que Fritz mantuviera la lealtad inquebrantable que siempre había mostrado a Alemania.

Dos semanas después, el profesor Fritz Ribbentrop desapareció.

Y con él, todo rastro del virus.

Cuando la Gestapo informó a Walter de que el profesor Ribbentrop había subido a un dirigible y se había escapado, tuvo la certeza de que

Alemania perdería la guerra.

Como castigo por este fracaso, fue reclutado y se le concedió el rango de soldado raso en la infantería.

Fue una sentencia de muerte y un desperdicio total de un intelecto como el suyo, que podría haberse empleado mejor en tantos otros esfuerzos bélicos.

A pesar del castigo, Walter se mantuvo fiel a los valores fundamentales del régimen, creyendo con orgullo que estaba haciendo su parte para que Alemania ganara la guerra.

A pesar de lo improbable que parecía, Walter consiguió sobrevivir a la guerra, pero, desgraciadamente, uno de los altos funcionarios restantes filtró la información de que el error de Walter había hecho que Alemania perdiera.

En la famélica depresión de la Alemania de la posguerra, Walter fue tratado con desprecio y no pudo conseguir un empleo mejor que el de un barrendero corriente. Su ingeniosa mente fue totalmente desperdiciada por segunda vez por los líderes alemanes que quedaban.

A pesar de todo lo que le había ocurrido, Walter se casó en 1950 con una mujer llamada Alda. Aun viviendo en la Alemania del Este socialista, ambos siendo pobres y pasando hambre, fueron felices, y su hijo John nació en 1952.

Aunque era un mundo nuevo, muchos miembros de la dirección de Alemania del Este seguían culpando a Walter por su papel en la pérdida de su nivel de vida anterior a la guerra. Le resultaba difícil conseguir un trabajo, y más aún conservarlo. En 1962, cuando John tenía diez años, su madre murió durante un invierno especialmente duro.

John hizo la pregunta que su padre había estado temiendo.

—¿Por qué nos odian tanto?

Walter le contó entonces la historia del Magdalena desaparecido, que nunca había llegado a su destino en Suiza. Le explicó que, si lograban encontrar al Magdalena, el curso de sus vidas podría cambiar para siempre.

En 1961, Alemania del Este estaba tan frustrada por el éxodo masivo de sus ciudadanos hacia el oeste, que levantaron un muro entre ambas para impedir que la gente huyera a Berlín Occidental. Walter se encaprichó con el sueño de descubrir el lugar donde reposaba el Magdalena y, en consecuencia, el virus, que para él seguía siendo el origen de toda su desgracia.

John, en cambio, destacaba en todos sus estudios y soñaba con ser científico algún día. Acabó trabajando en la Universidad de Humboldt. Fue el único golpe de suerte que tuvo la familia desde que Walter descubrió el virus.

Cuando cayó el Muro de Berlín el 9 de noviembre de 1989, John

tenía 38 años y se había convertido en uno de los microbiólogos más importantes del mundo, con pocas posibilidades de alcanzar una estabilidad económica.

Deseaba, más que nada, reavivar la empresa farmacéutica de su padre, pero pasarían otros cinco años antes de que tuviera la oportunidad de hacerlo.

En 1994, cinco años después de que cayera el Muro de Berlín, un hombre se acercó a John. Parecía de ascendencia mediterránea, pero podría haber sido inglés, por lo bien que hablaba el idioma. Le ofreció cinco millones de dólares estadounidenses, una fortuna, para apoyar el desarrollo de la empresa farmacéutica de John en nombre de su cliente. La única condición era que John estuviera dispuesto a ayudar al benefactor a encontrar al Magdalena y a proporcionarle un virus que pudiera utilizarse. El cliente seguiría siendo el propietario legal de la empresa en papeles secretos, pero todos los beneficios serían para John.

Parecía tan sencillo en aquel momento.

Un pacto con el diablo, quizá, ¡pero qué pacto!

¿Por qué no arriesgarse? Si el Magdalena y el virus que portaba no habían sido encontrados en 75 años, ¿por qué los iba a encontrar él?

Desde entonces, su negocio había superado todos sus sueños. Era rico, se había casado con una estrella de cine y habían tenido una hija preciosa. Su mujer lo había abandonado cuando se había hartado de su dinero, pero le había dejado a su hija, así que no importaba nada más. Sus sueños profesionales se hicieron realidad cuando ganó el Premio Nobel.

Ni una sola vez tuvo noticias de su benefactor.

Nunca se le solicitó dividendo ni reembolso de ningún tipo.

Hasta hacía una semana, casi se había olvidado de sus humildes comienzos y de su pacto con el diablo.

Cuando lo saludó un hombre mucho mayor, de piel color aceituna y un pomposo acento inglés, no lo reconoció de inmediato. Fue su acento, que sonaba completamente fuera de lugar, lo que finalmente lo hizo recordar.

El Lear Jet se inclinó hacia la izquierda y aterrizó, sacando a John de sus recuerdos.

Hacía mucho tiempo que había hecho un trato con el mismísimo diablo.

¿Podría salvarme hacer un trato con otro demonio?

John consideró la pregunta a la que le había dado vueltas en los últimos siete días y, por primera vez, pensó en una respuesta.

Sí, pero para ello tendré que ser el primero en encontrarlo.

Capítulo VIII

Sam Reilly se había deshecho de su Scooter marino en unos arbustos y había iniciado el largo y penoso camino hacia la ciudad. Hacía años que no iba a Shoal Haven. No recordaba bien la distancia que había hasta la ciudad, pero sabía que no era un viaje largo.

Media hora después, el subidón de adrenalina había desaparecido y se dio cuenta de lo agotado que estaba cuando un jeep blanco se detuvo a su lado.

—¿Quieres que te lleve? —era la hermosa chica rubia de la playa.

—Por supuesto. Gracias.

—¿A dónde te diriges?

—Cualquier lugar de la ciudad está bien —no le quedaban muchas fuerzas para mentir.

Los Beatles sonaban de fondo.

Bajó el volumen de la radio y dijo—: Entonces, ¿cuál es tu historia? Está claro que no saliste a bucear por los arrecifes.

Tenía un acento principalmente estadounidense, con un leve matiz de origen europeo que él no lograba identificar. Probablemente había estudiado en alguna universidad de la Ivy League y había pasado años intentando deshacerse de su acento original.

—No sé de qué me hablas.

Hizo derrapar el coche hasta detenerse.

—Escucha. Yo misma he buceado en pecios a lo largo de los años, y no soy mala, pero nunca he visto a nadie bucear con ropa normal —parecía como si fuera a arrojarlo del coche—. Y, por otra parte, ¿dónde está tu equipo de buceo? ¿Qué hiciste con él? ¿Lo tiraste después de una única inmersión, o era demasiado difícil volver a llevarlo a casa después de cargarlo hasta aquí sin coche? O me dices la verdad o puedes bajarte de mi coche ahora mismo.

Sam consideró la posibilidad de salir del coche e irse, pero decidió que era mejor decirle la verdad a una completa desconocida.

—Estaba navegando y...

Pareció comprenderlo entonces.

—¿Te hundiste?

—Sí.

—¿Para hacer una reclamación al seguro o algo así? ¿Por eso eres tan reservado al respecto?

Se rio a carcajadas ante la sola idea.

—No, el seguro es la menor de mis preocupaciones. En realidad, mi barco lleva varias horas hundiéndose y me dio vergüenza hacer algo al respecto. Me preocupa mucho más lo que hará mi padre cuando se entere de que he sido tan descuidado.

—Dios, ¿estás bien? —le pareció ver algo de empatía en sus ojos. Ya había recibido suficientes críticas de su propio padre.

—Estaré bien. Oye, ¿te importa que utilice tu teléfono?

—No, para nada —su sonrisa era bastante amable, decidió Sam.

Se agachó para tomarlo de la consola central y se dio cuenta de que no se había molestado en cambiarse de ropa, y sus largas y bronceadas piernas podían verse en su totalidad. Intentó no quedarse mirando, se incorporó y marcó el número.

—Me sorprende que aún puedas recordar de memoria un número de teléfono.

—Este tipo ha sido mi mejor amigo desde que era niño. El suyo es casi el único número de teléfono que me he aprendido.

El tono de llamada terminó cuando alguien descolgó.

—Tom, soy yo.

—Hola Sam, ¿dónde estás? James sigue bastante molesto porque te negaste a responder a sus llamadas, con todo el asunto del ciclón Charlotte. No vas a creer lo que hemos hecho...

Sam lo paró en seco.

—Oye, ya me lo contarás. Es una larga historia, pero necesito que me recojas en... —miró a la hermosa mujer sentada a su lado, que pronunció con mímica las palabras «Shoal Haven»—. Estoy en Shoal Haven —recitó—. No llevo ni teléfono, ni cartera, ni nada. ¿Puedes venir dentro de una hora? Tengo algunas cosas importantes que hacer.

—Claro, iré en el helicóptero.

—Bien, te veré pronto. Gracias, amigo.

Le devolvió el teléfono.

—Gracias... —se detuvo—. Lo siento mucho, ni siquiera sé tu nombre. Soy Sam Reilly —dijo estrechándole la mano. Era firme, más parecido al apretón de manos de un hombre que al de una mujer, pero sin la intención de demostrar quién tenía el apretón más fuerte. Era el apretón de manos de alguien que llevaba años haciendo negocios con hombres y los trataba por igual.

—Aliana —dijo y él se dio cuenta de que había omitido su apellido.

Tenía una sonrisa preciosa y deseó que el trayecto hasta la ciudad fuera más largo.

—Encantado de conocerte —dijo.

—¿De dónde viene tu amigo?

—¿Quién?

—Tu mejor amigo. El tipo al que acabas de llamar, que va a dejar lo que estaba haciendo para venir a recogerte.

—Ah, ¿Tom? Está en Sídney.

—¿Qué? ¿Y va a llegar dentro de una hora? Son unas cuatro horas de viaje. Lo sé porque lo hice la semana pasada.

—Sí, bueno, le dije que podía venir en el helicóptero de la

empresa.

—¿Tu empresa? —parecía sorprendida.

—No, yo sólo administro una parte —admitió.

—Debes de ser muy importante para la empresa si tienes un helicóptero que venga a recogerte. ¿A qué te dedicas?

—Trabajo para una empresa llamada Global Shipping, pero sólo dirijo una parte muy pequeña, de Operaciones Especiales. Nos dedicamos a algunas cosas de salvamento, pero principalmente trabajamos por encargo para diversos organismos gubernamentales de todo el mundo. Hacemos investigaciones externas sobre la calidad del agua, cuestiones medioambientales y cosas así.

—¿Trabajas en el océano? —preguntó sorprendida.

—Sí.

—¿Y acabas de hundir tu propio barco?

—Sí, bueno... ahora ves por qué estoy tan avergonzado —aunque no estaba acostumbrado, Sam fingió vergüenza lo mejor que pudo.

Aliana sacudió la cabeza, asombrada.

Unos cinco minutos después llegaron al centro de Shoal Haven. Era un pueblecito costero con una cafetería y un par de restaurantes, lo único abierto a esa hora un domingo por la mañana.

Salió del coche y volvió a darle las gracias.

Estaba a punto de marcharse cuando él la detuvo.

—Dime, ¿te puedo invitar un café o algo? —sonrió con algo de esperanza y luego añadió—: Mi vuelo aún va a tardar un poco en llegar.

—¿Llevas dinero encima? Creí que lo habías perdido todo —dijo ella, con una sonrisa burlona.

—Tienes razón. ¿Puedes invitarme un café y te lo devuelvo cuando llegue mi transporte?

—Vamos —le sonrió, con la comodidad de una chica que no suele meterse en los problemas de los demás—. Yo te invito.

Al final del muelle había un lugar llamado «Café Pacific». Tenía vistas al océano. Se sentaron y ordenaron. Sam pidió una enorme jarra de agua, que se bebió en cuanto llegó a su mesa.

—Entonces, ¿qué hay de ti? —preguntó, realmente interesado en oírla.

—¿De mí? —volvió a sonreír. Sam pensó que podría acostumbrarse a verla sonreír—. Estudio microbiología en el MIT.

—¿En serio? Tengo un máster en oceanografía del MIT.

Ella le dirigió esa mirada que él tradujo como: «Claro, como si pudieras pagarte la MIT siendo operador de remolcadores».

Ignoró la mirada y dijo—: Entonces, ¿tú también vienes de «dinero viejo»?

—Ah, sí, sí, de mi familia —dijo con sarcasmo—. Mi padre siempre

está intentando enviarme mi propio helicóptero.

Sam se rio. Sobre todo porque la entendía mejor por sus experiencias pasadas de lo que jamás le contaría.

—No, en realidad estoy becada.

—Ah, bien por ti —ya había notado que era muy lista—. ¿Como una beca de Rhodes o algo así?

—Sí, algo así... —respondió ella. Sin embargo, aquella sonrisa parecía volverse aún más tierna, como si estuviera indecisa entre seguir ocultando algo o no.

—Oh, mierda. ¡Lo dices en serio! ¡Eres una becaria de Rhodes! Debes de ser muy inteligente.

Guapa e inteligente. Quizá debería pedirle que se case conmigo ahora mismo.

Aliana se rio, pero Sam pudo ver que estaba ligeramente avergonzada, como si estuviera acostumbrada a que los chicos la trataran de forma diferente.

—Mi padre es más inteligente —añadió—. También es microbiólogo y después de que mi madre lo dejara, supongo que lo único que pudo hacer fue enseñarme ciencia. No creo que yo sea necesariamente mejor o más lista que nadie. Era algo que hacíamos en familia.

—¿No te llevas bien con tu padre? —preguntó Sam.

—No, claro que sí. O sea, todavía me trata como si tuviera dieciséis años y fuera su niña pequeña, pero sé que me quiere. ¿Por qué lo preguntas?

—Has hecho algunos comentarios sobre que te asfixiaba. No te enfades. Yo tengo el mismo problema con mi padre. Nos queremos, pero no me gustaría vivir cerca de él, ni verlo demasiado a menudo.

—Sí, supongo que eso también ocurre con mi padre —admitió Aliana.

—¿Y tu madre?

—Ni idea. Dejó a mi padre hace años.

—Lo siento —dijo Sam.

—No lo sientas. Suele pasar.

Siguieron hablando durante una media hora, y el tiempo pasó demasiado rápido. Entonces, vio que un Jet Ranger grande y desconocido sobrevolaba el lugar, daba vueltas y luego aterrizaba en el aparcamiento al final de la calle.

—Supongo que ya llegaron por ti —dijo ella.

—Supongo que sí, pero no es uno de los nuestros.

—Ha sido un placer hablar contigo, Sam.

—Gracias. También ha sido un placer hablar contigo, Aliana —luego anotó su número de teléfono—. Tengo trabajo en Europa, pero viajo bastante. Si alguna vez quieres salir a comer, me encantaría

volver a verte, en cualquier momento y lugar.

Sam lo decía en serio. Estaría encantado de inventar una excusa para visitar cualquier parte del mundo con tal de pasar un rato en su compañía.

Ella tomó el número, le dio un beso en la mejilla y luego dijo con una sonrisa:

—Puede ser.

*

—Me alegro mucho de verte, Tom —dijo Sam.

—Te ves fatal. ¿Qué has hecho ahora? —había risa en la voz de Tom, pero también hablaba con auténtica preocupación, combinada con un toque de reproche.

—Es una larga historia —dijo Sam, mientras miraba a su amigo—. Parece que has tenido una semana dura en el trabajo. ¿Dónde está mi Rey del Mar?

—Sobre eso… —Tom se detuvo en seco.

—Ya lo entiendo. Una larga historia.

—Tú primero.

Sam tardó todo el vuelo de vuelta al puerto de Sídney, donde el Maria Helena estaba en su amarre temporal siendo reparado, en contar su historia, rellenando todas las partes sobre el oro, el brutal ataque y, al final, sobre la chica que había conocido.

Cuando aterrizaron en la cubierta trasera del María Helena, Sam miró a su amigo y le dijo:

—Tom, ¿qué hiciste mientras yo no estaba?

—Bueno Sam… —Tom lucía su sonrisa habitual mientras pulsaba el colectivo hasta el fondo, dejando que las palas giratorias se detuvieran, con su quejido natural. Luego le dio una palmada a Sam en el hombro y dijo:

—Mientras tú estabas por ahí jugando, yo he estado trabajando. Navegué con el Sea King a través del ojo de un ciclón para salvar uno de los superpetroleros de tu padre, en un intento de salvar también la vida de todo el mar, así como la de millones de habitantes de Queensland en el proceso.

—¿En serio? —Los ojos de Sam mostraban que estaba impresionado y que creía lo que Tom acababa de decirle. Si hubiera venido de otra persona que no fuera Tom, le habría llamado mentiroso.

—Sí.

—¿Lo salvaste?

—No, se hundió justo antes de llegar a la Gran Barrera de Coral —admitió Tom.

—Vaya, supongo que por eso se enfadó mi padre.

—Claro —respondió Tom—, pero no tanto por perder su barco.

—¿Y entonces?

—Estaba más disgustado por la pérdida del contenido de su bóveda privada.

—Seguro te pidió que bajaras a buscarlo durante el ciclón, ¿no? —preguntó Sam. Sabía todo sobre la bóveda privada de su padre, y se hacía una idea de lo que había dentro.

—Otra vez acertaste.

—Y también adivino a que le dijiste que no.

—No. Cuando me dijo lo que estaba en juego, tuve que hacer lo que me pedía.

—¿Qué había dentro cuando la abriste? —preguntó Sam, sólo ligeramente curioso. Por lo general, él y su padre se mantenían al margen de la vida secreta del otro.

—Nada.

—¿Cómo que nada? ¿Se destruyó?

—No, fue robado.

—¿En serio? —dijo Sam, con los ojos iluminados, como si la noticia le hubiera alegrado el día— ¿Alguien le robó algo a mi padre mientras su barco estaba varado en un ciclón? Eso sí que debe haberlo hecho enojar. Y ¿qué va a hacer ahora?

—No me lo dijo.

—No me gustaría estar los zapatos de la persona que robó lo que sea que hubiera ahí. Mi padre puede ser muy persistente cuando busca venganza.

—No lo dudo —dijo Tom—. Ahora, ¿qué vamos a hacer con tu problema?

—Voy a ducharme, a ponerme ropa seca y luego pensaremos qué hacer con la Corporación Wolfgang.

*

Veinte minutos más tarde, Sam estaba sentado al final de la sala de operaciones, con la computadora portátil abierta. Sobrevivir a lo que parecía ser el último día de su vida conllevaba cierto cansancio, pero la ducha lo había hecho sentirse persona de nuevo.

Miró la pantalla de la computadora que tenía delante y tecleó las palabras «Corporación Wolfgang» en Google.

Al instante apareció una larga lista de páginas relacionadas con la famosa Corporación Wolfgang. Su presidente era un tal John Wolfgang, un microbiólogo con varios galardones en su historial, incluido un Premio Nobel de Medicina en 2012.

Sam se desplazó hacia abajo y descubrió que John Wolfgang parecía ser un microbiólogo muy respetado, además de un rico hombre de negocios. Su padre, Walter Wolfgang, también había sido un microbiólogo brillante, que había fundado la empresa en 1935, mientras trabajaba en su doctorado, pero había luchado porque fuera

exitosa después de que Alemania perdiera la guerra. Acabó viviendo en Alemania del Este, que aniquiló por completo sus operaciones. Tras la caída del Muro de Berlín en 1989, John volvió a abrir el negocio familiar con el respaldo financiero de una fuente que no cotizaba en bolsa. Desde entonces, la empresa se trasladó a Estados Unidos, donde prosperó, y se convirtió en una de las principales empresas farmacéuticas dedicadas a la investigación con células madre.

Sam tomó nota mentalmente del nombre del dueño de la empresa y decidió que más adelante tendría que examinar su pasado a detalle.

A continuación, Sam abrió un último correo electrónico, enviado por Kevin Reed. Al final de éste, había una nota con el nombre La Cumbre, un hotel situado en los Alpes, donde se alojaba Kevin. Debajo, había una nota con su número de teléfono por si descubría algo interesante sobre el lingote de oro.

«No tengo nada que contarte sobre el oro, pero espero que me puedas responder algunas preguntas -Kevin».

Con eso en mente, Sam marcó el número.

—La Cumbre, buenas tardes.

—Hola. Me dieron este número para dejarle un mensaje a un amigo mío que se ha alojado con ustedes durante el verano.

—Sí, desde luego. ¿Cómo se llama su amigo? —El tono no era hostil, pero el marcado acento alemán del hombre le dificultaba ocultar su formalidad.

—Un tal Sr. Kevin Reed —dijo Sam, y añadió, como para aclarar—: Él y su mujer llevan varios meses haciendo alpinismo en su región.

La línea se quedó en silencio. Sam se preguntó si le habían colgado.

—¿Hola? ¿Sigue ahí?

—Lo siento, señor. Supongo que no se ha enterado —la voz del hombre sonaba más sorprendida que preocupada por el hecho de que, evidentemente, Sam no estuviera al corriente de los últimos acontecimientos.

—¿Enterado de qué? —a Sam le dio un vuelco el corazón.

¿Y ahora qué?

—Lamento informarle de que el Sr. Kevin Reed y su esposa han tenido un accidente en la montaña hoy en la mañana. Su cuerda se rompió y, trágicamente, tanto él como su esposa cayeron al vacío.

—¡Dios mío!

—Perdón, ¿cómo me dijo que se llamaba? —preguntó el hombre.

De repente, Sam se dio cuenta de la gravedad del asunto como si fuera un balde de agua fría. Era culpa suya que su viejo conocido de la universidad y su mujer estuvieran muertos.

Alguien lo había perseguido porque había descubierto el oro. *Pero ¿cómo lo sabían?*

—Gracias por su ayuda.

Sam colgó el teléfono antes de cometer el error de hacerles saber que seguía vivo.

Entonces se quedó sentado, con la mirada perdida en la pantalla de la computadora, que seguía mostrando la imagen del jefe de la Corporación Wolfgang, un hombre rubio de rostro rígido, pero sonrisa amable, que le devolvía la mirada.

¿Qué tenías que ver tú con esto?

Se esforzó por recordar la cadena de acontecimientos que habían ocurrido desde el descubrimiento de la existencia del oro. Su amigo Kevin era el que había descubierto el oro y ahora estaba muerto. Él mismo había hecho algunas averiguaciones sobre el oro, y ahora alguien también había atentado gravemente contra su vida.

¿Quién más sabe lo del oro?

Entonces se acordó de Blake Simmonds, el amigo de su padre.

Simmonds había dicho que llevaba años fascinado por la historia del Magdalena y su desaparición, y por eso había llamado en cuanto vio la foto del oro, con el emblema de G&O claramente marcado.

¿Podría ser que Blake me haya traicionado?

Nadie más conocía el descubrimiento. Sin duda era posible. El amigo de su padre podría haberlo engañado. Incluso el mejor de los amigos podía elegir la traición si la recompensa era lo bastante alta, salvo que, en este caso, ni siquiera había conocido al hombre.

Alguien debe de llevar mucho tiempo buscando ese oro para estar dispuesto a cometer un asesinato para impedir que otro llegue antes a él.

Aquel pensamiento le produjo un escalofrío.

En ese momento, se abrió la puerta y entró Tom.

—Tom, acabo de hablar con Mary de Recursos Humanos. ¿Tienes cuatro semanas de vacaciones pendientes?

—Sí, me parece que sí. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque acabo de decirle que has decidido tomártelos a partir de mañana —dijo Sam.

—¿Mañana? —el rostro paciente y sonriente de Tom lo miró sorprendido.

Sam ya había visto antes esa mirada en la cara de su amigo. Significaba: *¿en qué me has metido esta vez?*

La amistad entre Sam y Tom se remontaba a años atrás, mucho antes de que decidieran enlistarse juntos en los Marines. A lo largo de los años, se habían arrastrado el uno al otro en algunas aventuras bastante locas. Era sorprendente que cualquiera de los dos siguiera vivo para contarlo.

—Sí, mañana.

—¿Por qué haría eso? Estoy planeando ir a surfear al concurso de olas grandes de Oahu en septiembre —protestó Tom.

—No te preocupes por el oleaje. Seguirá ahí el año que viene.

—¿Cómo que no me preocupe por el surf? Llevo tres años seguidos esperándolo —se quejó Tom.

—Ahora, en cambio, nos vamos a Europa.

—¿Y por qué carajos vamos a hacer eso?

—Bueno, amigo... —esta vez le tocó a Sam mirar a su amigo, con una expresión que ya había visto muchas veces y que significaba: *Créeme, esto merecerá la pena*— porque en busca de un tesoro.

*

Sam se desplazó por la lista de prioridades de su teléfono satelital y pulsó sobre las palabras: «El Viejo».

No tenía una relación especialmente cercana con su padre. Nunca habían sido la típica familia de inmigrantes estadounidenses que mantenían estrechos lazos familiares. No es que no le cayera bien su padre, y desde luego lo respetaba. Al fin y al cabo, el hombre era excepcional en su área, y en cualquier otra en la que tuviera que hacer tratos, de hecho. No había duda.

Sam sólo hablaba con él dos, o en ocasiones tres veces al año, y casi nunca por motivos personales. Aquel día era diferente. Necesitaba su ayuda. Tenía problemas y su padre podría tener los contactos adecuados para ayudarlo.

No le cabía duda de que su padre lo quería. A su manera.

El teléfono ni siquiera llegó a sonar:

—¿Diga? —su padre no perdía el tiempo con términos innecesarios como «hola».

—Hola, papá.

No hubo respuesta.

Esperó a que Sam diera el siguiente paso, como si su conversación fuera una compleja batalla de ajedrez.

—Tengo un problema.

—Sí, he oído que te negaste a volver a tu puesto porque estabas fuera persiguiendo un perfecto desastre de tormenta, en lugar de realizar la tarea por la que se te pagaba, y como resultado mi barco se hundió... y lo que es más importante, me robaron algo de tremendo valor.

¡Estaba de jodidas vacaciones!

Sam sabía que no debía discutir con su padre. Además, dado lo que había ocurrido, la cuestión era debatible.

—No se trata de trabajo. Esto es serio —dijo Sam—. Alguien intentó y casi consigue matarme.

—¿En serio? —su padre parecía interesado, o al menos algo entretenido; desde luego, no preocupado como lo estaría un padre común, sino más bien como un hombre rico disfrutaría escuchando una buena anécdota.

Sam tardó varios minutos en relatar toda la historia a su padre, omitiendo cómo había sobrevivido utilizando su equipo de buceo y centrándose en el hecho de que alguien lo quería muerto. También incluyó su opinión de que, a esas alturas, su única conjetura sobre el motivo era que había descubierto el posible lugar donde descansaba un antiguo dirigible de la Segunda Guerra Mundial lleno de lo que suponía que eran tesoros judíos. Concluyó con el nombre que figuraba en la parte trasera del helicóptero que había estado a bordo de la nave infractora: Corporación Wolfgang.

El padre de Sam no lo interrumpió y le permitió terminar de contar toda la historia.

—Por cierto, conocí a una chica preciosa cuando volví a la orilla —dijo Sam—. No sé si aceptaría otra experiencia cercana a la muerte sólo para conocerla, pero a mí me pareció estupenda.

—Una chica, ¿eh?

Sam sabía que su padre estaría mucho más interesado en oír hablar de ella que en escuchar el resto de la historia.

—¿Cómo se llama?

—Aliana.

—Bonito nombre. ¿Qué vas a hacer con todo esto? —su padre siempre era directo.

—Tom y yo nos vamos a Europa a ver qué encontramos y adónde nos lleva.

—¿Y el María Helena? ¿Qué hay de tus responsabilidades allí? —preguntó su padre.

—Hemos terminado en Australia. Matthew va a trasladarlo de nuevo a San Diego. De todas formas, necesita una revisión. A mí no me echarán de menos, y a Tom le deben la baja —luego se detuvo un momento y preguntó:

—Papá, ¿has oído hablar alguna vez de la Corporación Wolfgang?

—No, ¿debería?

—No sé. Es el único nombre que tengo en relación con el hombre que intentó matarme.

Sam hizo una pausa y luego dijo

—Papá, necesito que investigues por mí a la Corporación Wolfgang.

—Comprendo —su padre tenía muchos contactos, y éstos llegaban tan arriba y tan abajo como pudiera imaginarse.

Sam sabía que su padre había invertido grandes cantidades de dinero en la campaña del actual gobierno y, desde el éxito presidencial de éste, los dos hombres habían mantenido una estrecha relación. Como resultado, su padre había sido nombrado asesor financiero principal. El Presidente se habría molestado muchísimo si se hubiera enterado de que el padre de Sam también había puesto

dinero en las arcas de la campaña del republicano. Sam dudaba de que su padre fuera a utilizar canales oficiales para llevar a cabo esta búsqueda. El viejo tenía a varios mercenarios por todo el mundo que prestaban servicios muy especializados. Algunos de ellos eran legales, otros eran cuestionables y algunos otros, totalmente ilegales.

En este caso, a Sam le era totalmente indiferente el método que fuera a utilizar su padre, pero estaba seguro de que podría conseguirle algunas respuestas sin revelar el hecho de que Sam seguía vivo.

Su padre era un megalómano inmensamente listo y en su mayor parte egocéntrico, que se había pasado toda la vida satisfaciendo sus propios antojos, pero en las pocas ocasiones en que Sam había necesitado su ayuda, había estado ahí para él.

—Gracias, papá.

—Cuídate, hijo —y a último minuto añadió—: Saluda a tu madre de mi parte, ¿quieres?

—Lo haré, papá.

—Por cierto, ¿qué tal tu viaje en barco? ¿Encontraste lo que buscabas?

Sam dudó por un momento.

Su mente retrocedió a aquella noche aterradora con su hermano, y luego a la más reciente, cuando navegó por el estrecho de Bass mientras éste se encontraba entre una alta y una baja convergencia catastrófica.

La noche fue dura, eso seguro, pero no, no fue lo mismo.

—No, todavía no.

Capítulo IX

Blake Simmonds salió de su despacho la tarde del 26 de agosto y subió por la calle Waldorf, en pleno centro de Berlín. Siempre había sido alto, y con la edad le resultaba más difícil disimular que cojeaba.

A la edad de 68 años, había empezado a albergar la esperanza de que estaría muy lejos antes de que saliera a la luz su problema actual.

Tomó un taxi para ir a un lugar que se había esforzado en olvidar durante muchos años. Antes de llegar a su destino, el taxi se detuvo cerca del lugar de un accidente reciente. Los paramédicos seguían en el lugar e intentaban liberar a un hombre herido de su vehículo.

—Me iré andando desde aquí —dijo Blake, mientras golpeaba el panel que separaba al conductor de sus pasajeros.

El hombre señaló la tarifa que debía, y él la pagó íntegramente, sin añadir propina.

Cuando empezó a caminar por el sendero, sonó su teléfono.

—Buenos días —dijo.

—Blake, soy James Reilly. ¿Puedes hablar?

Casi se echó a reír. James nunca pedía nada, sólo mandaba.

Algo pasa.

—Por supuesto —dijo Blake—. ¿Qué puedo hacer por ti?

—John Wolfgang acaba de hacerme una jugarreta. Me ha robado, ¡y después de haber hecho un trato! Quiero recuperar lo que me robó y que sufra por su desfachatez. No me importa lo que cueste, encárgate.

—¿En serio? —Blake Simmonds siguió caminando, con una amplia sonrisa en el rostro—. Sí, por supuesto. Yo me encargo.

—Hazlo.

El teléfono quedó en silencio.

Se estaba convirtiendo en un día mucho mejor de lo que había previsto.

Con el bastón en la mano izquierda, recorrió las tres manzanas hasta llegar al nuevo edificio Remington y, sin detenerse a admirar su arquitectura futurista, entró.

Miró a la recepcionista.

A sus cuarenta y tantos años, no había perdido ni un ápice de su aspecto juvenil. Ella había estado ahí desde la primera vez que él había estado allí. Tenía el pelo rubio, los ojos azules y una figura esbelta. Era seductora. Se dio cuenta de que sus dedos no se detenían ni un segundo mientras bailaban sobre el teclado de una de aquellas máquinas de escribir anticuadas. Su amo, Blake lo sabía, era un hombre precavido por naturaleza y nunca permitiría que los registros de la empresa se colocaran donde un genio de la informática de

quince años pudiera acceder en cuestión de minutos. La información recopilada en este edificio era demasiado valiosa para eso.

Le sonrió cortésmente sin decir nada, como si supiera que se presentaría ese día.

Blake pasó junto a ella sin decir palabra, entró en la habitación detrás y cerró la puerta.

El hombre que tenía delante no se molestó en levantarse ni en saludarle. Su piel era relativamente oscura, y le daba el aspecto de alguien de ascendencia mediterránea o incluso de Medio Oriente.

Hacía mucho tiempo que Blake no veía a aquel hombre.

El hombre suspiró y, finalmente, le dijo:

—Ambos sabíamos que este día llegaría.

—Sí.

—Ahora, ¿qué vamos a hacer al respecto?

*

John Wolfgang miró por la ventanilla de su Lear Jet.

Era un desierto interminable en todas direcciones. Entonces, cuando el piloto se aproximó y bajó suavemente el avión hasta tocar ligeramente la pista privada del jeque Abdulla Azzama, vio un edificio grande y lujoso, con una enorme piscina que lo rodeaba como si fuera una isla, parecía un espejismo a lo lejos.

Ya podía ver el Bentley blindado del hombre conduciendo por la pista en su dirección.

El piloto había detenido el avión, pero se oían sus motores al ralentí en el fondo. Observó cómo varios hombres hacían rodar unas escaleras chapadas en oro hacia su avión. Entonces, el jeque Abdulla salió de su vehículo. A salvo de cualquier amenaza en su propia tierra, caminó solo hacia el avión.

John no sentía ningún cariño por aquel hombre ni por sus malditas guerras santas, de hecho, pero mientras admiraba las escaleras chapadas en oro, tuvo que admitir que nadie pagaba como los amos ricos en petróleo de Medio Oriente.

Abdulla fue escoltado hasta la lujosa sala de juntas de John, que era lo bastante grande para albergar a más de una docena de personas, aunque ese día sería el lugar de reunión para solamente dos hombres: un lugar privado para que él y a Abdulla pudieran conversar con la absoluta certeza de que nadie más estaba escuchando.

John ya había adivinado que varias agencias de inteligencia habían captado la imagen de su jet aterrizando en la pista del jeque. No le preocupaba. No había nada ilegal en ello como tal. Según todos los hechos abiertamente aceptados y demostrables, el hombre con el que había ido a reunirse era simplemente uno de los jeques ricos de la región, pero no hacía falta ser un genio para ver por dónde fluía su dinero más abajo. En lo que a John se refería, no importaba. Para

cuando completaran su terrorífico plan, las naciones más poderosas del mundo se estarían desmoronando y serían incapaces de hacerle daño.

El hombre se acercó a él y le estrechó la mano, afectuosamente.

—¿Así que han encontrado la cámara del Magdalena? —Abdulla habló en voz baja pero con entusiasmo.

—No exactamente, pero tenemos algo así como una pista tras 75 años de búsqueda —dijo John.

—Pero nos da la esperanza de que realmente existió y, después de todo, esperanza es todo lo que cualquiera de nosotros puede pedir —Abdulla suspiró—. Es la prueba de que los nazis nunca lo tuvieron en sus manos.

—Sí, si hubieran hecho tal descubrimiento, el mundo se habría enterado. Eso es seguro.

—Y, ¿crees que serás capaz de encontrarla? —Abdulla lo miró fijamente, intentando discernir si John realmente podía o no proporcionarle lo que le había ofrecido.

—Sí, estoy seguro de ello. Tenemos a nuestros mejores hombres trabajando en ello.

—¿Pero habrá sobrevivido intacto, después de todo este tiempo?

—Sí. —John escribió algo en el papelito que tenía delante con su birome de punta dorada y luego dijo:

—La gripe A1W5 se diseñó para sobrevivir en entornos que destruirían todos los demás microbios, ya fueran víricos, bacterianos o fúngicos. No necesita oxígeno para sobrevivir, por lo que es totalmente viable en entornos en los que otras cepas de virus no sobrevivirían. Se propaga rápidamente a través de vectores aéreos y líquidos, pero tiene un periodo de incubación de hasta tres meses, seguido de una tasa de mortalidad del 80%. Con un periodo de incubación tan prolongado, la enfermedad se propagará por todo el mundo antes de que el CDC o la OMS sepan siquiera que existe. Para cuando el primer científico horrorizado la examine, el mundo entero estará infectado.

—¿Cuánto tardarán en combatirlo?

—No tengo ni idea, pero estoy seguro de que alguien acabará por vencerlo —dijo John—. Pero, para cuando alguien lo haga, el mundo habrá cambiado tanto que quién sabe cuánta gente quedará viva.

—¿Cómo puedes estar tan seguro de que algún día se desarrollará una cura para el virus?

—Porque mi padre creó esa vacuna —respondió John.

—¿Dónde está ahora esa vacuna?

—Destruida —John mintió—: Hace muchos años, junto con el trabajo de toda una vida de mi padre, antes de que el muro de Berlín fuera finalmente derribado.

—¿Y el precio?

—Luego le acercó el papelito.

El jeque sonrió al mirar el precio.

—Veinte mil millones de dólares es mucho dinero —dijo como si estuviera considerando el precio de una libra de pescado, y luego añadió—: Pero para restablecer a los protagonistas clave del mundo merece la pena.

—Necesitaré la mitad del dinero ahora y la otra mitad a la entrega.

—Por supuesto. Mis hombres se encargarán de transferirte el dinero al banco que elijas.

Sin más discusión, Abdulla salió de la habitación, atravesó el estrecho pasillo, bajó las escaleras y subió a su coche, cerrando la puerta sin mirar atrás.

John escuchó que los motores del jet alcanzaban su máxima potencia.

Toda la aeronave se estremeció bajo su fuerza.

Una vez en el aire, John hizo otra llamada segura a su teléfono satelital. Sonó un par de veces antes de que alguien contestara. Esta vez, era la voz de una mujer.

—¿Sí?

—Lo he conseguido —dijo. Luego desconectó el teléfono y volvió a mirar por la ventana, hacia el desierto que había debajo.

Quería abandonar ese lugar desolado.

*

Aliana estaba preocupada por su padre.

Por teléfono había sonado más preocupado de lo normal. Algo estaba mal, estaba segura. Cuanto más lo pensaba, más se daba cuenta de que tendría que volar a Europa y reunirse con él antes de volver a sus estudios.

Le quedaban tres semanas para volver a la universidad. El pensamiento de Aliana se volvió de inmediato hacia Sam Reilly, aquel hombre peculiar que había conocido en Australia. Él le había dicho que quería que volvieran a verse si alguna vez estaba libre y sus vidas se volvían a cruzar.

Y parecía que acababan de hacerlo. Ella estaría en Europa al mismo tiempo que él.

Aliana miró el número de teléfono que le había dado Sam. Le vendría bien divertirse, pero sólo le llamaría si le daba tiempo.

Su padre, concluyó, se preocupaba mucho por una serie de cosas que a ella le importaban poco: el dinero, las mujeres más jóvenes, ampliar su ya enorme riqueza y, sobre todo, superar a su padre en el mundo de la medicina. Su reciente Premio Nobel contribuyó en gran medida a mejorar su autoestima, pero, como pasa con muchos hombres ilustres, necesitaba más.

Cuando había hablado con él ese día, estaba diferente. Todas esas cosas—el dinero, las mujeres—no eran más que juegos para un hombre en la cima de una vida llena de políticos, ricos magnates y científicos que cambiaban el mundo.

Algo lo había sacudido.

Fuera lo que fuese esta vez, era diferente. Lo había asustado de verdad.

Obviamente, no hablaría con ella de esas cosas. Nunca lo había hecho. Para él, siempre sería su niña de 16 años, a pesar de que estuviera estudiando un doctorado en microbiología en el MIT.

Aquella noche tomó la decisión de pasar por la oficina de su padre en Berlín antes de regresar a Massachusetts. A la mañana siguiente, cambió de vuelo y, dieciocho horas más tarde, estaba delante de su despacho, disfrutando del calor del suave verano en Alemania.

—¡Hola, papá! —le gritó, cuando entró por la puerta giratoria que había delante del edificio.

Se detuvo en seco.

Aliana se alegró de haberlo sorprendido de verdad.

—¡Aliana! —se inclinó para besarla en las mejillas—. ¿Qué haces aquí?

—Estaba preocupada por ti.

—¿Por mí? ¿Por qué te preocuparías por mí?

—Vamos, papá. Puedes llevarme a cenar y contármelo todo —dijo Aliana, sabiendo que su padre nunca mostraría sus sentimientos abiertamente.

La llevó a cenar al Lorenz Adlon, en el corazón de Berlín. Hablaron de cosas más sencillas: cómo iban sus estudios de ella, el crecimiento de las bacterias en la costa de la Antártida y los efectos de la mayor estabilización del dólar estadounidense. Tras la cena, regresaron al ático que él tenía en Berlín.

Aliana estaba a punto de irse a la cama cuando se volvió hacia su padre y le dijo:

—Papá, ¿de verdad está todo bien?

—Sí, claro que sí. El trabajo me ha tenido ocupado, eso es todo —sus palabras parecían sinceras, pero ella se dio cuenta de que evitaba mirarla a los ojos mientras hablaba.

—De acuerdo, entonces —lo besó en la mejilla—. Me voy a la cama. Sólo quiero que sepas que ya no soy una niña pequeña. Si me necesitas, estoy aquí para ti. Mis clases empiezan hasta dentro de dos semanas.

—Lo sé, pero siempre serás mi niña.

Media hora más tarde, Aliana escuchó que llamaban suavemente a su puerta. Había estado leyendo un nuevo thriller para distraerse.

—¿Sí?

—¿Todavía estás despierta, mi amor?

—Era su padre.

—Sí —respondió al encontrarse con él en la puerta.

—¿Quieres un chocolate caliente?

Hace muchos años, los dos solían quedarse charlando durante horas, mientras tomaban un rico chocolate caliente. Del de verdad, en el que sólo creían los europeos. Nada de ese aguado y lechoso chocolate que hacían en otras partes del mundo.

—Sí, me gustaría.

Lo siguió escaleras abajo hasta la cocina y observó cómo añadía rico cacao en una cacerola iluminada por una llama, seguido de varios bloques de chocolate sólido, y lo removía lentamente hasta que se convirtió en una viscosidad fundida de chocolate.

Luego añadió varias gotas de un rico licor.

Los dos se trasladaron al sofá y se sentaron uno junto al otro, sorbiendo su chocolate caliente durante unos minutos antes de que Aliana hablara por fin.

—Papá, ¿qué pasa?

—Cuando eras muy pequeña, ¿te acuerdas de cuando acepté el apoyo financiero de un hombre para poder sacar por fin adelante la empresa de tu abuelo?

—Sí, claro. Durante años los periódicos se preguntaron quién era tu benefactor y por qué, aunque eres dueño del cincuenta por ciento de la empresa, nunca se ha visto la otra mitad.

—Durante más de veinte años no había escuchado ni una sola palabra de ese hombre, hasta hace una semana.

—¿Qué te dijo?

—Que ha llegado la hora de cobrar.

Capítulo X

Sam leyó un libro durante el largo vuelo de Sídney a Múnich en Aerolíneas Lituanas. Tras años trabajando dentro y fuera de helicópteros, y después de haber volado a bordo de varios aviones de ala fija y rotatoria, cabía suponer que se sentía cómodo a bordo del enorme Airbus A380.

Sin embargo, de algún modo no se fiaba de que algo tan grande estuviera en el aire.

Tom, observó, no se había despertado desde que partieron. Como si fuera un gato, podía dormir en cualquier sitio. Le dio un codazo a Tom con la punta afilada del codo.

—Todo el mundo está empezando a despegar.

—¿Ah, sí? —Tom fingió decepción—. ¡Te dije que me despertaras cuando estuviera aquí la comida!

—Sí, bueno, decidí que no tenías hambre y me comí tu comida.

—¡Vaya amigo eres! —dijo Tom, con cara de agravio.

En el aeropuerto internacional de Múnich los recibió un hombre llamado Dietrich. Él era quien había organizado la entrega del equipo que habían solicitado, y también que un helicóptero Robinson 44 de cuatro plazas estuviera cargado de combustible, esperando y listo para que abordaran.

Cargaron su equipaje en la parte trasera del Robinson 44.

Tom empezó la pesada tarea de marcar cada uno de los puntos de la lista de comprobación previa al vuelo. Hacía tiempo que no pilotaba un helicóptero tan pequeño. Le resultaba extraño, de la misma manera que un piloto de avión se sentiría al mando de un Cessna 152 con el que no estuviera familiarizado.

Introdujo las coordenadas GPS del hostal en el que habían hecho la reserva, situado en el extremo norte de Ötztal. Era un viaje de poco más de cuarenta y cinco minutos en avión, el cual emprendieron de inmediato.

Sam se dio cuenta, al sobrevolar los Alpes Calcáreos del Sur, de que hacían honor a su reputación de belleza pura. Las enormes montañas calizas estaban formadas por una roca más ligera y porosa. Además de caliza, contenían dolomita, marga, arenisca y otros minerales, en lugar de los oscuros granitos de los Alpes más conocidos.

Desde el aire se veían varios lagos alpinos. Su intenso color turquesa-aquamarino mostraba el contenido de cal en su composición.

Tom señaló hacia abajo y dijo:

—Cualquiera de esos lagos podría esconder al Magdalena.

—Lo dudo.

—¿Por qué?

—Porque son cristalinas. Si estuviera ahí abajo, alguien lo habría visto en los últimos 75 años.

Siguieron volando, con el zumbido del motor del Robinson 44 como ruido de fondo constante.

Sobrevolando los picos más altos de camino a Ötztal, Tom miró a Sam y señaló el altímetro. Marcaba trece mil pies, y apenas estaban a mil pies por encima del pico.

—Dudo que ninguna aeronave haya podido pasar por aquí.

—Yo también —asintió Sam—. Empezaremos registrando la zona al norte de aquí. Sabemos que el Magdalena salió de Múnich y que el único lingote de oro se encontró en Innsbruck, a unos treinta kilómetros al norte de aquí. Es una zona grande, así que podría estar en cualquier parte. Pero estoy de acuerdo contigo: es imposible que haya atravesado los Alpes de Ötztal.

En pocos minutos pudieron ver la ciudad alpina de Ötztal.

En su valle alpino, situado en el Tirol, Austria, Sam pudo ver el río Ötztaler Ache fluyendo en dirección norte. El Ötztal separa los Alpes de Stubai al este, de los Alpes de Ötztal al oeste. Mirando el mapa, Sam observó que el valle sesenta kilómetros de largo y estaba rodeado por la confluencia de los ríos Ötztaler Ache e Inn, al este. El extremo sur del valle, llamado Gurglertal, terminaba en la frontera italiana. El valle estaba formado por la cadena principal de los Alpes, con muchos glaciares y altos picos, entre ellos el Weißkugel y el Similaun.

Sam trazó una línea que unía los tres bordes de las cordilleras alpinas para formar un pequeño triángulo, y colocó un asterisco en la parte superior para representar Múnich, de donde se sabía que había partido el Magdalena en 1939. En aquel momento, en dirección este, se encontraba la neutral Suiza. Hacia el sur estaba Italia, gobernada por los fascistas, y hacia el este, Austria, gobernada por los alemanes.

Luego miró hacia la zona situada al norte del río Ötztal, hacia un lugar llamado Bahnof, donde su viejo amigo había descubierto el único lingote de oro, y Sam marcó el lugar con otra X, como si fuera un tesoro.

Tom empezó a descender y Sam guardó el mapa.

Se preguntó si el piloto de una aeronave arcaica que poseyera una capacidad de navegación insignificante habría podido volar con éxito por el estrecho valle de Ötztal, atravesando así los Alpes Calcáreos del Sur, sin elevar nunca su artefacto más de un par de miles de metros.

Sacudió la cabeza al darse cuenta de que aquel pensamiento era una tontería.

*

Sam Reilly se levantó temprano al día siguiente.

El aire era fresco y, aunque el sol aún no había traspasado los picos de las lejanas montañas, no hacía un frío incómodo. Cuando Sam miró

la niebla que había delante, sintió que reflejaba sus sentimientos sobre el vasto esfuerzo de la búsqueda que tenía por delante. Observó a Tom terminar de preparar el café.

¿Cómo pudo desaparecer algo de ciento cincuenta metros de largo durante 75 años?

Después se planteó la pregunta más importante: *¿cómo voy a encontrarlo?*

A pesar de la enormidad del reto, Sam estaba feliz de estar de nuevo en Europa.

Hacía años que no iba a Europa Central. Una vez había buceado por los canales de Venecia y se había prometido volver a hacerlo. Allí se podía descubrir tanta historia, pero hasta ahora había encontrado pocas razones para llevar a Deep Sea Expeditions allí.

Era verano, pero demasiado caluroso.

Europa nunca lo fue, decidió. Había alquilado una cabaña de madera que se encontraba a mil quinientos metros, situada en un paso que daba al Río Tirol.

Había elegido aquel lugar porque, a diferencia del resto del pueblo tirolés, que descansaba en el fondo del valle, estaba encaramado en lo alto de las montañas, lo que les ahorraría horas tanto de escalada como de combustible durante los numerosos vuelos que realizarían en las próximas semanas.

Miró el Robinson 44, que estaba encaramado precariamente en un helipuerto construido a tal efecto que descansaba en el borde de la montaña. Sam temía descubrir que un fuerte viento lo hubiera derribado de su percha durante la noche, pero allí estaba, tan grácil como siempre.

No era un vehículo muy grande ni potente, pero serviría bien a sus propósitos.

Había pensado en alquilar un Jet Ranger o un Skyhawk, pero ambos se veían tan poco allí que la gente no tardaría en hacer comentarios. Los Robinson 44 eran los helicópteros preferidos por los turistas. Nadie notaría uno más sobre los Alpes.

Habían aterrizado ayer por la tarde, pero habían decidido tomarse un tiempo para relajarse y recuperarse del desfase horario antes de empezar en serio.

Tom entró justo cuando la tetera del fogón empezaba a hervir.

—Buenos días, Sam.

Se dio cuenta de que Tom, a diferencia de cualquier otro viajero que conociera, había recuperado el sueño durante su vuelo de larga distancia y parecía más relajado de lo que le había visto en mucho tiempo, si es que eso era posible.

Daría cualquier cosa por poder dormir así.

—Buenos días, Tom. Parece que has descansado bien.

—Gracias. Me he levantado temprano.

—¿En serio? —Sam se sorprendió.

—He investigado al Magdalena por ti. Se supone que transportaba a las siguientes familias influyentes: los Goldschmidt, vinculados por matrimonio a los Oppenheimer. Estaban implicados en lingotes de oro y diamantes; los Rosenberg, de la banca privada, que, según los rumores, financiaron a varios sindicatos del crimen en los años treinta. Esto es lo que sabemos de ellos: los Goldschmidt habrían transportado grandes cantidades de oro; los Rosenberg podrían haber estado en posesión del diamante Rosenberg, del que se decía que superaba los 50 quilates en una talla esmeralda perfecta. El último era un profesor, del que sabemos muy poco. Lo que sí sabemos es que era un recluso y un ávido fascista, que había estado trabajando para el movimiento nazi. Cómo llegó a figurar en el manifiesto del Magdalena es algo que nadie ha podido averiguar todavía.

—¿Qué hacía en ese vuelo, profesor Ribbentrop? —preguntó Sam, pensando en voz alta.

—Está bastante claro que el dirigible transportaba una fortuna en oro y joyas. Quienquiera que lo esté buscando ya ha demostrado que está dispuesto a hacer cualquier cosa para impedir que alguien llegue a él primero.

—¿Alguna noticia más sobre la Corporación Wolfgang?

—Todavía no. Aún estoy esperando a que mi padre se ponga en contacto conmigo con la información que haya podido descubrir sobre nuestros nuevos amigos.

Tom se sentó y dejó las dos tazas de café sobre la mesa, junto al mapa topográfico, frente a él.

—¿Cuál es nuestro plan? —preguntó Tom.

—Estaba empezar por el lugar donde mi amigo encontró el único lingote de oro, y primero hacer un reconocimiento aéreo. Quizá la respuesta se presente desde el aire —dijo Sam.

—Eso es bastante optimista, amigo mío.

—Nunca se sabe. Ambos sabemos lo claras que son estas cosas desde el aire.

—¿Y no crees que tu amigo podría haber contratado ya un helicóptero para hacer precisamente eso? —se apresuró a señalar Tom.

—Quizá lo hizo, y por eso lo mataron. Pero sólo hay una forma de averiguarlo, y al menos es un comienzo.

Después de desayunar, Sam cargó su mochila y algo de cuerda en el helicóptero, mientras Tom lo preparaba para el viaje.

Despegaron justo cuando el sol penetraba en el valle profundo. Los rayos se reflejaban en las montañas nevadas y todo parecía hermoso.

En poco más de quince minutos de vuelo por el Valle del Tirol

llegaron a la entrada norte, donde Kevin había encontrado por primera vez el lingote de oro, que había iniciado toda esta búsqueda del tesoro.

A unos trescientos metros por encima del lugar, Sam examinó el emplazamiento.

Era una pared escarpada de piedra caliza, que formaba el frente de la montaña. Debajo había un pequeño collado a través del cual se veía otro, y muy por debajo se extendía un pequeño lago. Salpicados a lo largo de la cara de la montaña, más o menos a mitad de camino, había miles de pinos enormes.

Kevin, recordó, era un ávido alpinista libre. Alguien que aún creía que las montañas eran lugares sagrados, que debían reservarse para aquellos cuyas habilidades les permitieran ascender sin cuerdas. Mirando la ladera rocosa que había debajo, Sam imaginó que sólo unos cuantos alpinistas habían escalado las paredes de aquella montaña en las décadas transcurridas desde que el Magdalena había salido de Múnich.

Sin embargo, le resultaba prácticamente imposible pensar que el misterio del Magdalena hubiera permanecido oculto durante tanto tiempo simplemente porque nadie se había molestado en escalar esta montaña en particular. Sobre todo porque estaba situada tan cerca de la entrada de los populares Alpes Calcáreos del Sur.

Tom tomó la decisión de ampliar la zona de búsqueda y empezó a volar en círculos cada vez más amplios alrededor del lugar.

—Puedo entender que un solo lingote de oro consiguiera permanecer oculto durante tanto tiempo aquí arriba —dijo Sam.

Estaba a punto de continuar cuando Tom le interrumpió:

—¿Pero no cómo podría hacerlo un dirigible de 45 metros?

—Exacto —se rio Sam. Los dos seguían pensando igual.

Cuando los círculos se ensancharon, Tom dijo:

—No veo ningún lugar ahí abajo donde una aeronave tan grande pudiera haberse posado y, al mismo tiempo, pasar desapercibida desde el aire. O sea, hay un río en el fondo, pero no es lo suficientemente grande como para ocultar una nave así.

Continuaron su reconocimiento desde el aire, hasta que el helicóptero necesitó combustible.

En el camino de vuelta, Sam pensó cómo encontrar al Magdalena perdido. Habían abordado el problema desde el ángulo equivocado, pero a partir de mañana rectificaría.

*

Aquella noche, sentados ante el calor de la chimenea, Tom sirvió a Sam y a sí mismo una copita de delicioso coñac.

—Míranos, Sam —dijo, mientras servía.

—¿Qué? —a Sam se le dibujó una sonrisa en la cara.

—Dos viejos, sentados aquí delante de este fuego, bebiendo coñac, con el rico hedor de los puros caros perfumando estos asientos de cuero —Tom se rió, sus dientes blancos le recordaban a Sam al Gato de Cheshire—. ¿Nos estamos haciendo viejos, amigo mío?

—No sé de qué estás hablando —suspiró Sam mientras daba otro pequeño sorbo a la costosa bebida que tenía en la mano—. Acabamos de llegar a los treinta.

—No hace tanto tiempo que habríamos acampado en las montañas y escalado hasta descubrir a nuestro extraviado Magdalena.

—Es cierto, pero apuesto a que no lo habríamos encontrado —se apresuró a señalar Sam.

—Sí, bueno amigo, después de lo de hoy, no estoy tan convencido de que vayamos a ser nosotros los que resolvamos este enigma de 75 años.

—Oh, no lo demos por perdido todavía. Acabamos de empezar —respondió Sam.

Tom había visto muchas veces esa misma mirada en los ojos de Sam. Era una mirada que decía: *al carajo las probabilidades, lo haré a mi manera.*

—Ya veremos.

—Tom...

—¿Sí, Sam? —Tom llenó las copas por segunda vez.

—No olvides que todavía estamos viviendo una aventura infernal.

—Así es. Y, como espero que ocurra siempre, me uniré a ustedes en sus locas escapadas. —Tom bebió más de su coñac y preguntó—: ¿Y cuál es nuestro siguiente paso?

—Bien, he estado pensando y esto es lo que se ocurrió —dijo Sam, entregándole a Tom el mapa cuadriculado del lado oeste de los Alpes —. No tiene mucho sentido intentar sobrevolar cada uno de los puntos de esta cuadrícula, porque en la mayor parte una aeronave habría sido claramente visible desde un helicóptero.

—Estoy de acuerdo. Tom parecía dudoso. Entonces, ¿dónde vamos a buscarlo?

—Vamos a hacer un reconocimiento de la zona dentro de esta cuadrícula, por supuesto. Pero no vamos a buscar al Magdalena.

—¿Qué vamos a buscar?

—Cualquier zona en la que una aeronave de este tipo pudiera desaparecer durante tres cuartos de siglo.

—Debe de haber cientos de lugares donde esconder algo en estas montañas —el ceño fruncido de Tom indicaba que esperaba que Sam ideara un plan mejor que éste.

—Cientos no capaces de ocultar los 45 metros de la cubierta del dirigible.

—¿No? —Tom aún parecía dudoso.

—Sólo cinco.

—¿Cinco? —Tom se mostró incrédulo.

—Sí, sólo cinco.

Sam le ofreció a Tom una segunda versión del mismo mapa topográfico. Superpuesto sobre éste, había resaltado los lugares donde algo tan grande como un dirigible podría haberse mantenido oculto durante años.

Los ojos color verde pálido de Tom escrutaron las marcas del mapa.

Había varios ríos y lagos, y la erosión constante de las rocas calizas predominantemente porosas que formaban la cordillera habría creado, con toda probabilidad, numerosas cuevas calizas. Un estudio rápido de cualquier mapa topográfico informaría que sólo unas cuantas eran lo bastante grandes como para ocultar algo tan grande como el Magdalena.

De hecho, sólo había cinco lugares de este lado de los Alpes que merecieran siquiera la pena considerar.

Tres de ellos eran cuevas grandes, y dos estaban cubiertas por secciones profundas de manto de nieve, que no se descongelaría en mil años. Aunque gran parte de la montaña estaba cubierta de nieve, sólo había dos lugares en los que la capa de nieve permanecía prácticamente intacta durante todo el año. Todos los lagos, aunque ciertamente lo bastante grandes como para que desapareciera en ellos un dirigible, se descongelaban en verano, y eran demasiado claros y vírgenes como para ocultar nada bajo sus aguas desde arriba.

—Creo que tienes algo entre manos, Sam —dijo Tom—. Es decir, a menos que todo el Magdalena haya quedado oculto por 75 años de crecimiento arbóreo.

—Son predominantemente pinos los que cubren estas montañas. Ni mil años de crecimiento arbóreo podrían ocultar los restos siniestrados del Magdalena.

—Espero que tengas razón.

—Tengo razón. Y voy a demostrarlo —dijo Sam, con su característica seguridad.

Y espero que lo hagas…

Capítulo XI

Tom realizó varios vuelos en el transcurso de las dos semanas siguientes. Pero con cada nuevo día, confirmaba lo que había creído desde el principio: *una aeronave que quiere permanecer oculta, lo hará.*

Los lugares de aterrizaje disponibles eran en general bastante pobres, pero el Robinson 44 era capaz de aterrizar incluso en los lugares más pequeños.

Había muchas cuevas grandes, túneles y campos de nieve, pero ninguno de ellos lo bastante grande como para ocultar al Magdalena.

A pesar del zumbido constante del motor y de sus aspas giratorias, había un silencio melancólico en el interior de la cabina a su regreso. Ambos hombres sabían que habían agotado sus teorías iniciales, y las posteriores habían quedado en nada.

En realidad, Tom se dio cuenta de que aún sabían muy poco sobre lo que buscaban. Su especialidad eran las búsquedas relacionadas con el mar, no la búsqueda de tesoros en los Alpes.

Sam fue el primero en romper el silencio.

—¿Y un lago?

—¿Un lago qué? —Tom miró al lago cristalino que había debajo, y pudo ver el reflejo del helicóptero en su clara superficie—. Ya hemos hablado de los lagos. Son demasiado claros.

—¿Podría haberse hundido en alguno de estos lagos? —Sam se puso serio.

—¿Es broma?

—No. ¿Por qué?

—Mira ese lago de ahí abajo, Sam. ¿Qué ves?

—Veo rocas gigantes, agujeros e incluso algunos peces. ¿Qué ves tú?

—Eso es exactamente a lo que me refiero, Sam. Si hubiera una enorme aeronave en ese lago, o incluso algo del tamaño de una, en una zona frecuentada por tantos helicópteros turísticos, la habrían visto mucho antes.

—Tienes razón, Tom. Habría sido imposible perder al Magdalena en este lado de la montaña durante un período de tiempo prolongado —dijo Sam, como si Tom hubiera estado de acuerdo con su punto de vista, en lugar de rebatirlo.

—Entonces, ¿nunca estuvo aquí?

—No, no dije eso. Creo que definitivamente pasó por esta zona; la ubicación del oro que encontró Kevin lo confirma —Sam volvió a sonreír con confianza mientras hablaba.

—Entonces, ¿dónde fue a parar?

—Tengo una idea Tom, y creo que es hora de llevar esta búsqueda

a otra parte.

*

Sam dejó el mapa topográfico de los Alpes Calcáreos del Sur delante de Tom.

—Bien, digamos que intentaban despejar el campo de tiro. Los lingotes de oro que encontraron mis amigos estaban... aquí —dijo señalando el lugar—. Pero no hay ninguna otra prueba del Magdalena en los alrededores. Quizá intentaban aligerar su carga para librar la cima de la montaña —sugirió Sam.

—Eso es una locura —respondió Tom—. El dirigible tenía una altura máxima de doscientos metros. No hay forma de que esos tipos pudieran librar la montaña, y seguro que lo sabían. Apuesto a que dieron la vuelta en alguna parte y aterrizaron en este lado de la montaña, posiblemente cientos de kilómetros más al norte.

—Entonces nuestra lista anterior de cinco lugares donde esconderla aumentaría a miles —Sam no parecía convencido—. Pero ¿y si sabían exactamente dónde estaban y pensaron que podrían volar a través de los gigantescos pasos de la montaña?

—¿Quieres decir pasar a través del Valle del Tirol? —preguntó Tom, incrédulo.

—Tuvo que ser posible —dijo Sam.

—Pero muy improbable.

—Bueno, es evidente que no lo consiguieron.

—Eso es un hecho —reconoció Tom, y luego añadió—: Además, ¿qué hacían allí, para empezar?

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, digamos que quieres escapar del dominio de Hitler: ¿a dónde volarías desde Munich para escapar?

—A Suiza, por supuesto —respondió Sam inmediatamente—. Era el país neutral más cercano.

—Por supuesto. Entonces, ¿por qué el Magdalena volaría el sur, hacia los Alpes Calcáreos del Sur y hacia Italia? Mussolini ya se había aliado con Hitler. Si de algún modo hubieran conseguido atravesar las cordilleras Dolomitas, aún estarían al alcance de Hitler. No tiene sentido.

—A menos que simplemente no superan en dónde estaban —comentó Sam.

—Siempre existe esa posibilidad. El GPS no existía en los años 30.

—¿Quizá alguien a bordo era un traidor? O cabe la posibilidad de que alguno de los pasajeros o de la tripulación fuera coaccionado para llevar el barco cargado de tesoros a otro lugar completamente distinto.

—Todo es posible —dijo Tom—. La otra cosa que me preocupa es la siguiente: si el Magdalena de verdad ha estado descansando en algún lugar del lado sur de los Alpes, ¿no crees que alguien ya habría

visto sus restos? Quiero decir, por las cordilleras Dolomitas pasa el mayor refugio de alpinistas del mundo; esquiadores en invierno, parapentistas y saltadores base en verano, y vuelos en helicóptero durante todo el año. Siento decirlo, amigo, pero si estuviera al otro lado de los Alpes, ¡alguien ya lo habría encontrado!

—Cuando se descartan todas las causas probables, el único curso de acción natural es investigar las improbables —Sam sonrió—. Ahora bien, tienes que recordar que el Magdalena no era un zepelín como tal. Era un dirigible, construido por Peter Greentstein, un antiguo empleado muy rico de Zeppelin Enterprises. Él mismo había visto el declive de la era de los grandes dirigibles tras el desastre del Hindenburg, y había decidido reinventar los días de gloria de los viajes en dirigible. ¿No hay posibilidad de que haya construido el Magdalena para realizar este viaje? Uno de los mayores problemas de los dirigibles en Europa en aquella época eran las cadenas montañosas infranqueables. ¿Habría descubierto un modo de librarlas?

Tom negó con la cabeza.

—No me creo en absoluto esa teoría. Tal vez, si la montaña estuviera a una altura de sólo seiscientos, o incluso novecientos metros, habría sido posible, ¡pero estamos hablando de casi tres mil metros! No, yo apuesto por que dieron media vuelta y volvieron por donde habían venido. Lo encontraremos en este lado de la montaña, si es que lo encontramos en algún sitio.

—Bueno, muéstrame en el mapa, en este lado de la montaña, dónde crees que podrías esconder una aeronave de 45 metros durante 75 años.

Los inteligentes ojos color avellana de Tom escrutaron el mapa topográfico durante casi cinco minutos.

Luego consultó Google Earth en su computadora portátil durante otros cuarenta y cinco minutos antes de decir:

—No es posible. Allí no. Alguien debe saber en dónde está. ¿Puede ser que los nazis lo hayan descubierto, lo despedazaron y nunca lo reconocieron, como nunca reconocieron tantos otros de sus crímenes de guerra?

—Ahora me toca a mí decir que no me creo esa historia —dijo Sam —. Si alguien hubiera conseguido derribarlo y capturar el premio que llevaba, ya se habría sabido. Crímenes de guerra o no, estas historias tienen una forma de salir a la luz.

—Bueno, entonces hipotéticamente, si esta aeronave consiguió de algún modo atravesar las montañas, ¿en dónde carajos acabó?

—En algún lugar del lado sur de las montañas —Sam esbozó su sonrisa omnisciente, como diciendo *estoy a punto de enseñarte mi mano ganadora*—. Echa un vistazo aquí y dime, como piloto, cuál sería el primer lugar que te vendría a la mente si tuvieras que derribar un

avión rápidamente.

Tom escaneó el mapa de Google Earth del otro lado sur de las montañas. Sonrió al verlo.

—Ah, ¿te refieres aquí?

Capítulo XII

Sam estudió el lago que tenía delante.

El Lago Soledad.

Era perfecto. Tan enorme como remoto, inaccesible para todos, a excepción de montañeros y pilotos de helicóptero. También se sabía que permanecía congelado la mayor parte del año, ya que su altura era de dos mil quinientos metros.

Con unas dimensiones de más de ocho kilómetros de largo por nueve de ancho, y encaramado cerca de la cima de la montaña, el Lago Soledad habría sido más que adecuado para albergar una aeronave tan grande. ¿Quién podría siquiera adivinar la profundidad del lago?

Se imaginó al Magdalena librando de algún modo la cima de la montaña y descendiendo después. Algo debió de salir mal que les obligó a aterrizar. Para el piloto, en invierno, la ladera rocosa bordeada de árboles debía de parecer una pesadilla; sus rocas parecían dientes gigantes. Y entonces, habría visto el lugar perfecto más adelante. Cubierto por una espesa capa de nieve, podría haber sido un campo abierto, despejado para la agricultura.

¿Qué te pasó, Peter? ¿En qué estabas pensando?

—Está aquí, lo sé—afirmó Sam, con fervor.

—Siento reventar tu burbuja de orgullo y todo eso, pero la última vez que este lago se descongeló en invierno fue antes del cambio de siglo XIX

—¿O fue en la noche del 24 de septiembre de 1939?

Tom golpeó las teclas de su computadora portátil unas cuantas veces más y luego miró a su amigo.

—Te equivocas otra vez. Vaya, seguro que desearías no haberme invitado nunca. Aquella noche en cuestión fue especialmente fría. Es imposible que el lago se hubiera descongelado.

—Bien, tengo otra idea. ¿Y si de alguna manera rompieron la cima de la montaña?

—Y si así hubiera sido, ¿qué? —preguntó Tom.

—Todos sabemos que es casi imposible que tuvieran alguna posibilidad de librarla en primer lugar. ¿Y si no lo consiguieron del todo y, en su lugar, chocaron con algunas de las rocas de la parte superior? ¿Es posible que una colisión así provocara algún tipo de avalancha que hubiera sido suficiente para romper al menos el hielo que cubre el lago?

—Es posible. Al principio de la guerra, nadie se habría interesado en absoluto por una avalancha que afectara a un lago alpino, sobre todo uno accesible sólo para los mejores alpinistas de la época.

Tom acercó el zoom al lado oeste de la montaña, representada en Google Earth, y luego sonrió con picardía.

—¿Te parece que a esa montaña le falta algo?

—A mí me parece que sí. ¿Puedes encontrar una imagen anterior a 1939? —preguntó Sam.

—Veamos —Tom encontró una foto del pico de la montaña tomada en 1920. Mostraba a un hombre italiano, con una cuerda colgada despreocupadamente del hombro, de pie sobre el gran afloramiento rocoso; coincidía a la perfección con el que evidentemente faltaba en la foto de 1939. —Por una vez, Sam, tienes razón. ¿Y ahora qué?

—¿Qué te parece un poco de buceo en las alturas, Tom?

*

John Wolfgang se alegró de que su hija hubiera hecho el esfuerzo de verlo antes de regresar a Massachusetts. Al principio, le había preocupado que estuviera allí, pero había sido agradable verla. Luego, cuando se dio cuenta de lo que tenía que hacer, su preocupación se convirtió en terror.

¿Cómo podía utilizar así a su propia hija?

Pero, como había ocurrido en ocasiones anteriores, al final la necesidad pudo más que sus reservas éticas.

Le costó convencerla, pero al final comprendió lo que se le pedía y dijo que haría la llamada.

*

El teléfono sonó una sola vez antes de que Sam contestara.

—¿Sam? —la señal era escasa, pero creyó reconocer la voz suave y elocuente; aquel acento claramente estadounidense que contenía una pizca de ascendencia europea.

—Sí, ¿quién es? —preguntó Sam.

—Soy Aliana. ¿Sigues en Europa?

—Sí, me alojo en Ötztal. ¿Y tú?

—¡El Otztal! Pasé algún tiempo en el Ötztal cuando era pequeña. Ahora estoy en Berlín, hasta el fin de semana, pero estaba pensando en volver a verte antes de irme a Estados Unidos. Si te interesa, tal vez este fin de semana podría enseñarte algo más de la zona desde el punto de vista de una lugareña.

—Me encantaría. Avísame cuándo esperarte y cambiaré mi horario.

Capítulo XIII

Blake Simmonds sintió cada uno de sus 68 años de vida.

Hacía mucho tiempo que no se implicaba tanto en un trabajo de campo, sobre todo en uno de consecuencias tan catastróficas. Sin duda, era lo más agotador mentalmente que había hecho en años.

Se sentía como si estuviera en medio de una segunda carrera armamentística nuclear. En realidad, aún no estaba seguro de si la implicación con su jefe lo convertía en el bueno o en el malo.

Al principio, pensar en el trabajo que tenía por delante lo había vigorizado, pero ahora, tras dos semanas de trabajar tantas horas, casi sin dormir y preguntándose por su oscilante moralidad, Blake Simmonds estaba completamente agotado.

Se maldijo por haber perdido la ventaja. Era el único que sabía que Sam Reilly seguía vivo y que había volado a los Alpes para reunirse con el resto de los malditos cazadores de tesoros. *Salvajes, ¡todos y cada uno!*

Al menos tuvo la suerte de saber que Sam había alquilado uno de sus helicópteros. El dispositivo de localización GPS, instalado en el Robinson 44, lo mantenía informado de cada uno de sus infructuosos movimientos.

Pero, ¿qué podían conseguir donde otros habían fracasado en los últimos 75 años?

Hasta que no vio su helicóptero junto al Lago Soledad, no comprendió la gravedad de su error.

Al principio, Blake había observado el lugar de aterrizaje y había supuesto que era igual que todos los demás lugares en los que habían aterrizado y buscado durante las dos últimas semanas. No fue hasta que enfocó sus satélites hacia el lago cuando se dio cuenta de en qué lado de los Alpes se encontraban.

Luego, en tan sólo unos segundos, vino a su mente la imagen de Peter Greenstein librando de algún modo el pico de montaña, perdiendo altitud y aterrizando en medio del lago congelado.

Entonces tuvo la misma idea que Sam Reilly: que una avalancha podría haber abierto una grieta en la superficie del lago por primera vez probablemente en un siglo. Una rápida búsqueda en internet le confirmó que tenía razón.

Pero no fue hasta que consultó el mapa centenario en su computadora, cuando de repente supo con certeza que Sam Reilly tenía razón sobre el lugar de descanso final del Magdalena.

Había llegado el momento de actuar, *pero ¿podría hacerlo a tiempo?*

*

Sam terminó de sacar el último equipo de buceo de la parte trasera del helicóptero.

Se alegró de que Tom hubiera conseguido posar el 44 sobre un enorme trozo de granito macizo, que formaba una pequeña isla cerca de la orilla del lago. En su primer sobrevuelo del día anterior, no había estaba seguro de que aquella maniobra fuera posible. Teniendo en cuenta los pinos gigantes que bordeaban el lago, quizá tuvieran que aterrizar a kilómetros de distancia y entrar a pie.

Tal como estaban las cosas, Tom había encontrado aquella roca, como si la hubieran colocado en ese sitio sólo para ellos. Sam decidió que el trozo de granito parecía ligeramente fuera de lugar en el lago verde turquesa, que estaba formado casi en su totalidad por piedra caliza. Podía imaginarse esta roca formando parte del pico perdido de la montaña que tenían encima.

El equipo de buceo estaba preparado delante del helicóptero, listo para empezar las comprobaciones de seguridad y formalizar un plan de inmersión para su primer descenso.

Habían pasado la noche acampando en la orilla del lago. Una de las ecuaciones más difíciles de predecir con certeza es cuánto nitrógeno residual puede tener una persona desde el nivel del suelo hasta que alcanza la altitud. Aunque se habían realizado pocos estudios científicos sobre el buceo en altitudes superiores a los dos mil quinientos metros, en general era una buena práctica del buceo aclimatarse a la altitud durante un mínimo de doce horas antes de realizar un primer descenso.

A mayor altitud, la presión atmosférica es menor que a nivel del mar, por lo que salir a la superficie al final de una inmersión en altitud provoca una reducción aún mayor de la presión y, por tanto, un mayor riesgo de malestar por descompresión. Estas inmersiones también suelen realizarse en agua dulce a gran altitud, y el agua dulce tiene una densidad inferior a la del agua de mar utilizada en el cálculo de las tablas de descompresión. La cantidad de tiempo que el buceador ha pasado en altitud también es motivo de preocupación, ya que los buceadores con cargas de gas cercanas a las del nivel del mar también pueden tener un riesgo mayor.

Sam se sentó y se limitó a mirar el lago que lo rodeaba.

A pesar del frío, el Lago Soledad brillaba bajo los rayos del sol. Habían elegido una de las pocas semanas del año en que la superficie del lago se había descongelado, mostrando las prístinas aguas bajo su superficie.

A lo lejos se veía el enorme pico del monte Ötztal, seguido de una empinada hilera de miles de pinos gigantes. A esta distancia, parecían briznas de hierba hasta llegar a las orillas del lago. Allí, la orilla poco profunda del lago era de un suave turquesa, y el agua cristalina del

hielo recién descongelado permitía a Sam ver el fondo calcáreo con la misma facilidad que si mirara a través de una ventana, pero era imposible aventurar su profundidad. Pudo seguir el fondo del lago durante cierta distancia antes de que la luz del sol dejara de penetrar en las profundidades extremas del centro del lago.

Era aquí donde Sam esperaba que el Magdalena hubiera venido a parar, quedando oculto durante todos estos años.

—De todos los lugares que hemos visto desde que llegamos aquí, Sam, éste debe de ser el más mágico —dijo Tom, en tono de reverencia.

—Sin duda. Es tan mágico que me preocupa que alguien más haya buceado en él antes. Carajo, si hubiera sabido de la existencia de este lugar, habría hecho un viaje para bucear aquí hace años. Esperemos que revele su secreto: el lugar de descanso final de nuestro dirigible desaparecido.

—Bueno, sólo hay una forma de averiguarlo.

Cada uno llevaba un traje seco de un centímetro de grosor, bajo el cual llevaban una gruesa capa de ropa térmica y un gorro de lana. El agua estaría helada, y habiendo comprobado y vuelto a comprobar los cálculos de sus necesidades de descompresión a esta altitud, la hipotermia sería su mayor riesgo.

En sus cabezas, cada uno llevaba una máscara de buzo espacial Neptune con un sistema de comunicaciones «pulsar para hablar» (PTT), doble iluminación LED y una cámara para grabar el viaje.

Cargando primero su equipo, Sam y Tom bajaron a la zodiac hinchable, en la que pudieron avanzar a motor hasta el centro del lago. Allí el lago pasó del verde claro a un aquamarina casi negro, lo que significaba que habían llegado a la sección más profunda del lago. Una vez allí, tendieron una línea de inmersión hasta el fondo.

—Veamos a qué profundidad llega esto... —dijo Sam, mientras empezaba a alimentar el cable de inmersión.

—Treinta metros, y sigue en marcha—dijo Tom unos minutos después.

—Mantenlo en marcha hasta que llegue al fondo.

—45 metros, y sigue avanzando.

—Si el dirigible está en el fondo, entiendo por qué ha permanecido oculto durante tanto tiempo —dijo Sam—. Bucear cerca de los tres mil metros es una cosa, pero bucear a profundidades menores a 45 metros en estas altitudes es otra cosa totalmente distinta para el buceador aficionado.

—No sólo para el buceador aficionado. Yo soy profesional, y todavía no me entusiasma —el cable dejó de funcionar a los 55 metros, y la línea se aflojó. Habían llegado al fondo. Tom miró a Sam y le preguntó—: ¿Vamos a ver qué hay en el fondo?

—Vamos.

Primero harían la inmersión más profunda. Además, ambos estaban ansiosos por saber si su corazonada era cierta o no, y la respuesta más probable a esa pregunta les esperaba en la parte más profunda del lago.

Sam se colocó el regulador en la boca, comprobó que su chaleco hidrostático estuviera inflado, se puso la mano derecha en la mascarilla y rodó hacia atrás fuera de la zodiac.

Rompió la quietud del agua de la mañana con un chapoteo gigantesco, el agua helada enviando electrochoques por su columna vertebral.

No me importa lo bonito que sea, odio bucear en altitud.

Un momento después, Sam flotaba en la superficie del lago. Se puso la mano en la cabeza, formando un sencillo símbolo de la letra «O» que significaba que todo estaba bien.

Por encima de él, en la zodiac, observó cómo Tom respondía, utilizando el mismo símbolo, antes de seguirle al agua.

Una vez que las burbujas se asentaron, oyó la voz de Tom a través del dispositivo PTT de su mascarilla.

—¡No mencionaste lo jodidamente fría que está el agua!

—No creí que me seguirías si lo hacía.

—Vamos, iniciemos el descenso —dijo Tom—. La hipotermia va a ser más jodida cuanto más esperemos.

Los dos empezaron a descender.

El agua clara hacía casi imposible determinar las distancias. Sam siempre se quedaba perplejo cuando la gente le hablaba de lo aterrador que era bucear en aguas turbias. Cuando el agua era así de cristalina, la percepción de la profundidad se distorsionaba tanto que era fácil cometer el tipo de errores que te matan, tanto en el descenso como en el ascenso. Por eso, ambos hombres llevaban sus profundímetros delante mientras descendían.

Los ojos de Sam se deleitaron con el entorno surrealista en el que habían entrado.

La piedra caliza emitía un claro resplandor verde a través del agua, cuando los rayos del sol penetraban en la superficie. Cerca de la roca donde descansaba su helicóptero, Sam pudo ver una serie de túneles, todos ellos demasiado pequeños para que hubiera entrado el Magdalena, pero que provocaban una miríada de reflejos cuando la luz los atravesaba. Hizo una nota mental para volver y explorarlos más tarde, si tenía la oportunidad de hacerlo antes de que se marcharan.

A tres metros de profundidad, abrió la mandíbula, igualando inconscientemente el cambio de presión, mientras continuaba descendiendo.

Las rocas de su lado parecían estar a unos seis metros de distancia, en el agua excepcionalmente clara. Sin embargo, como buceador experimentado, Sam sabía, por la posición de la zodiac, que estaban más bien a 150 metros de distancia.

A una profundidad de quince metros, pasaron por delante de los dos grandes depósitos de aire que estaban atados a la línea de inmersión en el marcador de quince metros. Eran suministros de aire de emergencia, por si algo salía mal en el ascenso.

55 metros era mucho más allá del alcance de una inmersión sin descompresión. Significaba que lo que sería una caída rápida hasta el fondo, requeriría un ascenso mucho más largo y lento.

—Estamos a poco menos de un tercio del camino —dijo Sam—. ¿Cómo te encuentras, Tom?

—Con frío. ¿Y tú?

—Estoy bien. Si hubiera sabido a lo que me estabas arrastrando, habría traído mi equipo de buceo en hielo.

—Si me hubiera dado cuenta de lo que nos esperaba, yo habría hecho lo mismo —comentó Tom.

—¿Has visto las cuevas que hay cerca de nuestra roca? —preguntó Sam, mientras señalaba hacia ellas.

—Sí, probablemente se formaron por la avalancha de hace tantos años.

—Es una explicación probable. Si tenemos oportunidad, hagamos una inmersión poco profunda allí más tarde.

—Me parece bien —aceptó Tom.

Al descender a la sección más profunda, en el centro del lago, Sam observó que su forma, vista desde el aire, variaba mucho en la sección central, que descendía hasta los 55 metros, mientras que la profundidad del resto del lago rondaba los diez o doce metros, y tenía un fondo limoso. La sección central parecía más bien un túnel de lombriz gigante, que se abría paso hasta el centro de la tierra.

Sam encendió su potente linterna de mano durante unos minutos mientras continuaba su descenso, y la hizo brillar a lo largo de las paredes rocosas.

Por Dios, ¡estamos en un antiguo túnel de lava!

Las paredes tenían la forma de un sumidero formado en la blanda piedra caliza a lo largo de millones de años. Era casi totalmente cilíndrico, como si hubiera sido creado intencionadamente. En su punto más ancho, no medía más de 45 metros.

—Oye, amigo —Sam podía oír la voz de Tom—, no sé tú, pero este agujero me hace sentir como si estuviéramos atrapados en algún lugar entre las películas de «El abismo» y «Viaje al centro de la Tierra».

—¿O «El silencio de los inocentes»?

—Sí, eso parece. Me da escalofríos —murmuró Tom.

—Yo no me preocuparía mucho. No es distinto a los otros miles de túneles de piedra caliza que se encuentran de forma natural por las cordilleras Dolomitas —dijo Sam, mirando su profundímetro y la oscuridad que había debajo—. Además, ¿qué clase de monstruo se molestaría en vivir en un entorno tan inhóspito?

Se acercaban a una profundidad de treinta metros.

Debajo de ellos sólo había oscuridad total.

—En un túnel tan estrecho, al menos encontraremos la respuesta en el fondo —oyó decir a Tom—. Si sus restos están en el fondo de este túnel, es imposible que no los veamos.

—Eso estaba pensando —coincidió Sam.

La temperatura del agua también se estaba enfriando notablemente.

Se sobresaltó cuando un gran pez pasó junto a su pierna.

Era la primera señal de vida submarina que veía, justo cuando empezaba a creer que el lago estaba totalmente vacío de seres vivos.

Al principio, había una escasez total de vida submarina, pero a medida que descendían a mayor profundidad, se hizo evidente la presencia de grandes anguilas, crustáceos y otros peces.

—¿Qué crees que sea esa cosa? —fue Tom el primero que lo vio acercarse.

Era un pez grande, con un extraño órgano bioluminiscente enganchado a una varilla que sobresalía de su frente y colgaba delante de su cara. La criatura parecía maquillada, o más bien el tipo de criatura que habría evolucionado en el fondo del océano, desde luego no en un lago situado a unos tres mil metros sobre el nivel del mar.

—¿Un pez de luz nocturna? —adivinó Sam, frívolamente.

—Sí, no me hubiera imaginado que un pez necesitara luz en este lago. Incluso a 55 metros, algo de luz debería poder penetrar hasta el fondo. Me pregunto si las cosas cambian en invierno, cuando el lago se congela.

—Tal vez... o quizás haya un sistema más grande de cuevas y túneles en otro lugar por aquí, que haya creado un entorno particular para esa especie de pez —dijo Sam.

—Bien, estamos a 45 metros. Si el Magdalena está aquí, deberíamos poder verlo pronto en el fondo del lago.

Sam encendió su potente LED y apuntó hacia el suelo del lago.

Lo que le devolvió la mirada le asustaba más que cualquier criatura del mar.

Debajo de él yacían los restos de un bombardero B26, en un estado casi prístino. En su parte trasera podía verse una única grieta en el fuselaje, lo bastante grande como para que un hombre nadara a través de ella, pero por lo demás, el frío ambiente lo había conservado en las mismas condiciones que el día en que se estrelló.

Sam dirigió su linterna hacia la parte delantera del avión hasta que su luz alcanzó la ventanilla de la cabina. Se detuvo lo suficiente para ver los ojos del piloto, muerto hacía mucho tiempo, que lo miraban de vuelta.

Pero no era un cadáver.

Estaba vivo.

Y un segundo después, se encendió una luz en la cabina, y luego otra.

Fuera lo que fuera lo que habían encontrado, Sam sabía que alguien se les había adelantado.

Capítulo XIV

John Wolfgang no lo podía creer cuando recibió la noticia de que Sam Reilly seguía vivo, y ahora él y Tom Bower, de entre toda la gente, se preparaban para bucear en el Lago Soledad. Le desconcertaba que aquel hombre hubiera sobrevivido, aunque no sabía gran cosa de él. Por otra parte, había adivinado casi de inmediato, cuando conoció a Tom Bower, que sería un hombre difícil de engañar.

¿Qué pretendían conseguir?

John comprendió, sencillamente, que Sam había establecido la conexión entre la amenaza contra su vida y el descubrimiento del oro por su amigo Kevin Reed, seguido de la posterior muerte inexplicable de Kevin y su mujer, Sally. Entonces había ido en busca del Magdalena. Lo que desconcertaba a John era qué podía haber hecho que Sam empezara a buscar en el lado sur de los Alpes. Sin duda, él sabía tan bien como nadie que un dirigible nunca podría haber atravesado montañas tan altas.

Cualquiera que fuera su propósito, estaba seguro de que iban por mal camino. Pero aun así, ¿qué podía hacer al respecto?

Se le presentó la solución.

Pero ¿estaría explotando de su nueva amistad?

John decidió que el riesgo merecía la pena e hizo la llamada.

—¿Qué tienes para nosotros? —era la misma voz fría de la mujer de antes.

—Sé exactamente dónde estarán por la mañana —dijo.

—Bien —la voz de la mujer mantuvo su aire de superioridad y hostilidad.

—Pero tendrás que darte prisa para formar un equipo —continuó.

La serendipia, al parecer, le había proporcionado la trampa perfecta.

Por supuesto, había investigado el Lago Soledad hace años. Fue una de las primeras opciones, en quizá una docena, cuando empezó a buscar al Magdalena en serio.

Allí había descubierto el bombardero B26 derribado.

Y, a esa profundidad, Sam Reilly sería un blanco fácil.

*

Al principio, Sam pensó que estaba viendo simplemente los restos del piloto.

Entonces, vio encenderse la luz detrás de los restos...

Seguido de otros muchos.

—¿De dónde demonios han salido? —se preguntó en voz alta. Algo

le dijo que apagara su luz LED.

—¡No tengo ni puta idea! —dijo Tom, siguiendo su ejemplo.

Uno tras otro, vio a los buzos salir de la grieta del fuselaje del bombardero y nadar hacia ellos.

No parecían amenazantes a primera vista, pero sabía con certeza que algo no iba bien.

—No creo que sean buceadores aficionados de vacaciones —señaló Sam.

—Yo tampoco, ¡vámonos de aquí!

Las figuras oscuras empezaron a nadar rápidamente hacia ellos.

Sam no esperó a contarlos, pero de un vistazo pudo darse cuenta de que eran al menos ocho. Y también de que había algo familiar en ellos.

Al principio, Sam no sabía lo que era, pero había algo en la forma en que se movían al unísono.

¿Había visto antes sus trajes secos?

Entonces se dio cuenta de que, en efecto, así era.

Son SEAL de la Marina.

—Son SEAL de la Marina, Tom. Esto es peor de lo que pensaba. Estos tipos van en serio —dijo Sam.

—Creo que tienes razón, Sam, y no creo que esos tipos sigan de nuestra parte.

Sam y Tom empezaron a dar patadas con las aletas para ascender.

Debajo de ellos, sus adversarios los estaban alcanzando.

El primero disparó su arpón, mucho más grande y mortífero que un fusil submarino, capaz de recorrer los diez, o quizá más, metros que los separaban.

Sam lo vio pasar disparado. El agua clara dificultaba que el tirador apuntara con precisión a la distancia, por lo que falló por varios metros.

La próxima vez, el hombre no sería tan descuidado.

Un segundo SEAL disparó y su arpón atravesó rápidamente el agua cristalina. Esta vez, apenas rozó el neopreno del traje de Sam cerca del codo, sin llegar a tocarle la piel del brazo.

El agua helada se vertió en la pequeña abertura, y le dolió casi tan dolorosamente como si le hubieran disparado.

—Mierda —maldijo Sam.

—¿Estás bien, Sam?

—Sí, es sólo un rasguño, pero no tendremos tanta suerte si vuelven a disparar. Tendremos que hacer un ascenso rápido sin descompresión. ¿Qué te parece?

—Creo que a 45 metros es muy probable que nos matemos. Pero, si nos quedamos aquí, acabaremos muertos de todos modos, así que ¿por qué no?

—Buena suerte, Tom —dijo Sam mientras tiraba de la liberación de emergencia de su cinturón de lastre.

Al instante, empezaron a subir hacia la superficie.

Sam sólo esperaba que el mínimo tiempo que habían pasado descendiendo les permitiera resurgir sin demasiada acumulación de nitrógeno en la sangre.

Estaban a punto de perder 5 atmósferas de presión en menos de un minuto.

Sam exhaló una gigantesca bocanada de aire durante todo el ascenso, ya que el aire de sus pulmones se expandió al disminuir la presión atmosférica.

Los SEAL de la Marina que estaban abajo no pudieron seguirles, pues llevaban sumergidos mucho más tiempo que Sam y Tom. El nitrógeno de sus torrentes sanguíneos se habría acumulado en mayor medida cuanto más tiempo hubieran permanecido sumergidos. Por consiguiente, serían incapaces de seguir a Sam y Tom hasta la superficie, sin morir casi con toda seguridad.

Pronto, los SEAL se volvieron formas oscuras que se movían en el fondo del lago.

Sam y Tom detuvieron su ascenso a unos dos metros de la superficie, justo debajo de la zodiac.

—¿Cómo estás, Tom? —preguntó Sam.

—Creo que bien. ¿Y tú?

—Estoy bien. Creo que hemos escapado.

—Sin duda hemos vencido a los de abajo, pero un equipo mercenario avanzado como ellos, seguro que tiene un equipo en la superficie —dijo Sam, y luego añadió—: Eso suponiendo que no nos enfrentemos a uno de nuestros propios equipos.

La consecuencia de sus últimas palabras resonó en sus oídos.

¿Y si son de los nuestros?

Ese pensamiento y la posibilidad de que fuera verdad le asustaron muchísimo.

—Tienes razón, Sam. Puede que el equipo de superficie aún no sepa lo que ha pasado abajo. Permanezcamos bajo el agua hasta que lleguemos a la roca, y luego esperemos poder despegar antes de que se enteren.

—Buena idea, Tom.

—¿Sam?

—¿Sí?

—¿Qué querías decir con «uno de nuestros equipos SEAL de la Marina»? preguntó Tom.

—Bueno, ya sabemos que había algo más valioso que el oro a bordo del Magdalena cuando desapareció —dijo Sam. Fuera lo que fuese, ha atraído a una gran asamblea de cazadores de tesoros, y están

dispuestos a no detenerse ante nada para obtener su premio.

—¿Y crees que esa asamblea podría incluir a miembros de nuestro propio gobierno?

—Sí, y ojalá supiera qué es realmente ese tesoro.

*

Dos minutos después, Tom emergió al borde de la roca de granito donde aún descansaba su helicóptero. Se giró lentamente, sus ojos escudriñaron 360 grados, tratando de obtener una visión completa de su entorno.

No había nada que le alertara de algún peligro.

No hubo gritos ni disparos.

—De momento estamos bien, Sam.

—De acuerdo, entonces vámonos.

Ambos treparon rápidamente por el borde de la roca y subieron al helicóptero. Antes incluso de que Tom empezara a quitarse el equipo de inmersión, accionó los interruptores para iniciar el lento proceso de calentamiento del motor.

Al otro lado del lago, algo se movió.

Antes de que Tom pudiera distinguir de qué se trataba, había elevado el helicóptero en el aire y desaparecido en el estrecho Valle del Tirol que había debajo.

Capítulo XV

La decepción aún envolvía a Sam cuando llegó de nuevo a la cabaña.

En lugar de encontrar al Magdalena y la respuesta a un misterio que ya había permanecido oculto durante tres cuartos de siglo, había estado a punto de perder la vida y se había encontrado con toda una serie de nuevas preguntas sin respuesta.

¿Cómo sabían que seguía vivo?

¿Quiénes eran exactamente?

¿Por qué estarían implicados en este lío los SEAL de la Marina estadounidense?

Y, por último y más importante *¿Qué tiene el Magdalena que yo no conozco que lo hace tan condenadamente significativo?*

Una vez que entró en la cabina, Sam revisó su teléfono.

Había un mensaje de ella. Era la única buena noticia que había recibido ese día.

El mensaje de texto decía: *Mañana estoy libre. ¿Quieres ver los Alpes desde otra perspectiva?*

El repentino aumento de su ritmo cardíaco le dijo que sí.

Sam marcó inmediatamente el número para devolverle la llamada.

—Hola, Aliana.

—Sam, ¿eres tú? —preguntó Aliana con su inconfundible voz.

—Sí. Entonces, ¿decidiste quedarte un poco más?

—Pensé que podría quedarme el fin de semana.

—Me alegro —dijo Sam, y lo decía en serio.

—¿Estás desocupado?

—Sí, mi trabajo aquí parece haber llegado a un callejón sin salida.

—Entonces, ¿quieres ver los Alpes a mi manera? —repitió Aliana.

—Pues puede que eso sea justo lo que necesito. ¿Qué tienes pensado?

—Te lo diré cuando llegues. ¿Puedes verme en el hotel donde me hospedo? Digamos, ¿mañana a las ocho de la mañana?

—Claro. ¿Qué tengo que llevar? —preguntó Sam.

—Ponte ropa cómoda. Tengo todo lo demás que necesitarás.

—De acuerdo. Entonces te veo a las ocho —dijo Sam, y terminó la llamada.

Una sonrisa se dibujó en su rostro, como la de un niño en Disneylandia: implacable e incontrolable.

Varias mujeres se habían interesado por él a lo largo de los años. Era joven, sano y tenía el físico de un hombre que se pasaba la vida al aire libre… y, por supuesto, era rico, aunque se esforzaba por asegurarse de que poca gente se diera cuenta de la enormidad de su

fortuna.

Tom era probablemente la única persona que lo conocía lo bastante bien como para comprender que sólo había salido con algunas de aquellas mujeres y que ninguna había mantenido su interés ni había estado a la altura de sus expectativas.

Aliana era diferente.

Era a la vez asombrosamente bella y poseedora de una mente más aguda que la de cualquier otra mujer que hubiera conocido... y la gente con la que él trabajaba a menudo era realmente brillante. Eran especialistas en sus áreas, pero ella era más inteligente que cualquiera de ellos. Tenía un amor por la naturaleza que igualaba al suyo, y la determinación de verlo todo en su magnificencia.

Aliana era una persona traviesa, juguetona y cautivadora, y había decidido que quería pasar el fin de semana con él.

Para Sam, el Magdalena podía seguir perdido para siempre. Había descubierto algo mucho más exquisito que un misterio de 75 años. Había encontrado a Aliana y ella quería pasar unos días con él.

Se le aceleró el corazón. ¿Eso también incluía las noches? *En lo que respecta a mí, sí.*

Tom lo miró y le preguntó con una nota de sarcasmo: —Entonces, ¿puedo irme a París el fin de semana? ¿Y ambos volvemos a la tarea el lunes, sintiéndonos un poco más frescos? —Tom estudió la expresión embelesada de la cara de Sam y añadió—: Bueno, quizá no más frescos, pero al menos nuestra mente se habrá despejado de la situación actual.

—Me parece una buena idea —respondió Sam. ¿Seguro que no te importa que no te haya invitado?

—En absoluto. Además, lo último que quiero hacer es quedarme mirando estas malditas montañas. De todos modos, tengo ganas de ir a esquiar con unos amigos.

*

Sam observó desde el suelo cómo Tom tiraba del colectivo de su 44 y volvía a elevar el helicóptero hacia el cielo, después de dejarlo. Cuando Tom giró el helicóptero para volver a mirar a Sam, le dedicó una última sonrisa, que significaba: *Que tengas un buen fin de semana*, y luego se fue volando.

Sam miró su reloj.

Apenas eran las 07:40, pero aún le quedaban cinco minutos a pie por el desvencijado camino de piedra que conducía al único alojamiento en Tirol. Entró en La Cumbre, el hotel donde se alojaba Aliana.

Tomó asiento en el vestíbulo y agarró despreocupadamente una revista que anunciaba un artículo con el siguiente titular: «Los mejores paseos de Europa a más de dos mil metros». Empezó a hojear sus

páginas sin prestar mucha atención.

Desde donde estaba sentado, Sam podía ver una gran ventana de cristal grueso que mostraba un panorama impresionante del valle que había debajo y de las montañas que se alzaban en lo alto. Era difícil discernir la altura de aquellas montañas; su distancia podía engañar a la mente haciéndole creer que eran más altas de lo que eran en realidad. En las últimas semanas, las había sobrevolado todas. Sabía exactamente lo altas que eran.

Un caballero de pelo rubio que estaba detrás del mostrador de reservas se acercó a Sam y le preguntó:

—¿Puedo ayudarle?

El hombre, como tantos europeos, hablaba un inglés perfecto, pero su acento alemán era tan marcado que resultaba difícil distinguir si hablaba inglés o alemán. Sam reconoció su voz y se dio cuenta de que era el mismo hombre con el que había hablado por teléfono sobre su amigo Kevin Reed.

Su etiqueta decía simplemente «Carl».

Sam se preguntó si aquel hombre sabía algo de las muertes de su amigo y su mujer. Y lo más importante, ¿haría la relación entre él y sus amigos muertos? Descartó la idea por improbable, dada la cantidad de turistas de todo el mundo que deben visitar este lugar cada año.

—*Guten morgen* —dijo Sam, utilizando la única frase educada en alemán que conocía. Luego, en inglés, añadió—: He quedado aquí con una amiga, una señorita... —hizo una pausa, dándose cuenta de que aún no sabía su apellido, y luego dijo—: Aliana.

—Ah, muy bien —respondió Carl, que ahora parecía ligeramente incómodo, antes de ocultar rápidamente su incomodidad, y preguntó —: ¿Puedo ofrecerle algo de beber mientras espera, señor?

Sam observó atentamente la reacción de Carl.

¿Acaso los ojos de Carl mostraban un atisbo de perspicacia cuando dije el nombre de Aliana?

No era la mirada que un hombre dirige a otro cuando observa que tiene una novia atractiva, ni siquiera una mirada de celos. No, era más bien una mirada que indicaba que Carl también había estado esperando encontrarse con esa misma persona.

—Claro, un refresco. El que sea, por favor.

Carl asintió con la cabeza y se marchó.

Entonces Aliana entró en el vestíbulo, y Sam se levantó para saludarla.

A pesar del aire frío, llevaba una camiseta blanca de tirantes de alpinismo y unos pantalones morados de tres cuartos de licra de alpinismo. Había descubierto que las mujeres europeas nunca parecían sentir el frío. Llevaba el pelo rubio cuidadosamente recogido en una

intrincada trenza y una sonrisa traviesa de la que él nunca se cansaría.

Era tan encantadora como la recordaba.

—Buenos días, Sam. Veo que ya llegaste.

Lo besó en ambas mejillas, una costumbre muy europea.

Sus labios eran carnosos, suaves y hermosos.

—Por supuesto, ¿dudabas de que lo haría? —preguntó Sam.

—No sé lo que pensaba que harías.

—¿Quieres tomar algo mientras estamos aquí?

—No, pero conozco una cafetería estupenda, construida en la ladera de un acantilado. Está al final de la carretera —dijo Aliana—. Han construido una cubierta en voladizo sobre la ladera de la montaña, se puede ver todo el camino hacia abajo, no sé, tal vez unos novecientos metros.

—Me parece muy bien —respondió Sam.

Carl volvió con la bebida de Sam, un refresco rosa, y preguntó si la ella también quería uno. Sam le pagó y le dijo educadamente que estaban un poco justos de tiempo y que se iban.

Aliana lo guio hacia el exterior.

Los caminos eran estrechos. Aunque lo bastante grandes para una moto, pero no para un coche. A Sam le sorprendió ver un pequeño Fiat aparcado delante de La Cumbre con varios centímetros de nieve sobre la ventanilla. Le habría gustado saber cómo habían hecho para llevarlo hasta ahí y desde hace cuánto tiempo.

Caminaron por el sinuoso sendero durante unos quince minutos, hasta que llegaron a algo parecido a una pequeña carretera.

Un Cobra V8 de 1965 restaurado, coche muscle estadounidense, estaba descuidadamente aparcado junto al precipicio vertical, y en la estrecha carretera, que seguía perezosamente el Río Tirol por el fondo del valle. Cualquiera que intentara esquivarlo habría tenido que tomarse la molestia de colocar sus ruedas laterales en el borde irregular de la carretera y su letal caída. Aunque no era muy alta, la corta caída desde el acantilado hasta el río dejaría a los ocupantes sumergidos en sus profundas, rápidas y heladas aguas.

Sam odiaba las carreteras alpinas, y a sus conductores europeos.

—Éste es mi transporte —dijo Aliana.

—¿Has alquilado esto?

—No, es de los de mi padre. Me lo prestó para el fin de semana.

Sam la miró, impresionado.

Se había imaginado que a su familia no le faltaba dinero. A fin de cuentas, nadie asiste al MIT, estudiante extranjero o no, a menos que tenga mucho dinero o reciba una beca por ser increíblemente inteligente. En el caso de Aliana, dedujo que eran ambas cosas.

Qué irónico, pensó, mientras miraba el coche antiguo bellamente restaurado, que encontrara a alguien con una cuenta bancaria igual de

interminable...

Se quitó la pequeña mochila que llevaba, abrió la puerta del coche y se sentó en el lado del pasajero del descapotable deportivo de dos plazas.

Aliana introdujo la llave y la giró. El auto arrancó de inmediato.

Sam podía sentir cómo el potente motor de 6.4 litros incitaba al conductor a correr.

Aliana soltó el embrague y empezó a conducir por la carretera. Abrazó maravillosamente la sinuosa carretera, mientras se dirigía despreocupadamente hacia el sur, en dirección a Italia.

—¿Adónde me vas a llevar el fin de semana? —preguntó.

—Es una sorpresa —de nuevo, su sonrisa traviesa lo poseyó—. Pronto lo verás.

—Bueno. Al menos me das una pista.

—No.

—De acuerdo entonces, cuéntame qué te trajo a Europa —preguntó Sam—. Creía que ibas a volver a Estados Unidos para terminar tu doctorado.

—Esa era la idea —redujo la marcha al llegar a una curva cerrada y acercarse al inicio de una gran colina—, pero estaba preocupada por mi padre. Últimamente está muy presionado por el trabajo y parecía bastante estresado. Como mi madre ya no está y yo soy hija única, me siento obligada a venir a ver cómo está.

Una vez superada la curva cerrada, Sam sintió el empuje hacia atrás en el asiento cuando ella pisó a fondo el acelerador en la recta y el potente motor de 6.4 litros empezó a funcionar a toda máquina.

Se sentía nervioso a tales velocidades junto a los acantilados, pero Aliana parecía controlar hábilmente la poderosa máquina, aparentemente ignorante de cualquier peligro que presentaran la estrecha carretera y las laderas de los acantilados.

—¿Y estaba bien? —Sam se obligó a retomar la conversación.

—Sí, pero tiene problemas. Sé que tiene problemas, pero no quiere contármelos. Sé que hay algo que le preocupa. Es un hombre fuerte, pero a veces me gustaría que no se guardara todos sus problemas para sí.

Sam se dio cuenta de que, por alguna razón, la expresión de su rostro no coincidía con sus palabras.

—Conozco a gente así —se compadeció Sam, pensando en su propio padre.

—Aunque mi padre no me lo dijo... —empezó Aliana e hizo una pausa—, creo que se alegró de que hiciera el esfuerzo de venir, aunque sólo fuera por unos días.

Asintió con la cabeza, seguro de que cualquier padre se alegraría de ver a su hija, sobre todo si esa hija era Aliana.

Llegaron a la cresta de una colina.

Sam podía ver kilómetros de curvas serpenteando por el puerto de montaña.

Ninguno de ellos con barandillas.

Aliana aceleró como si percibiera su miedo:

—Éste es el famoso paso de Timmelsjoch —se rio de su evidente desconcierto—. ¿Sabías que ha sido el plató de varios anuncios de coches a lo largo de los años? Ahora estamos llegando a Italia.

Ignoró la carretera, confiando en el destino, y se preguntó hasta qué punto Aliana se divertía asustándolo y hasta qué punto estaban a salvo. Era evidente que ella había conducido muchas veces por esas carreteras.

En cambio, miró hacia las cordilleras Dolomitas y dijo:

—Esto es muy bonito.

Ella le sonrió, de tal manera que él empezó a preguntarse a dónde lo llevaba, y luego dijo:

—Espera.

*

Una hora más tarde, Sam vio a Aliana frenar en seco y estacionarse al lado de otro puerto de montaña con un suave derrape.

Estaba a medio camino de una gran montaña. Varios coches estaban estacionados en el pequeño afloramiento rocoso que había junto a la carretera, a la típica manera italiana, sin ningún método discernible, aunque su disposición era una desorganización perfectamente armonizada, como si hubieran sido esparcidos allí, como lanzar varios pares de dados. Sam se fijó en tres hombres que estaban organizando su equipo de alpinismo sobre el capó de su Fiat rojo.

A lo lejos, las montañas parecían extenderse hacia el cielo, con una ligera capa de nieve blanca en su cima.

—Ya llegamos —dijo Aliana.

Sam miró los picos de las montañas que los rodeaban y luego volvió los ojos hacia ella.

—Estupendo. ¿A dónde? —preguntó.

Abrió el pequeño maletero y sacó dos grandes mochilas. Le entregó la primera, tomó la segunda para ella y dijo:

—A las cordilleras Dolomitas, claro —con una sonrisa, añadió descuidadamente—: A algún sitio...

Sam se echó la mochila sobre los hombros, apretando las correas hasta que el peso se distribuyó cómodamente por sus caderas, pecho y hombros.

Era bastante pesada.

Se preguntó cuánto más pesaba su mochila en comparación con la de ella.

—Bien, estoy listo —dijo Sam. ¿Y ahora hacia dónde?

—Sígueme.

Observó que Aliana no iba saltando por el peligroso sendero que abrazaba precariamente la ladera de la montaña, pero tampoco caminaba con cuidado. Su paso era más un andar desenfadado que otra cosa.

Llevaba unas botas de montaña Merrel Perimeter Gore-Tex.

Al observar cómo colocaba despreocupadamente los pies a lo largo del estrecho sendero sin vacilar, Sam se dio cuenta de que no era ninguna novata y de que había pasado muchas horas en estas montañas a lo largo de su vida.

Delante había una flechita de madera que decía: «El mejor café por encima de los mil quinientos metros».

Siguieron las señales hasta que el camino llegó a un final repentino. No había más senderos que seguir, ni había ningún aviso de que el camino terminaba en un desnivel de unos mil quinientos metros.

Miró a Aliana y le preguntó:

—¿Y ahora a dónde?

—Ahora, subimos.

Sam se inclinó con cuidado sobre el borde.

Había una caída abrupta que, sin duda, parecía estar cerca de los mil quinientos metros como decía el letrero y, aparentemente, había una distancia similar hacia arriba.

Observó que junto al acantilado había una vieja escalera metálica atornillada a la ladera de la montaña. Su aspecto ligeramente oxidado y desgastado hacía que pareciera que los años de deterioro seguían intentando despegarla de la pared rocosa.

—¿Vamos a subir por ahí? —preguntó Sam con incredulidad.

—Sí. ¿Por qué? ¿No te gustan las alturas?

Sam no le temía las alturas; sin embargo, tampoco era partidario de poner su vida en riesgos innecesarios.

—Las damas primero.

Aliana abrió su mochila y sacó un arnés de alpinismo, un cordón en forma de «Y» con dos mosquetones, marcado con la letra «K», que indicaba la grafía alemana.

—Tú también tienes un equipo de alpinismo —le dijo a Sam, mientras abría la parte superior de su mochila—. Si quieres utilizarlo.

Se colocó su equipo de seguridad y luego se aseguró de que Sam tuviera bien puesto el suyo. Él había pasado por una pequeña época de hacer alpinismo en su juventud, intentando desafiarse a sí mismo, pero nunca había desarrollado un gran amor por las alturas. Conocía bien el equipo y cómo utilizarlo, pero no iba a dejar que ella lo supiera.

Además, era agradable verla cuidar de él.

Pudo ver su preocupación mientras lo revisaba a él y a su equipo de alpinismo.

—Ahora, a subir —dijo.

—De acuerdo.

—No tardes mucho —le dijo ella, mientras alcanzaba el primer peldaño de la escalera y empezaba a subir.

Sam negó con la cabeza y luego, como todos los hombres cuando están cerca de una mujer hermosa, la siguió hacia arriba, a pesar de sus reservas.

La escalera parecía tener unos doce metros de largo, y justo antes del último peldaño, se sintió aliviado al ver que Aliana subía por una pequeña abertura en la ladera de la montaña de esquisto.

En su interior había una cafetería.

Hicieron sus pedidos y ella tomó asiento en la repisa de hierro del contrapeso.

Sorbiendo su macchiato italiano perfectamente preparado, contempló maravillado la hermosa vista que tenía delante. Había sobrevolado estas montañas más de una docena de veces en las dos últimas semanas, pero no se había tomado el tiempo de apreciar plenamente su magnificencia.

Era precioso.

Sólo en Europa podrías encontrar un barista profesional dispuesto a trabajar en una cueva artificial situada en el interior de un acantilado escarpado.

Dio un sorbo a la fuerte bebida, miró la cara del ángel—o posiblemente demonio—que tenía delante y supo que le esperaba un fin de semana fantástico.

*

Blake contestó el teléfono.

Seguía conduciendo por los Alpes, pero como en cualquier otro lugar de la Tierra, sin poder escapar de la omnipresente cobertura telefónica—. ¿Sí?

—¿Ya llegaste? —la voz al otro lado era fría.

—Todavía no, pero uno de mis hombres ya se ha puesto en contacto con ellos.

—¿Ellos? ¿Quién más está con él? —la voz se volvió aún más fría y seca.

—No me lo dijo —respondió Blake, mientras doblaba la esquina y empezaba a subir la enorme colina, apoyando el pie derecho en el suelo de su BMW M5—. Alguna chica. Probablemente una mochilera europea que habrá conocido desde que está aquí.

—Deberías haber ido antes —se quejó el hombre.

—Bueno, estábamos esperando a ver hasta dónde llegaba, ¿no? —

era una excusa débil, se dio cuenta Blake, incluso mientras la decía.

—Y, ahora ya lo sabes... —la voz seguía siendo fría.

—Sí, en realidad no teníamos ningún motivo para sospechar que supiera más de lo que me dijo.

—Asegúrate de que nunca llegue, ¿de acuerdo?

—Por supuesto, yo me encargo. Te dije que lo haría.

Capítulo XVI

Aliana observó cómo Sam lo contemplaba todo.

El cable de acero salía de la cubierta metálica del café. El cable de 65 metros abarcaba la distancia que separaba el café de la pared del monte Öztal, al otro lado del valle. Se veía el Río Tirol, que avanzaba perezosamente por el fondo del valle.

Unos dos mil metros más abajo.

El puente de alambre permitía a los alpinistas acceder fácilmente a la entrada del Parque Nacional de las cordilleras Dolomitas. Como un gigantesco juego de serpientes y escaleras, era el punto de partida común de un sinfín de senderos diferentes que formaban parte de la famosa Vía Ferrata.

Los ojos azules de Sam estaban llenos de asombro y Aliana sintió que también había algo más, algo que no podía distinguir del todo: *¿era miedo e incertidumbre, o era algo totalmente distinto?*

—¿Qué te parece, Sam? —preguntó.

—¿Me vas a llevar por la Vía Ferrata?

—Sí, el Camino de Hierro, pero los alemanes lo llaman *Klettersteig* —de nuevo, su sonrisa traviesa lo cautivó—. La guía dice que toma dos días, pero tenemos tres, por si eres lento.

—Es una asombrosa obra de ingeniería —dijo Sam, mientras su mano tiraba del cable de acero para tranquilizarse.

—Es un monumento a la iniciativa humana por la aventura, pero ¿sabías que la primera Vía Ferrata se construyó a principios del siglo XIX como medio para cruzar estas montañas gigantes? —esperó a que Sam reconociera su asombro por el hecho de que alguien hubiera construido semejante maravilla hace tantos años, y luego continuó—: Al comienzo de la Primera Guerra Mundial, Austria construyó en secreto una Vía Ferrata para trasladar a cuarenta mil soldados a través de la frontera en un tiempo récord, para tomar la iniciativa. Se convirtió en el frente de la guerra.

—No, no lo sabía —respondió Sam—. También supongo que no disponían del lujo de un equipo de seguridad como éste —continuó, tirando del cable y del arnés.

—Lo haremos con verdadero lujo, como tú dices; será fácil —no estaba segura si Sam intentaba tranquilizarse.

A continuación, le dio un repaso muy básico del proceso para escalar una Vía Ferrata.

—La esencia de una Vía Ferrata moderna es un cable de acero que recorre la ruta y se sujeta periódicamente a la roca a intervalos de un metro o metro y medio. Utilizando un kit de Vía Ferrata, los alpinistas pueden asegurarse al cable, reduciendo las posibilidades de caerse.

Vio cómo Sam asentía con la cabeza.

—Algo he leído al respecto.

Aliana continuó:

—Un conjunto de Vía Ferrata se compone de un elemento de amarre y dos mosquetones. El elemento de amarre consiste en un sistema de absorción de energía, como éste —dijo, señalando el corto tramo de cable dinámico protegido por una funda con cierre que terminaba en el nudo del elemento de amarre.

Luego le mostró cómo engancharse al cable de acero.

—Verás que estos mosquetones están fabricados específicamente para su uso en vías ferratas. Su diseño crea una abertura mayor que la media, y tienen un mecanismo de bloqueo por muelle que se puede abrir con una sola mano. También son lo bastante fuertes para soportar factores de caída elevados. Estos mosquetones están marcados con una «K» en un círculo, que significa *Klettersteig*, el término alemán para Vía Ferrata.

Aliana observó cómo Sam jugaba con el mecanismo.

La mente inteligente de Sam asimiló los pasos prácticos para utilizarlos y la física que hay detrás de sus sencillos componentes.

Se dio cuenta de que, para alguien como él, todo era fácil de entender.

—Entonces, ¿utiliza un manguito con resorte en la compuerta del mosquetón? —preguntó, presionándolo con una mano—. Mientras la compuerta está cerrada, el manguito se mantiene en su sitio sobre la abertura gracias a su muelle; para desbloquearla y abrirla, el manguito se desliza directamente por el eje de la compuerta, alejándose de la abertura.

—Sí.

—Algo más que necesite saber?

—Probablemente, pero hablaremos de ello conforme sea necesario.

Aliana vio cómo Sam se enganchaba con confianza, miraba tímidamente hacia el río, que parecía diminuto desde aquella altura, y luego volvía a mirarla a ella, como si estuviera evaluando si merecía la pena el esfuerzo.

Luego le dedicó una sonrisa desafiante.

El pequeño hoyuelo que aparecía en su mejilla izquierda cuando sonreía le recordaba lo frecuente de ese aspecto.

—Entonces, ¿nos vemos al otro lado? —dijo Sam mientras empezaba a cruzar la travesía.

*

Sam cruzó con cuidado el puente de cable de 68 metros.

Estaba formado de tres cables. Uno en la parte inferior para caminar, pie delante de pie, y dos a la altura de los hombros que formaban un triángulo imaginario.

Era bueno, decidió, permitirle que se estabilizara a su manera. Siempre había tenido miedo a las alturas, y se había esforzado mucho por intentar escalar montañas como medio de superar su miedo. De algún modo, no importaba qué reto completara, siempre sentía cierto grado de inquietud, por encima de sus instintos básicos de supervivencia cuando se trataba de alturas. Había aprendido a superar sus miedos y a hacerlo de todos modos. Era cuestión de aprender a fingir.

Aunque nunca se pueda disipar por completo un miedo irracional, una persona puede desarrollar la capacidad de controlarlo. Mucho antes de ingresar en el Cuerpo, Sam descubrió esa habilidad. La experiencia de la vida y sus vicisitudes le enseñaron a utilizar el miedo para aumentar su conciencia y centrarse en la labor que tenía entre manos, sin permitir que el miedo le impidiera hacer lo que tenía que hacer.

Luego de 31 años fingiendo, había aprendido a ser muy convincente, incluso para sí mismo.

Mientras esperaba a Aliana al otro lado del puente, echó un vistazo a las paredes de roca metamórfica, de la que estaban compuestas predominantemente las cordilleras Dolomitas. Aún podían verse fósiles de antigua vida marina, incrustados en la pared rocosa; los caparazones de la vida marina extinguida hacía mucho tiempo formaban la base de la piedra caliza, que, tras muchos milenios de calor y presión, había acabado haciendo metamorfosis con los esquistos, pizarras y gneis que componían estas montañas.

Un conjunto horizontal de escalones de hierro corría a lo largo de la montaña, como si alguien hubiera construido un pequeño sendero en lo alto, pero hubiera olvidado colocar las barandillas. Había multitud de escaleras, cadenas de hierro y escalones rocosos a los que se podía acceder a lo largo del camino.

Se preguntó por cuál de estas rutas lo llevaría Aliana ese día.

Al volver la vista hacia el puente, se dio cuenta de que ella lo recorría como si estuviera en un simple sendero y nada más.

—¿En qué dirección vamos? —preguntó Sam, mirando los dos caminos que seguían alrededor de la montaña.

—Ahora empezamos a subir —Aliana señaló hacia delante, hacia el tercer juego de escaleras, y dijo—: Ésa de allí.

La siguió hasta la base de aquellas escaleras, donde un letrero de hierro, atornillado a la pared rocosa, decía: «Vía Capilano Con Grande».

¿Estás preparado para ejercitarte? —preguntó.

—Tú marcas el ritmo y yo te sigo —dijo, con una confianza de la que ya empezaba a dudar. Sam calculó que debía de pesar casi el doble que ella. Aunque su físico estaba formado por fuertes músculos,

sabía que ella era extremadamente atlética y que su delgada figura ocultaba los enjutos músculos de un alpinista.

Empezaron a subir.

Fue un ascenso casi totalmente vertical durante un tiempo, seguido después por una aproximación más diagonal a través de la ladera de la montaña. Tardaron todo el día en realizar el ascenso.

A primera hora de la tarde, llegaron por fin a la cima de la primera montaña, que era la más pequeña de las cuatro que planeaban atravesar en ese viaje.

Cada vez que Sam pensaba que por fin estaban llegando, enganchaba su mosquetón en una nueva pista, que se extendía más arriba en la montaña. Le ardían los muslos del esfuerzo. Pues al escalar, los músculos de las piernas soportaban la mayor parte del esfuerzo, en lugar de los brazos.

Siempre que veía que Aliana aminoraba la marcha en un tramo especialmente difícil o complejo, empezaba a ganar terreno, pero entonces ella lo volvía a adelantar, como si fuera una mítica ninfa del agua, como un espejismo.

Se dio cuenta de que era increíblemente fuerte para alguien tan delgada. Debajo de esa figura, notó que había una máquina atlética y enjuta, desarrollada a partir de una infancia dedicada a escalar y explorar estas mismas montañas.

A última hora de la tarde, los dos alcanzaron el pináculo de la más pequeña de las cuatro montañas. A dos mil metros de altura, el ser la menor de las cuatro montañas parecía irrelevante. Era la única que permitía una visión clara de todo el Río Tirol, que discurría entre las montañas.

El panorama era de una belleza impresionante.

—Empezaba a preocuparme que no lo consiguieras —dijo Aliana alegremente.

—Sí, bueno... ya estaba dudando que tuvieras algún deseo de permitirme llegar vivo a la cima.

—¿Te gusta la cerveza?

—Sí. Sería un buen lugar para tomar una ahora, si tuviéramos alguna —entonces vio la expresión de su cara y dijo—: No te habrás molestado en cargar cervezas durante todo el camino, ¿verdad?

—No —se rio—. Por supuesto que no. Nunca sería tan descuidada con mi energía en una escalada como ésta.

—Te invitaré una cuando volvamos —se ofreció Sam.

—No hace falta —dijo ella, sonriendo— ¡Ya lo hiciste!

Se rio, mientras abría su mochila y sacaba un paquete de seis cervezas alemanas.

—¡Tienes que estar de broma! ¿Quieres decir que he arrastrado esto hasta aquí? Eres terrible, Aliana.

—¿Lo soy? ¿De verdad? —parecía tan inocente que lo hizo reír de nuevo.

—No —concedió— no lo eres —le dijo mientras se acercaba.

La tomó de las manos, pequeñas pero fuertes, y miró tímidamente sus ojos azul pálido, el color de un cielo despejado en verano.

—Entonces, ¿qué soy yo? —se burló.

—Eres la mujer más extraordinaria y hermosa que he conocido.

Se inclinó más hacia ella y, para su deleite, lo besó en los labios.

No tenía remedio, estaba enamorado. Era la chica que había deseado toda su vida. De eso no tenía ninguna duda. Lo único que no entendía era por qué alguien tan excepcional como ella se interesaría por él.

De vuelta a su cabaña de madera, donde había dejado descuidadamente su teléfono satelital con el resto de su equipo, éste parpadeaba indicando que había recibido un nuevo mensaje de texto.

Decía: «Hijo, no pude averiguar mucho sobre Wolfgang, pero descubrí que John Wolfgang tiene una hija que viaja a menudo con él, se llama Aliana. Ten cuidado, las mujeres más bellas suelen ser las más peligrosas.».

Capítulo XVII

A la mañana siguiente, Sam se despertó temprano. Mucho antes de que saliera el sol.

A su lado, con el mosquetón aún enganchado en un perno de la pared rocosa, dormía Aliana. Unos dos metros más allá de ella había un saliente, adelante del cual había una caída de casi dos mil quinientos metros hasta el río.

Su mano se extendió instintivamente hacia la pared en busca de apoyo. Por supuesto, no era necesario, ya que su propio mosquetón seguía sujeto al mismo perno que el de Aliana.

Estaba igual de guapa dormida que despierta, observó, mientras el agua empezaba a hervir. Sam echó entonces un paquete de sopa deshidratada en el cuenco, justo a tiempo para el desayuno.

—Buenos días —murmuró Sam, mientras le rozaba suavemente la nuca con los labios.

Los ojos de Aliana se abrieron lentamente y, al reconocerlo, le rodeó el cuello, tiró de él hacia ella y lo besó.

—Buenos días para ti.

Sus labios respondieron ávidamente a su beso.

Cuando terminó, Sam preguntó:

—¿Cuál es el plan para hoy?

—¿Recuerdas los cuatro picos que vimos a lo lejos cuando empezamos a subir ayer?

—Sí, ya hemos escalado dos. Mis muslos no dejan olvidarlo.

—Bueno —dijo Aliana, tomando la pequeña taza de sopa caliente—, ayer escalamos dos picos, cada vez más altos. Ahora vamos a escalar los dos siguientes. Si estás dispuestos, claro —su tono de voz daba a entender que los cuatro picos tenían la misma altura, cuando en realidad el día anterior habían subido un total de novecientos metros, pero ahora subirían casi mil quinientos metros.

Tiene que estar bromeando.

—Claro, me apunto. Te seguiré —Sam no iba a dejar que le ganara.

—Muy bien —dijo, bebiendo otro trago de sopa. Era simple, pero proporcionaba un cierto calor que ayudaba a sanar a una persona a dos mil cien metros de altura—. Gracias por el desayuno.

Veinte minutos después, Sam y Aliana empezaron a escalar el siguiente tramo de la Vía Ferrata.

Sam siguió a Aliana por la primera Vía Ferrata del día, que consistía en una serie de rampas que seguían la falla natural de la montaña en espiral ascendente, como una escalera circular gigante. No fue tan difícil en comparación con el día anterior.

Tardaron una hora en llegar a la cima, donde Sam descansó

inclinándose hacia delante y apoyándose en un brazo, como un tripié, durante unos minutos, intentando recuperar el aliento.

Enganchando su mosquetón en el inicio de la siguiente Vía Ferrata, Aliana le preguntó tranquilamente:

—¿Estás listo para seguir?

Su voz sonaba normal, como si sus pulmones no hubieran sufrido ningún esfuerzo durante la escalada. Naturalmente, ella estaba más en forma que él, a pesar de su estilo de vida físicamente arduo.

—Por supuesto, adelante —respondió Sam.

Leyó el cartel fijado al cable en el que había enganchado el mosquetón. Decía: «Escalera De Grande», y encima había una escalera de acero, atornillada a la pared rocosa, para una ascensión vertical de casi trescientos metros.

Seguro que será divertido.

Por encima suyo, Sam podía ver los músculos finamente definidos de las largas piernas de Aliana, hasta el culo, mientras subía casi bailando por la interminable y perniciosa escalera.

Era motivación suficiente para seguir adelante.

Por desgracia, ella subía más deprisa que él y, a medida que pasaba el tiempo, lo superaba por una distancia cada vez mayor. A él le costaba seguirla, lo que lo frustraba y lo hacía dar pasos más largos y saltarse algunos peldaños de la escalera.

Y entonces su pie falló en uno.

O, al menos, eso creyó él.

En realidad, Sam había puesto el pie en el peldaño, pero éste había cedido bajo su peso, haciéndolo caer.

El mosquetón, que había atado a la cuerda en V, se deslizó por el cable mientras Sam caía, hasta llegar a un perno al que debería haberse enganchado y sujetado. El extremo del cable, al igual que el peldaño de la escalera anterior, también cedió, como si nunca hubiera estado allí, y Sam siguió cayendo.

En aquella fracción de segundo, Sam tuvo la certeza de que iba a morir, al caer de la pared de la que colgaba suspendido en un abismo de dos mil quinientos metros.

Y entonces, su caída se detuvo bruscamente.

La cuerda en V de Sam se había enganchado de algún modo a un viejo y destartalado poste, poniendo fin a su movimiento descendente con una fuerte sacudida. Y antes de que la cuerda tuviera la oportunidad de deslizarse por el poste de hierro, Sam levantó la mano y volvió a agarrarse a la escalera de acero.

Rápidamente, tomó su segunda cuerda en V, y esta vez enganchó el mosquetón a uno de los peldaños de la escalera.

Por encima de él, pudo ver que Aliana acababa de darse cuenta de su ausencia.

—Mierda, ¿estás bien?

—Sí, creo que sí —dijo, empezando a subir de nuevo.

—¿Estás seguro? —Aliana sonaba preocupada mientras empezaba a bajar hacia él.

—No me pasó nada. Puede que mi orgullo esté un poco dañado, eso es todo —admitió Sam. Luego, al darse cuenta de que ella volvía a bajar para reunirse con él, le dijo—: Espera ahí. Parte de la escalera está rota. No quiero que te caigas tú también.

—Voy a bajar contigo, Sam. Hace falta algo más que una escalera destartalada para hacerme caer.

—Ten cuidado —advirtió.

Sam se detuvo al llegar al punto en el que el perno debería haber impedido el deslizamiento de su mosquetón. Al examinarlo de cerca, parecía que allí había habido un perno de acero que habían cortado por completo.

Aunque sólo tenía una experiencia muy limitada en alpinismo en rocas, y ninguna en la Vía Ferrata, le pareció que alguien había cortado con sierra el extremo del perno. Y además parecía que lo habían hecho recientemente... no había óxido evidente en el corte.

¿Estoy siendo paranoico?

¿Podría el rápido deslizamiento de mi mosquetón al caer haber producido la fuerza suficiente para cortar el perno del todo?

Sam examinó su mosquetón, estaba completamente sin marcas ni daños.

Puede que no sea nada, o puede que sí.

Luego siguió subiendo hasta llegar al peldaño faltante de la escalera, el lugar en el que comenzó su caída.

En ambos lados de aquel peldaño en concreto, donde antes había estado soldado a los laterales de acero de la escalera, Sam pudo ver una marca evidente donde alguien había cortado intencionalmente la conexión con una sierra de metal. Al principio pensó que se lo había imaginado, pero luego se dio cuenta de algo más.

Había pequeños fragmentos de metal en el peldaño inferior: residuos de hierro lijado.

Del tipo que se puede encontrar después de que alguien serrara deliberadamente el acero.

¿Quién acaba de intentar matarme?

¿O era Aliana la potencial víctima?

A pesar del cálido aire veraniego, aquel pensamiento le produjo un escalofrío.

*

Aliana bajó con cuidado por la escalera de acero.

Debajo de ella, pudo ver que Sam se había detenido y que examinaba el peldaño de acero de la escalera. Algo en su expresión

facial la preocupaba.

Luego, lo vio pasar la mano por el peldaño intacto que había inmediatamente debajo, y después acercarse, estudiándola detenidamente.

Sam la miró directamente.

Fue la mirada penetrante de sus ojos lo que disipó toda duda.

¡Mierda! ¡Sabe la verdad!

Aliana no estaba segura de cuál debía ser su siguiente paso. Su padre había sido explícito al decirle lo que tenía que hacer, pero nunca le había explicado cómo sucedería. Y desde luego ella no esperaba que fuera tan pronto.

Aliana había aceptado ayudar a su padre. Incluso sabía que lo disfrutaría, pero en ningún momento había esperado enamorarse de Sam.

Ese mismo día, Aliana había contemplado la posibilidad de buscar otra forma de resolver el problema, sin tener matarlo. Incluso estaba agradecida de que su padre no supiera adónde iba, pero en el instante en que Aliana presenció la caída de Sam, supo con certeza que su padre la había alcanzado.

Ahora bien, ¿qué opciones le quedaban?

Se planteó seriamente seguir subiendo la montaña y dejar a Sam atrás y debajo de ella. Aliana incluso calculó si podría subir más rápido que él. ¿Sería posible dejarle atrás?

Fue la siguiente afirmación de Sam la que la hizo darse cuenta de que nunca podría hacerle eso.

—¡Aliana! Espera ahí —ella pudo verlo, agitando frenéticamente la mano hacia ella— ¡Para! Creo que estás en peligro. Alguien acaba de intentar matarte.

Ella lo miró, pero no dijo nada.

Después de todo lo que ha pasado, ¿lo que más le preocupa es mi vida?

Se le llenó el corazón de culpa por su traición, y entonces recordó lo que le había dicho su padre, y calmó los nervios para continuar con su resolución inicial: en todas las guerras, los hombres buenos deben pagar el precio de las generaciones futuras.

Bajando otros cuatro peldaños por la escalera, Aliana se detuvo y dijo:

—Es imposible que nadie supiera que hoy estaríamos aquí, Sam. Ese peldaño debió haner estado dañado por el hielo del invierno pasado.

Debajo de ella, Sam sacudió la cabeza.

—Es imposible que este daño se haya producido de forma natural.

—¿En serio? ¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Mira aquí. Son residuos de hierro lijado. Del tipo que se puede ver después de que alguien cortara intencionadamente los peldaños

con una sierra —dijo Sam—. Pero no tengo ni idea de cómo alguien podía saber que íbamos a estar aquí hoy.

No podrían saberlo. Soy la única persona que sabía que estarías aquí hoy...

Estaba a punto de cambiar de dirección y volver a subir por la escalera.

Aún indecisa, miró hacia arriba.

Allí se veía a un hombre que se acercaba con eficiencia alemana. Aliana lo reconoció al instante como el hombre rubio de complexión maciza de La Cumbre, el hotel donde se había alojado. Se llamaba Carl.

Recordó que entonces le había parecido fuera de lugar. Él le había dicho que era alpinista. En su opinión, tenía el físico más fuerte de cualquier miembro de la Unidad de Élite Militar GSG9 de Alemania, más que los músculos ágiles de un alpinista.

¿Trabaja para mi padre o es uno de los que iban en busca del Magdalena?

Aliana no tenía una respuesta a esa pregunta, y su vida dependía de que acertara.

De los dos hombres que la acompañaban en la Vía Ferrata, sólo había uno en quien estaba segura de poder confiar. Aquel hombre, a pesar de no haberlo mencionado nunca, iba tras el Magdalena, de eso Aliana estaba segura. Pero no por la razón que le había dicho su padre.

De eso también estaba segura.

¿Por qué razón le habría mentido su padre? No tenía respuesta para eso, pero su única oportunidad ahora era confiar en sus instintos. Y éstos le decían que Sam Reilly podía ser su única esperanza de sobrevivir.

*

Sam observó a Aliana por encima de él.

Su rostro parecía desencajado, como si acabara de presenciar un horrible accidente y supiera que había que tomar una decisión sobre qué hacer a continuación. Pero permanecía inmóvil e incapaz de tomarla.

Ella se había detenido de nuevo y miraba hacia arriba. Se preguntó qué podría tener ella que ver con el atentado contra su vida y desechó la idea por imposible poco después de que se le pasara por la cabeza.

En realidad, sabía muy poco de ella, pero sus años como líder le habían enseñado mucho sobre cómo leer a la gente. Sam estaba seguro de que, cualquiera que fuesen las intenciones secretas de Aliana al llevarlo a esa montaña, asesinarlo no era una de ellas.

—¡Tenemos que irnos ahora mismo! —dijo Aliana mientras empezaba a bajar por la escalera hacia él a un ritmo mucho más

rápido que el que había utilizado anteriormente.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

—Mira ahí arriba, Sam. Es el tipo de La Cumbre —le dijo. Supe cuando lo conocimos que había algo en él que me hizo desconfiar.

Por encima de ambos, el hombre corpulento del hotel seguía descendiendo. Aún estaba bastante lejos, pero Sam pudo ver que, en su urgencia por alcanzarlos, el hombre no se había molestado en enganchar su propio mosquetón al cable.

Todo parecía demasiada coincidencia.

Estaba claro que el hombre acababa de empezar su jornada en el hotel la mañana previa. Ni el más experto de los alpinistas podría haberlos alcanzado tan rápidamente. Sam estaba seguro de haber notado un gesto de reconocimiento en su rostro cuando mencionó el nombre de Aliana.

¿Cómo los había alcanzado?

Entonces, Sam se dio cuenta de que el hombre debía de haberles seguido cuando salieron del hotel, y luego había pasado junto a ellos cuando se habían detenido el día anterior a disfrutar de su macchiato.

Entonces Aliana se agarró a Sam y lo besó.

—¡Gracias a Dios que estás vivo! —dijo, con lágrimas en los ojos—. Tenemos que irnos.

—Tienes toda la razón, pero ¿adónde?

—Aún no tengo ni idea. Empecemos a descender por la montaña, hasta que encontremos un lugar por el que atravesarla, y luego subamos por encima.

—Estoy de acuerdo: no me gusta la idea de que se cierna sobre mí alguien que quiere verme muerto —dijo Sam, mientras empezaba a descender.

Sam y Aliana habían descendido por la escalera unos cien metros, hasta llegar a un saliente. En ese tiempo, el hombre que tenían encima había reducido considerablemente la distancia que los separaba. Aún no les había dicho ni una sola palabra, pero su actitud maquinal sólo podía considerarse siniestra.

Sam miró a la cornisa en ambas direcciones.

—¿Tienes algún plan o idea de adónde iremos a partir de aquí? —preguntó.

—No, no conozco bien esta ruta. Veamos si podemos seguirla hasta encontrar otra Vía Ferrata que nos lleve hacia arriba. Sólo tenemos que llegar a un punto por encima de ese hombre. No creo que tenga un arma ni nada —añadió Aliana.

—¿Por qué no? —preguntó Sam, moviéndose tan rápido como podía por la cornisa sin caerse. Se movía mucho más deprisa de lo que sus nervios le permitían normalmente.

—Porque si la tuviera, ya la habría utilizado, ¿no?

A Sam no le convencía del todo su lógica, pero estaba de acuerdo en que su prioridad era llegar a un punto por encima del hombre.

Se maldijo por su propia estupidez al no llevar consigo un arma, sobre todo después del atentado contra su vida en el fondo del Lago Soledad. Sam esperaba que quienquiera que hubiera intentado matarlo allí abajo, lo hubiera hecho para proteger los secretos que guardaba el lago, y no porque intentara matarlo a él específicamente.

Como todos los tontos, se había convencido de que estaría a salvo, porque fueran quienes fueran, no sabían quién era ni adónde había ido. Esperaba que simplemente trataran de proteger sus propios intereses y aún no hubieran descubierto que era él.

Y estaba equivocado.

Echando un rápido vistazo a sus espaldas, Sam pudo ver que en el terreno llano de la cornisa no habían perdido ni ganado terreno a su oponente.

Cuando volvió de nuevo la cabeza, descubrió horrorizado que el saliente había terminado.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Aliana.

—¿Qué es eso?

Por encima de ellos había otro conjunto de postes, viejos y oxidados, que conducían hacia arriba, y a lo largo en la otra dirección de la montaña. Podía distinguir el punto en el que la parte superior se unía a un camino más reciente y moderno.

Las pupilas de Aliana se dilataron ante la sugerencia.

—¡Parece que no se haya usado en medio siglo! —exclamó Aliana.

Sam agarró uno con la mano y tiró de él con todas sus fuerzas.

—No me importa cuánto tiempo lleve aquí. Ya no nos quedan opciones. Sólo espero que aguante.

—No sé hasta qué punto son seguros esos postes.

—Yo tampoco, pero ¿prefieres esperar a ver qué quiere nuestro amigo de nosotros?

—No.

Reconociendo el peligro que corrían, Aliana empezó a escalar. Sin una cuerda a la que agarrarse, estaba a merced de los postes por los que trepaba. Un solo paso en falso significaría una muerte segura.

Afortunadamente, ella era atlética, y le había contado que solía hacer esto durante sus vacaciones cuando era niña, y mantuvo un buen ritmo por la ladera de la montaña.

Para Sam no fue tan fácil, pero consiguió seguirle el ritmo.

Abajo, podía ver que el hombre que respondía al nombre de Carl había decidido seguirlos.

Aunque Carl no había dicho ni una palabra, Sam ahora estaba seguro de que estaba allí para matarlos a los dos. A fin de cuentas, nadie arriesgaba la vida subiendo por unos peldaños de hierro en

ruinas, a menos que tuviera algo importante que atrapar.

Sam echó otra breve mirada a Carl, debajo.

Había algo siniestro en la forma mecánica en que el hombre subía los escalones. Era mucho más rápido que cualquiera de ellos. A este ritmo, los alcanzaría mucho antes de que llegaran a la cima.

Mirando a su alrededor, Sam descubrió que tenía muy pocas opciones para encontrar un arma.

Capítulo XVIII

Blake maldijo su edad mientras miraba la montaña.

Hace años, podría haber escalado esas montañas tan rápido como el mejor de ellos dos. Pero aquellos días habían quedado atrás.

El Rockblitz era uno de esos lujosos clubes de alpinismo que se encuentran por toda Europa, donde se puede comer bien y tomar buen vino mientras observabas cómodamente cómo tus compañeros se esfuerzan por escalar las lejanas montañas; y una prueba de la fuerza del hombre sobre la naturaleza.

Había varios hombres alrededor que llevaban enormes cámaras de zoom óptico y tomaban fotos de los alpinistas del día.

Se dio cuenta de que uno de ellos estaba de pie al final del mirador: un hombre mediterráneo de pelo largo y oscuro. El fotógrafo había colocado su cámara en un tripié para poder seguir el trayecto ascenso de algún alpinista, y ahora se había sentado a fumar un cigarro.

—Disculpe, señor. ¿Me presta su cámara unos minutos para intentar localizar a un amigo mío?

—No, *monsieur*. La utilizo para observar el ascenso de mi amigo.

—Su amigo aún tardará mucho en llegar —tranquilizó Blake al hombre, y sacó su cartera, de la que extrajo dos billetes morados de quinientos euros, y le dijo—: Sólo necesito que me preste su objetivo de zoom óptico unos minutos para localizar a mis amigos.

El hombre se encogió de hombros, se embolsó el dinero ofrecido y volvió a sentarse para terminar de fumarse su cigarro.

Blake se sentó en la silla detrás del objetivo de alta potencia. Siguió la línea de la Vía Ferrata hasta que vio al primer alpinista. Era una mujer de unos veinte años, con el pelo castaño recogido en una coleta. Tenía unas piernas bonitas, se fijó. En cualquier otro momento habría disfrutado admirándola más, pero tras determinar fácilmente que no era ella a quien buscaba, siguió utilizando el objetivo para acercarse más a la vía.

Había literalmente cientos de Vías Ferratas a la vista, y más de una docena de montañas por delante. Era una de las principales razones por las que ese mirador en concreto era la elección de los ávidos fotógrafos y cineastas de alpinismo. Podría tardar todo el día en encontrarlos, pero el mensaje de su amigo decía que habían empezado a ascender por la Vía Ferrata Con Grande, y confiaba en que pronto los vería.

Se extendía a lo largo de casi ciento veinte metros en vertical, y una vez alcanzada su cima, un alpinista podía continuar por otras cuatro vías.

Blake siguió la línea del sendero de hierro montaña arriba, deteniéndose de vez en cuando al ver a algún alpinista, para ver si lo había encontrado.

Estaba tardando mucho más de lo que pensaba.

Sintió un golpecito en el hombro y se volvió para ver que el dueño de la lente telescópica estaba apagando el cigarro.

—Devuélvame la cámara —le dijo el hombre.

—Por favor, *monsieur*. Aún no he encontrado a mis amigos, le prometo que no tardaré mucho.

—Un par de minutos más, y luego no me importará que me acabe de dar mil euros. Hoy tengo un trabajo que hacer que para mí vale mucho más que mil euros.

Sin volver a sentarse, Blake se agachó hasta que pudo fijar la vista en la línea. Esta vez, empezó por arriba y bajó rápidamente.

Por fin los vio.

La mujer iba en cabeza y Sam Reilly la seguía de cerca en la pared.

Se dio cuenta de que su amigo se estaba esforzando al máximo, pero estaba acortando la distancia que lo separaba de los otros dos. El hombre estaba ahora unos quince metros por debajo de la siguiente persona que subía por la escalera.

Fijando el objetivo justo debajo de ellos tres, sus ojos dejaron de escrutar cuando vio a un cuarto escalador. Este hombre estaba sólo un poco más atrás que su amigo, y le resultaba extrañamente familiar. Enfocó el rostro del hombre e, incluso a esa distancia, lo reconoció al instante.

¿Qué demonios haces en la montaña?

No había ningún error.

Era imposible que aquel hombre estuviera allí por pura coincidencia.

Blake dio las gracias al fotógrafo y se alejó de la cámara, sacó el teléfono y llamó.

—¿Sí? —respondió la voz hosca de un hombre.

—Lo he visto —pronunció cada palabra lenta y deliberadamente.

—Bien. ¿Dónde están ahora?

—A medio camino de una vía lateral de la Gran Vía Ferrata.

—¿Crees que lo saben, entonces? —la voz normalmente fría del hombre contenía un poco más de preocupación que de costumbre.

—Seguramente. De lo contrario, la coincidencia es mucha —reconoció Blake Simmonds.

—¿Qué vas a hacer al respecto?

—Haré que uno de nuestros helicópteros se reúna conmigo aquí en breve para que me lleve a la cima y me reuniré con ellos personalmente —Blake jugueteó con el teléfono y luego dijo—: Estaré preparado para cualquier eventualidad, por supuesto.

—Excelente. Sabía que podía confiar en ti —dijo la voz severa de la línea.

—Hay algo más.

—¿Sí?

—Él también está allí —dijo Blake.

—¿De verdad? Pero estábamos seguros de que buscaba al otro lado de los Alpes. ¿Estás seguro de que es él?

—Sí, claro, estoy completamente seguro.

—Eso sí que cambia las cosas, ¿no?

*

Los muslos de John Wolfgang ardían a cada paso que daba.

Por encima de él, en la destartalada Vía Ferrata, observó cómo las tres figuras luchaban por alcanzar la cima. Al hombre que iba detrás y, por tanto, más cerca de él, John lo reconoció como Carl, uno de los matones de Blake Simmonds. A unos doce metros por encima de Carl, estaba Sam Reilly. Aún le costaba creer que Sam hubiera conseguido escapar de algún modo de la costa australiana hacía tres semanas. Después de que sus hombres le informaran al respecto, no estaba totalmente convencido de que estuvieran hablando del mismo hombre, hasta ese momento. Entonces, situada por encima de Sam, John divisó lo que sólo podía ser la silueta de una mujer.

A esta distancia, era imposible distinguir ningún rasgo definitorio, pero se dio cuenta de que se acercaba al siguiente saliente.

A su edad, le sería imposible seguirles el ritmo.

Esperaba que Carl estuviera allí con el mismo propósito que él, pero confiaba en esa posibilidad incluso menos de lo que confiaba en que Blake Simmonds siguiera de su lado.

No, el matón es el hombre de Blake, y eso no lo convierte en mi amigo. Lo más probable es que esté aquí para matarlos, pero también podría estar allí para ayudarlos.

John subió otros ocho peldaños de la escalera oxidada y luego se detuvo para recuperar el aliento.

Pero, ¿qué quiere Blake?

John sencillamente no podía trabajar con nadie a quien no pudiera manipular con dinero, con mujeres o con la amenaza de una muerte dolorosa.

Levantando de nuevo la vista, se dio cuenta de que había llegado el momento de tomar una decisión definitiva sobre su siguiente paso en esta violentísima búsqueda del tesoro.

El primer alpinista estaba a punto de llegar a la cima.

John sacó su pistola y apuntó.

*

Sam Reilly estaba cerca de la cima.

Si conseguían llegar al próximo saliente, podrían rodear la montaña, poniéndose fuera del alcance del hombre que los seguía como una máquina.

Fue entonces cuando oyó el fuerte crujido que resonó por todo el cañón.

Al principio, Sam pensó que podía deberse a una grieta natural en la pared rocosa que había delante. El sonido resonó por las cordilleras Dolomitas.

Tardó unos segundos en darse cuenta de su origen.

¿Acaban de dispararnos?

Él y Aliana aceleraron el paso, y vio cómo Aliana subía por la cresta de la montaña y desaparecía.

Mientras subía, su mente se retorcía tratando comprender cómo alguien podía saber que seguía vivo. Estaba seguro de que tanto él como Tom habían tomado suficientes precauciones mientras buscaban, para que los demás cazadores de tesoros no se percataran de su presencia.

Pero, de algún modo, alguien se había dado cuenta.

Sabía que había tenido cuidado de no decirle a nadie adónde iban. Intencionalmente había evitado decírselo incluso a su propio padre, por si acaso alguien más pudiera haber estado escuchando. Carl, el hombre del hotel, debía de haberlo reconocido de algún modo, pero Sam no entendía dónde podían haberse visto antes.

Justo antes de que Sam llegara a la cresta, escuchó otro fuerte golpe, seguido rápidamente por dos más.

La roca situada a unos treinta centímetros a la derecha de su mano se hizo añicos.

Sam no tenía forma de protegerse de los disparos. Fue el estímulo suficiente para obligarlo a dar cuatro pasos más y trepar al otro lado de la cornisa.

—¡Lo lograste! —Aliana parecía aliviada.

—Sí, pero ¿por cuánto tiempo?

Hizo caso omiso de su pregunta y luego, alcanzando una roca del suelo, dijo—: Rápido, ayúdame. Es la única oportunidad que tendremos de vencer a este imbécil.

—Me gusta tu forma de pensar —le dijo Sam, mientras se agachaba para ayudarla. Entre los dos consiguieron hacer rodar la roca hasta el borde del acantilado.

Una rápida mirada por el lateral confirmó que los dos hombres que los perseguían seguían cerca. El hombre más cercano a la cima no estaba a más de cuatro metros.

Sam no se tomó el tiempo de advertir al hombre, ni siquiera de pedirle que se detuviera, antes de hacer rodar la roca por el borde.

Escuchó los gritos del hombre desde abajo y sólo pudo imaginar la

dolorosa muerte que debió de sufrir cuando la roca lo golpeó.

Lenta y cuidadosamente, Sam se aventuró a echar un vistazo por encima del borde.

La pierna derecha del hombre había sido aplastada por la roca, pero había conseguido enganchar el mosquetón de su cuerda de seguridad a un perno una fracción de segundo antes de que la roca lo golpeara.

Una rápida sucesión de disparos rebotó en la piedra caliza, justo encima de la cabeza de Sam.

—¡Mierda! —maldijo Sam.

—¿Sigue vivo? —preguntó Aliana.

—Sí, pero creo que es el hombre que está debajo de él el que sigue disparándonos.

—¡Maldita sea!

Sam y Aliana empezaron a mirar a su alrededor en busca de cualquier cosa que pudieran arrojar, pero a excepción de la roca que ya habían utilizado, todo el saliente parecía estar desprovisto de escombros sueltos.

Sam siguió observando el saliente. Un sendero seguía la protección natural, y junto a él había otros dos juegos de escaleras. Sam no tenía fuerzas para seguir intentando escalar más que los otros dos hombres, aunque dudaba sinceramente de que el más joven de los dos pudiera seguir persiguiéndolos durante mucho más tiempo.

—¿Alguna idea? —preguntó Sam a Aliana.

—Hay un túnel, justo por ahí —dijo, señalando el extremo de la cornisa natural.

Sam se dio cuenta de que la entrada estaba bien escondida.

Era poco probable que su adversario no se diera cuenta de que habían dejado de subir, pero al menos podrían ganar algo de tiempo y apartarse de la línea directa de fuego mientras los encontraba.

Siguió a Aliana hacia el túnel.

La entrada no era mucho más grande que Sam, se agachó sobre sus rodillas para entrar, pero una vez dentro, descubrió que el túnel se hacía más amplio, por lo que podía caminar libremente sin agacharse.

—Por aquí —dijo Sam—, hay un par de rutas diferentes y quizá podamos perderlo. Quédate cerca de mí.

Aliana lo tomó de la mano izquierda y los dos se adentraron en el oscuro túnel.

En el otro extremo había otra abertura.

—¡Allí! —dirigió Sam.

Ambos se dirigieron hacia la salida tan rápido como pudieron en la oscuridad.

Al llegar, Sam miró hacia abajo y pudo ver que había otra larga escalera de Vía Ferrata que caía por una distancia de más de

trescientos metros al otro lado. Entonces giró la cabeza y miró hacia arriba.

Absolutamente nada.

No había forma de que él y Aliana sobrevivieran a una escalada tan larga y descendente. Aunque tardaran media hora, sus adversarios acabarían descubriendo su ubicación. Entonces sólo sería cuestión de tiempo para que acabaran con lo que tanto se habían esforzado por conseguir.

En la vista inferior, descansaba un enorme lago. Estaba coloreado de un verde y un turquesa impresionantes cerca de la orilla, que se tornaba de una oscuridad casi esmeralda en su centro. Sólo entonces Sam se dio cuenta de que era el mismo lago en el que él y Tom habían buceado hacía dos días: el Lago Soledad.

Parecía aún más hermoso a la distancia, visto desde esa altura.

Al otro lado del túnel, por donde habían entrado, oyó a su adversario hablar con un marcado acento alemán.

—Sam Reilly. Para. Estoy de tu parte. Van a matarte.

Parecía una artimaña, y ni Sam ni Aliana respondieron.

—¡Blake Simmonds me ha enviado aquí para decirte que, si te acercas demasiado, no te dejarán vivir! —la voz era clara, pero la respiración del hombre sonaba agitada. Sam le había visto la pierna y sabía que debía de estar agonizando.

Entonces, fue Blake Simmonds quien me traicionó.

Sam oyó entonces la voz de otra persona, que hablaba en alemán, en el otro extremo del túnel. El silencio era relativo y, a pesar de que el interlocutor hablaba en un idioma extranjero, Sam se dio cuenta de que hablaba con calma.

Aliana le dio un codazo en el hombro y dirigió su atención hacia un punto situado a unos metros de la entrada del túnel. Allí, Sam podía distinguir la ligera silueta de otra abertura, que se adentraba en más en la montaña.

Asintió con la cabeza, reconociendo que podía ser su única oportunidad de escapar.

*

John Wolfgang jadeaba con fuerza cuando llegó al saliente donde estaba la entrada al túnel.

Se acercó al otro hombre y le dijo en alemán:

—¿Dónde están, Carl?

—¿Dónde están quiénes?

—No te hagas el tonto conmigo, Carl.

—¿El tonto? —preguntó Carl.

—Bueno, como quieras —dijo John, mientras sacaba la pistola, apuntaba a la cara de Carl y, a quemarropa, apretaba el gatillo.

Al instante, un gran agujero apareció donde antes estaba la cabeza

de Carl, que cayó al suelo sobre la estrecha cornisa. Intentó en vano respirar durante un par de segundos antes de que su cerebro se diera cuenta de que le habían disparado a quemarropa con una potente pistola.

Bueno, al menos uno de esos malditos cazadores de tesoros está ahora fuera de mi camino.

Desde el otro lado de la entrada del túnel, observó, aliviado, cómo su propio equipo de élite se adentraba rápidamente en el túnel.

*

Sam siguió a Aliana hasta el interior del pequeño agujero, antes de oír otro chasquido de disparos. Estaba oscuro dentro, pero una pequeña corriente de aire le aseguró que la grieta se extendía aún más.

Descendieron otros cuatro o cinco metros, utilizando los brazos y las piernas para presionar contra las paredes rocosas y ralentizar el descenso.

El agujero descendía mucho más de lo que ninguno de los dos esperaba.

Cuando ya no pudieron ver la abertura en la parte superior de la grieta, los dos detuvieron por completo su descenso.

Por encima de ellos, Sam podía oír a los dos hombres gritando en alemán. Fue la primera vez que se dio cuenta de que había varias personas tras ellos.

Los gritos se acercaron aún más.

A Sam le habría encantado saber lo que decían, pero no se atrevió a pedirle a Aliana que se lo tradujera, por miedo a que delatara su escondite.

Los gritos se calmaron un poco, y ahora sonaban más como una serie de preguntas distintas, como si sus adversarios se hubieran acercado.

Entonces escuchó otro sonido, parecido al de una pequeña roca al caer, y resonó en la misma brecha de la pared rocosa en la que se ocultaban.

Aliana, cuyos oídos nativos alemanes comprendían cada palabra que se había pronunciado, gritó:

—¡Granada!

Ambos soltaron su presión sobre las paredes rocosas y se deslizaron hacia abajo en una caída libre total.

Por encima de ellos, oyeron una gran explosión, seguida del sonido de la piedra caliza al estrellarse.

Y, aun así, siguieron cayendo.

Capítulo XIX

Todo el túnel en el que se encontraba John tembló tras la explosión de su granada. Instintivamente, levantó los brazos por encima de la cabeza para protegerse de los escombros que pudieran caer. Por un instante se preguntó si todo el túnel iba a derrumbarse sobre él.

En eso se equivocaba, pero el espeso polvo que salía del túnel podía ser, sin ningún problema, igual de letal. John se agachó y se dirigió a la salida más cercana del túnel. Luego, con la serena experiencia de quien ha pasado muchos años escalando estas montañas, bajó con cuidado media docena de peldaños de la Vía Ferrata que había debajo.

El aire volvía a ser fresco, y se sentía natural en comparación con el polvo de roca que había estado respirando y del que acababa de escapar.

Se había terminado. Sam Reilly había muerto.

Acababa de ganar algo más de tiempo.

En su bolsillo, el teléfono de John empezó a vibrar silenciosamente. Deslizó su mano por la pantalla para aceptar la llamada.

Su identificador de llamadas decía: «Blake Simmonds».

—Habla.

—¿Qué haces, John? —preguntó Blake, con la voz áspera de un hombre que había fumado demasiado durante mucho tiempo.

—No te preocupes, Blake. Estoy intentando ocuparme de algo que se suponía que tú tenías que arreglar.

—Y lo arreglaré. De hecho, mi hombre está en proceso de eliminarlo ahora mismo.

—Lo dudo —respondió John, riendo entre dientes—. Lo dudo mucho.

—¿Por qué?

—Bueno, para empezar, tu hombre está muerto, y Sam Reilly también.

—¿Carl ha muerto? —la voz de Blake sonaba irritada—. Era leal. Hace falta tiempo para que un hombre sea realmente leal, ¿verdad?

—Así es —afirmó John.

Ambos se metieron en un mundo en el que las lealtades podían intercambiarse fácilmente por más dinero, mejores oportunidades y autosatisfacción.

—¿Y seguro Sam Reilly está muerto? —preguntó Blake, buscando reafirmación.

—Sí.

—Bueno, algo eso es algo.

—Y ¿qué hay de lo otro? ¿Estamos cerca?

—Lo estamos consiguiendo, pero aún tardaremos un poco —respondió John.

—No tardes demasiado. Los compradores se están cansando de esperar, y sabes lo que eso significa, ¿no?

—Sí, claro.

*

Blake Simmonds colgó la llamada.

Vio un mensaje SMS de Carl sin leer.

La abrió y leyó: «Para que lo sepa, jefe, Sam Reilly está aquí con Aliana Wolfgang».

Blake Simmonds se rio en voz alta, como no se había reído desde que empezó todo este asunto, hacía tantos años.

¿La mochilera europea que Sam Reilly había recogido era la propia hija de John?

Las implicaciones de aquella afirmación eran enormes.

¿Puede ser que John ni siquiera se diera cuenta de que su hija estaba con ellos?

Blake pensó en lo útil que podría ser para él esta nueva información, y luego miró el GPS de su teléfono. Mostraba la ubicación de su propio equipo, y se preguntó si llegarían a tiempo.

¿Será que John ni siquiera se da cuenta de lo cerca que está de encontrarse con ella?

Le dio un golpecito en el hombro al piloto del helicóptero y le dijo —: Llévanos de vuelta, ha habido un cambio de planes.

*

Sam se deslizó más profundamente en la enorme grieta con Aliana.

A su alrededor se oía el estruendo de grandes rocas al caer. No tenía ni idea de adónde les llevaría finalmente esta caída, pero la alternativa era morir por el derribo de la tierra que la explosión había ocurrido sobre ellos.

En el fondo de la grieta, se deslizaron por una sección plana de la fisura rocosa mientras ésta se nivelaba. Una fracción de segundo después, varias toneladas de roca se desplomaron, bloqueando por completo la salida.

Sam encendió el pequeño faro y miró hacia atrás, hacia los montones de escombros rocosos que ahora estaban esparcidos por la ruta que habían utilizado para entrar.

—Bueno, no podemos volver por donde hemos venido —dijo Aliana, señalando lo evidente. Aunque ella y Sam pudieran mover las rocas, sus adversarios los estarían esperando al otro lado.

—No, eso seguro.

—Entonces, ¿qué hacemos ahora?

Sam volvió la cabeza hacia donde la grieta parecía continuar en un

túnel natural.

Del otro lado emanaba una extraña luminiscencia verde. Miró a Aliana, que parecía igualmente fascinada.

El extraño resplandor hipnotizó tanto a Sam que casi olvidó el hecho de que alguien acababa de intentar, por tercera vez en ese mes, matarlo.

El aire del túnel estaba frío, pero era más cálido que el exterior.

—Será mejor que la sigamos —sugirió Sam, y empezaron a andar en la única dirección que les quedaba.

El estrecho túnel conducía a otro mayor, seguido de otro más pequeño que contenía agua estancada. El número de luciérnagas esparcidas por las paredes de piedra caliza aumentaba a medida que avanzaban, y formaban la base de un resplandor tan fuerte que ambos pudieron apagar sus linternas frontales.

Treparon por una gran roca, de unos tres metros de altura, que descansaba en uno de sus costados. Cuando llegaron al otro lado, Sam vio una imagen tan surrealista como hermosa, que parecía completamente fuera de lugar.

El agua estancada llenaba el túnel y se veía una pequeña barca de madera flotando; su amarre de cuero seguía atada a una roca, como si esperara a su dueño, que la hubiera dejado allí hacía sólo unas horas. Podía llevar allí flotando cien años o más. Las luciérnagas les proporcionaron la luz suficiente para ver que el lago subterráneo se extendía a gran distancia.

—Parece bastante vieja —dijo Sam, mientras probaba la flotabilidad de la barca de madera empujándola hacia abajo, y se alegró al comprobar que la vieja barca parecía mantener su peso con bastante facilidad.

—Me pregunto cuánto tiempo lleva aquí —dijo Aliana, mientras sus hermosos ojos azules admiraban el enigmático lugar. Y luego añadió—: La piedra caliza de esta montaña ha facilitado la formación natural de muchos túneles. Ejércitos, granjeros y viajeros por igual han utilizado estos túneles para cruzar las montañas rápidamente, y en secreto, desde principios del siglo XVI, y quizá, incluso antes.

—Esta sección del túnel debió de derrumbarse hace muchos años cerca de donde entramos, y esta pobre barca ha quedado varada aquí, donde este ambiente frío y oscuro no permite ni que pase el tiempo.

—¿Pero adónde habrá ido? —preguntó Aliana.

—Si alguien se tomó la molestia de dejar una barca a esta altura y en el interior de esta montaña, sólo puedo suponer que va a alguna parte, o al menos, una vez lo hizo. Yo diría que nuestras posibilidades de sobrevivir acaban de aumentar, al menos un poco.

Sam se sentó en medio de la barca y luego lanzó a Aliana una mirada que decía: *¿Te atreves?*

Ella subió a bordo se sentó enfrente, y él empezó a empujar la barca hacia adelante a lo largo del arroyo subterráneo. La vía fluvial continuaba mucho más allá de lo que él pensaba. Había varios tramos más anchos, seguidos de un par muy estrechos, apenas lo bastante anchos para permitir el paso de la barca.

En el interior de la barca había un par de remos destartalados. Una cadena corría a lo largo de la pared del túnel, y pudieron utilizarla con relativa facilidad para maniobrar la pequeña barca a lo largo del túnel, dejando los remos intactos.

Después de lo que pareció un tiempo considerable, Sam consultó su reloj y se sorprendió al descubrir que llevaban más de una hora a bordo de la pequeña barca.

El aire había cambiado.

Se había calentado bastante, y la corriente de aire que sentía había aumentado.

—Esto sí que es sorprendente, ¿verdad? —dijo Sam.

—Es precioso. Nunca había visto nada igual —replicó Aliana, mientras las grandes pupilas dilatadas de sus ojos azules mostraban el reflejo de las luciérnagas como si fueran diminutas estrellas.

Hizo que Sam se sintiera como en la cita más mágica de su vida, en lugar de luchar por escapar con su vida intacta de una mujer cuya lealtad era, en el mejor de los casos, incierta.

En el fondo, luchaba con un pensamiento: *¿De qué manera está involucrada en todo esto?*

Mientras seguían flotando por el túnel, la luz ambiental pareció intensificarse hasta que el túnel se abrió en una gigantesca caverna subterránea que contenía un lago. Más de un millón de luciérnagas cubrían las paredes y el techo, iluminando toda la caverna, como si dentro fuera de día.

En medio del agua quieta del lago subterráneo, vio una enorme estructura plateada.

Sam se descubrió conteniendo la respiración involuntariamente, como si el mero sonido de ésta bastase para hacer desaparecer la imagen. En medio del lago poco profundo descansaban los restos serenos del Magdalena, en todo su esplendor.

Era como si hubiera flotado hacia dentro de la caverna y luego el agua se hubiera retirado, dejándola estancada. Aún podía verse el habitáculo de su góndola, que descansaba completamente sobre el agua.

—Dios mío —dijo Aliana, mirándolo con los ojos muy abiertos, incrédula—. ¡Es el Magdalena!

Capítulo XX

Las palabras de Aliana rompieron el trance de Sam en un instante.

Volviéndose hacia ella, con sus manos todavía sujetando las de ella, dijo:

—¿Sabes lo del Magdalena?

—Sí, claro. Era una historia que mi padre me contaba de niña. Ha dedicado mucho tiempo y millones de dólares a buscarla durante años.

Sam quería desesperadamente interrogarla sobre cómo estaba implicado su padre y, lo que era más importante, si ella había estado implicada en el atentado contra su vida. Pero su prioridad era encontrar la salida de ese lugar. Tendría que centrarse primero en eso, y luego volvería al problema de la implicación de ella.

—Bueno, si encontró la forma de llegar hasta aquí, seguro que podemos encontrar la salida.

—Sí, pero ¿hacia dónde? No veo más túneles ni grietas —señaló Aliana—. Además, ¡ha permanecido perdido del mundo durante más de 75 años! No es difícil imaginar que el camino que lo trajo aquí puede haber desaparecido hace tiempo.

Sam ya había considerado esa posibilidad:

—El nivel del agua debe de haber cambiado en los últimos 75 años. Es la única explicación de cómo llegó aquí en primer lugar —dijo Sam, volviendo a mirar al Magdalena—. Míralo. Ha envejecido un poco, pero por lo demás está completamente intacto. Debió de estrellarse en el lago helado y, de algún modo, flotó hasta aquí en el verano, cuando el hielo se descongeló. Desde entonces, algo debe de haber cambiado para aumentar el nivel del agua y bloquear el paso que, de otro modo, le habría permitido salir flotando de la caverna otra vez.

—¿Durante todo este tiempo ha estado tan cerca de todos nosotros?

—Sí, pero en realidad no es de sorprender que no la descubrieran. A esta altitud, sólo unas cuantas personas se tomarían la molestia de bucear, y menos sabiendo que tendrían que escalar tres mil metros de roca con todo su equipamiento.

—Si es así, y el nivel del agua ha aumentado desde que se estrelló, ¿por qué entonces descansa en un sitio alto y seco sobre barro casi sólido aquí dentro? —Aliana señaló el sedimento arenoso sobre el que descansaba el Magdalena.

—Es una buena pregunta —dijo Sam, mientras miraba alrededor de la enorme caverna en busca de una respuesta.

Esto es lo que yo llamo una auténtica cacería del tesoro.

Y entonces lo vio.

Un pequeño riachuelo subterráneo, que alimentaba lentamente el lago subterráneo.

—Eso —dijo señalándolo—. ¿Ves cómo el arroyo está moviendo el sedimento calcáreo hacia el lago? Se está acumulando y, con el tiempo, hace que el lago sea cada vez menos profundo.

—Creo que tienes razón, Sam.

—Gracias por el voto de confianza —Sam consultó su reloj—. Ya es casi la una de la madrugada. ¿Qué tal si por la mañana comprobamos qué hay dentro de la góndola? En lo que a mí respecta, tenemos que descansar un poco y dar por terminada la noche. Mañana podemos empezar de nuevo a buscar nuestra ruta de escape.

*

Aliana durmió mal, al igual que Sam.

—¿Estás despierta? —susurró.

—Sí, ¿tú tampoco puedes dormir?

—No, es que no puedo dejar de pensar en lo que vamos a encontrar cuando lo registremos.

—¿Qué hora es? —preguntó Sam, dándose la vuelta.

—Son las cuatro. ¿Nos levantamos ya?

La hora era irrelevante dado su entorno subterráneo. Desayunaron frutos secos. Era una comida muy básica, pero les proporcionaría los suficientes nutrientes para sobrevivir.

—Bueno, ¿y ahora qué? —preguntó Aliana.

—Espera aquí mientras veo si es seguro. Me muero por echar un vistazo al interior de esa góndola —respondió Sam. Luego, con cara de vergüenza, dijo—: De hecho, hay gente que ha intentado matarme para evitar que viera lo que hay dentro de ese dirigible.

Sam no había llegado a decir que sabía que ella estaba implicada en el último atentado contra su vida, pero el tono de sus palabras sugería que le estaba haciendo saber intencionalmente que estaba al tanto.

—¿Es broma? No, nada de eso —Aliana ocultó su culpabilidad con indignación— ¡Si vas a investigar, iré contigo! Después de pasar años oyendo hablar de su desaparición, ¿de verdad crees que voy a dejar que la explores tú solo?

—Como quieras —respondió Sam.

Ambos subieron a la pequeña barca y remaron por el lago hacia el Magdalena.

Aliana vio cómo Sam se esforzaba por abrir la escotilla de la góndola, que estaba bastante atascada después de tantos años en aquel ambiente húmedo.

Como todos los hombres, observó Aliana, Sam atacó tenazmente la primera escotilla que encontró, mientras que ella, por su parte, se dio

cuenta de que podía subir a la cubierta exterior y luego intentar abrir la puerta desde allí, hacia la góndola. La cubierta exterior estaba por encima del nivel del agua, junto con su escotilla. Si querían tener suerte, ésa sería la escotilla más probable.

Alargó la mano para agarrarse a la delgada barandilla de seguridad de alambre de la cubierta exterior y empezó a subir, primero por los brazos, luego balanceando las piernas hacia un lado, antes de trepar por la barandilla.

Intentó abrir la puerta de la escotilla con un fuerte empujón, pero no se movió ni un milímetro. Luego giró el picaporte y volvió a empujar.

Hizo clic al abrirse.

—¿Vienes? —dijo burlonamente.

—Te sigo.

Esperó a que él subiera rápidamente para colocarse a su lado, antes de empujar la puerta y abrirla del todo.

No notaron ningún olor.

Después de 75 años, toda la carne que pudiera haber estado a bordo en el momento del accidente hacía tiempo que había desaparecido de los restos de los pasajeros del Magdalena.

Aun así, el horripilante espectáculo que vio delante la dejó sin aliento.

Había ocho esqueletos en total, sentados en la góndola abierta ante ella. Sus ropas se habían desintegrado casi por completo con el paso del tiempo.

Aliana observó que uno de ellos aún llevaba un colgante en el cuello. En la base, estaba el diamante más grande que había visto nunca.

Recordaba haberlo leído en un libro.

—Se llama Diamante Rosenberg —le dijo Sam.

—Así es. Recuerdo haber leído sobre él en uno de los libros de mi padre, que trataba sobre algunos de los mayores tesoros jamás perdidos sin dejar rastro.

Sus ojos siguieron escrutando la góndola.

Cada esqueleto estaba atado a su asiento, como si hubieran estado esperando un viaje agitado. El resto de la sala parecía haber sido saqueada. El interior, antaño majestuoso, parecía yermo. Supuso que no era el paso del tiempo lo que lo había destruido, sino algo totalmente distinto: era como si alguien hubiera retirado deliberadamente todas las cosas bellas que habían adornado el lugar.

Mientras sus ojos seguían recorriendo la habitación y contemplando toda la escena, empezó a preocuparse de que no fueran los primeros en descubrir el dirigible. Le parecía evidente que habían arrancado los accesorios de las paredes y todo lo que no estuviera

atornillado al suelo.

—Me pregunto qué habrá salido mal —dijo Sam en voz alta. Había tristeza en su voz.

Sam había dicho precisamente lo que ella estaba pensando.

—Debieron pensar que lo habían conseguido. Estaban tan cerca. Mirándolos ahora, parece como si ninguno de ellos se hubiera dado cuenta de que estaban a punto de morir.

—Mira esto —dijo Sam, señalando la fea caja de madera marrón que había entre los esqueletos que estaban sentados.

Era uno de los pocos objetos que aún quedaban dentro de la góndola que no estaba atornillado.

—¿Qué crees que haya dentro?

—No lo sé, pero pesa bastante. Algo más ligero se habría desvanecido al sumergirse la góndola —Aliana observó en silencio cómo Sam se esforzaba por abrir la tapa, hasta que él le preguntó—: ¿Puedes ayudarme?

Se acercó a él y le ayudó a abrir la tapa. La caja estaba hecha de algún tipo de madera maciza y dura, pero el agua había hecho que la madera se dilatara, cerrándola permanentemente.

Juntos consiguieron abrirla haciendo palanca con uno de los remos del bote que había fuera.

—Vaya —dijo Sam, con los ojos muy abiertos—, ¿es por eso por lo que tu padre me quería muerto?

*

Dentro, Sam vio que había más de cien lingotes de oro, cada uno con las letras G&O, artísticamente grabadas en el centro.

¡Dios, es muchísimo oro! —dijo Aliana, fingiendo no escuchar lo que acababa de decir.

—¿Suficiente para matar?

—¿Qué? Por supuesto, muchos cazadores de tesoros matarían por poner sus sucias manos en esto —reconoció Aliana. Parecía sincera, pero el leve temblor de su labio inferior reafirmó su implicación.

Sam decidió que no era el momento de acorralarla al respecto.

—Sí, bueno, imagino que intentaban sacar del país la mayor parte posible de su fortuna.

Había visto mucha riqueza a lo largo de su vida, pero nunca había puesto los ojos en tanto oro macizo en un mismo lugar y al mismo tiempo.

Su brillo les confería un atractivo único que le sorprendió.

—Hay otra caja por aquí —dijo Aliana.

Era más pequeña y fácil de abrir, pero no por ello contenía menos oro. En su interior había monedas de oro alemanas y una bolsita de gemas preciosas, entre ellas diamantes, zafiros, rubíes y esmeraldas.

—No me extraña que alguien me quiera muerto —murmuró Sam,

mientras pasaba los dedos por el alijo de piedras preciosas. Levantó los ojos hacia Aliana y dijo—: Aquí hay una fortuna en tesoros, sin duda lo suficiente para matar por ella.

—Aún no sabes de qué se trata esto en realidad, ¿verdad? —preguntó Aliana.

—Todo se trata de eso: dinero, poder y codicia.

—No, es aún peor —respondió con rencor.

Eso lo hizo reflexionar.

Sam había esperado que se mostrara más arrepentida, en cambio, casi lo estaba atacando.

—¿Entonces de qué se trata? —la voz de Sam fue severa con ella por primera vez desde que habían iniciado ese viaje. Era evidente que Aliana sabía mucho más de lo que le había dicho.

Aliana no dijo ni una palabra.

La expresión de culpabilidad de su rostro era, en sí misma, suficiente respuesta.

Sam la ignoró. Ahora tenía otras prioridades. Ya se ocuparía de ella más tarde. Avanzó un poco más y encontró una pequeña maleta con una cadena en un extremo que al final tenía unas esposas que estaban sujetas a lo que habría sido la muñeca de uno de los esqueletos. A diferencia de las otras, esa pequeña maleta era totalmente metálica.

Empezó a tirar de ella, pero estaba completamente intacta y fuerte como el día en que la habían construido.

—¡No toques esa maleta! —ante su estridente tono de voz, Sam se volvió para mirar la cara de Aliana. Sabía algo.

—¿Por qué? ¿Qué contiene?

—Tiene que ser destruida. Es de suma importancia que la destruyamos —había verdadero pánico en su voz.

—Vale, dime porqué.

—Mi padre me habló de un virus que mi abuelo creó por encargo de Adolf Hitler. Se suponía que era más letal que cualquier otra cosa jamás creada. Si Alemania hubiera conseguido aprovechar su poder, las fuerzas aliadas nunca habrían tenido la oportunidad de ganar la guerra. Al igual que los japoneses tras el bombardeo de Hiroshima y Nagasaki, las fuerzas aliadas no habrían tenido otra opción que rendirse incondicionalmente, y el fascismo nazi habría triunfado.

Una súbita comprensión golpeó a Sam como un rayo.

Acababa de descubrir la pieza que faltaba en el rompecabezas.

—¿Me estás diciendo que la caza del último dirigible nunca tuvo que ver con el oro?

*

John Wolfgang supo en cuanto terminó la llamada telefónica con Blake Simmonds que el hombre le había estado ocultando algo. Simmonds era tan despiadado como tranquilo. Su voz no había

cambiado ni un ápice cuando mencionó que Carl había muerto.

Había algo más que Simmonds estaba ocultando, John estaba seguro de ello. Conocía a la gente, sobre todo a las personas mentirosas, y Blake era el peor de todos ellos. Al menos se podía confiar en que un ladrón robaría. Incluso los terroristas creían en algo con certeza, pero Blake se basaba en una serie de valores totalmente distintos, que Wolfgang ni siquiera podía empezar a comprender.

¿Y cómo puedes confiar en una persona a la que no entiendes?

John repitió la conversación en su mente. Blake parecía tan concentrado en el lugar donde acababa de estar, que era casi como si estuviera preocupado por su ubicación...

¿Sabía algo del Magdalena?

Entonces le cayó como un balde de agua fría.

Carl no intentaba matar a Sam Reilly, sino protegerlo, pero ¿de qué?

La respuesta se le presentó, sin más.

¡De descubrir la ubicación del Magdalena!

¡Carajo! Ese esnob inglés cabrón sabe exactamente dónde está, ¡y aun así me ha querido cazar por su jefe! Todo este tiempo ha sabido dónde está, ¡y eso significa que tampoco quiere que su jefe la encuentre!

John tomó el teléfono y marcó el número al que nunca habría querido llamar.

—Sí —dijo el hombre, con voz oscura y fría.

—Ya lo tengo. Necesito que envíes a tu equipo —John hizo una pausa y añadió—: Te enviaré por mensaje de texto las coordenadas GPS del lugar donde me reuniré con ellos. Tendrán que llegar en menos de una hora para asegurar la zona.

John se planteó seriamente decirle al hombre que Blake Simmonds había sido un traidor todo el tiempo, pero cambió de parecer.

Algunas cartas se juegan mejor con discreción.

*

Cuando Sam terminó de explicarle a Aliana cómo se había enterado de la existencia del Magdalena y qué había ocurrido realmente para que se hundiera, Aliana se sintió aún más confusa y enfadada de lo que jamás había creído posible.

—¡Me niego a creer que mi padre tenga algo que ver con esto! Se ha pasado la vida intentando compensar lo que hizo su abuelo durante el Holocausto.

—Entonces, ¿quién si no iba a intentar matarme desde un barco que transportaba un helicóptero con el nombre de Corporación Wolfgang?

A esa pregunta no pudo responder.

—No tengo ni idea, Sam, pero tienes que creerme cuando te digo que mi padre no fue responsable de eso. ¿Puedes creerme?

—Entiendo que tú creas que ésa es la verdad.

Fue una respuesta diplomática, pero por la expresión de su cara, ella se dio cuenta de que no se lo creía.

—¿Cómo puedes decir eso? ¿No confías en mí?

—No. No quiero —le dijo Sam, sin rodeos. Incluso antes de hablar, sus ojos le habían dado la respuesta. Y lo que era peor, ella sabía que él tenía motivos para no confiar en ella.

Aquellas palabras le dolieron incluso más que reconocer el hecho de que, en el fondo, creía que su propio padre le había estado ocultando oscuros secretos.

Intentó hablar, pero no le salían las palabras.

Entonces, hizo otro intento: —¿Por qué no? —quería sonar fuerte y desafiante, pero su débil tono de voz delataba sus mayores miedos.

¿Cuánto podría saber?

—Hubo un momento... después de caer, en que vi algo en tu expresión. Sólo fue un segundo como mucho, pero he visto traiciones antes y sé cómo detectarlas cuando asoman su fea cabeza. Querías dejarme allí. Pensaste si serías capaz de dejarme atrás y seguir sola por la Vía Ferrata.

—No, no lo entiendes... —Aliana intentó explicarse, pero Sam la interrumpió.

—No he terminado. Sólo cuando viste al otro hombre, a Carl, bajando por la Vía Ferrata, cambiaste de opinión. Casi como si estuvieras asustada, con un atisbo de incertidumbre, sobre quiénes eran tus enemigos en la montaña, y entre ellos en quién podías confiar. Fue entonces cuando te aferraste a tu única esperanza y te pusiste de mi lado.

—No fue nada de eso, Sam... no lo entiendes en absoluto —Aliana intentó ofrecerle una explicación más rápido de lo que su mente era capaz de formarla—. Hace muchos años, cuando sólo era una niña, mi padre era tan pobre que estábamos al borde de la inanición. Acababa de caer el Muro de Berlín y un hombre se acercó a mi padre y le ofreció apoyo financiero para crear su empresa farmacéutica. Con esa empresa se hizo rico y poderoso. Con el tiempo lo hizo ganar un Premio Nobel. Aquel hombre sólo le pidió una cosa a cambio de su apoyo: que encontrara la última morada del Magdalena y, una vez que lo encontrara, le diera el control del virus mortal que transportaba.

—¿Así que tu padre vendió al resto de la humanidad por oro? —replicó Sam, indignado.

—Estaba desesperado, Sam. Todos estábamos desesperados, y él creía de verdad que nunca lo encontraría. Luego, cuando lo vi la semana pasada, me dijo que el mismo hombre, del que no había tenido noticias en veinte años, se había puesto en contacto con él con nueva información que ayudaría a acotar la ubicación del Magdalena.

—¿Y qué era? —preguntó Sam.

—Tú.

La mirada de Sam cambió a medida que fue comprendiendo su papel en todo aquello.

—Mi padre se vio obligado a pagar su antigua deuda con ese hombre ofreciéndole algo que nunca pensó que podría ofrecerle.

—¿La extinción de la humanidad?

—Exactamente. No quiso decirme cuál era su plan, pero sí que había varios cazadores de tesoros tras él, y que todos se acercaban como una jauría de lobos hambrientos. Me dijo que tenía un equipo de personas buscándolo, pero que ya se había enterado de que había otros que habían estado a punto de encontrarlo. Me dijo que teníamos que ser los primeros en localizarlo, y que el precio de que otra persona lo descubriera primero sería catastrófico. También me dijo que ese mismo día había oído hablar de un hombre de Australia que había venido armado con información secreta, a quien consideraba su mayor amenaza. Sumé dos más dos y entendí lo que tenía que hacer. Con tus conocimientos de recuperación submarina, serías el mejor equipado para encontrarlo en el fondo de uno de estos lagos.

—¿Y por eso intentaste matarme? —el rostro de Sam parecía más dolido que enfadado.

—¡No, claro que no! Nunca podría haberlo hecho. ¿Cómo puedes decir algo tan terrible? Lo único que quería era descubrir lo que sabías.

—Así que tu padre te metió en esto. Sólo acudiste a mí por mis conocimientos. ¿El beso, la intimidad, todo eso fue sólo una actuación?

Ella le dio una fuerte bofetada.

—No, la intimidad fue real, Sam. Mi padre me había dicho que descubriera lo que tú sabías, y que... —los ojos de Aliana miraban el centelleo de las luciérnagas en el techo de la caverna, pero su mente estaba a mil kilómetros de distancia—, él se ocuparía de ti, una vez que yo tuviera la información. Pero, tú eres real, Sam. Puede que mi intención fuera acercarme a ti para obtener información, pero desde entonces, ambos nos hemos acercado. Eres el hombre más increíble que he conocido y, si te sirve de consuelo, te quiero.

—Si no intentaste matarme antes en la montaña, y no fue tu padre, ¿quién fue?

—El hombre se llamaba Carl.

—Sí, pero ¿por qué? Es decir, ¿qué esperaba conseguir matándome?

—Eso, no lo sé. ¿Puedes creerme que no he tenido nada que ver?

No podía saber lo que él estaba pensando.

—Ahora mismo no tengo ni idea de qué creer —le dijo Sam, y luego le sonrió para tranquilizarla— ¿Qué tal si primero destruimos

este maldito virus y luego empezamos de nuevo desde cero?

—De acuerdo, ahora sé por qué estás aquí, y tú conoces un poco más la historia de mi familia. Odio ser yo quien lo diga, pero todo esto va a quedarse en una bonita teoría si no encontramos una forma de salir de aquí en los próximos días.

Vio cómo Sam silbaba para sí mientras miraba fijamente al Magdalena, como si, al haber encontrado ahora lo que había estado buscando, escapar a la superficie fuera lo último que tuviera en mente.

—Me estás escuchando siquiera?

—¿Qué? Fingió una pequeña muestra de sorpresa—. Perdona, ¿qué dijiste?

—Dije que vamos a morir aquí abajo, si no averiguamos cómo llegar a la superficie en los próximos días.

No parecía preocupado en absoluto, y siguió admirando el grueso del casco del dirigible.

—¡Estás igual de loco que mi padre, Sam! ¡Estás completamente obsesionado y pareces incapaz de centrarte en lo importante! —ella lo miró fijamente y se dio cuenta de que su semblante no había cambiado nada. Durante todo el tiempo que habían estado hablando, no había apartado la vista del casco exterior del Magdalena. Irritada, le preguntó—: ¿Qué carajos ves?

—Al Magdalena, por supuesto.

—¿Y en qué estás pensando?

—Está en muy buen estado, ¿no crees?

Su despreocupación empezaba a enfadarla de verdad.

—Sí, y estoy segura de que un día quedaría precioso en un museo, con nuestros huesos dentro, ¡si no dejas de mirarla y empiezas a pensar en cómo escapar!

—No estoy intentando averiguar cómo podemos escapar, Aliana.

—¿No? ¿Entonces qué intentas hacer?

—Me pregunto si, al volver a gasear su capota y reparar sus motores, podríamos sacarla volando de aquí.

—No puedes estar hablando en serio.

—Oh, sí. Completamente.

—Pero ni siquiera sabemos cómo salir nosotros de aquí, mucho menos cómo sacar al Magdalena —protestó.

—No, eso lo entendí antes de irnos a dormir anoche.

*

Sam se adentró en la parte más profunda del lago, donde probablemente se encontraba la boca de la cueva. Sabía que no tenían mucho tiempo.

El agua estaba fría, letalmente fría.

Le acababa de explicar a Aliana su teoría sobre cómo el Magdalena había quedado atrapado en la montaña, y ahora había llegado el

momento de ponerlo en marcha. Estaba seguro de que no había otra forma posible de que terminara varado ahí.

Cuando él y Tom habían comparado las fotos históricas del Lago Soledad con las fotos actuales tomadas por satélite y desde el lado oeste del lago, estaba claro que el nivel del agua era ahora unos seis metros más profundo de lo que había sido en 1939, y que parecía faltar una parte de la montaña rocosa que lo coronaba.

—Si no me equivoco —dijo, antes de entrar en el agua helada— el Magdalena rozó la cima de aquella montaña y entonces, al perder altura, su piloto, Peter Greenstein, buscó un lugar donde aterrizar. Viendo que estaba rodeado de cumbres escarpadas y rocosas y de pinos de treinta metros de altura, la superficie helada del lago en invierno habría parecido un campo cubierto de nieve. En su apuro, esto habría sido una bendición. Allí bajó su dirigible averiado, sólo para descubrir que el hielo bajo la nieve era bastante delgado. Entonces, la góndola debió de estrellarse contra el hielo, y con la temperatura del agua cercana al punto de congelación, todos los que iban a bordo debieron de morir en cuestión de segundos.

Sam había esperado a que Aliana comprendiera lo que se había imaginado, antes de continuar con su teoría:

—La Segunda Guerra Mundial continuó y, durante el verano siguiente, lo más probable es que el lago se descongelara y el Magdalena haya derivado hacia la gran gruta, donde quedó atrapado en la acumulación de sedimento y piedra caliza. En algún momento de la guerra, esta sección de la montaña debió de ser destruida, enviando millones de toneladas de roca al lago, elevando artificialmente el nivel del agua hasta seis metros y ocultando para siempre los restos del Magdalena… hasta ahora.

—Es una bonita teoría. Pero entonces, ¿por qué tu búsqueda en el Lago Soledad no dio frutos?

—Porque no buscábamos en el lugar adecuado.

—¿Qué quieres decir? Dijiste que habías buceado en el lago, ¿no?

—Sí, pero buscábamos señales del dirigible perdido en el fondo del lago. No buscábamos un túnel cerca de la superficie.

—¿Y si te equivocas?

—Entonces estoy a punto de darme un baño muy frío para nada —dijo Sam, mostrando con sus dientes blancos su comodidad, a pesar del frío.

Dicho esto, sumergió la cabeza bajo el agua helada y desapareció.

La combinación del agua helada y la falta de máscara de buceo hicieron que su visibilidad fuera escasa. A lo lejos, podía distinguir un débil resplandor que, decidió, debía de ser el mundo exterior, pero no tenía forma de calcular la distancia.

Sam contuvo la respiración durante poco más de un minuto.

El brillo no parecía cambiar en absoluto.

¿Hasta dónde había llegado? ¿Podría llegar hasta el final?

El resplandor al final del túnel podía estar a varios cientos de metros. Quizá lo consiguiera, pero probablemente no, y si fracasaba, ¿qué le pasaría a Aliana?

No, decidió, que sería mejor volver atrás y replantearse su huida.

Años de buceo le habían enseñado a no descuidarse.

Los pulmones le ardían mientras luchaban contra el deseo instintivo de volver a respirar hondo, y los músculos le dolían tanto por los efectos del agua helada como por la falta de oxígeno.

Era una combinación peligrosa.

Al salir a la superficie, intentó plantar los pies en el fango, pero le costó mantenerse en pie. Recurrió a las fuerzas que le quedaban y arrastró su cuerpo hasta la orilla.

Aliana corrió hacia él al instante.

—¿Estás bien?

Quiso responder que sí, pero los efectos de la hipotermia le dificultaban el habla.

—¡Dios mío, te estás congelando!

Sintió que lo rodeaba con los brazos. No se sentía caliente; en todo caso, le escocía dondequiera que le tocara.

Aun así, no tuvo fuerzas para decirle que se detuviera.

—Sam, te vas a morir de frío si no hago algo pronto.

Helado, empapado y sin medios para calentarse, Sam observó, impotente, cómo Aliana se desnudaba delante de él. Su intención era obvia: compartir su calor corporal con él. A pesar de lo cerca que estaba de la muerte, no podía dejar de sorprenderse por su belleza. Su cuerpo superaba las muchas fantasías que había tenido con ella.

Toda una mujer, ¡la piel de Aliana era tan suave! Olía femenina y divina. Sam se recordó a sí mismo que no lo hacía por su placer, sino para salvarle la vida.

A pesar del frío y de estar tan cerca de la muerte, su cuerpo seguía excitándose sin control. Para su vergüenza, sintió que se ponía erecto.

Se retorció, intentando ocultarlo.

No obstante, ella se abrazó fuerte a él y se aferró aún con más fuerza.

Permanecieron tumbados juntos durante lo que podrían haber sido minutos u horas, Sam no lo sabía. Medio en un estado de sueño febril, perdía la consciencia por momentos, inseguro de cuánto era de fantasía y cuánto realidad.

Entonces, sintió que ella apretaba sus labios contra los de él. Eran suaves y húmedos, y su lengua se encontró con la suya con una avidez que lo hizo arder en deseo.

¿Era un sueño?

Sam le devolvió el beso con todas las fuerzas que le quedaban.

Le rodeó el cuello con los brazos mientras volvía a besarla. Otras sensaciones empezaban a regresar a su cuerpo y, a medida que lo hacían, eran más poderosas de lo que jamás había podido recordar.

El dulce sonido de sus gemidos, su delicioso aroma femenino y el suave tacto de su piel lo llevaban al éxtasis.

Entonces le llegó el suave sonido de un suave susurro al oído: —Creía que te habías muerto, cabrón.

Abrió los ojos y vio que los suyos estaban húmedos de lágrimas.

—De ninguna manera, no cuando acabo de encontrarte.

Antes de que él se diera cuenta, ella se apartó y se quitó la ropa interior. Estaba húmeda, cálida y acogedora cuando él la penetró. Su suspiro de placer aumentó su necesidad.

—Ah, sí —murmuró ella.

Le invadió una oleada de intenso deseo.

Sam gimió.

Sus cuerpos se amoldaron a la perfección. Había pasado del Infierno más absoluto a las alturas del paraíso en aquel instante y deseaba que aquella experiencia durara para siempre.

Capítulo XXI

John Wolfgang trabajó con su equipo de mercenarios letales durante toda la noche.

Habían estado a la espera de sus órdenes en el Tirol y fueron enviados en helicóptero media hora después de que hiciera la llamada.

Su granada había destruido la mayor parte de la grieta que se adentraba en el corazón de la montaña. El proceso de perforación en sí fue bastante fácil, ya que la piedra caliza era relativamente blanda. Lo que más tiempo les llevó fue sacar los escombros, un balde a la vez. Sólo cabía una persona en el agujero. Esa persona rotaba cada media hora para mantener la máxima velocidad de perforación.

Si Simmonds lo sabía, también lo sabrían los demás, y eso significaba que no disponía de mucho tiempo. Su equipo estaba fuertemente armado, pero quién sabe qué clase de hombres habían empleado los otros malditos cazadores de tesoros.

Había sugerido al líder del equipo de élite que utilizaran dinamita y volaran hasta el nivel inferior del túnel. El líder había respondido que estaría encantado de hacerlo, siempre y cuando todos estuvieran también encantados de ser aplastados por la montaña que tenían encima en el proceso.

Para la hora del almuerzo del día siguiente, habían avanzado unos doce metros.

—¿A qué profundidad vamos, jefe? —Brent, el jefe, no había hablado con nadie desde que había dado las órdenes iniciales sobre cómo quería que procedieran con la perforación.

—Hasta que lleguemos a la caverna de abajo. Está ahí dentro, sé que lo está —dijo John, con una seguridad exterior que no acababa de sentir en su interior. Si se equivocaba, todo habría acabado para él y para Aliana.

—Entendido.

Dos horas más tarde, el hombre regresó de nuevo.

—¿Ya has abierto paso? —preguntó John con impaciencia.

—No, pero hay un pequeño hueco y hemos podido pasar un cable a través de él. Aún nos quedan otros treinta metros.

—¿Hasta dónde hemos llegado en las últimas 24 horas?

—Nos acercamos a los quince metros.

—Bien, ¿entonces otros dos días? —preguntó John.

—Sí.

—¿Hay alguna forma de avanzar más rápido?

—No—. Brent no tuvo que decir nada más. Era un mercenario muy experimentado. Su cara lo decía todo—. Si digo 48 horas, es porque es lo más rápido que se puede hacer.

—Muy bien. Avísame en cuanto abras paso.

*

Sam no sabía cuánto tiempo había dormido.

Por el momento, su mente seguía aturdida, pero estaba seguro de que tenía algo súper importante que hacer antes de que se acabara el tiempo, sólo que no recordaba qué era. A pesar de la sensación de desmayo, tenía una sensación de confort superior a cualquiera que hubiera experimentado antes.

Abrió los ojos y vio a Aliana mirándolo fijamente.

—Sigues vivo —dijo ella, que parecía aliviada.

—¿Pensabas que iba a dejarte mientras dormías?

Lo besó y le dijo:

—No estaba segura de que fueras a sobrevivir. Estabas muy frío cuando te saqué del agua.

Así que, después de todo, no conseguí arrastrar mi cuerpo hasta la orilla, sino que fue ella.

—Gracias —dijo en voz baja y lo decía en serio.

—¿Conseguiste salir al exterior?

—No.

Observó su rostro mientras pronunciaba esa última palabra, y ella intentaba formular su siguiente pregunta, sin tratar de presionar su agotada mente.

—¿Porque no había salida o porque estaba demasiado lejos? —preguntó Aliana.

—Estaba demasiado lejos.

—Entonces, ¿se acabó? —parecía tomárselo bien para alguien que acababa de recibir una sentencia de muerte—. Me pregunto cuántos años más pasarán antes de que alguien vuelva a ver al Magdalena y les cuente a nuestros familiares lo que fue de nosotros.

Era extraño, se dio cuenta Sam, ni siquiera había considerado el hecho de que, si él no podía nadar esa distancia bajo el agua, entonces se quedarían atrapados en la caverna, muy probablemente acabando igual que los esqueletos dentro del Magdalena. Entendió que Aliana era muy lista al pensar que si él, un experto en submarinismo, no podía nadar esa distancia bajo el agua, a ella también le resultaría imposible hacerlo.

Una parte macabra de su mente empezó a preguntarse si, llegado el caso, preferiría morir en la orilla o dentro del Magdalena.

Se tomó su tiempo antes de contestar:

—Te sorprendería lo ingeniosa que puede llegar a ser la mente humana cuando quiere salvar su vida. Tenemos comida suficiente para una semana y un suministro ilimitado de agua, así que yo no nos daría por muertos todavía.

Su rostro se iluminó un poco, pero su voz traicionó su falta de

esperanza cuando preguntó: —¿Tienes alguna otra idea?

—Sí. Lo único que tenemos que hacer para cruzar el túnel bajo el agua es simplemente encontrar la forma de tener más que un par de pulmones llenos de aire.

—Vale, ¿y cómo sugieres que lo hagamos?

—Aún no he resuelto esa parte, y no tenemos muchos dispositivos de transporte de aire en nuestras mochilas.

—A menos que… —empezó ella, pareciendo recuperar la sonrisa.

—¿A menos que qué?

—¿A menos que podamos utilizar algo del Magdalena?

—¡Dios mío, tienes razón! ¿Por qué no se me había ocurrido? —volvió a agarrarla de la mano—: Ven, nos vamos de aquí.

Capítulo XXII

Tom Bower pilotó el 44 sobre las cordilleras Dolomitas. Había sido un viaje rápido. Sólo se había detenido en tres ocasiones por el camino, dos para repostar y una para ir al baño.

Había estado bebiendo en un exclusivo bar de París, y acababa de llevarse a la parisina más adorable a su habitación de hotel, cuando sonó su teléfono. No quería contestar, pero la persona al otro lado había sido persistente y, tras la novena llamada, pensó tal vez tenía que ver con Sam Reilly.

En contra de su buen juicio, respondió a la llamada.

—¿Tom Bower? —preguntó la voz de un desconocido.

—Sí, ¿quién es?

—Mi nombre no es importante en este momento. Digamos que soy amigo de Sam Reilly.

—Continúa, te escucho.

Tom tuvo que convencerse de que confiaba en el hombre del otro lado. Su voz áspera, por sí sola, sonaba siniestra, como si hubiera fumado suficientes cigarros como para haber muerto ya de cáncer de pulmón hacía años.

—Sam y Aliana bajaron a la madriguera y encontraron al Magdalena.

Los reflejos de Tom estaban ahora totalmente despiertos, y dijo:

—Hace tiempo que no escuchaba esos nombres. Cuéntame más...

—Algunas personas, digamos que poco amistosas, se están abriendo camino por ese agujero justo detrás de ellos.

—Entiendo. Eso no es bueno.

—No. Supuse que dirías eso. Ahora, lo que necesito que hagas, es que vuelvas al único lugar del que podrían escapar.

—¿Escapar? —preguntó Tom.

—Déjame que te cuente lo que sé... —tosió el hombre varias veces.

¿Quizá ya tiene cáncer de pulmón?

—En este momento, Sam y Aliana se encuentran en el interior de un túnel y es muy probable que estén en posesión del codiciado contenido del Magdalena perdido. Un equipo de mercenarios de élite los persigue, acorralándolos como zorros; su única esperanza de escapar de ellos es salir por el otro lado del túnel.

—¿Y quieres que te ayude a sacarlos de allí? —preguntó Tom.

—Sí. Ahora te daré las coordenadas GPS del lugar donde espero que se reúnan contigo pronto.

Tom anotó las coordenadas y luego leyó la latitud y la longitud al hombre para que las verificara.

Ahora sabía exactamente adónde tenía que ir.

—¿Este lugar significa algo para ti? —le preguntó directamente el hombre.

Tom tuvo la sensatez de contestar:

—No, nunca he estado allí.

El hombre se rio ante la negación de Tom; su risa tosca y seca indicaba que sabía perfectamente que Tom y Sam acababan de pasar la última semana buceando en el Lago Soledad.

Pero allí no había nada... ¿no?

—Entonces, ¿el túnel sale por ahí?

—Sí. Pero hay algo más que debes saber, Tom.

—¿Qué?

—Nadie ha encontrado la forma de entrar en los últimos 75 años.

—¿Y piensas que Sam encontrará una salida?

—No, creo que Sam y Aliana morirán cuando el zorro alcance a los conejos, pero pensé que te gustaría saberlo de todos modos, por si acaso. Buena suerte.

El hombre terminó la llamada antes de que Tom pudiera darle las gracias.

Tom no tuvo ninguna duda sobre si iría o no. No estaba seguro de lo que iba a hacer una vez allí, ni siquiera de lo que podía hacer. Con toda probabilidad, Sam y su nueva novia ya estaban muertos. De hecho, si no hubiera sido Sam, ni siquiera se habría molestado en ir allí para averiguarlo.

Pero Sam era diferente.

La vida de privilegios de Sam le había dejado la arraigada creencia de que podía obtenerlo todo y, como Tom había descubierto al principio de su amistad, ese optimismo parecía ser contagioso. Si había alguien que podía encontrar la manera de salir de este lío, ése era Sam Reilly.

Con un suave beso, Tom dejó a la hermosa mujer tumbada a su lado. Su bata negra de seda apenas contenía sus amplios pechos.

—Me debes una, Sam —dijo en voz baja mientras se marchaba.

Luego, en la oscuridad de la noche, Tom voló hacia las coordenadas recibidas, donde un equipo de mercenarios de primera clase se dirigía en tropel hacia la montaña.

Aún se preguntaba qué sabían y, lo más importante, qué creían que habían descubierto. *¿Creían realmente que Sam y Aliana habían conseguido descubrir de algún modo al Magdalena perdido?* Mientras miraba a los hombres que pululaban por la ladera de la montaña, muy por debajo, quizá a otro día de escalada del Lago Soledad, no pudo evitar preguntarse de qué se trataba todo aquello en realidad.

El oro ni siquiera pagaría sus honorarios, así que ¿qué más buscaban?

Mirando el altímetro, Tom se dio cuenta de que se acercaba a los seis mil pies. El Lago Soledad estaba a ocho mil quinientos pies. El

aire empezaba a diluirse un poco y tuvo que elevar el colectivo para mantener la altitud.

Su instinto le decía exactamente adónde ir, pero lo que haría una vez allí era una cuestión totalmente distinta.

Y era una pregunta para la que no tenía respuesta.

*

Sam localizó el compartimento del maquinista en la caseta del piloto del Magdalena.

En un viaje rutinario, el Magdalena habría llevado un maquinista y equipo suficiente para reparar cualquier avería que pudiera producirse en vuelo, pero por lo que había oído y sabía de aquella fatídica y última noche, el Magdalena volaba con una tripulación mínima. Rebuscando entre el equipo, Sam encontró lo que necesitaba para desconectar el enorme depósito de aire de 75 años de la góndola del piloto.

Aliana alzó una ceja, sorprendida, mientras él trabajaba.

—Después de tanto tiempo, ¿no se habrá contaminado el aire de dentro? —preguntó Aliana.

—Seguro que sí —dijo, mientras conseguía por fin abrir el regulador con un siseo—. Sí, es basura seca y bastante rancia.

—Entonces, ¿para qué lo vas a utilizar?

—Vamos a construir una campana de buceo rudimentaria —Sam liberó toda la presión que aún pudiera haber en su interior. Luego empezó a trabajar cortando el bote de aire por la mitad, mientras seguía explicando—: Verás, no necesito mucho oxígeno para atravesar este túnel. Aquí debería haber suficiente para respirar tres o cuatro veces, lo que bastará para llegar al final del túnel.

—¿Tú? —Parecía preocupada— ¿Quieres decir que no vamos a pasar los dos?

—No. Ya viste lo que me hizo la gélida temperatura del agua, y yo tengo mucha más grasa corporal para ayudarme a mantener el calor que tú. Además, el oxígeno no es el mejor, como sabes, así que no deberíamos arriesgarnos los dos —estudió su rostro. Ella parecía aceptar su destino con ecuanimidad—. Cuando llegue al otro lado, me pondré en contacto con mi amigo Tom. Probablemente sea la única persona en la que puedo confiar. Y en cuanto llegue con nuestro equipo de buceo y algo de material, volveremos a buscarte.

—¿Y qué haré si mueres por el camino?

Supo que era una pregunta lógica.

—Espera una semana. Estando sola, tienes provisiones para más de dos semanas. Si para entonces no he regresado, toma la segunda mitad de este tanque de oxígeno y espera que tu suerte sea mejor que la mía —Sam se aseguró de que entendiera lo que acababa de decirle—. Después, come toda la comida que puedas para aumentar la capacidad

de tu cuerpo para resistir la hipotermia, y luego nada tan rápido como puedas hacia el resplandor, en esa dirección. Una vez que logres atravesar el túnel, deberías poder ascender a la superficie. Tendrás que encontrar alguna forma de calentarte, y una vez que lo hagas, sal de esta cordillera, siguiendo cualquier sendero o Vía Ferrata que puedas encontrar, y simplemente haz como si nada de esto hubiera ocurrido.

Intentó mirar a Aliana a los ojos, pero ella se apartó.

—Vale, lo entiendo —reconoció.

Sam observó cómo los ojos de Aliana examinaban el tanque de oxígeno, ahora partido por la mitad. Parecía un cubo de acero gigante, y era lo bastante grande como para que un hombre pudiera meter la cabeza y los hombros dentro, y respirar.

—Lo que no entiendo es cómo piensas hundir esa cosa.

—¿Quieres decir que cómo voy a hacer que una bolsa de aire tan grande tenga flotabilidad neutra? —preguntó Sam.

—Sí.

—Bueno, es muy sencillo. Simplemente hay que sujetar algo pesado en el fondo utilizando parte de este cableado, hasta que nuestra nueva escafandra se hunda.

—¿Y qué tenemos que sea tan pesado como para hundir algo así? —preguntó Aliana— Tiene que producir un desplazamiento de agua de unos doscientos de kilos.

—Calculo que pesa alrededor de 150 kilos.

—Entonces, ¿qué tenemos aquí que pese tanto?

—Esa es la parte fácil, ¿aún no te has dado cuenta? —preguntó Sam.

—No. Por favor, ponme al corriente, ¿de qué se trata?

—Oro.

—¡Ése es un lastre muy caro! —Aliana se rio al decirlo, y añadió—: Bien, entonces será mejor que empieces.

Sam le dio un fuerte abrazo y luego la besó, diciendo—: Seré lo más rápido que pueda.

—Lo sé —le dijo ella.

Su despedida fue más fácil de lo se podría esperar, pues ambos creían que, incluso con las probabilidades en contra, iban a estar bien.

Sam nadó por la superficie del agua hasta llegar a la pared de roca que marcaba el comienzo del túnel descendente.

Luego hiperventiló durante unos treinta segundos, expulsando todo el dióxido de carbono que pudo, en un intento por aumentar el tiempo que sus células podían sobrevivir mientras estaba sumergido. Sabía que la improvisada escafandra no lo llevaría muy lejos. Necesitaba recorrer la mayor distancia posible con su primera respiración.

Ni siquiera se despidió con la mano ni notó las lágrimas en los ojos

de Aliana, antes de sumergirse en el agua, como había hecho miles de veces.

Mientras sumergía su cuerpo en poco más de un metro de agua, apareció en su reloj la pequeña animación digital de una rana nadando, y junto a ella, el número en segundos.

Ni siquiera se molestó en mirar el reloj, pues no le veía sentido. Al fin y al cabo, o llegaba al otro lado o moriría en el intento.

Sus fuertes piernas lo impulsaron hacia adelante mientras utilizaba los dos brazos para sujetar la escafandra. Una vez que llegó al punto en que ésta adquirió flotabilidad neutra, pudo concentrarse en nadar mientras asomaba la cabeza por el cable que descendía hasta el lastre de oro que había fijado abajo.

Esta vez, se había cubierto con grasa del gran timón articulado del Magdalena, como forma de mantener parte de su calor corporal mientras estaba sumergido bajo el agua helada.

Mientras nadaba, dejó que sus pensamientos volvieran a la dicha de la noche anterior con Aliana, intentando desviar su atención del dolor de la acumulación de ácido láctico que estaba experimentando, y de la abrumadora necesidad de respirar hondo.

Junto a la rana de su reloj, marcaba la hora: *1 minuto y 22 segundos*.

Siguió nadando, utilizando largas brazas, combinadas con lentas y continuas patadas de delfín.

El resplandor que veía ante él era como un espejismo que parecía acercarse continuamente. Sam pronto se dio cuenta de que el túnel no era completamente horizontal, como había supuesto al principio. Ni siquiera era diagonal. Más bien, era un gigantesco pozo vertical. Podría haber sido un antiguo tubo de lava, en el que el Magdalena había quedado sepultado de algún modo. Al bloquearse el flujo de agua en su base, la profundidad creciente del agua debió de aumentar hasta inundar la gran caverna.

Sam sólo esperaba poder atravesar lo que fuera que había causado aquel bloqueo.

Mientras se hundía más en el túnel, asomó la cabeza por dentro de la escafandra y tomó una bocanada de aire. Comprendiendo el poco oxígeno que contenía un recipiente tan pequeño, tuvo cuidado de no descuidarse y trató de aguantar el mayor tiempo posible entre respiración y respiración.

Junto a la alegre rana, ahora decía: *5 minutos y 48 segundos*.

Continuó este proceso por más de una docena de veces mientras descendía. Cada vez, expulsaba el aire que le quedaba en los pulmones antes de salir a la superficie dentro de la escafandra. De este modo, evitaba el riesgo de contaminar la campana con cantidades potencialmente letales de dióxido de carbono.

Sin embargo, sabía que cada vez que respiraba de nuevo, el aire del interior de la escafandra disminuía.

Cuando tomó su decimoquinta respiración, descubrió que ya no tenía aire suficiente para tomar otra.

A estas alturas, sin oxígeno para mantener su flotabilidad, la escafandra se convirtió en una pesa de inmersión, y Sam se aferró a ella mientras lo hacía descender rápidamente a las profundidades del oscuro abismo.

Y, aun así, en el fondo, Sam apenas podía distinguir un débil resplandor.

Siguió conteniendo la respiración. Sentía que los pulmones le ardían. Sólo años de apnea y acondicionamiento le habían hecho capaz de contener la respiración durante tanto tiempo.

Esperaba que el agua fría le ayudara a reducir su necesidad metabólica, pero no le ayudó a aliviar el dolor.

Cuando su mente empezó a confundirse, supo que su sangre estaba alcanzando un nivel letal de contenido de dióxido de carbono. En su cabeza, donde había estado escuchando los rápidos latidos de su fatigado corazón, notó que empezaban a ralentizarse.

Una cierta sensación de calma se apoderó de él.

Junto a la rana, se leían los números: *14 minutos y 43 segundos*.

Estaba dispuesto a morir.

¿Pero qué pasará con Aliana? No estoy preparado para morir. Ella es lo único que realmente he querido en mucho tiempo.

Delante de él, su mano rozó contra una pared de piedra caliza.

El agujero brillante en el que se había concentrado en la distancia no era un agujero gigante. En cambio, consistía en cientos de pequeñas grietas en la pared, formadas por rocas agrietadas.

Sam se retorció a través de la primera que encontró y, un momento después, su cabeza emergió dentro de una pequeña burbuja de aire.

Jadeando, se incorporó y empezó a hiperventilar.

Un minuto después, el mareo que había estado experimentando por el CO2 concentrado, finalmente se redujo, y pudo empezar a entender en dónde estaba y por qué.

Al encender su linterna por primera vez desde que habían descubierto al Magdalena, Sam miró a su alrededor y descubrió que se encontraba en una cueva submarina de aproximadamente 1.80 metros de largo por 1.20 metros de ancho, y que estaba casi completamente sellada por roca.

En un extremo, pudo ver un pequeño pasadizo, de no más de veinte centímetros de ancho, que conducía a la superficie. La fuente de luz no le serviría de nada.

Sam siguió mirando alrededor de la pequeña cueva.

Para él, aquel lugar se parecía más a una tumba que a una salida.

Capítulo XXIII

Blake Simmonds contempló dónde residía su lealtad. Tal pensamiento era raro para él. Desde que era pequeño no se había planteado cuáles eran sus prioridades. Al final, sin embargo, la respuesta era sencilla, como siempre había sido y sería: Blake cuida de Blake.

Mirando la pantalla táctil que tenía delante, seleccionó el número de teléfono de su jefe y pulsó «dispersar». La aplicación de «dispersión» de su teléfono satelital recorrió entonces más de cien servidores proxy antes de establecer la conexión final.

Llevaba una cantidad de tiempo considerable, pero si alguien estaba escuchando, lo que ocurría a menudo, le llevaría más tiempo averiguar de dónde procedía la llamada que escuchar lo que se decía.

Sólo había hablado con aquel hombre tres veces desde que empezó todo. El hombre que recibió la llamada contestó inmediatamente.

—Habla.

—Tengo razones para creer que John Wolfgang nos va a joder.

—¿De verdad? No me lo esperaba —el hombre parecía tranquilo, a pesar de lo que estaba en juego— ¿Por qué haría eso? Sabe que tenemos a Aliana, ¿verdad?

—Podría descubrir que ya está muerta —Blake no dudó antes de afirmar el vergonzoso hecho.

—Ah… ¡carajo! ¿Cómo pudiste ser tan descuidado?

—¡Nunca hubiera podido predecir que John la mataría accidentalmente!

—Ese imbécil —dijo el hombre, riendo entre dientes. ¿Estás seguro de que Sam llegará al Magdalena?

—Estoy casi seguro, y si Aliana sigue viva, sé exactamente en dónde saldrán ella y Sam Reilly de la madriguera. Pero tendremos que actuar con rapidez si queremos asegurar el lugar.

—Mándame las coordenadas y enviaré a mis hombres.

*

Sam no podía creer la mala suerte que había tenido mientras miraba fijamente la cueva rocosa que había sobre su cabeza. Estaba atrapado. A pesar de sus esfuerzos por nadar una distancia tan extraordinaria mientras contenía la respiración, la superficie no estaba más cerca que antes.

Se permitió otros dos minutos para dar tiempo a su cuerpo a que sus niveles de oxígeno y CO2 volvieran a la normalidad.

Hiperventilando una vez más, Sam volvió a sumergirse bajo el agua oscura e intentó encontrar otra forma de salir de su sepulcro. A pesar

de tener que contener la respiración, sintió que se relajaba de forma natural tras sumergirse de nuevo en el agua helada. Había pasado miles de horas buceando en cuevas a lo largo de los años, y no le resultaba nada extraño.

Sam consiguió explorar tres túneles diferentes.

Dos túneles estaban completamente sumergidos y uno contenía una pequeña bolsa de aire que le servía de ayuda, pero ninguno de ellos ofrecía una forma de llegar a la superficie exterior.

Al menos tenía un suministro razonable de aire para respirar en ese lado del túnel, eso le daba suficiente oxígeno para agotar el potencial de escape de cada túnel.

Tras cuatro intentos más, Sam empezó a preocuparle que los niveles de dióxido de carbono dentro de su cueva empezaran a ser peligrosos. Necesitaba encontrar una salida y pronto, si quería tener alguna oportunidad. Si no conseguía salir, Sam decidió que prefería volver al Magdalena y ahorrarle a Aliana la pesadilla de nadar por el túnel sólo para descubrir su cadáver al otro lado.

Pero, ¿podré volver a nadar?

Sam lo dudaba mucho, a pesar de que lo deseaba.

Gracias a su sexto intento, decidió probar algo diferente.

Sabía que necesitaba nadar hacia arriba para llegar a la superficie del lago, pero hasta ahora, todo lo que había descubierto en sus intentos anteriores era que cada túnel que ascendía hacia la superficie acababa en barreras de roca impenetrables. El agua fluía constantemente hacia el interior del túnel, pero las marcas de la superficie alrededor del perímetro del lago subterráneo parecían ser constantes.

Esto significaba que, evidentemente, el agua tenía que salir del túnel por alguna parte.

En lugar de nadar hacia arriba, Sam descendió hasta el fondo del túnel, adivinando que se encontraba a una profundidad de diez o doce metros. En el fondo, pudo sentir una suave atracción hacia algo que había debajo de la roca más grande que formaba la barrera.

Dejó que su cuerpo flotara durante veinte o treinta segundos hasta estar seguro, y luego nadó por debajo de la roca.

La abertura era estrecha, y se raspó la piel de sus anchos hombros intentando pasar.

Descubrió que el agujero parecía llegar aún más abajo.

Era demasiado estrecho para permitirle dar la vuelta si no daba a la superficie del lago, y Sam se encontró luchando por sofocar el terror que acompañaba a su miedo a ahogarse.

Por un instante, vio el rostro de su hermano la noche en que murió.

En un momento surrealista, sintió como si su hermano lo estuviera animando. Como si, sin palabras, le estuviera diciendo que ya estaba

cerca, que siguiera adelante.

Sam no tenía ni idea de la profundidad a la que se había sumergido, pero aunque tuviera espacio para dar la vuelta, se dio cuenta de que ya era demasiado tarde. A esas alturas, aunque tuviera una forma de volver al punto de partida, la falta de oxígeno necesario para hacer semejante esfuerzo lo habría dejado inconsciente antes de lograrlo.

Con los pulmones ardiendo, estaba muy cerca de aceptar su destino.

Delante de él, notó de repente una luz en la roca que había debajo. Empezó a centellear, como lo haría la luz del sol, a través de las pequeñas ondas de la superficie del lago.

Empezó a dar patadas rápidas con las piernas y se impulsó hacia ella.

Luego, utilizando las manos para alcanzar la abertura, salió del agujero y miró hacia arriba. Sobre él podía ver las aguas cristalinas de un lago.

Su reloj indicaba que estaba a nueve metros de profundidad.

Sam exhaló cómodamente durante todo su ascenso a la superficie.

Cuando por fin su cabeza salió del agua, Sam inhaló profundamente el aire más fresco y delicioso que jamás había respirado.

Por encima de él, oyó las vibraciones familiares de un helicóptero que se acercaba por la colina.

Mierda, ¡ahora no!

Volvió a agacharse rápidamente bajo el saliente rocoso de la orilla del lago. Al tener que contener la respiración una vez más, sus pulmones ardieron al instante.

El sonido del helicóptero se amplificaba por la velocidad de las ondas sonoras en el agua.

Sam esperó allí todo el tiempo que pudo, hasta que estuvo completamente seguro de que el helicóptero se había ido, y entonces volvió a la superficie.

Esta vez, no esperó a ver si era seguro: ya no tenía tiempo.

Se sentía mareado y desorientado, presentando los primeros signos de hipoxia cerebral, y los músculos de sus brazos empezaban a acalambrarse por el frío. Sus extremidades habían dejado de temblar, otro signo inequívoco de que su cuerpo ya no intentaba compensar el frío y se estaba apagando.

Sam sabía que tenía que salir inmediatamente del agua, secarse e intentar calentarse el cuerpo.

A lo lejos, vio la parte trasera de un helicóptero Robinson 44 que flotaba en el aire. En la parte trasera del rotor de cola, Sam vio un pequeño arañazo amarillo.

Reconoció aquella marca.

Lo había obtenido con el equipo de buceo amarillo hacía cuatro días. Y entonces se dio cuenta.

Debe de ser Tom. Y se estaba alejando.

Sam buscó un pequeño trozo de metal en su bolsillo derecho y lo utilizó para reflejar los rayos de sol hacia el helicóptero. Lo agitó varias veces, de modo que el movimiento provocara un molesto parpadeo que, con suerte, el piloto pudiera ver.

No hubo respuesta inmediata, pero Sam siguió intentando captar la atención del piloto.

Luego, vio cómo el helicóptero giraba y empezaba a descender de nuevo por el acantilado, alejándose de la montaña.

Había estado tan cerca de ser rescatado, y ahora lo había perdido todo.

Capítulo XXIV

En el lago submarino, Aliana pasó el tiempo averiguando lo que funcionaba, lo que no y lo que podía repararse dentro del Magdalena. Sam había señalado que si alguna vez querían sacarlo de la montaña tendrían que volver a llenarlo de gas.

Sería un proceso prolongado, que llevaría muchos meses, pero si el Magdalena tenía la posibilidad de, algún día, ocupar el lugar que le correspondía en un museo histórico, tendría que volver a ser más ligera que el aire. Una vez conseguido esto, un sólo helicóptero sería capaz de remolcarla.

En realidad, Aliana sabía que era muy poco probable que el Magdalena escapara alguna vez de sus acuáticos confines. Sam probablemente también lo sabía, pero era mejor intentar mantener su mente activa con un propósito, en lugar de quedarse sentada, esperando la muerte.

Empezando por la góndola del piloto, Aliana buscó el timón de madera, muy parecido al de un yate, y descubrió que aún giraba. Se sorprendió aún más al descubrir, cuando miró al exterior, que el enorme timón situado en la parte trasera del dirigible seguía pivotando en respuesta.

Podía imaginarse fácilmente al espectacular dirigible surcando el cielo.

Aquello despertó algo en su imaginación, igual que había hecho Peter Pan cuando sólo tenía tres años y anhelaba volver a ver la vieja nave en el aire. Pero, al igual que Peter Pan, sabía que no era más que pura fantasía pensar que algún día pudiera volver a volar. Aun así, la hacía feliz.

A continuación, giró las catorce válvulas que controlaban la entrada de aire en el interior del toldo. Para su sorpresa, aún tenían algo de aire en su interior, pero los compartimentos trece y catorce dejaban escapar el aire con la misma rapidez con la que entraba. Estudió el diagrama de las válvulas de aire y observó que éstas representaban los dos compartimentos delanteros.

Aliana se preguntó si eran el resultado del choque, o si eran lo que lo había provocado. ¿Habrían dañado las balas nazis los compartimentos de proa del Magdalena?

A continuación, accionó las válvulas del depósito de helio.

Como era de esperar, no se escuchaba el siseo de ningún gas.

Miró las marcas de presión y trató de calcular exactamente cuánto helio sería necesario para que volviera a estar en el aire. Comprendió que los tanques que formaban parte de la bodega de la góndola del piloto eran triviales en comparación con la cantidad de helio necesaria

para llenar la cubierta principal del dirigible.

Aliana recorrió con las manos el resto de los controles del interior de la góndola del piloto. No había muchos y, en su mayoría, eran meros dispositivos de control: altímetros, manómetros y lectores de presión del motor.

El Magdalena era una máquina muy sencilla comparada con los estándares actuales de transporte aéreo.

Mirando los esqueletos de los dos pilotos, no pudo evitar preguntarse. *¿Qué le pasó a su hermosa aeronave?*

Sin embargo, antes de abandonar la góndola, se fijó en una taquilla marcada como «herramientas de mantenimiento». Esos dirigibles estaban diseñados para recibir mantenimiento por quienes iban a bordo, pasara lo que pasara, durante sus viajes. Era una época muy anterior a la existencia de los técnicos e ingenieros de tierra, que hoy en día podían aconsejar a un piloto sobre su mejor opción de acción con un simple mensaje de radio o una señal de computador.

Dentro de la taquilla encontró varias herramientas, pero sólo agarró una cajita de metal que contenía varias llaves inglesas y destornilladores, por si acaso.

A continuación, se dirigió a lo largo del conducto de aire, que unía la góndola del piloto con el lujoso habitáculo de pasajeros, y luego a través de ese compartimento hasta el que contenía el motor. Los motores estaban completamente sellados con una carcasa protectora. Parecía que la góndola del motor nunca se había sumergido en el agua.

Mucho más básico que los motores actuales, el sistema de propulsión delantera del Magdalena consistía en cuatro motores Diesel Daimler-Benz de 32 CV. A diferencia de sus homólogos modernos, estos motores dependían de la fuerza manual para arrancar. Eran primitivos, pero sencillos y fiables de manejar y mantener.

Me pregunto si te podría convencer para que vuelvas a trabajar.

Sam los había inspeccionado antes y había dicho que, si le daba tiempo, conseguiría que volvieran a funcionar. Ella supuso, en aquel momento, que se refería a repararlos en un taller o algo similar. En realidad, si el Magdalena llegaba a salir de ahí, lo más probable era que alguien sustituyera los cuatro por réplicas nuevas.

Su mente volvió al problema que tenía entre manos. *Si es que alguna vez salgo de aquí.*

Aliana no se permitió pensar en ello. En lugar de eso, decidió encontrar la boca de inspección y subir a la gigantesca marquesina. Desde fuera, parecía totalmente intacta. Pero no sabía lo que eso significaba en cuanto a la estabilidad estructural de su aluminio. Pocas cosas están diseñadas para sobrevivir 75 años en un entorno frío y húmedo.

Subió por la escalera de aluminio, desenroscó la tapa de la escotilla y entró en la marquesina.

Por lo que pudo ver, parecía intacta.

Explorar la cubierta le llevó más tiempo que el resto del dirigible. Pero, de nuevo, por lo que ella sabía, la cubierta, si se llenaba de helio o de otro gas más ligero que el aire, podía, en teoría, volver a volar.

Volvió a bajar y entró en la góndola principal, donde el esqueleto de Fritz Ribbentrop la miraba fijamente. Su maleta metálica seguía firmemente encadenada a su muñeca.

¿Qué hacías aquí, Fritz? ¿Y qué vamos a hacer con tu virus?

*

Algo no parecía tener sentido para Tom mientras inclinaba el helicóptero hacia la derecha en un intento de alejarse del fuerte reflejo del sol que brillaba en las aguas del Lago Soledad.

Empezó a descender de nuevo hacia la montaña, pero unos dos minutos después, comprendió lo que estaba mal. El potente reflejo que había estado intentando evitar, ¡se movía en dirección ascendente y descendente! Aunque eso podría no significar nada para el observador común, un piloto de helicóptero, que había pasado años sobrevolando océanos y lagos, sabía que el parpadeo hacia arriba y hacia abajo del reflejo del sol sólo se veía normalmente en el océano o en los grandes lagos que tenían oleaje, mientras que las aguas del Lago Soledad yacían perfectamente quietas a la luz del sol matutino.

¡Debe ser una señal de Sam!

Lo sabía tan profundamente como sabía maniobrar los complejos controles del helicóptero para volver a realizar un segundo sobrevuelo. Allí, frente a él, tendido sobre un afloramiento rocoso en la orilla del lago como un lagarto que absorbe el calor del sol, yacía Sam.

A primera vista, parecía como si estuviera muerto.

Pero entonces vio que su amigo se incorporaba, le sonreía y levantaba el pulgar de la mano izquierda como si quisiera pedirle aventón a un automovilista que iba pasando.

Tom bajó con cuidado el helicóptero hasta detenerse, planeando justo por encima del afloramiento rocoso, consciente de los altos pinos que bordeaban la montaña por el este.

A su izquierda, Tom vio cómo Sam abría la puerta de la cabina, se metía dentro y se sentaba a su lado en el asiento del copiloto.

—¿Por qué tardaste tanto?

*

Tom despegó inmediatamente en cuanto se cerró la puerta.

—Bien, ¿cuál es el siguiente paso? —preguntó.

—¿Podemos volver a la cofa del Tirol?

—No. Por lo que he oído, tus «amigos» saben que estás aquí, y están bastante enfadados. Seguro que tienen a algunos de sus matones esperando tu regreso.

—De acuerdo, en ese caso, vamos a Lugano. Allí hay una tienda de buceo comercial y necesitaremos suministros pesados para rescatar a Aliana.

—De acuerdo, tú mandas —respondió Tom, mientras empezaba a introducir la información en su GPS de vuelo.

Por el camino, esperó pacientemente a que Sam le contara todo lo que había ocurrido, incluido el descubrimiento del Magdalena, y sobre cómo Aliana seguía atrapada en aquella caverna.

—Tendremos que volver con equipo suficiente para rescatar a Aliana —dijo Sam, tiritando. Parecía peligrosamente helado—. También necesitaremos dinamita. De momento, hay varios cientos de toneladas de escombros bloqueándonos el camino.

—Entendido.

Cuando Sam dejó de hablar, Tom dijo—: Sólo hay un problema.

—Ah, sí, ¿cuál?

—Hay un ejército de camino al Lago Soledad. Tom miró la cara seria de Sam mientras continuaba, sabiendo que no le iba a gustar la siguiente parte—: Han descubierto la morada final del Magdalena.

—¿Cómo carajos lo supieron?

Tom le contó entonces sobre el hombre que se había puesto en contacto con él mientras estaba en París, y también que le había dicho que era incapaz de detener lo que ahora avanzaba a toda marcha: una carrera para recuperar el valiosísimo cargamento a bordo del Magdalena.

A su lado, el rostro de Sam Reilly mostraba incredulidad ante aquella noticia.

—Bueno, eso explica cómo han conseguido volver a encontrarme.

—¿Y qué vamos a hacer al respecto? —le preguntó Tom.

—Sencillo. Sólo tenemos que asegurarnos de que ya no esté allí cuando lleguen.

Capítulo XXV

John Wolfgang oyó el ruido de los escombros al caer.

Podría haber sido un derrumbe masivo, por la cantidad de ruido que hizo. Un momento después, Brent atravesó el túnel y le aseguró que por fin lo habían conseguido.

John consultó su reloj.

Eran la una. Tal como le había aconsejado Brent, había tardado 48 horas.

—Muy bien. ¿Has encontrado sus cuerpos?

—No, pero sin duda es ahí por donde se fueron.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

Brent le entregó una mochila de alpinismo y le dijo—: Encontramos esto en el fondo. Parece que uno de ellos debió de perderla al bajar por el túnel.

John miró la bolsa. Sus ojos se desorbitaron al reconocerla.

—Muy bien. Asegura el lugar. Bajaré en unos minutos. Tengo que hablar con el comprador antes de matarlo. Que nadie avance más sin que yo lo ordene.

Brent asintió y luego dio varias órdenes adicionales a sus hombres, al típico estilo militar.

John sintió que la cabeza le daba vueltas.

Era la primera vez desde que el Magdalena había asomado su malvada cabeza que se sentía físicamente mal. Había visto antes aquella mochila de alpinismo, por lo que la recordaba, ya que era la misma que le había comprado a Aliana hacía tantos años.

¿Por qué no me había dicho que estaba escalando con él?

Ya había considerado todas las opciones de lo que podía haber ocurrido. Si Blake Simmonds sabía que el túnel llegaba hasta el Magdalena, ¿quizá ellos también lo sabían? Si era así, ¿cómo intentarían escapar con él?

¿Por dónde saldrían? Y entonces, al contemplar el valle que había debajo, la respuesta se le presentó.

El Lago Soledad, ¡por supuesto!

John pensó entonces cómo llegar a tiempo. Si habían encontrado al Magdalena y conseguido encontrar una salida, ya le llevaban más de dos días de ventaja.

Era el momento, decidió John, de garantizar una segunda oportunidad. No sería capaz de hacerlos salir de este extremo y asegurar el Lago Soledad con sus cinco hombres, por muy eficientes que fueran. Si dispusiera de más tiempo, podría traer refuerzos, pero no se había esperado en absoluto aquellas complicaciones. La única posibilidad que tenía era traer a los SEAL de la Marina, que ya estaban

apostados cerca del lago, a la espera de cualquier información adicional que pudiera ofrecerles.

Si llegaba a Sam Reilly antes de que abandonara el Magdalena, podría matarle, recuperar el virus y salvar a Aliana. Ella se enfadaría muchísimo, por supuesto, pero él se ocuparía de eso más tarde. A fin de cuentas, había cosas mucho más importantes en juego que la vida de un sólo hombre. Si conseguían encontrar una salida antes de que John los alcanzara, los SEAL podrían capturarlos, y él y Aliana recibirían la amnistía del gobierno estadounidense.

John hizo la llamada.

—Teníamos razón en algo —dijo—, el Lago Soledad fue efectivamente donde desapareció el Magdalena. Tendrás que asegurar la zona en las próximas doce horas si quieres atraparlos.

—Lo haremos. Por cierto, John —la franqueza en la voz de la mujer le produjo un escalofrío—, más te vale que esta vez recuperemos la inversión. Ya gastamos mucho dinero en esto, y si no obtenemos algo, te vamos a encerrar.

—No te preocupes. Si esta vez no lo consigo, cuento con ello.

*

Lugano era una pequeña ciudad lacustre del norte de Italia, a la sombra de las cordilleras Dolomitas en la distancia. Sam pensó en lo que iba a necesitar mientras Tom aterrizaba el helicóptero en un pequeño parque al extremo sur de la ciudad.

—Aquí hay una tienda de aventura y alpinismo que satisface las necesidades de los turistas que se sienten atraídos por el lago y las cordilleras Dolomitas. No estoy seguro de cuánto equipo de buceo tendrán disponible —dijo Tom.

—No hace falta. Para lo que estoy pensando, no necesitaremos mucho equipo de buceo.

Tras el corto vuelo, durante el cual el colector de calefacción se puso al máximo, la temperatura corporal de Sam empezó a volver a la normalidad y, con ella, su habitual nivel de confianza. Los dos hombres se separaron mientras Tom iba a investigar dónde conseguir dinamita.

Era una mañana clara y soleada, pero tan fría como el invierno.

—Buenos días —le dijo Sam al hombre que estaba detrás del mostrador al entrar en la tienda de alpinismo.

—Buenos días. ¿Qué se le ofrece? —era la voz acogedora de un canadiense, atraído a la ciudad por el comienzo de la temporada alta de alpinismo.

—Sí, tengo una lista del equipo que necesito —dijo Sam, mientras dejaba un trozo de papel sobre el mostrador.

—Una zodiac inflable con un pequeño motor de dos tiempos, un tanque grande de propano y un quemador, sesenta metros de cabo de

cuerda, equipo de buceo para una persona, un traje seco de cinco centímetros de grosor y dos tanques de oxígeno —la ceja izquierda del dependiente se alzó en un gesto diminuto, como si le costara imaginar qué era lo que pretendía Sam con semejante lista de equipamiento, y luego dijo—: ¿Algo más?

—Sí, ¿hay algún mecánico naval aquí? —preguntó Sam.

—A la vuelta de la esquina. Salga por la puerta y suba dos manzanas, ahí encontrará uno abierto.

—Gracias. Volveré en breve para recoger el equipo, si puede tenerlo listo —dijo Sam, entregándole la tarjeta de crédito de Tom de la empresa Deep Sea Expeditions.

—Sin problema.

Sam caminó rápidamente para localizar al mecánico.

Entró en el local sabiendo exactamente lo que necesitaba.

Una vez en el local, Sam habló de sus necesidades con el dependiente y, al cabo de un rato, el mecánico volvió con él.

Luego compró veinte galones de combustible.

Sam le dio las gracias al mecánico que le había ayudado, salió con un carro lleno de piezas, que añadió al otro montón de equipo de buceo, y esperó a que llegara Tom con el helicóptero ahora repostado.

Observó a Tom aterrizar el helicóptero y luego, dejando las hélices girando, Tom bajó cuidadosamente, agachó la cabeza y se acercó a saludarle.

—Tengo malas noticias —dijo Tom.

—¿Y ahora qué?

—Ha vuelto a llamar.

Sam supo al instante a quién se refería Tom, y se esforzó por no mostrar su preocupación, mientras preguntaba—: ¿Qué ha dicho?

—No están intentando bucear en el Lago Soledad como esperábamos que hicieran —a pesar de las buenas noticias, el rostro de Tom mostraba que su preocupación estaba justificada—. En cambio, saben del antiguo túnel en el que cayeron Aliana y tú, y están excavando desde arriba para llegar a él. Según sus predicciones, abrirán una brecha dentro de ocho horas.

—De acuerdo, pues manos a la obra.

Ambos subieron al helicóptero y, mientras Tom sobrevolaba el extremo sur de las cordilleras Dolomitas, Sam divisó algo.

A primera vista, supuso que se trataba de un simple equipo de alpinismo en la Vía Ferrata. Un análisis más detenido le reveló que todos iban armados con fusiles militares de asalto.

—Ay, mierda, mira eso —dijo Sam, señalando hacia abajo.

—¿Quién carajo son?

—Debe de haber cien o más. No importa para quién trabajen, no se arriesgarán, ¿no?

—No, pero ¿para quién crees que trabajan? —preguntó Tom.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, sabemos que John Wolfgang y su equipo de mercenarios están intentando entrar en el túnel por el que cayeron Aliana y tú. Así que, si su equipo está ahí dentro, ¿quién demonios es el responsable de esos soldados?

—No tengo ni idea, y no pienso quedarme para averiguarlo.

—Quizá podamos rescatar a Aliana, pero no tendremos tiempo de sacar de allí los tesoros del Magdalena —dijo Tom—. Hay demasiados hombres de esos en la montaña.

—Todavía puede haber una manera.

—¿Cómo?

—¿Y si sacamos de allí al Magdalena volando?

—¿Es broma? —la cara de Tom mostraba su incredulidad—. ¿Quieres hacer volar un dirigible de hace 75 años que, por cierto, se estrelló cuando era nuevo, desde la montaña?

—Sí, así es.

—Y, me llamaron loco a mí.

—Bueno, ¿me vas a ayudar? —preguntó Sam.

—Por supuesto. ¿Para qué están los amigos?

*

Eran casi las seis de la tarde. Los últimos rayos del sol se abrían paso por la ladera de la montaña, detrás de Sam Reilly. Mientras preparaba rápidamente su equipo de buceo, a lo lejos podía escuchar a Tom realizando la tediosa tarea de perforar agujeros para colocar los cartuchos de dinamita.

—¿Cuánto tiempo más crees que necesitarás, Tom? —preguntó Sam por la radio.

—Estará listo para estallar en las próximas tres horas.

—Bien, sincronicemos nuestros relojes en cinco, cuatro, tres, dos, uno. Marca 15:05.

—Marca 15:05 —repitió Tom.

—Lo detonaremos a las 18:05.

—Recibido.

Justo cuando Sam estaba a punto de sumergirse, preguntó—: ¿Hasta qué punto estás seguro de que esto va a funcionar?

—He usado dinamita varias veces. Ambos lo hemos hecho, bajo el agua. Sé cómo colocarla, pero no sé a ciencia cierta lo grande que es esta cosa. Le añadí otro 25% a lo que habías calculado. Dímelo tú. ¿Qué tan precisos son tus cálculos sobre la roca?

Sam conectó los últimos accesorios de su regulador y luego dijo—: Vale, no añadas más que eso. No queremos volar el resto de la montaña. El gobierno italiano se va a enfadar muchísimo cuando se entere de que hemos volado parte de su montaña sin autorización.

Entonces, Sam se sumergió bajo el agua y empezó a descender hasta los nueve metros, la profundidad a la que había salido nadando del túnel submarino ocho horas antes. El túnel era estrecho, y luchó con su bolsa subacuática, que llevaba el equipo esencial para que su plan funcionara.

Cuando finalmente llegó al otro lado de la pared rocosa, se asombró de haber conseguido pasar por allí sin utilizar ningún equipo de buceo. El desafío lo había llevado al borde de la vida y la muerte.

—¿Todavía puedes oírme, Tom?

No hubo respuesta.

Como Sam esperaba, la sólida pared de roca impedía cualquier forma de comunicación electrónica. Con suerte, la próxima vez que se pusiera en contacto con Tom, la dinamita ya habría hecho efecto y estarían en camino hacia la libertad.

Claro, si es que funcionaba.

Si no funcionaba, no tenía ni idea de cuál sería su siguiente paso.

Sam movió lentamente las aletas mientras se abría paso por el enorme túnel. Era un largo camino, pero como la mayoría de los viajes, parecía una distancia mucho más corta ahora que tenía su equipo de buceo y podía respirar.

A lo lejos, el resplandor verde que nunca olvidaría iluminaba el lago subterráneo en el que estaba atrapado el Magdalena.

Su corazón se aceleró al pensar en la posibilidad de volver a ver a Aliana.

Cuando su cabeza rompió la superficie del lago, Sam pudo ver su rostro. Tenía lágrimas en los ojos.

—¡Lo lograste! —dijo Aliana, mientras corría hacia él y rodeaba su cuerpo húmedo con los brazos—. ¡Y has vuelto por mí! ¿De verdad todo va a salir bien?

Sam la besó. Fue un beso apasionado, pero terminó antes de lo que le habría gustado.

—Claro que sí. Pero vamos a tener que darnos prisa. No tenemos mucho tiempo —dijo Sam.

—¿Por qué? ¿qué ha pasado?

—Te lo explicaré en el camino, pero antes… —dijo Sam, mirando su reloj, que mostraba que ya eran las 17:10—, tenemos algunas cosas que hacer.

Capítulo XXVI

John Wolfgang trepó por la roca del interior del túnel. Al otro lado había varias luciérnagas, un túnel más pequeño y la orilla de un arroyo submarino. En el extremo más cercano a él, John observó un perno de acero en la pared de piedra caliza. Su aspecto sugería que algo había sido atado a él anteriormente.

¿Había una barca amarrada aquí?

John se metió en el agua, seguido por Brent y los demás mercenarios.

Hacía frío, y el agua se hacía profunda rápidamente. Tras el tercer o cuarto paso, ya no pudo mantenerse en pie y empezó a nadar. Nadaba más lento que los mercenarios, pero su necesidad de llegar el primero lo mantenía concentrado.

John sintió que se acercaba.

Miró su reloj.

Marcaba las 18:00.

Más adelante, escuchó a un hombre y a una mujer que hablaban rápido y con urgencia. Su equipo se acercaba. Eso lo impulsó a nadar más deprisa por el túnel.

Entonces oyó lo que pareció un intenso trueno.

Brent lo miró y dijo—: Eso fue un derrumbe o alguien que acaba de usar dinamita.

*

Sam observó las grandes burbujas de aire bajo el Magdalena subiendo a la superficie. Aliana lo había mirado como si estuviera loco cuando le dijo que tenía que colocar dinamita. Después de 75 años, haría falta mucho trabajo para liberar al Magdalena del fango, o como mínimo, meses de excavación, y estaba claro que no había tiempo para eso.

Observó con satisfacción hacia abajo en la caseta del piloto, donde el limo calcáreo del fondo, por debajo de la góndola primaria que había permanecido firmemente bloqueada, empezaba a burbujear como un caldero en ebullición.

Continuó durante un par de minutos, y entonces estalló una segunda carga de dinamita, enviando otra ola de vibraciones hacia la superficie.

—¿Hasta qué punto estás seguro de que no nos harás volar en pedazos a nosotros y al Magdalena? —preguntó Aliana.

Sam la miró con una sonrisa que mostraba confianza en sí mismo, mientras recordaba todos los naufragios que había conseguido sacar a la superficie del fondo marino a lo largo de los años. —Tengo una idea

bastante clara de lo que estoy haciendo.

—¿Cuántos de aquellos pecios contenían un virus tan letal que cualquier daño en su contenedor podría ser una amenaza para la existencia de la raza humana en este planeta? —preguntó Aliana.

—Tuve cuidado. No te preocupes —le aseguró Sam.

El virus, dentro de su contenedor, había sido trasladado con cuidado a la góndola del piloto, que se encontraba más arriba, hacia la parte delantera de la cubierta, para mantenerlo seco una vez que el Magdalena volviera a flotar libremente en el agua.

Justo en ese instante, una gran ola de agua se precipitó hacia ellos.

En medio del lago, Sam sintió que el dirigible se liberaba del fango y, por primera vez en 75 años, volvía a flotar libremente, aunque esta vez en el agua y no en el aire.

Tiró de los dos aceleradores de las hélices principales.

Los motores gemelos Daimler-Benz de la parte trasera del Magdalena rugieron y cobraron vida, permitiendo que el combustible aumentara su caudal para los dos motores de la parte trasera del Magdalena, que había conseguido poner en marcha de nuevo.

Al girar su enorme timón, Sam pudo sentirlo moviéndose con dificultad en el agua. Aceleró y el dirigible empezó a avanzar, muy despacio.

Tom abrirá de par en par la entrada del túnel en cualquier momento, pensó Sam.

Y entonces el sonido de la explosión resonó en la enorme caverna. Lo primero que pensó fue que la dinamita había explotado, pero el sonido no era lo bastante potente.

¿Quizá no fue suficiente para reventar la abertura?

Entonces Sam se dio cuenta de dónde se había originado el sonido.

Detrás de él, vio a unos hombres vestidos con trajes militares negros que se acercaban rápidamente. Cada hombre, por turnos, apuntó cuidadosamente y disparó contra el Magdalena.

*

Fuera del túnel, Tom pudo oír el sonido lejano de un tiroteo.

Tardó un segundo en darse cuenta de que no le disparaban a él. En la orilla opuesta del lago pudo ver las chispas delatoras de los disparos; las trazadoras iluminaban el lago. Sabía que estaban en camino, pero lo que no podía entender era cómo habían conseguido llegar tan rápido.

Entonces se dio cuenta de que los disparos eran devueltos desde el otro lado.

¿Cuánta puta gente hay buscando esta maldita nave?

Cuando Tom escuchó el sonido de los disparos, supuso que eran los mercenarios de Blake Simmonds los que le atacaban. Pero ahora veía que disparaban contra otra persona, pero ¿quién podía ser?

El sonido de los disparos se acercaba.

Si quería bajar de la montaña a tiempo para atraer la atención de sus atacantes y alejarlos del lago para que Sam pudiera escapar, Tom iba a tener que darse prisa en hacer estallar la dinamita.

No se permitió preocuparse ni distraerse por posibles problemas que estaban fuera de su alcance, y siguió tendiendo las últimas líneas de mecha de la dinamita.

Cada una de las líneas discurría hasta una ubicación central donde se conectaban a un router inalámbrico, lo que le permitía activar la carga desde el aire.

A lo lejos, se dio cuenta de que las primeras balas trazadoras se acercaban al borde de la zona donde descansaba su helicóptero.

Se alegró de que Sam hubiera sugerido poner las cargas adicionales y la línea de combustible de aviación, y sólo esperaba que el transmisor funcionara correctamente cuando lo necesitara.

*

Blake Simmonds siguió avanzando hacia el Lago Soledad con su equipo de mercenarios.

Tras aceptar que John Wolfgang había traicionado a su jefe, Blake supo que su única opción era ayudar a Sam Reilly a escapar, para así tener la oportunidad de robar el virus una vez que estuvieran fuera de la montaña. Desde luego, no quedaba tiempo para llegar a la cima e intentar seguir al equipo de John por los túneles.

La única esperanza de Blake era que, avisando a Tom Bower de la amenaza, éste volviera e intentase encontrar una forma de sacar a Sam de la maldita montaña. Una vez que Sam Reilly estuviera libre por fin, Blake podría acabar de una vez por todas tanto con Sam como con Tom, y luego robar el virus.

Al principio, cuando Blake y su equipo llegaron al Lago Soledad, le preocupó que Tom no hubiera mordido el anzuelo. Se sintió aliviado cuando vio el helicóptero. Detrás de él había restos de miles de toneladas de escombros rocosos que parecían tener origen en un deslave de tierra que debió de producirse muchas décadas atrás.

Ahí debe ser el punto en el que intentará sacar a Sam Reilly.

Su alivio duró muy poco, ya que Michael, el líder de su equipo de mercenarios, le informó que habían visto a un equipo de SEAL de la Marina acercándose rápidamente al helicóptero.

¿De dónde carajos han salido?

—¿Quieres que nos quedemos ocultos? —preguntó Michael, sacándolo de su pensamiento y volviendo a centrarse en el asunto apremiante.

—No, quiero que intervengas y te asegures de que no impidan que el hombre del helicóptero vuele la montaña en pedazos.

—Entendido.

*

Tom encendió el interruptor detonador inalámbrico.

La luz verde parpadeó brevemente y luego cambió a un símbolo azul, lo que indicaba que la conexión inalámbrica no llegaba al helicóptero.

Deslizó el interruptor de encendido al máximo.

Se agotaría la energía rápidamente, pero tendría un mayor alcance para la conexión inalámbrica.

La luz de conectividad seguía fija en el color azul.

Detrás de él, observó que había tantas balas volando por el aire, que podría haber jurado que estaba presenciando la aurora boreal. Para colmo, esta aurora boreal simulada seguía acercándose a él sin parar.

Su siguiente decisión era sencilla: despegar y escapar ahora, o detonar los explosivos de la montaña mientras aún estaba en tierra, y luego arriesgarse a despegar en medio de la confusión. En realidad, cualquiera de las dos opciones los dejaba a él y a su mejor amigo en una posición letal.

Inmediatamente supo que ninguna era una buena opción.

Puso el interruptor principal en «on» e inició la rotación de las hélices del helicóptero.

*

Sam Reilly no podía creer lo oportunos que eran.

Si Tom hubiera volado la pared de roca un minuto antes, habrían estado demasiado adentro del túnel, y fuera del lago, para ser atacados. En cambio, John Wolfgang y su equipo ahora estaban apostados en las orillas más alejadas apuntándole.

Tiró de cada acelerador al máximo.

A pesar de que el túnel al final del lago seguía lleno de agua, Sam se dirigió hacia la entrada. Sabía que Tom no le fallaría.

El espléndido color rojo de las balas las hacía parecer estrellas fugaces en la oscura caverna.

Detrás de él, pudo escuchar una docena o más de disparos hacia la parte trasera de la cubierta del Magdalena.

Redujo la potencia de su hélice de babor y luego aumentó la de la de estribor, haciendo que el dirigible girara lentamente sobre su eje hacia babor. Al hacerlo, situó la parte trasera del Magdalena más cerca de los disparos enemigos.

Sam miró a Aliana, cuya concentración en su tarea no había flaqueado ni un segundo, a pesar de los disparos, y le dijo:

—Oye, ¿te resulta familiar esta historia?

—Por supuesto. Esperemos que esta vez tenga un final diferente.

Sam sintió que el mundo se estremecía bajo él.

El agua empezó a avanzar hacia la abertura del túnel.

Aliana señaló el techo del túnel, que seguía a sólo un par de metros por encima de la línea de flotación, retrocediendo rápidamente, y dijo —: No vamos a lograrlo.

—Ten fe, cariño. Este túnel está muy por encima del Lago Soledad. Si Tom ha logrado volar la entrada del túnel, toda esta agua desaparecerá rápidamente.

—Claro, pero ¿no nos arrastrará la succión de todas formas si no nos abre paso?

—Puede ser… —respondió Sam. Era la mejor respuesta que se le ocurrió dadas las circunstancias.

Detrás de ellos, se oían más balas que golpeaban la cubierta del Magdalena.

Sam puso ambas hélices en marcha atrás al máximo, pero tuvo poco efecto sobre la fuerte succión de la corriente, que seguía arrastrándolos hacia delante, donde el agua retrocedía hacia la entrada del túnel.

Sam rodeó a Aliana con sus brazos.

Estaba bastante seguro de que el morro del Magdalena iba a chocar contra el techo del túnel y a romperlo en mil pedazos.

Cuando el Magdalena estaba a punto de chocar con el techo del túnel, el lago, ahora casi completamente vacío, pareció caerse repentinamente debajo de ellos.

Se sintió como si el Magdalena se hundiera.

En realidad, seguía flotando en el agua dentro del túnel que desaparecía debajo de ellos.

Sam se despidió de sus adversarios mientras Aliana, el Magdalena y él desaparecían bajo la superficie del lago, ahora vacío.

Capítulo XXVII

John Wolfgang observó con asombro cómo el nivel del agua retrocedía de repente, y el Magdalena flotaba hacia abajo y salía por el túnel, como si fuera un barco de juguete en una bañera después de quitar el tapón del desagüe.

En el proceso, tres de sus hombres fueron arrastrados y supuso que se habrían ahogado en las rápidas aguas bravas.

No sabía si alegrarse de saber que su hija había sobrevivido o aterrorizarse por el probable resultado de aquel suceso.

Tras fracasar en su intento de capturar al Magdalena, John se volvió hacia los dos hombres restantes de su equipo de élite, a los que había enviado su jefe.

—El comprador se va a enfadar muchísimo por que los hayamos perdido —dijo John, mientras se acercaba a los dos mercenarios.

—¿Quién se iba a imaginar que alguien tiraría de un cable y todo el lago desaparecería, llevándoselos con él? —respondió el primer hombre.

—Sí, ha sido bastante inesperado —respondió John mientras sacaba su pistola Luger y disparaba a cada uno de ellos en la cabeza... matándolos a sangre fría.

Dadas las circunstancias, se volvió imperativo que John mantuviera su lealtad con el otro bando. No sintió ningún remordimiento por hacer lo que creyó necesario.

Contento de haber tenido la previsión de dejar varios radiotransmisores por el camino, John sacó su radio y se puso en contacto con el comandante de los SEAL de la Marina.

—¿Ryan Walker?

—Sí John, adelante —respondió el comandante de los SEAL de la Marina a cargo de la operación en el Lago Soledad.

—Han escapado por este extremo. Saldrán a la superficie en algún lugar del lago en cualquier momento.

—Entendido —respondió Ryan—. Tenemos dos objetivos. Uno parece ser un grupo de cincuenta o más mercenarios, bastante bien armados, y el otro es un sólo helicóptero, el mismo que utilizaron nuestros sospechosos cuando se sumergieron aquí hace unos días.

—Entendido. Mantente firme, pero no pierdas de vista al helicóptero. Si tienes que elegir entre los dos, sigue al helicóptero.

—Recibido. ¿Lo derribamos?

—No, tienen el virus. Debe permanecer intacto. ¿Comprendes lo importante que es que el virus no resulte dañado?

—Sí, nos han ordenado protegerlo.

—Vuelvo a la superficie, pero voy a necesitar que me lleven desde

la cima de la montaña.

—Enviaremos a alguien —hubo una ligera pausa, y entonces el comandante de los SEAL dijo—: Las hélices del helicóptero acaban de empezar a girar.

—¡Ni se te ocurra perderlo, carajo! —gritó John en su transmisor.

*

Tom tuvo el tiempo justo de cerrar la puerta del helicóptero antes de elevarlo y despegar. A su derecha, a unos cien metros de distancia, vio por el rabillo del ojo varias balas que volaban hacia él. Instintivamente, giró la cola del helicóptero, lo que le dio una protección mínima.

Luego inclinó las hélices y se acercó al borde de la montaña. Si conseguía salir de ella, sería libre.

Los ojos de Tom escrutaron el horizonte y alivió al ver que no había ningún otro pájaro en el cielo. Aun si hubiera otro helicóptero en tierra, sabía que tardarían demasiado en ponerse en marcha y atraparlo.

Escuchó tres balas que rozaron inofensivamente el costado de la cola, y luego se dejó caer por el siguiente acantilado y descendió hacia el valle.

Aumentó la velocidad a medida que perdía altura y, en treinta segundos, sintió que había escapado sano y salvo.

Ahora depende de Sam...

Detrás de él, Tom vio que los dos Halcones Negros se acercaban rápidamente.

Ah, ¡mierda! ¡Será un poco más difícil huir de ellos!

Todavía tenía la ventaja de la altitud sobre sus enemigos, pero ellos tenían naves de combate y él sólo disponía de un helicóptero de turismo desarmado y sin potencia.

Su única opción era perderlos y deshacerse del helicóptero antes de que le dispararan desde el cielo.

Tom utilizó la velocidad que había adquirido con la inmersión para maniobrar alrededor de una montaña y buscar un lago, o algún lugar donde pudiera saltar con seguridad del helicóptero. Al rodear el estrecho pico, vio exactamente lo que supuso que había visto Peter Greenstein: montañas escarpadas, pinos mortales y ninguna superficie plana por ninguna parte.

Siguió volando tan rápido como pudo, pero el Robinson 44 simplemente no era capaz de aventajar a los potentes Halcones Negros.

Detrás de él, Tom pudo ver que los dos Halcones Negros habían aminorado la marcha y le seguían atentamente.

Siguió observando varias balas pasando por delante de ambas ventanillas.

Estaba a menos de treinta centímetros de su cabina.

Ningún piloto fallaría un tiro tan de cerca tantas veces, y menos por casualidad.

—Robinson 44, aquí el Halcones Negros estadounidense en tu cola. Por la presente se te ordena que aterrices inmediatamente o serás reducido —Tom oyó la voz casual de un estadounidense relajado, procedente de algún estado del sur. Por un segundo, imaginó que tal vez podría asociar esa voz a algún rostro.

— Halcones Negros estadounidense en mi cola, ¿te importaría decirme qué jurisdicción tienes sobre un helicóptero turístico privado en Italia?

—Estamos aquí con permiso del gobierno italiano, en una misión coordinada antiterrorista.

—Recibido. Entonces, ¿podrías explicarme tus razones para disparar contra una nave civil? —preguntó Tom.

—Tenemos razones para creer que estás en posesión de algunos artefactos del Magdalena. Por favor, gira 110 grados y sígueme hasta un punto de aterrizaje.

—Entendido —Tom sabía cuándo se acababa el juego. No había forma de superar en habilidad a uno, y mucho menos a dos Halcones Negros, e incluso intentarlo causaría que lo derribaran innecesariamente. Había sobrevivido a un accidente de helicóptero, pero no creía que pudiera sobrevivir a dos.

Diez minutos después aterrizó su helicóptero en una base militar italiana.

Dejó que las hélices frenaran con naturalidad y luego esperó a que llegaran los miembros de los SEAL.

Para cuando las hélices habían parado hasta el punto en que le sería imposible despegar instantáneamente, varios SEAL de la Marina llegaron y lo sacaron del helicóptero. Observó, perplejo, mientras el equipo altamente entrenado desmontaba el helicóptero en su intento de encontrar algo.

Un hombre corpulento, con el pelo corto y pelirrojo, y una sonrisa que decía: *Te voy a joder* —acercó a él y le dijo—: Bien, ¿dónde está?

—¿Dónde está qué?

El hombre lo miró, mostrando tanto curiosidad como placer en sus ojos antes vacíos, y dijo:

—Tom Bower, ¿qué carajo haces metido en todo esto?

*

Blake Simmonds había visto despegar el helicóptero y, de todas las personas que seguían en tierra, sólo él sabía a ciencia cierta que no transportaba el virus. Creía que el riesgo que había corrido con Tom Bower había valido la pena. Bower había hecho justo lo que necesitaba que hiciera. Estaba seguro de que Sam Reilly no tardaría en

aparecer por aquel túnel en la ladera de la montaña.

—Por fin ha despegado el helicóptero, señor —fue el jefe de su equipo, Mark Osborne, quien preguntó entonces—: ¿Tenemos un objetivo secundario?

—Sí. El agujero que causó la explosión es por donde va a salir nuestro objetivo. Estoy seguro —dijo Blake.

—¿Nadando, señor?

—No tengo ni idea. Sé que no tiene ningún equipo de buceo. Puede que tenga una balsa, pero nada más. La prioridad es tomar el control de ese lado de la montaña, para que podamos asegurar la entrada abertura antes de que salga.

—Entendido.

Blake observó a Mark dar una serie de órdenes rápidas a los demás hombres de su equipo.

Alrededor del Lago Soledad, el tiroteo entre los SEAL de la Marina y el equipo de mercenarios de Blake continuó durante la noche.

*

John Wolfgang abordó el Halcón Negro que volaba a pocos metros de la cima de la montaña.

No perdió el tiempo.

Lo que pasara en la siguiente hora cambiaría su vida y, lo que es más importante, la de Aliana.

Un brazo musculoso vestido de militar le pasó un teléfono satelital.

—Es el comandante en el campo —dijo el soldado—. Quiere hablar con usted, señor.

John tomó cogió el teléfono y dijo:

—Hola, habla John Wolfgang.

—Soy el comandante de los SEAL, Ryan Walker —dijo con eficiencia militar—. Tenemos un problema.

—Adelante.

—Hemos obligado al helicóptero a aterrizar, pero no estaba a bordo.

—¡Mierda! ¿Y el Magdalena? —preguntó John, rápidamente.

—¿Qué hay de él? Nos dijeron que estaba atrapado en algún lugar dentro de la montaña.

—Sí, pues creo que Sam Reilly acaba de rescatarlo.

—¿Y cree que va a sacarlo por el agujero en la ladera de la montaña? —preguntó el comandante Walker.

—Por supuesto. Si fuera usted, ésa sería mi prioridad.

—Recibido —dijo Walker—. Sólo hay un problema…

—¿Cuál?

—Hay un segundo ejército mercenario intentando asegurar el Lago Soledad.

—¡Dios! Su equipo debe de tomar el control. Me avisaron que lo

había asegurado hoy mismo —le dijo John.

—Lo hicimos, y lo mantendremos seguro, pero nos superan en número, y el ejército desconocido parece estar muy interesado en llegar a la entrada del túnel.

—No me importa lo que haga, ni cómo lo haga, sólo asegúrese de que nadie abandone al Magdalena.

—Entendido. Nadie va a salir de este lago.

*

Blake Simmonds siguió a su equipo mientras intentaban tomar el control de la región del lago donde se encontraba el túnel, hacia el extremo este. Hacía tiempo que había superado la edad en la que creía que necesitaría utilizar su formación como agente militar, pero dadas las circunstancias, lo que estaba en juego era demasiado valioso como para depender por completo de la formación y la experiencia de terceros.

Ya había aceptado que John Wolfgang había cambiado de bando, pero no tenía ni idea de a cuál. Sin importar quiénes fueran, disponían de una fuerza armamentística considerable y de un equipo profesional que sabía lo que hacía.

Blake había observado a los dos Halcones Negros persiguiendo al Robinson 44, y esperaba que hubieran captado la treta y, en consecuencia, le hubieran dado mucho más espacio y tiempo para capturar el tesoro más valioso del Magdalena.

Cuando sus hombres se acercaron a la orilla este del lago, la fuerza de las armas de fuego aumentó drásticamente.

Disparos color rojo ahora recorrían la orilla del lago.

Entonces, es obvio que también saben que Sam Reilly va a salir de ese túnel.

Por lo que pudo ver, toda la fuerza de las armas procedía de un punto elevado del lado norte del túnel. Podrían llegar al túnel si seguían avanzando, pero para capturar a Sam Reilly, sus hombres primero tendrían que acabar con el enemigo del otro lado del túnel.

Presionó mucho a sus hombres y les ofreció medio millón de dólares más a cada uno si tenían éxito.

Era suficiente incentivo para llevar a sus hombres a jugarse la vida, literalmente.

De repente, una bala pasó volando junto a su cabeza, librándolo por sólo un par de centímetros.

Mierda, estuvo cerca. ¿Pero de dónde salió?

No procedía del norte, había sido disparada desde el sur.

Fuera quien fuera el equipo enemigo, había rodeado el lago para acercarse a él por detrás. Sus hombres estaban siendo flanqueados por un fuego enemigo constante desde una posición fija en el norte, así como por varios atacantes más desde el sur, que ahora tiraban a

matar. Al oeste, el Lago Soledad no ofrecía prácticamente ninguna protección y al este, la piedra caliza vertical que formaba la gigantesca cordillera los tenía atrapados.

Era una típica estrategia militar para flanquear al enemigo y así dividir sus fuerzas. Blake sólo esperaba haber traído suficientes hombres para superar aquella artimaña.

En el transcurso de los siguientes quince minutos, determinó que sus hombres superaban en número a sus enemigos, pero éstos tenían un poder armamentístico superior y se habían atrincherado antes. No estaba seguro, pero al norte parecía haber tres tiradores con grandes ametralladoras montadas.

Su equipo de 72 hombres superaba ampliamente en número al enemigo, que, por lo que podía ver, tenía alrededor de doce hombres, pero eso sería irrelevante si no era capaz de tomar el control de aquellas ametralladoras.

—Sr. Osborne, tome a sus mejores hombres y vea si puede acabar con esos tiradores del norte —ordenó Blake Simmonds.

—Entendido.

Luego observó a Osborne y diez de sus mejores soldados trepar por los escombros que había sobre la entrada del túnel en un intento de alcanzar a los tiradores.

Debajo de ellos, el agua corría a toda velocidad por la abertura del túnel y desembocaba en el lago. La turbulencia desgarraba los lados del túnel arrancando grandes trozos de piedra caliza de las paredes.

Cualquiera que tuviera la desgracia de caer en aquella vorágine furiosa estaría muerto antes incluso de saber lo que había ocurrido.

Blake los siguió con la mirada durante un par de minutos hasta que desaparecieron de su vista.

La multitud de balas seguía atravesando el aire. Era difícil saber si su equipo iba ganando o perdiendo, y no tenía ni idea de si los hombres que había enviado para destruir a los tiradores seguían vivos.

Entonces, oyó explotar las granadas.

Las explosiones procedían del norte del túnel, y toda la zona se iluminó como si fuera pleno día. Los pinos de alrededor se incendiaron. Escuchó fuertes gritos de dolor, pero no sabía de quién.

Las ametralladoras callaron.

¿Sus hombres habían tenido éxito?

Ahora controlaban el lago y podrían mantener fácilmente la delantera.

El agua que fluía rápidamente por el túnel se había asentado, pues el nivel en el interior del túnel y del lago habían alcanzado por fin un equilibrio.

Entonces, desde la enorme abertura del túnel, apareció el inconfundible sonido de unas grandes hélices girando.

Blake Simmonds contempló atónito la pesadilla del pasado de su padre.

Delante de él, pudo verlo en su perversa gloria: ¡El Magdalena!

Sus hélices gigantes lo condujeron de forma inexorable hacia la entrada del lago.

—Prepárense, soldados; no lo dejen escapar —advirtió Blake.

Más de treinta de sus hombres apuntaron a las hélices, dispuestos a detenerlo.

No tuvieron ni la oportunidad de apretar el gatillo.

El suelo tembló violentamente cuando otra serie de explosiones detonó bajo sus pies.

Blake observó toda la orilla sur del lago estallar en llamas, como si alguien hubiera vertido combustible de aviación sobre la superficie del lago y hubiera arrojado un cerillo encendido.

La explosión de calor que siguió fue tan intensa que los que no fueron calcinados al instante, se sumergieron en el lago tratando de escapar de la conflagración.

¿Les había tendido una trampa el misterioso equipo militar?

Blake Simmonds no podía responder a su propia pregunta mientras vadeaba las gélidas aguas del lago. Lo único que sabía, mientras observaba a su equipo profesional intentando salvar la vida, era que en el momento en el que pensó haber alcanzado el objetivo de toda su vida como se lo prometió a su padre, lo había perdido todo.

Sin ninguna otra alternativa o solución, una vez que llegó al borde oeste del lago, simplemente se alejó del caos, libre por fin de la corrupción.

Al fondo, el Magdalena navegaba tranquilamente en las aguas nocturnas del Lago Soledad, sin ningún obstáculo.

*

Sam Reilly se sentía como en casa mientras sus manos dirigían hábilmente la gigantesca nave. No había tardado mucho en acostumbrarse a los controles. Salió por la abertura del túnel y navegó tranquilamente hacia el lago.

A su lado, Aliana tenía el quemador al máximo, que expulsaba enormes volúmenes de aire caliente hacia la cubierta del Magdalena.

Sam sentía cómo el morro se elevaba cada vez más saliendo del lago a medida que el Magdalena avanzaba lentamente hacia el centro. No estaba muy seguro de haber hecho los cálculos correctos sobre la cantidad de aire caliente que se necesitaba dentro de la cubierta, y se preguntaba si sería posible hacer que el Magdalena despegara.

Entonces, como Peter Pan, el Magdalena empezó a elevarse fuera del agua y a flotar suavemente hacia el cielo.

Capítulo XXVIII

El Magdalena voló durante la noche.

Sam Reilly estaba casi convencido de que habían conseguido lo imposible. La enorme cabina flotaba lentamente por el cielo nocturno como una nube negra de lluvia. Había pilotado muchos aviones diferentes en su vida, pero el Magdalena era uno de los más mágicos. Como niño que soñaba con volar algún día, el Magdalena parecía pertenecer al cielo. Una parte de Sam deseaba haber estado allí cuando los vuelos en dirigible eran mucho más comunes.

Vio cómo aquella hermosa chica, que estaba medio dormida a su lado, empezaba a inquietarse. Deslizó suavemente la mano hacia delante y tomó la de ella.

—Buenos días —murmuró suavemente mientras ella le sonreía.

—¿Seguimos vivos? —preguntó Aliana, sorprendida.

—Hasta ahora sí. Aún no he encontrado un lugar seguro para aterrizar. No hemos avanzado mucho, quizá unos 65 kilómetros.

—¿Y ahora qué sigue?

—No estoy seguro, Aliana. Tú eres la microbióloga. ¿Qué vamos a hacer con este virus asqueroso?

—Sabes que hay que destruirlo, ¿verdad?

—Así es. Pero cuando aterricemos, no dejarán que salga de aquí.

—Entonces debemos destruirlo antes de aterrizar.

—Ya ha muerto mucha gente intentando conseguir esta arma —dijo Sam—. ¿Cómo la destruimos antes de que la utilicen para destruir a la humanidad?

—El quemador. Eso es lo que vamos a utilizar. Tenemos que quemar todo el recipiente, para que, al derretirse, el virus no tenga oportunidad de escapar.

—¿No puede escapar mientras abrimos el contenedor?

—No, mientras permanezca dentro del quemador, el virus morirá al instante. Lo más probable es que el calor lo mate antes de que se derrita su contenedor.

—Pues hagámoslo.

Sam tomó la maleta metálica, la miró una vez más y preguntó—: ¿Estás completamente segura de que va a funcionar?

—Sí, lo estoy.

Sam arrojó entonces la maleta directamente a la llamarada azul.

La reluciente caja metálica tardó unos minutos en pasar de brillante a rojo ardiente, antes de prenderse súbitamente. Lo que había en los frascos de cristal burbujeó al verse afectado por el calor. En poco tiempo, el temido contenido de la maleta quedó finalmente destruido.

—¿Entonces ya está? —preguntó Sam.

—Sí, por fin —respondió Aliana.

La tomó en brazos y la abrazó mientras ambos suspiraban aliviados. Detrás de sí, Sam escuchó un sonido inconfundible que ya había oído muchas veces. Ni siquiera tuvo que girar la cabeza para saber que al Magdalena lo seguían dos Halcones Negros.

Sólo deseaba saber quién los pilotaba.

*

Sam oyó la voz de un estadounidense, que salía por un altavoz, y agarró con fuerza el timón del Magdalena, esperando que pudiera ayudarle a encontrar una ruta de escape. Por muy avanzado que fuera cuando se construyó, el Magdalena llevaba más de 75 años de retraso en lo que se refería a su ingeniería y ciertamente era incapaz de reproducir la velocidad y agilidad de los aviones modernos.

—Sam Reilly, soy el teniente comandante Ryan a bordo del Halcón Negro de la Marina de los Estados Unidos solicitando que aterrice el Magdalena inmediatamente.

Sam no tenía medios para comunicarse con el teniente por radio, así que le entregó el timón a Aliana y salió a la cubierta exterior.

A su lado estaba el Halcón Negro, que supuso que era el que le había ordenado aterrizar.

Agitó los brazos y luego señaló las montañas y los pinos de abajo, como diciendo *¿Dónde carajo quieres que aterrice?*

—Sam Reilly, siga al Halcón Negro que tiene delante. Le llevará al lugar de aterrizaje más cercano.

Volvió a agitar los brazos para indicar que lo haría.

Tardaron más de seis horas en llegar al lugar de aterrizaje. Sam concluyó que, puesto que no los habían derribado sin más, era evidente que el gobierno estadounidense quería algo de ellos.

Finalmente, Sam vio una zona llana cubierta de hierba.

—Bien, Aliana, yo me encargo a partir de ahora.

—Todo tuyo —dijo Aliana, aliviada de cederle el mando a Sam.

Sam volvió a tomar el timón. Se sentía bien. Tras un par de ligeros movimientos con los brazos, volvió a tener el control del Magdalena.

A su lado, Aliana redujo la válvula de acetileno hasta que la llama del quemador se extinguió casi por completo.

—De acuerdo, tira de la palanca de exceso de presión —dijo Sam —. Recuerda, en incrementos cortos; no queremos estrellarnos contra el suelo.

Siguiendo las instrucciones de Sam, Aliana tiró suavemente de la palanca de exceso de presión.

Arriba, podían oír el sonido del aire caliente que se desprendía de la cubierta.

No hubo ningún cambio en el su vuelo.

—Vale, tira un poco más —le indicó Sam.

Después del quinto impulso, el Magdalena empezó a perder altitud, muy ligeramente.

—Bien, aumentemos la llama, sólo un poco. El suelo se acerca demasiado rápido para mi gusto.

Había muy poco viento.

Sam habría agradecido un poco de viento en contra para ayudar a estabilizar la nave, pero era mejor que no lo hubiera.

Entre los dos siguieron ajustando la llama del quemador, la liberación de la válvula y la velocidad de los motores, hasta que el Magdalena finalmente tocó tierra sobre el campo cubierto de hierba.

—¡*Touchdown*! —exclamó Sam.

Aliana tiró entonces de la válvula de liberación del exceso de gas, de modo que la cubierta liberó todo su aire caliente y las tres góndolas del Magdalena, ahora vacías, se posaron en el suelo con todo su peso.

*

Inmediatamente después del aterrizaje, varios SEAL de la Marina irrumpieron en la góndola del piloto.

—¿Sam Reilly? —preguntó el joven con camuflaje militar. Con el dedo del soldado apoyado justo encima del gatillo de su fusil de asalto, dio a Sam la impresión inmediata de un hombre que sólo quería una excusa para matar a alguien. Comprendía que el ejército necesitara gente así. Tenían cabida y, en su mayoría, podían llegar a ser excelentes soldados, pero rara vez eran lo suficientemente listos para entrar, y mucho menos para permanecer en uno de los equipos de élite de los SEAL de la Marina.

—Ese soy yo —reconoció Sam.

—Quédate donde estás y no te muevas. ¿Quién más está contigo?

—Sólo una persona, Aliana Wolfgang.

—No te muevas o les dispararé a matar —dijo el hombre con firmeza.

—Se dice «no se mueva, señor» —respondió Sam.

—¿Quién eres tú para decirme cómo dirigirme a ti? —el soldado sonaba irritado, y era lo bastante ingenuo como para no mostrar ninguna preocupación.

—Yo puedo responder a eso —declaró el líder de los SEAL—. Sam Reilly conserva el rango de Mayor en el Cuerpo de Marines de Estados Unidos, como asesor no operativo, en su función, por lo demás no especificada, lo que eso signifique.

El joven soldado parecía preocupado y empezó a justificar su falta, pero Sam lo ignoró por completo y dijo—: ¡teniente comandante Ryan! —Sam parecía genuinamente complacido: —¿Cómo estás, viejo cabrón?

—¡Sam Reilly! —Ryan esbozó una sonrisa en correspondencia con

la anchura de su enorme mano, que extendió para tomar la de Sam y estrecharla—. Nunca pensé que un día sería yo quien te sacara de un problema.

—Pero ¿cómo te has metido aquí? —preguntó Sam—. ¿Y cómo supiste de mí?

—No teníamos ni idea de que estuvieras implicado hasta que capturamos a Tom. Qué suerte que los dos hayamos trabajado juntos en Afganistán. Me habló de tus hazañas. Al principio no lo creí, pero cuando me dijo que estabas implicado, supe que tenía que ser verdad.

—¿Pero por qué estamos implicados en todo esto? —preguntó Sam, refiriéndose al ejército estadounidense.

—Seguro que sabes por qué, Sam.

—Me lo imagino, pero no tengo idea de cómo se ha enterado tu jefe de su existencia, sobre todo porque yo me enteré hace sólo dos días —Sam estaba realmente sorprendido.

—Me cuesta creerlo, Sam. Y bien, ¿dónde está? —preguntó Ryan Walker.

—¿El virus? —Sam ni siquiera se molestó en intentar engañar a su viejo amigo. Juntos habían hecho innumerables misiones a lo largo de los años.

—Sí, ¿qué otra cosa crees que le preocuparía tanto al Presidente?

—¿Qué crees que haría yo con un virus tan letal con el poder de destruir la raza humana?

Sam observó cómo los ojos de Ryan se desviaban hacia el quemador, cuyas llamas azules seguían teniendo un vibrante resplandor ámbar.

—¡Jodido cabrón con dinero! ¿Lo has quemado?

—¿Prefieres revisar el resto de la aeronave?

—No. Supongo que no tiene sentido —Ryan lo miró y dijo—: Sabes que se va a enfadar por esto, ¿no?

—¿Quién?

—El Presidente.

—Públicamente, en su sala de guerra, estoy seguro de que se mostrará enfadadísimo. Pero apuesto mi sueldo de todo un año a que se sentirá aliviado de que le hayan quitado esta decisión de las manos —Sam miró entonces a Ryan y dijo—: Así que supongo que ya está. ¿Nos vamos todos a casa?

—No, aún queda el asunto del terrorista que ha ido tras el virus.

—Creía que éramos los únicos que lo buscábamos —Sam había decidido desde el principio que cuanta menos información desvelara sobre cómo se había involucrado en el asunto, mejor.

—No, hay alguien aún más peligroso que un tonto altruista como tú, Sam. Eres libre de irte, pero tendremos que tomar prestado al Magdalena. Nuestra única salvación tras perder el virus es atrapar al

hombre que quería obtenerlo con tanto ahínco.

Luego le explicó a Sam exactamente lo que planeaban hacer.

*

John Wolfgang miró fijamente al Magdalena sobre el campo que tenía delante mientras el Halcón Negro se acercaba al lugar de aterrizaje. Los había eludido a su padre y a él durante toda su vida. Se preguntó si había valido la pena, y deseó que su padre nunca hubiera descubierto el maldito virus.

El Magdalena era mucho más pequeño de lo que había imaginado. Las afiladas líneas de su cubierta aerodinámica parecían más unas siniestras cuchillas que acababan con la vida que la hermosa aeronave que había imaginado.

Deseó que el dirigible nunca se hubiera construido.

—¿Está mi hija a bordo? —preguntó al soldado que le había saludado amablemente en el Halcón Negro, pero que ahora actuaba como su guardia. John tenía un ligero temblor en el labio superior, la única señal visible de que ya no tenía el control.

Aliana era lo único que le importaba ahora.

—Sí —respondió el soldado.

—¿Y está bien?

—Me han dicho que está bien.

—Menos mal —dijo John.

—Pronto podrá verla.

El piloto aterrizó el Halcón Negro.

—Entonces, ¿ya está? —preguntó John.

—¿Qué cosa?

—Todo. El acuerdo, el virus... ahora todo está bajo su control y espero que su gobierno lo utilice sabiamente para prevenir la guerra en lugar de como arma biológica.

—Aún no ha terminado. El teniente comandante Walker se lo explicará con más detalle. Lo está esperando y se lo explicará todo.

El soldado escoltó entonces a John hasta el Magdalena.

Un SEAL de la Marina con el pelo rojo fuego y una sonrisa confiada le estrechó la mano cuando abordó.

—¿John Wolfgang? —preguntó.

—Sí.

—Me llamo Ryan Walker —dijo, estrechando la mano de John—. Estoy al mando de toda esta operación y vengo a decirle que tenemos un problema.

—Teníamos un trato, Sr. Walker. Era bastante claro. Yo le consigo el virus y al terrorista, y usted me devuelve mi vida. ¿Acaso el gobierno de Estados Unidos no cumple sus promesas? —preguntó John.

—Estamos más que encantados de cumplir nuestra parte del trato.

—Entonces, quiero recuperar mi vida.

—Pero el virus ha sido destruido —le dijo Ryan.

Esa información hizo que John se detuviera de repente.

—Después de todos estos años, de las innumerables vidas que se ha cobrado la búsqueda del virus, sin llegar a infectar a ninguno de ellos, ¿ahora me dice que fue destruido en 1939? —preguntó John, incrédulo.

—No, fue Sam Reilly —dijo Walker.

—¿Sam Reilly lo destruyó?

—Sí

John se rio a carcajadas ante lo absurdo de la situación.

—Bueno, al menos por fin hizo algo bien.

—No le mentiré, Sr. Wolfgang. Mis superiores están bastante disgustados por la pérdida del virus. Han accedido a mantener el trato original si nos ayuda a capturar al terrorista Abdulla Azzama —le dijo Walker.

—¿Y cómo espera que lo haga? —preguntó John—. Ya sabe exactamente dónde vive. ¿Por qué no envía un dron a eliminarlo?

Ryan Walker se rio y dijo—: No es tan sencillo como se imagina. Abdulla Azzama se mueve mucho. Utilizando un dron sin tripulación, nunca podríamos estar seguros de tener al hombre correcto.

—Dígame, ¿qué quiere que haga exactamente?

Walker le contó entonces todo el plan y le preguntó—: ¿Lo hará?

*

Sam Reilly observó cómo el hombre mayor entraba en la góndola por la cubierta exterior. Reconoció al hombre como John Wolfgang, pero se dio cuenta de que su pelo rubio era ahora más bien blanco.

Aliana corrió hacia su padre y lo abrazó.

—¡Papá!

—¡Aliana! —John la abrazó con fuerza—. ¿Estás bien?

—Sí. Dime, ¿es verdad? —preguntó ella, con lágrimas en los ojos.

John no dijo nada al principio. Parecía casi demasiado avergonzado para hablar, pero finalmente dijo—: No lo entiendes. No podía hacer nada al respecto. Te amenazaron. Debes creerme, nunca fue por el dinero, lo hice todo por ti, te lo prometo. Lo siento mucho.

Le dio un beso y le dijo—: Te creo, papá —hizo una breve pausa y luego dijo—: Papá, quiero presentarte a un amigo mío. Se llama Sam Reilly.

Sam le estrechó la mano y dijo—: Encantado de conocerlo, señor. Aliana me ha hablado de muchos de sus extraordinarios logros.

—Gracias, y yo también me alegro de conocerte —John sonrió, pero sus ojos azules, intensamente inteligentes, se negaron a encontrarse con los de Sam, y añadió rápidamente—: También he oído hablar de algunos de tus logros a lo largo de los años. Tu padre, por

supuesto, es un gran hombre.

—Es verdad —Sam lo estudió más de cerca y no pudo evitar recordar el rostro del hombre que intentó matarlo mientras estaba a bordo del Second Change.

No le cabía la menor duda.

El padre de Aliana intentó matarme.

—Siento interrumpirlos aquí —dijo Ryan—pero tenemos que irnos si queremos llegar al punto de encuentro en menos de cuatro días. Aquí el tiempo lo es todo: sólo vamos a tener una oportunidad.

—Sí, claro —aceptó John.

Sam pasó las siguientes horas explicando todo lo que podía para ayudar al hombre que había intentado matarlo. Al final dijo—: Eso es. Verá que es bastante sencillo. Podrá tomar el control cuando llegue allí.

John le estrechó la mano.

Esta vez, sus ojos se encontraron con los de Sam.

—Gracias. Sé lo difícil que debe de haber sido para ti —fue la mayor admisión de culpabilidad que John concedería—. Si no lo consigo, por favor, cuida de mi pequeña. Existen pocos hombres que considero que podrían ser dignos de su cariño afecto. Creo que tú podrías ser uno de ellos.

—Lo haré, Sr. Wolfgang. Tiene mi palabra —dijo Sam, y su palabra valía más que cualquier cosa—. Buena suerte. Lo digo en serio, espero que atrape a ese cabrón.

Justo antes de que él y Aliana bajaran del Magdalena, Sam vio cómo Aliana abrazaba a su padre y le decía que lo perdonaba por todo.

Capítulo XXIX

Medio Oriente, 22 de octubre

John Wolfgang había adquirido cierto grado de confianza con los mandos del Magdalena cuando llegó a su destino. Su visión del oasis desértico era muy diferente desde el aire a la que había tenido un mes antes, ahora que estaba al mando.

Parecía como si hubiera sido hace mucho tiempo.

Alineó la nave con la pista. Le pareció extraño que necesitara una pista para aterrizar. Sam le había explicado la aeronáutica básica del dirigible antes de salir de Italia. En general, era lo bastante sencillo como para que hasta un niño pudiera mantenerlo en el aire, pero había que tener mucho cuidado para aterrizarlo con seguridad sin que se autodestruyera.

John empezó a sudar mientras iniciaba el descenso.

A fin de cuentas, era Medio Oriente, y no podía negar que llevaba dos días sofocándose con el calor. Pero, de algún modo, ahora parecía sudar aún más. No estaba seguro de qué era lo que le asustaba más, si aterrizar el Magdalena o conocer a Abdulla en persona, bajo las condiciones del terrorista. El hombre era poderoso y estaba acostumbrado a salirse con la suya. Sería muy raro que alguien lo derrotara.

John sólo esperaba que ese fuera el día.

Siguió las instrucciones y guio lentamente el dirigible hasta el suelo.

A su lado había un hombre vestido de calle. Estaba bien afeitado y tenía el pelo corto y pelirrojo. Ayudaba a manejar el sistema de flotabilidad a bordo.

El hombre lo miró con confianza y le dijo—: Puede hacerlo, Sr. Wolfgang.

—No me preocupa el aterrizaje —le dijo Wolfgang—, yo haré mi parte. Usted asegúrese de hacer la suya.

—Trato hecho —respondió el teniente comandante Ryan Walker.

John agarró el timón de caoba con tanta fuerza que el blanco de sus nudillos se hizo claramente visible.

Habían descendido a una altitud de doscientos pies.

Pronto estaría en tierra, y entonces todo habría terminado por fin, de una forma u otra. La incertidumbre era lo que más le asustaba.

—¿Cómo lo hará? —preguntó Wolfgang.

—Es mejor que no lo sepa hasta que ya esté hecho.

—¿Quiere decir que preferiría que no lo delate?

—Sí. Mire, Sr. Wolfgang. Entrenamos para esto todos los días. Durante los pocos minutos en ocurre la acción, no somos conscientes

de lo que hacemos. Sólo nos guía la memoria muscular que hemos acumulado durante años de entrenamiento en escenarios repetitivos. No tenemos ni idea de cómo responderán, pero le garantizo que mis hombres completarán con éxito esta misión —dijo Walker.

—Comprendo.

—Bien. Ahora, aterricemos esta reliquia y acabemos con esto de una vez.

*

John Wolfgang observó los tres Bentleys blindados aparcados a un lado de la pista.

—Será Abdulla, supongo —dijo.

—Esperemos que sí —respondió Walker.

—Es él. Seguro que viene hoy. Esto es demasiado importante para que lo ignore.

—Hemos seguido de cerca los movimientos de este hombre durante más de diez años. Ha tenido una recompensa de más de diez millones de dólares estadounidenses sobre su cabeza durante la mayor parte de ese tiempo. Hay que ser muy precavido para mantenerse con vida a pesar de ese tipo de vigilancia. Sus propios hombres son extremadamente protectores con él, con un fanatismo religioso. Me sorprendería mucho que viniera por su cuenta.

—¿Qué hago si sus hombres quieren que me vaya con él?

—Le sugiero que lo haga —dijo Walker.

—¿Y luego qué?

—Tendrá que convencerlo de que vuelva al Magdalena. No me importa cómo lo haga, pero es la única oportunidad que tenemos.

—¿Y si no puedo? —preguntó John.

—Ambos sabemos la respuesta a esa pregunta, ¿verdad?

John asintió con la cabeza y dijo—: Supongo que sí.

—Bien, ahora estamos a quince pies. He reducido el ritmo de descenso a diez pies por minuto. Cuento con usted para los últimos diez pies. Brett está preparado en la parte trasera de la góndola con las amarras. Estoy seguro de que los hombres de Abdulla querrán asegurarnos al suelo lo antes posible.

—Recibido.

El Magdalena se posó lentamente en el asfalto.

—Diez pies.

—Cinco pies.

A su lado, Ryan Walker lanzó tres pequeñas llamaradas para poner fin a su descenso.

John pulsó el interruptor de dirección y las hélices se pusieron en marcha atrás.

El Magdalena frenó su impulso hacia delante y hacia abajo hasta que se detuvo a medio metro del suelo, justo enfrente de los Bentleys

blindados.

Varios hombres corrieron hacia el Magdalena y tomaron las cuatro amarras, atando dos de ellas a los coches y las otras dos alrededor de grandes estacas de madera, que otros dos hombres clavaban rápidamente en el suelo arenoso.

Entonces, entre los veinte o más hombres, tiraron del Magdalena desde el cielo hasta sujetarla firmemente en el suelo.

—Bueno, allá vamos... —dijo John, dirigiéndose a la puerta de la cabina del piloto.

—Buena suerte —dijo Walker—. Saldrá bien.

John abrió la puerta de la cabina del piloto y salió a la cubierta exterior. Levantó las manos y las separó para mostrar que no llevaba armas.

Observó que ahora había más de cien hombres en tierra rodeando al Magdalena.

Todos iban armados con fusiles.

Varios hombres salieron rápidamente a su encuentro, y uno de ellos le dijo—: Nos gustaría subir a bordo y asegurarnos de que la nave es segura antes de que entre nuestro amo —el hombre hablaba en un inglés entrecortado, pero con una confianza que lo compensaba con creces.

—Entendido. Adelante. Tengo a dos de mis hombres a bordo que le mostrarán el lugar.

—Muy bien, por favor, dígales que vengan aquí también.

—De acuerdo —aceptó John—. Ryan, Brett. Vengan aquí para que puedan verlos.

Espero de verdad que esta no sea la parte en la que nos tirotean a todos hasta la muerte.

John esperaba fervientemente que el teniente comandante Walker tuviera razón cuando le dijo que el virus era demasiado valioso para que se arriesgaran a hacerle daño.

Al cabo de varios minutos, cada uno de los hombres regresó tras registrar la nave.

—Una disculpa, pero era necesario. Como usted sabe, mi amo ha sido amenazado de vez en cuando.

—No pasa nada. Lo comprendo —dijo John—. ¿Le gustaría invitar a su amo a la góndola de pasajeros? Ahí podremos discutir los preparativos finales para la transferencia del virus.

—Sí, por supuesto. Vendrá con sus guardias.

—Claro.

El hombre hizo entonces una señal a alguien que estaba cerca del coche, y un confiado Abdulla Ashama salió del vehículo y se dirigió a saludarle.

Abdulla entró en el Magdalena escoltado por cinco hombres

fuertemente armados que llevaban pasamontañas.

—Disculpe, Sr. Wolfgang. Son miembros de mi guardia personal de élite. Espero que no le ofenda su presencia.

—No, lo entiendo —respondió John—. Éste es mi copiloto, Ryan, y su ayudante, Brett.

El hombre asintió con la cabeza, pero por lo demás no hizo caso de los dos tripulantes de John.

—¿Cómo está su hija, Aliana? —preguntó Abdulla.

—Ella está bien. Y su familia, ¿cómo está?

—Bien —comentó Abdulla—. La última vez que hablamos de los otros contenidos a bordo... por favor, cuénteme, ¿qué era?

John pensó seriamente adónde quería llegar con esa pregunta. Abdulla había declarado anteriormente que le importaban poco los artefactos a bordo del Magdalena, y luego dijo—: Había más de diez millones de dólares en lingotes de oro a bordo, un diamante que aún no se ha tasado, pero que debe valer varios millones de dólares, y también había multitud de otras gemas preciosas. Su valor es totalmente irrelevante si se compara con el precio acordado por el virus y su vacuna. Al igual que la bomba atómica lanzada sobre Hiroshima, este virus puede alterar tanto la posición de las superpotencias mundiales que no tendrán más remedio que acobardarse y cumplir sus exigencias.

Abdulla se detuvo de repente.

—Por favor, perdóneme, pero no soy yo con quien debería hablar —dijo Abdulla.

Mierda, ¡lo saben!

John no tenía ni idea de cuál debía ser su siguiente movimiento ni de cómo podía siquiera avisar a los SEAL de la Marina que estaban allí.

Uno de los hombres armados, de pie detrás del rico jeque del petróleo, empezó a quitarse el pasamontañas y se adelantó.

—Alkmaar, me has servido bien. Ahora puedes ocupar tu lugar habitual —tras quitarse el pasamontañas, se reveló como el verdadero Abdulla Ashama—. Ahora deseo hablar con mi amigo el Sr. Wolfgang —dijo.

Todo había sido una treta por su parte para garantizar la seguridad de Abdulla.

—Me duele que no confiara en mí —dijo John.

—No, pero ahora veo que es un hombre de palabra —dijo el verdadero Abdulla, y luego continuó—: Sr. Wolfgang, tenía mis dudas de que fuera capaz de localizarlo, pero nunca me imaginé, ni en mis mejores sueños, que se presentaría con el mismísimo Magdalena, justo en la puerta de mi casa.

—Me alegra ver que lo he complacido, amigo mío —dijo John

respetuosamente.

—Entonces, ¿sobrevivió durante todo este tiempo?

—Sí.

—¿Puedo verlo? —preguntó Abdulla.

—Por supuesto.

John metió la mano en el compartimento que había bajo el asiento y sacó una maleta metálica.

En su base había un teclado electrónico, y John pulsó más de veinte teclas en rápida sucesión. Una luz verde parpadeó, indicando que se había introducido la secuencia correcta, y entonces la maleta se abrió automáticamente.

En medio de la maleta había tres frascos con una sustancia casi totalmente transparente.

—Para ser una sustancia tan poderosa, parecen bastante pequeños —dijo Abdulla, sin intentar ocultar su decepción.

—Son pequeños, pero no olvide que una bomba nuclear funciona sólo con partículas diminutas, subatómicas, y aun así tiene la capacidad de arrasar ciudades enteras.

—Por supuesto, por supuesto —dijo Abdulla, asintiendo con la cabeza—. ¿Y la vacuna?

John no respondió inmediatamente.

Sus manos se dirigieron al mismo lugar, bajo el asiento, y extrajeron un segundo maletín metálico. Tras repetir el mismo proceso, lo abrió para que Abdulla lo viera.

Éste albergaba una computadora portátil y un teléfono satelital. Lo encendió y en el monitor apareció la imagen de un banco de Zúrich.

—Me gustaría que transfiriera el dinero a esta cuenta. Cuando haya confirmado que se han ingresado los últimos diez mil millones de dólares, le proporcionaré el antídoto contra el virus —dijo John.

—Me parece un hombre justo. Pero ¿cómo puedo confiar en que se complete la transacción después de haberle transferido el importe a su banco?

—Bueno —dijo John, mirando por las grandes ventanas de cristal a los hombres que ahora rodeaban al Magdalena—, creo que, si no les proporciono el antídoto después de haber recibido el pago, me mataréis, probablemente después de torturarme primero. Creo que puede confiar en que cumpliré nuestro trato.

Abdulla volvió a reír. Era la carcajada de un hombre que no estaba acostumbrado a que le hablaran con tanta franqueza.

Abdulla tomó entonces su propio teléfono y empezó a hablar en árabe.

Después, volvió a mirar a John y le dijo—: De acuerdo John, se hará.

—Muy bien.

Unos tres minutos después, John vio cómo su computadora registraba la transferencia de diez mil millones de dólares. Una rápida llamada telefónica a su gestor bancario personal le aseguró que el dinero se había ingresado correctamente.

—¿Está satisfecho? —preguntó Abdulla.

—Sí, mucho.

John abrió una trampilla situada debajo de su asiento y extrajo una tercera maleta. Al abrirla, Abdulla pudo ver que la maleta contenía cien jeringuillas hipodérmicas de la vacuna, con las agujas puestas.

—Como puede ver —dijo John—, fui más prudente con la vacuna que con el virus.

—Entonces, aquí nos despedimos —dijo Abdulla—. Ha sido un placer hacer negocios con usted, Sr. Wolfgang.

Luego, se levantó mientras él y sus hombres se daban la vuelta para marcharse.

Abdulla se agarró el pecho.

Podía verse la conmoción y la consternación en sus ojos mientras asimilaba la abominable realidad de que había sido traicionado.

Abdulla bajó la mirada hacia más de cien dardos tranquilizantes que ahora atravesaban su cuerpo.

No hablaba, pero sus ojos le decían a John que Abdulla quería matarlo.

John, al igual que todos los demás en la habitación, también había sido atravesado por cientos de estos diminutos dardos tranquilizantes, y también empezaba a sentir sus efectos paralizantes.

John sintió lástima por su enemigo, que nunca podría haberse imaginado que los tres hombres de aquella habitación sacrificarían voluntariamente sus propias vidas para que él pudiera ser capturado.

John no vio venir a Abdulla arremetiendo de repente contra él con un cuchillo.

Le atravesó directamente la garganta.

John se sorprendió de no sentir dolor.

El sedante inyectado tenía un efecto calmante, y John sintió que lo invadía una sensación de paz mientras se desangraba rápidamente hasta morir, una sensación de paz que no había sentido en los últimos veinte años.

Quiso llevarse la mano a la garganta para ejercer presión sobre la herida y ralentizar la hemorragia, pero la toxina ya había hecho efecto y, a pesar de su deseo de vivir, no pudo hacer nada.

Completamente paralizado, John Wolfgang no tenía forma de detener el rápido flujo de sangre de su arteria carótida seccionada.

Ahora sí se terminó, y al menos mi hija está a salvo, fueron sus últimos pensamientos mientras lo reclamaba la muerte.

*

Sam Reilly abrió la caja fuerte secreta situada bajo el vagón de la góndola, que había descubierto la noche en que él y Aliana habían encontrado el Magdalena, y entró en la habitación donde las ocho personas yacían en silencio, sin respiración.

El arma que Ryan Walker había instalado en la aeronave había cumplido el propósito para el que había sido diseñada: desarmar a todas y cada una de las personas que se encontraban en la sala silenciosamente y sin problema.

Miró las cien jeringuillas cargadas de antídoto que había en la maleta que tenía delante.

John Wolfgang había hecho su trabajo: los antídotos estaban justo donde necesitaba que estuvieran.

Primero inyectó a Ryan y luego a Brett.

—Rápido, le dieron a John —les dijo.

Por último, se acercó para hacer lo mismo con John, pero un rápido vistazo le indicó que el hombre ya había perdido demasiada sangre.

Sin vacilar, clavó la aguja en el músculo deltoides de John, y exprimió todo el contenido de la jeringuilla.

El antídoto empezó a actuar en cuestión de segundos.

Sam podía oír el sonido de la sangre chisporroteante que salía de la boca de John Wolfgang. Había empezado a respirar de nuevo, pero Sam supuso que no sería por mucho tiempo.

—Ayúdame a sentarlo, Brett.

Sólo tardó un segundo, y el gorgoteo se aclaró por un momento mientras la sangre se deslizaba por la garganta de John.

—Lo siento, John... Nunca quise que le hicieran daño —se disculpó Sam.

Su rostro blanco y pálido le miraba sin comprender.

John ya estaba muerto.

Aliana iba a estar devastada por la noticia.

—Prepararé al Magdalena para despegar —dijo Sam.

—Bien —comentó Ryan, mientras descolgaba el teléfono satelital, se desplazaba hasta el segundo número y pulsaba «intro».

Cuando contestaron la llamada, dijo—: Necesito que elimines los tres objetivos del mapa.

*

Al otro lado del planeta, el presidente de Estados Unidos y varios ayudantes militares, permanecían en una sala segura mientras se daba la orden de descargar tres misiles guiados por computadora desde un avión no tripulado que se encontraba a noventa mil pies sobre una pista casi desierta en Medio Oriente.

Sam vio cómo los tres coches explotaban simultáneamente.

La onda expansiva producida fue casi suficiente para destruir al

Magdalena y definitivamente suficiente para herir a cada una de las personas que lo rodeaban en el suelo.

No pasaron más de unos segundos cuando sintió que el Magdalena se tambaleaba hacia delante mientras Ryan y Brett cortaban las amarras.

Empujó los aceleradores al máximo y la aeronave empezó a ganar velocidad.

Detrás de él, Sam oyó ruidos de disparos.

—¡Se están despertando! —gritó Sam.

—Estamos en ello —respondió Brett, mientras corría hacia la cubierta exterior.

Sam ajustó la configuración para que el Magdalena estuviera listo para volar a la máxima velocidad.

Entonces escuchó el ruido de las granadas que estallaban abajo.

Una vez que se calmaron las explosiones, cesó el ruido de los disparos.

Sam fijó un rumbo y navegó con el Magdalena rumbo a casa.

Capítulo XXX

Sam llamó a la puerta del ático de su padre en Boston.

Siempre le irritaba tener que hacerlo. El lugar estaba más vigilado que el Pentágono. Su padre ya sabría que estaba subiendo, de lo contrario Sam nunca habría podido llegar a su piso. Así de sencillo.

De pie junto a él, Aliana llevaba un vestido floreado, que a él le pareció que la hacía parecer aún más hermosa, si eso era posible. A pesar de recibir la triste noticia de la muerte de su padre, estaba decidida a ver el lado positivo y juró convertir la Corporación Wolfgang en líder de la investigación médica utilizando los diez mil millones de dólares que ahora había en la cuenta bancaria de su padre.

Aliana, decidió Sam, haría feliz a su padre, aunque sólo fuera eso.

—Entra —la voz de su padre sonaba como si realmente se creyera a la altura de Dios.

Sam entró, tomando la mano de Aliana entre las suyas.

—Buenas tardes, papá —dijo al encontrar a su padre sentado junto a otro caballero de mayor edad que vestía un traje Armani. Podría haber sido cualquiera de los muchos empleados de su padre, asesores, políticos o cualquiera cuyo nombre apareciera en la lista de los diez más ricos de Forbes.

—Ella es Aliana, la chica de la que te hablé.

Su padre se levantó y la besó en ambas mejillas—: Soy James Reilly, es un absoluto placer conocerte.

Sam observó que su padre no se molestaba en presentarles al anciano con el que había estado sentado, y Sam no se molestó en preguntar. Si su padre decidió no presentarlos, fue porque no quiso. Su padre podía ser un megalómano arrogante certificado, pero nadie había dicho que fuera menos que excepcionalmente inteligente, preciso y deliberado en todo lo que hacía.

Entró un mayordomo y le entregó a Sam un vaso de vino tinto. Grange de 1994. Luego le dio a Aliana una copa de Moscato blanco. Ella miró a Sam como diciendo: *¿Cómo sabe exactamente lo que me gusta?*

—No te emociones demasiado, Aliana —dijo él—. Martin, el mayordomo de mi padre, se habrá encargado de averiguar lo que te gusta beber. A mi viejo no se le habría ocurrido ofrecernos ni un refresco.

—Eso no es cierto, Sam. No me gusta ser el único que bebe cuando no estoy solo —su padre siguió ignorando por completo al hombre mayor, que seguía sentado tranquilamente a su lado, sorbiendo su bebida—. ¿Y dónde está Tom?

—Ha vuelto al María Helena.

—Ah, al menos uno de ustedes trabaja de verdad por lo que les pago —dijo James Reilly—. Y tú Aliana, ¿en qué trabajas?

—Soy microbióloga. Pronto terminaré un doctorado en microbiología en el MIT.

—Excelente. ¿Y cuándo empiezas a trabajar para mí? —dijo su padre, dando por sentado que todas las personas inteligentes deberían estar a su servicio.

—Gracias, pero pienso dirigir el departamento de investigación de la empresa de mi difunto padre —luego le sonrió cortésmente y le dijo —: Le haré saber si alguna vez necesito trabajo.

—Lo harás, ¿verdad? —luego se volvió hacia Sam—: Entonces, ¿cuál es tu plan ahora? ¿Cuándo vuelves al María Helena?

—El fin de semana. Primero, Aliana y yo nos vamos de vacaciones, esta vez de verdad. Y luego volveremos los dos al trabajo. El Maria Helena se va al Golfo de México, donde recientemente ha aparecido en la costa una gran cantidad de vida marina muerta. Apuesto por que una de las grandes empresas mineras está haciendo algo que no debería.

—¿México? Seguro que no pueden pagar bien —dijo su padre, que parecía disgustado.

—No pagan nada —corrigió Sam.

—¿Ahora haces trabajo pro-bono, hijo?

—No, técnicamente, sigues pagándome tú —bromeó Sam y luego se echó a reír. No era muy común que pudiera ser más astuto que su padre.

—No tardes en volver y hacer un trabajo de verdad, algo que al menos aporte dinero a la empresa, ¿quieres?

—Sabes que los peces muertos en México conducirán a peces muertos en Estados Unidos, ¿verdad? —preguntó Sam.

—Ah, ése no es mi problema —dijo su padre, arrogante.

El señor de mayor edad que estaba sentado junto a James Reilly se volvió para mirarle y dijo con su acento británico de clase alta, la clase precisa de esnobismo aristocrático británico con la que su padre podía identificarse—: Gracias por la copa, James, pero debo irme a casa. Tengo que tomar un vuelo. No pueden retener mi Lear Jet indefinidamente. Me alegra saber que todo te ha salido bien.

—Gracias, Blake, te agradezco tu ayuda —respondió el padre de Sam, estrechando la mano del hombre.

—Por supuesto, la familia es la familia —el hombre asintió solemnemente con la cabeza. Se dio la vuelta para marcharse, pero dudó un momento—. Ah, y casi se me olvida mencionarlo, aquí tienes el cuadro que te robaron.

—Ah, te lo agradezco mucho —dijo James.

Entonces, mientras los demás admiraban el Monet original, James Reilly le arrancó la parte de atrás y extrajo un pequeño frasco sellado con la etiqueta «Virus de Hitler: Antídoto».

—Agradezco tus esfuerzos, Blake, pero esta cosa ya es prácticamente inútil.

El Sr. Simmonds le echó un vistazo, como sólo un buen coleccionista de antigüedades europeas podría hacerlo, y luego dijo—: Excluyendo, por supuesto, el valor casi incalculable del primer intento de Claude Monet de pintar nenúfares.

—Bueno, supongo que eso sirve de consuelo. Seguro que lo colgaré en algún sitio. Si la madre de Sam estuviera aquí, insistiría en que lo colgara en la cocina, o alguna otra tontería. Tal vez la mande colgar en el estudio, como recordatorio de que no volveré a ser tan frívolo con mi dinero.

—Sí, imagino que ése es probablemente su único valor real —convino Blake, antes de cerrar la puerta tras de sí al salir.

Sam miró a su padre.

—Pues sí que pareces enfadado, ¿no? —dijo James Reilly.

—Ese hombre intentó matarme y robar el virus cuyo único propósito era destruir a la humanidad. Creía que habías dicho que podía confiar en él —dijo Sam, beligerante.

—¿Yo? No, nunca dije que pudieras confiar en él. Sólo dije que podría darte respuestas. No me di cuenta de que trabajaba para alguien que quería algo más que respuestas a tu misterio, y que no estaba dispuesto a detenerse ante nada, incluido el asesinato, para lograr su objetivo.

—¿Y ahora qué?

—¿A qué te refieres? —su padre parecía realmente sorprendido por la pregunta—. Seguiremos con nuestras vidas. Lo que tú decidas hacer con la tuya depende totalmente de ti.

—No, me refiero a Blake Simmonds.

—Sigo sin saber a qué te refieres, hijo. Supongo que seguirá adelante con lo que se le antoje, igual que haremos tú y yo —luego miró a Aliana, y volvió a mirar a Sam, añadiendo—: Aunque, creo que entre nosotros tres, tú tienes el mejor plan.

—Entonces, ¿ya está? ¿Él intenta matarme y tú lo das por perdido?

—No, por Dios— su padre se burló de la genuina preocupación de su hijo—. Es un hombre rico y poderoso y, como todos los hombres ricos y poderosos, carece por completo de moral —en su afirmación había una implicación inherente de desaprobación hacia el padre de Aliana—. Supongo que, ahora que el virus ha sido destruido, dejará de tener más tratos contigo, vivo o muerto.

—Entonces, ¿no te molesta que haya intentado matarme varias veces en el último mes?

—No, la verdad es que no. ¿Debería? —dijo su padre, mirándolo con curiosidad.

—¡Sí, claro que sí! —respondió Sam, decisivo.

—¿Por qué? Pensé que haría más evidente tu descuido involucrar a un hombre como Blake Simmonds en la búsqueda de un tesoro tan valioso.

—¡Tú me diste sus datos!

—Sí, pero en aquel momento no tenía ni idea de lo valioso que era tu tesoro —era el mayor atisbo de arrepentimiento que jamás había oído a su padre.

*

Blake Simmonds apoyó la cabeza en el suave cuero de su Lear Jet.

Iba solo, y le había dicho a su piloto y a la tripulación que lo dejaran así mientras durara su vuelo de regreso a casa a través del Atlántico.

Después de tantos años, por fin se había acabado.

A continuación, abrió una botella de whisky de cincuenta mil dólares de 1939.

Le había costado mucho encontrarla y, una vez la hubo adquirido, Blake la había guardado en previsión de este mismo día. Tomó una copa y añadió whisky con hielo.

Del interior de la caja fuerte secreta que había al final de la habitación, sacó la placa militar de su padre.

Era un emblema de doble runa de latón de la *Schutzstaffel* alemana, seguido del número tres, que denotaba que el portador era el miembro número tres del partido SS.

En términos de antigüedad, esto situaba a su padre sólo por debajo de Emil Maurice, el fundador de las SS, que era el miembro número dos, y de Adolf Hitler, que era, por supuesto, el miembro número uno de las SS.

Blake Simmonds examinó el precioso artefacto histórico mientras su mente pensaba en la vida de su propietario original.

Como oficial superior de las SS, encargado de la captura de Fritz Robentrop por el propio Führer, August Frank había permitido por error que Fritz escapara, con la esperanza de atrapar a sus cómplices y, en consecuencia, tener más que mostrar por sus esfuerzos. En retrospectiva, se dio cuenta de que había perdido algo mucho más valioso: el virus.

Frank atribuyó toda la culpa de aquel fiasco a Walter Wolfgang. Entonces, cuando se hizo evidente que, por muy despiadada que se hubiera vuelto la SS, el pueblo alemán no se levantaría con fuerza suficiente para rechazar a los invasores aliados y Hitler iba a perder, decidió tomar cartas en el asunto.

Al final de la guerra, Frank había alcanzado las más altas esferas de

la jerarquía nazi. Utilizó su poder y posición para hacerse cargo de una gran reserva de oro alemán, antes de escapar de Alemania como refugiado y trasladarse a Londres. Como graduado de Eton, tenía muchos amigos ricos en la aristocracia británica. Compró una gran finca y se estableció como un hombre rico, siempre con la intención de regresar algún día a Alemania y encontrar al Magdalena perdido y el virus que portaba. Estaba decidido a rectificar algún día su error adquiriendo el virus y convirtiendo a Alemania en el líder supremo del mundo, tal y como Hitler había intentado hacerlo y fracasado.

Su necesidad de resarcir a su amado Führer se convirtió en una obsesión, que sólo él podía lograr con la enorme riqueza que se había llevado al huir.

Con el paso de los años, se dio cuenta de que ni todo el dinero del mundo podía ayudarle. Se casó y tuvo un hijo, al que Frank educó como a un *sir* británico. Cuando cayó el muro de Berlín, Frank era un anciano de noventa años, pero a pesar de ello creía que su hijo podría alcanzar algún día su sueño. Se sintió decepcionado al descubrir que Walter Wolfgang había muerto, pero motivado al saber que el hijo de Walter, John Wolfgang, se había convertido en un líder mundial en el campo de la microbiología desesperado por conseguir el dinero necesario para montar su empresa farmacéutica.

Era un trato fácil de hacer: ayudar a John Wolfgang a encontrar al Magdalena y luego averiguar qué hacer con el virus.

Lo más difícil fue convencer a su único hijo de que eso era lo correcto.

Blake Simmonds bebió entonces un largo trago de whisky,

—Por ti, papá: el hombre que sin querer perdió la guerra en Alemania, pero salvó a la humanidad.

Capítulo XXXI

Sam Reilly abrió las puertas del ascensor.

Aliana se había marchado antes, mientras él se quedaba para tener su charla anual de veinte minutos con su padre.

Su padre era propietario de los diez pisos superiores del edificio. Los dos más altos y el tejado formaban parte de su gran residencia, mientras que los otros ocho pisos eran lugares que Sam nunca había visto, ni se había molestado en preguntarse con qué fin se utilizaban.

Aquel día, el ascensor se paró en el piso 76.

Cuatro niveles por debajo de la residencia de su padre.

Las puertas se abrieron, y entró una mujer alta, con el pelo bien peinado, corto y de color rojo oscuro. Era delgada, y los rasgos endurecidos y huesudos de su rostro delataban la arrogancia de alguien acostumbrado al poder, y sin ninguno de los signos de la edad que a menudo aquejaban a otras mujeres de cuarenta y pocos años.

Sam la vio entrar y sintió que su corazón latía un poco más deprisa, mientras sus manos sudaban.

Las puertas se cerraron, pero el ascensor no reanudó su movimiento descendente.

—Sra. Secretaria —sonrió Sam Reilly, inseguro de lo genuinamente feliz que estaba de volver a ver a la Secretaria de Defensa de Estados Unidos—. Podría haberme ahorrado muchos problemas si hubiera compartido conmigo desde el principio su interés por el Magdalena.

Era la mayor reprimenda que incluso él estaba dispuesto a darle a la líder de las Fuerzas Armadas más poderosa del mundo, su posición sólo superada por la del presidente de Estados Unidos, el Comandante en Jefe de América.

—Sam Reilly —dijo, su voz era tranquila pero no por ello menos severa en su tono—. Le has costado una fortuna a tu propio gobierno, por no mencionar la pérdida del arma biológica más peligrosa de la historia. ¿Te das cuenta de cuánto tiempo hemos estado manipulando a John Wolfgang tanto para encontrar al Magdalena como para atrapar a Abdulla?

Sam abrió la boca para contestar...

—Aún no he terminado, Reilly —continuó—. Hasta el último momento dudábamos siquiera de tener algún tipo de control sobre él. Nunca llegamos a conocer la identidad de su benefactor original, y sólo nos podíamos imaginar cuál era el interés de esa persona en todo esto. Entonces, ¿qué tienes que decir a tu favor, Reilly?

—Debería haberme dejado participar desde el principio, señora.

—¡Reilly, tonto insolente! No estábamos convencidos de que no se hubieras vuelto travieso, sobre todo cuando nuestra vigilancia lo vio

confraternizando con la hija de Wolfgang. ¿Cómo has podido ser tan estúpido? ¿Nunca habías visto a una chica tan guapa?

Sam mantuvo la boca cerrada esta vez.

—Quiero que sepas que desde el principio manifesté mi interés en que te eliminaran, Reilly... —en su voz no había ni un ápice de disculpa, y continuó diciendo—: Pero el comandante en jefe vetó la idea, aconsejando que tus atributos únicos te hacían útil. Pensó que, aunque tu lealtad podía haber estado fuera de lugar, tal vez gracias a tus chapuceros esfuerzos nuestra vigilancia lograría por fin obtener la identidad de la persona que realmente controlaba a nuestra marioneta, John Wolfgang, desde el principio. No estoy segura de si el Presidente se lo creyó de verdad, pero si conseguíamos matar inadvertidamente al único hijo de James Reilly... bueno, sólo podemos imaginar cómo podría afectar eso a las futuras contribuciones presidenciales de tu padre, estoy segura.

Sam nunca se había planteado la relación del Presidente con su padre, pero no le cabía duda de que ella le estaba diciendo la verdad.

—Después de todo, con tus finanzas y tu posición en todo el mundo, ¿quién estaría plenamente convencido de dónde están tus verdaderas lealtades? —dijo la Secretaria de Defensa.

Sam sabía que era una amenaza vacía.

Ella, más que nadie, sabía exactamente cuánto significaba el honor para él. Su palabra era como un vínculo férreo, y cuando la daba al servicio de su país, no había nada ni nadie que pudiera obligarle a romperla.

—Tonterías, señora, y con el debido respeto, su ingenuidad casi hace que me maten el mes pasado.

—¿Debo tomar eso como tu aviso formal de dimisión? —preguntó ella, con una sutil sonrisa seductora.

—No. ¿Quiere pedírmela? —era el turno de Sam de mostrarse provocativo.

Hizo una pausa, con la cabeza ligeramente inclinada hacia la izquierda, mientras reflexionaba.

—Me gustaría; sabes que me gustaría. Pero tengo el deber de defender a este país y, por ello, estoy obligada a contratar los servicios de la persona más competente en cada puesto —lo miró de arriba abajo y luego dijo—: Y tú, Reilly, tienes las capacidades más extraordinarias, que te hacen especialmente útil. Has sido un SEAL de la Marina ejemplar, con las mejores notas registradas por cualquier recluta, un líder muy respetado en biología marina y en el mundo marítimo, y como eres más rico que cualquier chico playboy, el mundo te abre los brazos de par en par, mientras que cualquier otro investigador oficial tendría las manos atadas. No. Te necesitamos, Reilly. Sólo intenta no joder nuestra misión la próxima vez por tu

propia voluntad.

Entonces se abrió la puerta del ascensor y ella salió.

—*Sí,* Sra. Secretaria.

El ascensor continuó bajando y Sam no pudo evitar preguntarse*: ¿quién estaba chantajeando a John Wolfgang*?

*

Sam Reilly llevaba el timón de su barco recién construido, el Second Chance II*,* mientras surcaba las aguas cristalinas del Caribe. Aliana estaba a su lado, tan hermosa como siempre*,* y navegaban solos por unas de las islas más prístinas del planeta.

—¿De dónde viene el nombre de Second Chance? —le preguntó Aliana.

—Es exactamente lo que dice el nombre: mi segunda oportunidad.

Le había respondido la pregunta, pero Sam sabía que eso no era lo que ella quería saber.

—Pero hay algo más, ¿no? —insistió ella.

Sam consideró la posibilidad de evadir su pregunta, o incluso de inventarse una respuesta sencilla como había hecho tantas veces antes, pero ese día era diferente. Aliana era diferente, y no tenía ningún deseo de mentirle, como solía hacer ante aquella pregunta.

—¿Sabías que mi madre era muy buena marinera?

—No, no la habías mencionado, ni siquiera has hablado mucho de ella.

—Era australiana y en su juventud le había ganado varias regatas de Sídney a Hobart.

La mirada de Aliana se amplió cuando él habló.

—Ella y mi padre se llevaban muy bien. Se querían casi tanto como al mar. Como puedes imaginar, mi hermano y yo pasábamos más tiempo en el mar que en tierra.

—No sabía que tenías un hermano.

—Ya no, murió hace muchos años.

—Oh, lo siento mucho —dijo Aliana, rodeándolo con los brazos.

—No pasa nada —dijo Sam en voz baja, pero había lágrimas en sus ojos—. Mi hermano y yo éramos buenos navegantes, pero nos impulsaba a demostrar nuestra valía a nuestro padre, que era el capitán del yate de regatas. Así que, un día, cuando los asesores de la regata Sídney a Hobart se plantearon si cancelar o no la regata debido a los tremendamente violentos e impredecibles patrones meteorológicos, mi hermano y yo decidimos que así demostraríamos de qué estábamos hechos.

Una parte de él esperaba que Aliana aceptara su respuesta y no presionara para saber más sobre cómo había sucedido, pero otra parte de él deseaba que le pidiera continuar.

Ella insistió.

—¿Qué ha pasado?

—Fue una tormenta especialmente fuerte. El mar puede ser tan amable como implacable, pero aquella noche fue totalmente implacable. Mi hermano y yo habíamos recibido numerosos informes de otros barcos que abandonaban la carrera o eran desarbolados. Peor aún, nos enteramos de que un barco ya se había hundido. Pero, como jóvenes tontos, nos creíamos invencibles. Hacia las tres de la madrugada, mientras necesitábamos desesperadamente enrollar la vela de proa antes de que el viento volcara nuestro barco, un pequeño lazo se enganchó en una cornamusa de la parte delantera de nuestro yate. Me di cuenta, y debería haberme adelantado. Habría sido fácil desengancharlo, o en el peor de los casos cortarlo, pero dudé. Tuve miedo. Sabía que el mar estaba más interesado en ser implacable aquella noche que en ser amable. Mi hermano mayor se dio cuenta de mi falta de seguridad y me dijo que él lo haría, y entonces intentaríamos cabalgar la enorme ola en un ángulo de treinta grados, para evitar brocar—sus lágrimas caían ahora con más frecuencia.

—Tranquilo, no fue culpa tuya.

—Mi hermano era un marinero excepcional. Él solo podría haber vencido a mi padre, y aquella noche me salvó la vida. Desenganchó el retén de la vela de proa, pero mientras regresaba a la cabina, fue alcanzado por una ola secundaria que se precipitó desde el otro lado de la que estábamos montando. No había forma de que supiera lo que iba a ocurrir, y para cuando el agua que se precipitó sobre la cubierta se había disipado, ya no podía ver a mi hermano. Activé la alarma e intenté por todos los medios permanecer en el mismo lugar, pero nunca volví a verlo.

—Dios mío, qué horror —dijo Aliana, aferrándose a él mientras hablaba.

—Aquella noche me prometí a mí mismo que, si sobrevivía, no volvería nunca más al mar. También quise cumplir esa promesa. Terminé un máster en biología marina, pero al día siguiente me alisté en el ejército estadounidense y me hice piloto de helicópteros. Mi madre culpó a mi padre, y por mucho que intentaron reparar su relación, nunca se lo perdonó. Cuando salí del Cuerpo, algo me dijo que había llegado el momento de volver al océano, de darme una segunda oportunidad en la vida. Llevo años intentando recrear aquella noche para poder despedirme por fin de mi hermano como es debido, pero nunca he encontrado las condiciones adecuadas.

—Así que, esta noche, navegas hacia tu segunda oportunidad y esta vez, conmigo.

—Y eso me hace mucho más —dijo mientras la besaba—. Vuelve conmigo.

—¿A dónde?

—A dondequiera que nos lleven los peligros del mundo. A donde quieras ir. Sólo tienes que venir conmigo.

—Me encantaría, pero aún tengo que terminar mi doctorado —dijo—. Y tengo la intención de cumplir mi promesa de dirigir el departamento de investigación de la Corporación Wolfgang.

—Cuando termines tus estudios, llámame. Trabaja para mí. Sin duda nos vendría bien alguien con tu experiencia a bordo del María Helena. Tu corporación seguirá produciendo investigaciones médicas brillantes que puedan ayudar a la gente dentro de diez, quizá quince años, una vez que haya superado los diversos comités de ética. Trabaja conmigo y te prometo que podrás ver de primera mano lo que una mente como la tuya puede hacer por el bien del mundo en el presente, y no en el futuro.

—Si trabajo contigo —dijo ella, sonriendo lascivamente—, ¿podré seguir acostándome con el jefe?

—Normalmente no. Pero por ti haré una excepción —dijo él, mientras ella le rodeaba el cuello con los brazos y lo besaba.

FIN